Por qué dejaría a María Sánchez

D. Acevedo

Contents

Title Page
PRÓLOGO
NUEVOS HORIZONTES
EL DESPEGUE
EL EXTRAÑO CASO DE LA VIDA REAL
EPÍLOGO
Nota del autor

A mi tía Ofelia, que hacía honor a su nombre. Y a mi madre Luisa, que es como es, como todos somos como somos y, por supuesto, también hace honor a su nombre, quizás hasta demasiado.

PRÓLOGO

¡Hola! ¿Qué tal en fin de año? ¿Mucha fiesta o te quedaste en casa? Yo fui a dar una vuelta, pero no me pasé porque curré el día 1. Besos.

Sin contestación. Dos días después:

¡Ei! ¿Estás enfadada? No se te ve con mucho ánimo en este comienzo de año. Bueno, yo solo quería animarte. Pásalo bien. Besos.

Hola. No estoy enfadada ¿Por qué iba a estarlo? Lo que pasa es que no empecé bien el año y no estoy de humor. Cosas mías. No es por ti.

Una semana después, al llegar a casa:

¡Hola! ¿Qué tal? ¿De mejor humor? Yo acabo de llegar, este fin de semana saldré a dar una vuelta. Si quieres voy por Lugo y te hago una visita. Espero poder animarte.

Sin contestación. Horas después:

Ya veo que no te hace mucha ilusión mi idea. Bueno, pues nada, lo siento, no cojo muy bien las indirectas la verdad. Pásalo bien, besos.

Hola. No sé lo que haré este fin de semana. Ya te dije que no empecé muy bien el año y con tantos mensajes me siento un poco presionada,

¿sabes? Pásalo bien si sales.

Ahora mismo, días después:

Hola. Espero que las cosas te hayan ido mejor…

«Me importa un bledo y a ella más, para qué engañarse», pienso al tiempo que aprieto el botón de borrado. Los caracteres desaparecen de la pantalla y con ellos otra oportunidad más para mi frustrada vida sentimental.

En un tiempo anterior a las aplicaciones de mensajería instantánea por red móvil, cuando los SMS son la manera rápida de transmitir ideas cortas, las palabras son bocas que alimentar en la factura de teléfono, así que hay que medir bien lo que decir y no pasarse. Mensajes cortos, conclusiones rápidas. Él está desesperado porque no se come un rosco y ella pasa de todo con mensajes amables y carentes de significado. A él le importa un bledo si salió o no salió el fin de año, si está enfadada o si le mejora el humor. Ella no empezó mal el año ni se siente presionada y, por supuesto, sabe lo que va a hacer el fin de semana. Ese él soy yo y esa ella, otra desconocida que no importa ya. Todo es una patraña hipócrita, a veces acaba así y otras veces acaba en "amor". En ambos casos ella decide y él persigue, es una constante en el espacio y en el tiempo.

¡Ay! El amor, las relaciones personales, los ligues, los ardientes besos entre copas frente a la barra de un bar en noches frías y estrelladas. Qué bien suena, qué bonito parece. Denotan juventud, vivacidad, ánimo, años de júbilo… Bla, bla, bla. Cuánta estupidez se traga la gente. Son casi las cuatro de la tarde y los besos pasionales se transformaron en una larga espera en la terminal del aeropuerto al que he llegado horas antes. Han pasado mis 10 días de estancia en casa después de todas las Navidades trabajando fuera, la chica que había conocido justo antes de esas fechas y con la que había compartido esos cálidos momentos pasó de mi con la frialdad propia del invierno. Qué bonito hubiera sido haber aprovechado esos días para ir a verla o que ella me viniese a ver a mí.

"Eres un chico muy interesante", "lo estoy pasando muy bien", "me estoy poniendo tontita entre tus brazos", "besas muy bien", "me gustaría volver a verte", "no te olvides de llamarme cuando vengas"… ¡Cuánta falacia! Nada de pasiones compartidas, en vez de eso los viejos amigos: Cacique cola, Bacardí limón, Jhonnie

Walker… Lo de siempre, no sé de qué me sorprendo. Ha pasado, pasa y pasará.

Miro una vez más el monitor de salidas del aeropuerto, que sigue marcando las 16:00 del 21 de Enero de 2009 y mi vuelo como "retrasado". Aquí estoy esperando un avión retrasado para ir a un trabajo donde no concebirán ese adjetivo. Y el tiempo perdido, perdido está. Hoy me doy cuenta, hoy soy consciente de la verdad sin maquillaje. Mañana seguirán anunciando colonias, vendiendo coches, prometiendo grandes viajes, promocionando discos musicales y vaya usted a saber qué. Y todo gracias a él, el amor, y a su correlativo lujurioso, su hermano el sexo. Timón y motor de gran parte de lo que vemos, aunque lo neguemos infantilmente. ¿Acaso no perseguiría eso cuando compró esos pendientes? ¿Acaso ese video musical que tanto le gusta no se vale de chicos y chicas atractivos? ¿Acaso esa camisa de marca o esa falda corta? ¿Acaso esa película que vio y le pareció malísima no tenía unos protagonistas con el pecho, femenino o masculino, tan prominente que era lo único que no cabía en la pantalla y la hacía digna de ver? ¿Acaso la diva se hubiera enamorado del galán sin el BMW o el viaje a Bahamas? Y, sobre todo, la mayoría de esos seres cuya guía reside entre sus piernas, también llamados hombres, ¿acaso saldríamos los fines de semana fingiendo que nos gusta esa música sino fuera por esos otros seres a los que les gusta guiar a nuestra guía, llamados mujeres?

AMOR. Decantarse por el chico/a que te gusta y no por el o la más guapo/a, inteligente o adinerado/a. Suena bien, claro.

Pues bien, aquí estoy en un aeropuerto con mis bajos instintos cuestionando por qué el corazón está tan arriba cuando sus decisiones son tan penosas. La chica que me gustaba "se siente presionada", así que ha decidido pasar de mí.

Ahora sin amor. Ahora aguantando tonterías. Ahora en el dique seco. Ahora me pregunto por qué dejaría a María Sánchez.

NUEVOS HORIZONTES

Hasta mi entrada en la universidad, sin apenas haber cumplido los 18 años, no puedo hablar de vida amorosa propiamente dicha. Desde pequeño fui muy enamoradizo y a lo largo de mis años de infante o impúber ya me había enamorado muchas veces, bendita inocencia que se perdió con el tiempo. Y sí, como para la mayoría de los hombres mi mano fue mi primer amor, y como él, supongo que por efecto de la gravedad, pronto bajo del corazón a partes más bajas. Podría hablar de ello, pero respetaré el amor durante la inocencia infantil, que por carecer de maldad queda exenta de pecado.

Lo dicho, un saco de hormonas con patas a modo de adorno, muy velludas por cierto. No he cumplido todavía los 18 años…

MARTES, 2 DE OCTUBRE DE 2001

Una brisa suave refresca esta mañana, pero el sol brilla solitario en el cielo y solo unas pocas nubes le dan coba. El astro rey ensalza virtudes. Pelo engominado, sonrisa resplandeciente, camisetita nueva, vaqueros marcando… Todo irradia intenciones ocultas, sensuales y, en mi ignorancia, no tan bien escondidas. El camino de mi casa a la facultad, corto en la distancia, pero largo para mi paciencia. Un par de callejones más y la facultad ya se cierne ante mí. Con un montón de gente perdida, todos preguntándose por lo mismo, esto es una ocasión estupenda para ir caldeando el ambiente. «¿Sabes dónde están las aulas?». Venga, ya tengo la preguntita, solo falta buscar un buen interlocutor, interlocutora, mejor dicho.

—Hola, perdona, ¿sabes dónde están las aulas? —Las neuronas no han salido de su letargo y las hormonas ya están a pleno rendimiento. Apenas me ha dado tiempo de mirar a su cara, lo justo para comprobar que es mujer, lo importante. A medida que suelto la frase voy escaneando, sin duda sus virtudes anatómicas destacan sobre las faciales, perfecta para una fiesta en un piso. Sí.

—Creo que es arriba en la segunda planta. —No parece muy segura al decirlo, con un gesto busca la aprobación de su amiguita. Tampoco ella está nada mal y es, sin duda, más guapa. La rubia y la morena, perfecto.

—Hola, soy Óscar. —Una voz masculina interrumpe mi obsceno pensamiento. ¿Se me está presentando un tío? Debe de estar realmente perdido. Por el rabillo del ojo puedo ver que a la rubita se le iluminan los ojos. El chaval parece majo, pero es un poco guaperas y eso no me agrada en absoluto. Espero que tenga novia, sea gay o le abduzcan los extraterrestres, me da igual, pero no quiero a este bastardo de competencia.

—Yo, Javier. ¿Qué tal tío? —Un poquito de falsa cortesía no me matará. Pero para qué engañarse, ante todo hay que vigilar sus

movimientos.

—¿Sabéis dónde está…?

—La facultad está en la segunda planta. —No le dejo terminar, tengo que destacar más que él. De cualquier modo, parece un buen tío y puede ser un buen compañero de juergas, además si es guapo también puede atraer más tías. No todo tiene por qué ser malo.

—Oye, ¿subís? —Otro entrometido, parece mayor y es feúcho, debo seguirle y que me presente más gente, chicas, claro.

Entro en la facultad y subo las escaleras con un grupito de compañeros y compañeras. Estoy exultante, ellas predominan, y mucho. Es lo más importante a nivel lectivo. Además ellos no parecen los primos lejanos de Brad Pitt precisamente. Solo está él, me veré en la tesitura de tener que pactar con Óscar un buen reparto.

Subiendo los últimos escalones a la segunda planta veo más pasteles, pero… ¡Demonios! Aparece otro guapito de cara. Bueno, la proporción sigue siendo excelente.

—Buenas, ¿qué hay? —dice el tipo mirando por encima del hombro. Sí, es más alto y más guapo. También parece más prepotente y, debido a mi falta de experiencia con el otro sexo, espero que eso vaya a jugar siempre en su contra. Se llama Jacobo.

—Buenas, tíos —le devuelvo el saludo a él y a otro que va con él, mucho más simpático ya solo por su feo careto. La gente se pone de conversación, una situación idónea para ir calando al personal y catando la situación.

—Pues yo soy de Carballo —le dice el uno al otro.

—Yo también tío.

—¿De qué zona?

—A Milagrosa. ¿Te suena? Está cerca de…—Bien, hablad entre vosotros, pienso. Puedo ir adelantándome. Miro el grupito, la mayoría feas. Pero hay una bajita guapetona de pelo corto. Habría que soltarle algo.

—¿Y tú de dónde eres? —Primera etapa del protocolo, preguntas simples y cara de interés. Ni que me importase un bledo la respuesta: Coruña, Lugo, Madrid, Londres, Marte, la Luna… Pura formalidad para ganar tiempo.

—Coruña, ¿y tú?

—De aquí. Es una pena, prefería estar más a mi aire, pero me interesa esta carrera. —Pongo cara de interesado por el tema. Sí, eso siempre.

—Ya. Tiene pinta de ser muy bonita. Hay mucha gente que necesita que la ayuden y le apoyen para salir adelante. —Parece hablar con buenas intenciones, puede ser simpática.

—A mí también me preocupa la justicia social —Suelto sin pensar ni en lo que digo, asegurándome exclusivamente de que suene interesante.

—Bueno, espero que no haya mucho que estudiar y podamos aprovechar la pedazo marcha que hay por aquí —me espeta la chica.

—Ya te digo. —Genial, esta tiene ganas de juerga, pienso al tiempo que le contesto. La vagancia y el idealismo, esas viejas amigas. Sería adecuado seguir con el repertorio de preguntas tipo. A ver… ¿De dónde eres? Ya está usada, venga vamos con el ¿y pediste estos estudios de primera opción?, ¿has estado por aquí antes?, ¿has visto ya la facultad?, ¿a que huelen las nubes?, ¿es azul el cielo?... Parece que la gente ya está entrando en la clase. Seguiré después con la conversación.

La gente se agolpa en la puerta y de repente ella. Bajita, con un piercing en la boca, cara de niña buena, ropa informal. Es ideal. Tropiezo con todos, el recinto está a reventar, pero solo puedo verla a ella, un ángel. Por un instante me quedo mudo, todo se convierte en ruido de fondo a mi alrededor y veo su imagen como salida de un cuento de hadas. La sigo, me fijo en sus formas, sus movimientos. Algo pasa, ¿por qué no me estoy fijando en su trasero? Debe ser amor. Me mantengo cerca cuando una voz de tío me despierta de mi dulce sueño.

—Siéntate aquí, te hemos guardado sitio. —Óscar y su cortesía. Está sentado con otra chica, pero ya no tengo ojos para otra. Cuando vuelvo la vista a aquella maravilla ya está sentándose delante con otro grupo de gente, así que dejo la carpeta en el suelo y me siento con Óscar y su amiguita.

—Hola, buenos días a todos y bienvenidos a la facultad de Economía Social. Yo soy Patricia y seré vuestra tutora de Teoría Social, a lo largo…—La profesora empieza a soltar su sermón para nosotros, los iniciados en el trabajo a la sociedad. Mi cabeza quiere escuchar a esa, en principio, cordial señora, pero el corazón da órdenes a mi cuello para girarla en dirección a la diosa que acabo de encontrarme. Qué sonrisa tan hermosa, estoy poniéndome tonto y conozco esa sensación. Es amor y por desgracia estoy encantado de volver a experimentarla. Sí, mi mente ha caído y las hormonas se

someten irremediablemente a la autarquía del corazón, tenaz con sus golpes de autoridad.

—Seré también vuestra tutora de prácticas este año, así que podéis consultarme cualquier duda que os surja… —va diciendo la señora, que parece maja. Tiene una mirada limpia y su voz es tranquilizadora. Me imagino que la de ella también lo será, pero más dulce, dulce como su cara. Dios, ya estoy pensando en ella otra vez.

—Eh tío, qué rollo ¿no?

—No se calla —respondo a Óscar con una sonrisa de condescendencia.

—Menos mal que no nos pusimos delante.

—Ya. Bueno, por lo menos ya sabemos de dónde podemos sacar unos buenos apuntes. —Le señalo a Óscar el grupito de delante, donde está ella, pero Óscar ni se inmuta, así que insisto—. La morena bajita es guapa.

—Yo me estaba fijando en la del extremo de la cuarta fila, la que está sola —replica Óscar.

—Está buena sí —sin duda Óscar no se ha fijado mucho en las caras—, aunque no tengo ni idea de su nombre.

—Hay que conocerla…

—Oye, por cierto, ¿sabes cómo se llama la morenita? —persisto nuevamente en la cuestión.

—Perdona. No estaba atento, ¿cuál dices? —a Óscar también le están traicionando las hormonas.

—La que está delante, la que te dije antes.

—Pues no tengo ni idea.

—Creo que se llama Ana. —Una voz femenina rompe de golpe el carácter confidencial del asunto. Es la chica que está al lado de Óscar. Dios mío, ya estamos quedando mal, pienso—. Soy Maite, de Orense —dice ella presentándose formalmente.

—Yo Javier. Encantado —respondo angustiado.

—Maite es amiga mía del instituto. —La afirmación de Óscar arregla un poco las cosas, al fin y al cabo es de su confianza.

—Habrá que ir a tomar algo después, ya se lo dije a estas y les pareció buena idea. —La chica parece agradable.

—Ya te digo. —Por un momento la referencia a “estas” despierta mi sistema hormonal, solo por un momento. Después de nuevo ella, y ya no digo nada más, tampoco lo pienso. Solo ella. Solo Ana.

MIÉRCOLES, 17 DE OCTUBRE DE 2001

Las 8 de la tarde. Llevo toda la clase mirando el reloj esperando que dé la hora, esto se está haciendo interminable. Cuando me tenga que poner a estudiar todo este libro puede darme un espasmo. La clase termina y la multitud se encamina hacia la puerta huyendo apresurada, pero con la misma cara pasmada con la que se levantaron para desayunar, por el camino solo se entrecruzan miradas fatigadas y falsa amabilidad. Hay algo en esta escena que hace que me estremezca, como un mal augurio del futuro. Salgo del aula con una dirección fija, la cafetería. A mi lado va Maite, está hablando, creo que conmigo, así que de vez en cuando gesticulo, como interesado por el asunto. Nos siguen Óscar y Julio. Salimos de la facultad y entre lluvia y viento nos dirigimos con presura a nuestro destino. Al abrir la puerta de la cafetería vemos que Carmen, otra que fuera compañera de instituto de Óscar en Orense, y Soledad, la compañera de clase de esta, ya han llegado.

—Hola chicos, vaya cara que traéis. —Soledad parece una buena chica, pero en el reparto de cartas de la belleza a ella no le han tocado los ases precisamente.

—Si vieras lo que nos hemos tenido que tragar.

—Creo que a partir de hoy voy a pensar mucho si volver o no a esa clase. —Óscar, de vez en cuando, sugiere alguna buena idea.

—Bueno, pero son importantes para saber lo que van a poner en el examen.

—No te creas que de lo que te digan vaya a ser de lo que te examinen, Julio. —Soledad ya está recriminando a Julio, sin duda le gusta tocarle las narices—. Nosotras tenemos profesores que siempre ponen en los exámenes lo contrario de lo que dicen que van a poner.

—Pero puede que sí y es conveniente enterarse de las cosas a las que da más importancia la profesora. —Julio parece el aguafiestas

perfecto para una fiesta, y del seminario, porque en cualquier otra fiesta resultaría inconcebible.

—Ya me lo dirás en febrero.

—Vale, el que quiera ir a clase que vaya y el que no, que no lo haga. —Carmen tiene el don de apaciguar a las fieras. A Julio pronto le cambia el semblante y Soledad decide cambiar de tema y se pone a hablar de política. Carmen y yo quedamos fuera del nuevo tema que tratan los demás, cuya discusión genera cierta barahúnda.

—Oye Javi, ¿Simón no viene hoy?

—Pues no lo sé Carmen, ¿tú que crees?

—Venga, no seas malo y dímelo —El descaro de Carmen está impregnado de cierto encanto, no semeja querer ocultar nada, esa sinceridad es un rasgo encantador.

—Sí que viene, lo que pasa es que su facultad está más lejos, ya lo sabes.

—Oye, ¿tú crees que le gusto?

—Todo se puede averiguar si se indaga profundamente.

—Déjate de palabrería barata Javi.

—Vale. Hablaré con él y me enteraré. Espero que tú me presentes a más amigas tuyas y le hables bien de mí.

—Sabes que eso está hecho.

Se nota que Carmen es estudiante de políticas y sabe cómo negociar, su estilo es bastante directo, casi como el mío. Los demás siguen charlando, por lo poco que me fijo en ellos puedo notar que Julio no está despertando muchas simpatías entre Maite y Soledad. Al rato llega Simón y, por consiguiente, la pérdida del único interlocutor que me queda, Carmen, que nada más verlo se olvida de todo. Le pregunta por la carrera, los diseños y mil cosas más, en alguna ocasión incluso parece interesada por su equipo de fútbol. Se le nota demasiado que siente algo por él. En fin, todos a lo suyo y yo pensando en Ana, no puedo evitar abstraerme y pensar en ella.

Pasan las horas y el tiempo se nos echa encima, nos despedimos a la salida de la cafetería y nos vamos cada uno por nuestro lado. A pesar de no quedarme de camino a casa decido seguir la misma dirección que Simón, alegando que quedé con un amigo, una mentira piadosa. Es un buen momento para sacar información.

—¿Qué tal las tías de tu clase, Simón?

—Hay una rubia que… —no hacen falta más palabras, ambos entendemos.

—Con Carmen también te llevas muy bien.

—Sí, ¿por qué?

—Habláis mucho, congeniáis muy bien, tú ya sabes —tengo la impresión de que quizás me esté precipitando—. Quiero decir que os lleváis muy bien…

—Sí, pero…

—¿Te gusta? —No hay marcha atrás, tenía que soltarlo de un momento a otro, y por desgracia mi estilo es demasiado directo.

—Es buena chica, pero…

—¿Pero? —Oh, oh, huele que no va a ser tan fácil para Carmen, una especie de mal agüero para el futuro, y no solo para ella.

—Ahora no pienso en eso, pero…

Pero, pero, ¿pero qué? Pero sí o no. En esos momentos no soy muy consciente del peligro de esa palabra, sobre todo cuando no se la acompaña de un argumento, momento en el que se convierte en amante despechada a la que mejor no volver a encontrar. Por ahora, por ahora solo será una chica la que tendrá que asumirlo. Cuándo tienes 18 solo te preocupa el no, el sí, pero…

JUEVES, 25 DE OCTUBRE 2001

Cansado de aguantar las clases toda la tarde y con un fuerte dolor de cabeza me siento un poco a tomar el aire. Ante mí un ser maltrecho sentado en un banco que no cruza palabra con nadie, su mirada se ha perdido en el suelo y no parece buscar una salida entre huellas de zapatillas mojadas y cenizas del efímero cigarro que consume y le consume. Su cabello está salpicado de alargadas canas que no hacen amago de esconderse, las arrugas de su frente tampoco pasan desapercibidas a pesar del humo del tabaco, unas marcadas patas de gallo se han aliado con las ojeras para no dejar apreciar los ojos que rodean y apenas se dejan ver, descaradas muestras de una madurez que no avergüenza a su portador. Un descolorido pintauñas y el rastro liviano de una barra de labios no hacen más que remarcar más profundamente el nulo intento de esconder lo evidente. Por momentos mira a su alrededor. Da una calada al cigarrillo. Frunce el ceño a las alumnas con gesto repulsivo, como queriendo echarle en cara algo, pero nadie lo aprecia y la lluvia en las ventanas le refleja su propia carga. Su gesto apenas muda si se cruza algún alumno. Da otra calada al cigarrillo, se oyen los ecos de unas risas femeninas provenientes del fondo del pasillo, algo pasaría, le es indiferente, da otra calada más. Alumnas de tercero que no paran de cuchichear se sientan cerca de ella, se acentúa su desagrado y el ritmo de su cigarro decelera. Se agolpa más gente en la zona, esperando el comienzo de la clase. La profesora de Teoría Antropológica llega al límite de lo que está dispuesta a aguantar y dando una última calada muy larga apaga el cigarrillo apresuradamente. Es la señal de que va a empezar su clase.

—¿A dónde vas tío? ¿Sabes la clase que hay ahora?

—Claro que *sí*, pero quiero hacer un empeño por ir otra vez —respondo a un Óscar apresurado por marchar—. Llevo toda la tarde medio dormido y creo que tomar un poco el aire me ha despejado,

puede que sea una buena idea asistir hoy al rollo este.

—Allá tú, nosotros nos vamos. Venga Óscar, antes de que la tía nos vea —le urge Maite en lo que parecía un vano intento por no quedar mal, la profesora en cuestión nos habrá visto hace ya tiempo y a mí no me apetece empezar con mal pie en la universidad. Así que en una decisión momentánea me decanto por asistir a clase y dejar a un lado la tentación de la cafetería. Sin duda, un momento único e irrepetible en mi carrera universitaria.

—Bueno, nos vemos mañana. Ya os contaré —me despido de Maite y Óscar que parten con otro grupito a la cafetería. Me adentro en los avernos de aquel tostón de clase. Cuando por fin me siento junto a Julio, dispuesto a aguantar el rollo de turno, diviso por el rabillo del ojo a Ana. Giro la cabeza y veo que está saliendo. De repente me mira con esos preciosos ojos, le devuelvo la mirada con la cara más amable que mi corazón puede esbozar. Ella me mantiene la mirada. Sin duda entre nosotros hay algo, una atracción, un sentimiento, algo que va más allá de este mundo. Con ella fuera de mi vista retomo otra vez la posición de mi cabeza para atender a clase, pero mi cerebro es esclavo a las órdenes de mi corazón y no puedo dejar de pensar en ella por un buen rato, hasta que Julio toma la palabra.

—¿Javi? Despierta hombre. —Una mano se balancea delante de mis ojos y me despierta de mi sueño.

—Eh… Dime Julio.

—La verdad es que es un tostón, pero tiene cosas interesantes. Yo no sabía que los masáis tenían unas costumbres tribales tan marcadas, la estructura económica choca con ciertas formas de control de los medios por parte de la tribu lo cual genera enfrentamientos entre clanes rivales y eso potencia la violencia.

—Ya, ya. Sí, es cierto. No había caído, estaba un poco absorto pensando en mis cosas. —No sé ni de qué me excuso, pero menos idea tengo de lo que me habla Julio. Lo que expone la profesora es simple y llanamente ajeno a mi interés. No consigo averiguar de qué me podrá valer en mi futuro profesional lo que hacen los masáis o dejan de hacer, si nunca me voy a topar con ninguno. Da igual, a estas alturas de la clase resulta más que evidente que me he equivocado al no decantarme por la cafetería. Además probablemente allí estará Ana y en este mismo momento podría estar con ella. Craso error el que acabo de cometer.

La profesora continúa su recital. A lo lejos, las dos primeras filas

son prácticamente imperceptibles y no hay rastro de vida en ellas. En tercera fila están las empollonas atendiendo la charla antropológica con bastante interés, aunque la mayoría de ellas resultan bien poco atractivas. En cuarta fila se sitúa un grupo de tres chicas realmente interesante y a partir de la quinta fila el nivel de conciencia está a la par de la sala de cuidados intensivos de cualquier hospital. Un par de chicas cuchichean entre ellas, un chico calvo y pasota por sus formas las mira lascivamente, cuando se vuelven hacia él la expresión del individuo torna amablemente en un gesto de cordialidad sobreactuada que solo un necio no captaría. Pero ellas parecen bastante necias, o así desearán serlo. Un hombre de edad madura se entretiene contemplando la uniformidad de la pintura en la pared y una chiquilla de más o menos mi edad no para de escribir mensajes por su móvil.

La profesora sigue con la perorata. Su gesto imperturbable seguramente esconde las enormes ganas que debe de tener una fumadora compulsiva como ella de encender otro cigarrillo. Poco descanso más tendrán sus pulmones. De repente, cierra el libro que tiene ante sus narices, agarra su bolso y sin más sale del aula. ¿Ha acabado por fin la clase? Ni me he enterado.

—Bueno, ¿vamos a tomar algo? —Julio me hace la proposición de siempre y, como siempre, será ratificada.

—Sí, claro.

Recogemos pronto nuestros “apuntes” y nos vamos. Fuera vuelve a hacer frío y llover, cuando abro la puerta de la cafetería entro en un ambiente viciado por el humo y el ruido, acogedor en aquella recién comenzada noche. Pedimos dos cafés y hablamos de temas de la carrera, todo sigue tan aburrido como lo lleva siendo toda la tarde, hasta que por fin ocurre algo inesperado, Julio pregunta sobre algo interesante.

—¿Soledad y Carmen no vienen hoy?

—Estarán con Óscar y Maite, que se fueron antes —respondo.

—Ah, claro.

—Pero dime la verdad. No creo que estés muy preocupado por Soledad —cuestiono, directo al grano, puede que haya pasado algo interesante. Por un momento Julio solo contesta con una mirada pícara y una risa forzada.

—La verdad, Javi. Si te la digo no se la contarás a nadie, ¿verdad?

—Mis labios están sellados —lo digo como lo siento. Y por un

tiempo hasta lo estarán.

—Me gusta Carmen —confiesa súbitamente—. Tiene una forma de ser muy complaciente… Y esa sonrisa. Tiene una sonrisa muy bonita. Siempre me río con ella, es muy divertida. Además es más agradable que otras chicas. Siempre me trata con cariño. Y yo creo que puede haber algo.

—¿Así que Carmen…? No sé qué decir —Y no lo sé de veras, la situación se complica con tres en juego y no me apetece ejercer de celestino improvisado, convidado de piedra en el reparto de corazones. Dios, a Carmen le gusta Simón, a Julio Carmen y a Simón… todas, básicamente. Si arreglo esto bien me podría arreglar su divinidad lo mío con Ana. Es mejor no pensar en eso.

—Tú que crees, ¿tengo posibilidades? —Julio pone cara de cabrito degollado, Bambi sería Chuck Norris a su lado.

—Bueno… Si tienes paciencia, puede haberlas. Os lleváis muy bien —salgo con una mentira que pretende maquillarse de piadosa, pero es más bien descarada.

—Ojalá. Sería estupendo. —La cara de Julio se torna en súplica. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué decir?

—La verdad es que ella habla mucho de ti. Está continuamente haciéndolo. —Ahora la mentira ya es completamente desvergonzada, cinismo puro.

—Tú crees. Eso es bueno. Eso es muy bueno. —El rostro de Julio pasa de la súplica al júbilo, quizás le haya dado demasiadas alas. Quizás más que quizás.

—Sí, tienes muchas posibilidades. Si la complaces bien —sigo mintiendo, justo en el momento que entra Simón por la puerta de la cafetería.

—Hola tíos. ¿Cómo os va? —El saludo de Simón interrumpe el rumbo de la conversación.

—Aquí hablando de cosas de la carrera, nada importante —dice Julio, dirigiéndome una sonrisa cómplice. Yo se la devuelvo. Le acabo de decir que tiene posibilidades, y muchas.

A estas alturas no sabría explicar cómo he llegado a tal engaño. Lo único que sé es que no conviene que las cosas se tuerzan. Todo ha empezado sobre ruedas en la facultad y no quiero complicarme, menos si no soy yo el que acabo con una chica.

MIÉRCOLES, 31 DE OCTUBRE 2001

Ana mira continuamente a Jacobo. Hoy estamos preparándonos para las manifestaciones contra el plan Bolonia, haciendo carteles y pancartas. Jacobo dirige el cotarro. Ana está totalmente en contra del dichoso plan, Jacobo parece estarlo y yo… Yo apenas sé nada de la ciudad italiana que da nombre al dicho plan, de hecho hasta hace un momento pensaba que Bolonia estaba en Suiza. Así que mientras Jacobo da instrucciones, Ana mira el culo a Jacobo y yo me encandilo con la mirada de Ana, siendo tan bueno calculando la dirección de esta como la de Bolonia en el mapa.

Jacobo es seguramente un tipo engreído encantado de haberse conocido, rebotado de otra carrera que no logró aprobar, pero es también un tipo serio, seguro de sí mismo, con buena percha y, por supuesto, con unos cuantos años naturales y mentales más que yo. Así que Ana se ha fijado en él, ella y la mitad de las chicas de la clase, algo de lo que es completamente inconsciente este niñato salido que me ha tocado ser. También permanezco ajeno a esto último y, cómo no, pienso que Ana y tantas otras se fijarán en mí porque sí, guiadas por algún tipo de inspiración divina. Porque sí, porque no espanto, pero tampoco soy guapo, parezco un esqueleto con patas y abundante pelo y sobre todo, con una bandada de pájaros en la cabeza. Este cerebro humano, prodigio de la naturaleza maleado tras millones de años de evolución, constructor de grandes obras y capaz de llegar a la luna, apenas da para cruzar datos sobre música, coches, algún deporte y, sobre todo, anatomía femenina. En resumen, un niñato salido cualquiera, como la inmensa mayoría de los universitarios varones.

Lo bueno es que esta tardía inconsciencia adolescente me vuelve completamente sordo a los acertados malos pensamientos que los demás puedan tener sobre mí y, por tanto, actúo con ignorante valentía. De modo que, estando Ana absorta en la anatomía

masculina de Jacobo mientras él da instrucciones, yo no dudo un segundo en cruzarme por medio.

—Hola, ¿Qué tal va el cartel? Os voy echar una mano, ¿vale? —me ofrezco de modo impositivo, creyendo tener muy buen rollo con todo el mundo, sin pensar en las descuidadas formas con las que visto o actúo. Pantalones viejos, jersey raído y movimientos abruptos.

—Vale, aquí tienes los rotuladores —contesta Ana con sequedad.

—Te está quedando muy bien el cartel, me da pena estropeártelo —aclaro en tanto que la miro de arriba abajo, a modo de descarada radiografía.

—Gracias. Pero puedo yo sola, puedes ponerte con el de Patri si quieres —contesta Ana mientras Patri le hace muecas, que en este momento pienso son de aprobación. Seguramente lo contrario.

—Mejor no. Creo que ahora que ya me puse con este es mejor no cambiar —me niego sin notar que me tiembla la voz al hablar.

Me esmero en "ayudar" un buen rato. Pinto fatal, las letras se salen de los márgenes y no paro de mirar para ella con cara de atontado. En el colegio, en las películas, en la familia, en las charlas con amigas… Me han enseñado que con voluntad y sinceridad se conquista a una chica, así que eso hago. Destrozo el cartel con voluntad al tiempo que la miro con ojos sinceros intentando seducirla. En sus ojos noto una total aprobación. Nada más lejos de la realidad.

Al acabar al fin el cartel salimos de la facultad y por fin nos disponemos a emprender la marcha. Esta manifestación es muy importante por algún motivo que desconozco. A mí lo que me importa es que va Ana.

—Esta universidad, ¡la están vendiendo ya! Esta universidad, ¡la están vendiendo ya! —dicen los lemas que repito sin pensar. Aprovecho mi fuerte voz para gritar más que nadie. Soy al que más se oye con diferencia. Miro de soslayo a Ana y puedo ver que me mira. «Estará orgullosa», pienso.

En un momento dado, llevado por la exaltación, cojo a Ana por la cintura y la levanto entre la multitud. Ella se ríe, pero al momento se escabulle. «Estará haciéndose la interesante».

—Toma una pegatina, Ana —digo a la par que le pego con cierta torpeza una pegatina en el pecho.

—¡¿Qué haces?! Quieres tener un poco más de cuidado, Javi. —me grita Ana. En este momento me sorprende la brusquedad de sus

palabras. He sido voluntarioso con los carteles, sincero en mis miradas, gritado eslóganes como nadie, nos hemos convertido en el centro de atención y, tal vez, me he excedido un poco con el atrevimiento de pegarle la pegatina, pero… ¿Qué habré hecho mal? Todo. Tardaré en comprenderlo.

JUEVES, 1 DE NOVIEMBRE 2001

Ha pasado casi un mes desde que la vi por primera vez y mis empeños por quitármela de la cabeza han resultado tan banales como mis tentativas de aproximarme a ella. Los primeros días de clase intenté convencer a una amiga suya para que se vinieran a tomar algo con nosotros. Días después traté de entrar en su grupito, pero para su gente no era muy de su agrado. Por último, he intentado aproximarme directamente a ella, pero mi cerebro no articula ninguna palabra con sentido con el corazón latiendo tan fuerte y los nervios traicionando en la retaguardia. Ayer, en la manifestación, fui amable con ella y tengo la impresión de que me ha seguido el juego. Seguro que estará encantada por cómo le ayudé en esa causa que tienen contra no se sabe qué. Sí, la conquistaré, es cuestión de tiempo, está claro. Pero bueno, es jueves noche, es decir, fiesta universitaria de inicio de curso en la residencia de Óscar.

La noche me acecha, estoy a punto de entrar en la residencia. Camino tranquilamente, pero voy con muchas ganas, llego a la entrada y lo primero que veo es un grupo de seis tías hablando y cuchicheando entre ellas, noto que una me mira así que le devuelvo la mirada. Se está riendo, así que preparo mi mejor sonrisa.

—Hasta luego. —Pronto, a poder ser. No contesta nada, solo responde con una sonrisa coqueta. Como es de esperar ya estoy a tope.

Camino por los angostos pasillos de esta residencia. Son sosos, mal iluminados, mal decorados, con espacios muertos… Perfectos si esta noche se pilla algo. Llego a la habitación de Óscar y llamo a la puerta. Empieza la fiesta.

—Hola. —Para mi sorpresa me abre un tipo algo rechoncho y con cara de aburrido, ¿me habré equivocado?

—Hola, ¿está Óscar?

—Tú debes ser Javi. Pasa y siéntate, creo que está todavía

arreglándose. —Nada más decir esto el tipo se sienta delante de unos apuntes y se pone a leerlos. ¿Pero qué es esto? Apenas ha terminado octubre y ya estudiando, debe estudiar Medicina, Derecho o algo así. No parece muy sociable así que no cruzo una sola palabra más y me siento.

—Eh, ¿Qué hay? Preparado para la inauguración del curso en la resi. Parece que hay ambiente —dice Óscar saliendo del baño, retocándose un poco el pelo. Este muchacho va a ser dura competencia, pero parece agradable. Enseguida recoge cartera y móvil y los dos partimos al frente dejando atrás a aquel tío raro estudiando recién empezado el curso.

—Tu compañero de habitación es muy estudioso ¿no? —pregunto a la par que afirmo.

—Martín. Sí, es estudioso. Le animé para que se viniera, pero nada. No sé qué le pasa, el primer año en la universidad y se queda en su habitación —responde Óscar.

—Bueno. Allá él, no sabe lo que se pierde. —Ambos nos dirigimos con rapidez hacia la juerga que se está montando en la sala de fiestas de este hogar estudiantil, donde por lo visto abundaba más la sed de beber que la de saber.

Después de un par de pasillos, una pareja correteando, un estudiante veterano con ganas de pocos amigos, un tipo fumando un cigarrillo en la ventana a un patio muerto, pasando por la recepción, llegamos por fin al deseado lugar. Es una sala oscura, con una barra improvisada para la ocasión con un barril de cerveza al lado y unas cuantas botellas en el suelo, contra la pared. Es cutre pero está bien, lo que falta es que se llene de gente, o sea, de mujeres.

—Bueno. —La palabra del buen gallego cuando nada tiene que decir. Lo digo sin pensar, porque no hay nada que pensar, ni que decir, simplemente esperar a que aquello se llene de gente y a la guerra.

—Oye. Pedimos unas cervezas —dice Óscar. Debe de estar pensando lo mismo que yo. El local está semivacío y quedarnos en medio parece raro, mejor esperar en la barra a que vaya llegando el personal.

—Vale. Pero no me gusta mucho la cerveza, así que pediré una copa —contesto.

Nos apoyamos en la barra, poco a poco nos bebemos nuestras copas al tiempo que charlamos un rato.

—Hola tíos, no sabía que veníais aquí. —Es Tomás, el amigo de Óscar que estudia Medicina. Genial, uno más para la pandilla.

—Pídete una copa tío.

—A eso voy —contesta. Definitivamente es uno de los nuestros. Debió pasarse solo a ver si encontraba a alguien y dio en el clavo. Tres somos más y nos lo pasaremos mejor.

Una copa, dos… Apenas hielo la segunda copa y por fin el local se ha llenado de gente. ¿De qué estaba hablando con estos dos? Da igual, hay un grupo bastante interesante a tiro.

—Óscar. Vamos a atacar a esas, tienen buena pinta. —Parece que el alcohol me está empezando a desinhibir —. Venga, Tomás, anímate tú también.

—No sé. —A Tomás no se le ve muy convencido.

—Vale. —Óscar sí acude a las armas, ha sido una suerte coincidir con él. Nada más dar su consentimiento avanza unos pasos y se presenta frente a ellas. Yo le sigo, parece como si las piernas fueran por su cuenta. Ya voy algo bebido…

—Hola. ¿Qué tal? ¿Cómo os llamáis? —Óscar se lanza a la aventura sin tapujos. Me empiezo a dar cuenta de que este Óscar es un buen fichaje.

—Nieves. Ella es Blanca y ella Berta. ¿Y vosotros?

—Óscar, este es Tomás…

—Yo Javier. —Me anticipo. No quiero quedar de tímido, hay que mostrarse decidido o se decantarán rápidamente por él. Si además de guapito logra parecer simpático tiene las de ganar, aunque por otro lado hay para todos, así que el ánimo de Óscar puede llegar a ser productivo. Por cierto, otra copita no vendría mal…

Varias preguntas tipo después, unas risas y unos bailes las tías se van. Unas puertas se cierran, pero están todas las demás abiertas. Definitivamente otro ron cola no vendría mal, así que a la barra. Un trago, miro para atrás y ya no están. Creo que estos se han ido a otra batalla sin mí. Bueno, tengo una oportunidad más delante. Justo apoyada en una columna hay una chica sola y aburrida, que más se puede pedir. Voy hacia ella, me presento, una ronda de preguntas tipo y me pongo a bailar. Echo un buen rato con ella, lo suficientemente largo como para acabarme la tercera copa. Parece maja y predispuesta, que es lo importante. A medida que los contoneos crecen en número decrece la distancia hacia ella. La cosa va viento en popa.

—¡Natiiii!

—Hola tías, ¿qué tal? ¿Dónde os metisteis?

—Estábamos en la habitación de…

Bla, bla, bla. Voy a aprovechar para buscar a estos y presentarle estas tías, que alguna está para subirla al cielo. Doy la vuelta al local y no los diviso en ninguna parte, vuelvo junto a la chica, pero ya no está. Me parece que cometí un error fatal. Voy a pedirme otra copita para olvidar el chasco y retomar fuerzas.

—Javi, ¿por dónde estabas? —Es Óscar, más sonriente que de costumbre, y mira que suele estar sonriente. Y viene con Tomás.

—Eh, tíos, otro roncito. —Una proposición sin oposición. Unanimidad en la decisión, ya gustaría en el Parlamento.

Otra copa y ya estamos entrando a otro grupito. Jueguito de nombres otra vez, cuestiones de origen, preguntas sobre su carrera u otros estudios, reverencias a su imagen, halagos a su simpatía. Estupideces en conclusión, la excusa perfecta para un giro brusco de cuello y morros al ataque. ¿Colará? No. Bueno, pues a otra cosa mariposa.

Buf, ya no veo un burro a medio metro. ¿Dónde se habrán metido otra vez? Otra vez "desaparecido en combate", supongo que para el amor estoy siendo tan impasible como la actuación de Chuk Norris en la película y cómo no, al igual que él, directo al grano.

Voy tambaleando. Una chica sola. Gracias Señor.

A medida que me acerco a la muchacha mi estabilidad va en declive, puedo ver mi risa reflejada en una botella de vodka en la barra. Doy la impresión de tío baboso que va a por todas, de tío, resumiendo, pero no soy consciente de ello. Todavía soy muy joven e inmaduro, todavía no he aprendido a poner la adecuada cara de falso interés, a fingir que solo fueron dos copas, a interesarme por sus problemas para acceder a sus faldas. Abreviando, a hacerme pasar por tipo interesante, cuando de todos es sabido que precisamente son esos chicos tan interesantes, preocupados, amables y bien parecidos los que buscan los más bajos placeres. Todavía no he aprendido a fingir lo que no soy para tener que acceder al corazón o los muslos de una chica, aún no sé contestar a falsas retóricas sobre la autenticidad personal que plantean las mujeres, quizás esperando una afirmación que no es más que una negación en sí misma.

Todo este rollo no importa cuando vas a cumplir dieciocho años, estás ebrio, ansioso por comerte el mundo, aún más ansioso por

comerte un rosco y sin comprender que la justicia no rige ni la naturaleza ni el mundo.

En este momento solo importa la chica de la camiseta de rallas negras y amarillas que tengo delante, no importa si ella es fea o yo un baboso, si ella una ignorante o yo un inmaduro. Solo rige la naturaleza en forma de estupidez juvenil.

—Hola, nunca pensé que conocería a la abeja Maya —suelto el chascarrillo a medida que intento poner mi mejor sonrisa, dudando que lo consiga.

—¡Qué gracioso! —exclama la chica. Se ríe. Yo también me río. Vaya imbecilidad acabo de soltar. No se me ocurre nada, tengo la mente nublada. La chica sigue mirando. Se acabaron las tonterías. Un rápido movimiento de mi cuello en dudosa combinación con mi boca y le entro directamente a los labios pegándole un morreo en toda regla. Unos segundos gloriosos después me aparta. No sé qué hacer. Ella sí y me devuelve el beso.

Horas hablando con chicas y “preocupándome” por sus asuntos, siendo atento, escuchando muchas tonterías y adulándolas para al final acabar besando a una que califico de “abeja Maya”. Empiezan a preocuparme los misterios del sexo opuesto.

JUEVES, 15 DE NOVIEMBRE DE 2001

Ya pasado mi primer mes de universitario me he escaqueado de más clases que toda mi anterior vida lectiva junta, y eso que he asistido a la mayoría, pero la libertad de poder hacerlo sin reprobación es toda una experiencia para un estudiante en los cimientos de su formación. La universidad es la primera experiencia de libertad académica propiamente dicha, ya que uno elige desde el principio si optar por ella o no, y acarrea consigo muchas más libertades. Eso es lo único que te preocupa los primeros años. El nerviosismo del principio ha tornado en optimismo y he conocido un montón de gente con la que, en principio, todo va bien. Cuando estás trabajando puede que no soportes a la mitad de tus compañeros de trabajo, pero cuando te dedicas a asistir pasivamente a unas charlas y tomar cafés o cañas, según el gusto de cada uno, te llevas bien con casi todo el mundo. Las clases pasan y los jueves universitarios van ganando protagonismo…

—Venga, salid hoy. Tengo cena con las de clase y después podemos quedar.

—Carmen, no sé, no creo que le haga mucha gracia a mi madre, ya salí el jueves pasado y por la mañana mi habitación no olía a flores precisamente —aclaro rápidamente.

—No será para tanto, sal hoy y déjate de tonterías —Carmen insiste copiosamente.

—Ya te lo he dicho. El jueves pasado bebimos un poco más de la cuenta y llegué a casa un poco perjudicado, y no quiero calentar el ambiente hogareño. No veas como se pone mi madre…

—Óscar, convéncelo y que entre en razón —Carmen pasa a la ofensiva rápidamente.

—No sé, yo quería irme mañana por la mañana —Óscar se excusa también.

—Sois una panda de aburridos —en este momento aparece Julio

con Simón, el semblante de Carmen pasa de la indignación a la complacencia al instante—. Hola chicos. ¿Y vosotros por aquí?

—Yo vine a fotocopiar unos apuntes y Simón me acompañó —responde Julio. Atravesando media ciudad para fotocopiar unos apuntes, ya. Es aplicado, pero no tanto. Sus fotocopias tampoco abultan mucho.

—¡Qué bueno Simón contigo! Te acompaña a todas partes. —Otro halago más para Simón por parte de Carmen, empieza a ser pedante.

—Buen amigo. —Julio acompaña sus palabras con una sonrisa falsa. Simón no dice nada.

—De todos modos, tienes una papelería más cerca para otra vez. ¿Sabes cuál te digo? —Soledad entra en la conversación para lanzar su primera puñalada trapera a Julio. Es divertido.

—No la conozco —miente Julio sin tapujos.

—¿Vais a salir hoy? Tengo fiesta con amigos de mi facultad y después podíamos quedar —propone Simón. Una proposición parecida a la de Carmen. Ahora entiendo.

—Yo me voy mañana temprano, mejor el jueves que viene, que además es el cumple de Javi —propone Julio, brindándome la oportunidad de plantear otro plan.

—Sí, el jueves que viene es mi cumpleaños y podríamos celebrarlo por ahí —respondo.

—Vale. Podríamos hacer una cena en nuestro piso y tomar algo allí. Montaríamos una buena fiesta —toma la palabra Laura, la compañera de piso de Soledad, planteando una posibilidad muy apetecible. Laura es una estudiante de filología que comparte piso con Soledad y dos chicas más, una buena chica de sonrisa dulce y mofletes sonrosados, cuya simpatía destaca por encima de la del resto del grupo. Siempre la estoy vacilando porque me río mucho con ella. Su ofrecimiento para cedernos el piso para hacer una cena por mi cumpleaños parece gustarle a la gente, especialmente a Julio, que aplaude la idea con entusiasmo. Parece más interesado que yo incluso.

—Pues ya está, el jueves que viene cena y fiesta en nuestro piso por el cumpleaños de este elemento —dice Soledad, muy risueña, también entusiasmada con la idea. Mira de vez en cuando para Laura que le devuelve la mirada y sonríe tímidamente. La sonrisa de Laura es muy bella, agrada contemplarla.

—Simón, tú también te vendrás ¿no? —pregunta Carmen.

—El viernes que viene tengo clase. No creo que pueda ir —se excusa. La negativa de Simón hace eco en la sonrisa de satisfacción de Julio, al que no parece importarle mucho su ausencia, pero choca con lo que Soledad esperaba, por el gesto que pone, y a Carmen le fastidia sin duda, no hace falta vérselo en la cara.

Por un momento me quedo mirando para Julio. Me sonríe con una cara de satisfacción un tanto maquiavélica. Sin duda se huele la atracción de Carmen por Simón y estará intentando quitárselo de en medio. Mi cumpleaños supone para él una baza estratégica importante ya que hace que nos decantemos por salir la semana próxima, que Simón no saldrá, y esta no, que sí lo hará. La felicidad que le produce su ausencia es tanto o más descarada incluso que la insatisfacción que Carmen siente por el mismo motivo.

Al cabo de un rato Óscar se va, Simón decide irse también y Carmen les acompaña porque supuestamente tiene que mirar algo en la facultad. A las 9 de la noche y con la facultad cerrada no parece un momento propicio para hacerlo, hecho que me es indiferente. Quedamos en la cafetería Julio, Soledad, Laura y yo. Los cuatro estamos callados un tiempo, pasado el cual Laura se levanta y va a los servicios.

—Bueno, parece que Laura está muy contenta con tu cumpleaños, Javi —afirma Soledad al tiempo que sonríe. Miro para Julio y él también sonríe.

—Sí, es muy buena chica. Me llevo muy bien con ella.

—Ya veo. Haríais buena pareja juntos —me espeta Soledad en toda la cara.

—Sí, supongo… —Me sonrojo, no sé qué decir, me llevo bien con Soledad, pero las confianzas que toma hacen que me enrojezcan las mejillas. En ese momento Laura vuelve del servicio y se sienta.

Quedamos otro momento los cuatro callados. Laura parece inquieta, al igual que yo, y Soledad y Julio reflejan una satisfacción extraña. Está claro que Julio tiene camino libre sin Simón, y Laura y yo nos atraemos ciertamente. Lo que no me explico es la satisfacción de Soledad, puede que quiera vernos a mí y a Laura juntos, pero no creo que le haga mucha gracia que su amiga Carmen se arrime mucho a Julio con lo mal que se llevan. Y, llevándose tan mal, me pregunto cómo están confabulando tan bien. Hay gato encerrado en el asunto. Pero bueno, es política, política amorosa. Parece que los cuatro que estamos en la mesa tenemos algo entre las manos, y de alguna forma estamos de acuerdo sin

decir nada. Cuatro extraños hace unas semanas se sientan ahora en una misma mesa y entrecruzan miradas y risitas. Si en vez de cafetería en el cartel de la entrada se leyera hospital, cualquiera pensaría que se trataba de cuatro pacientes de psiquiatría. Da igual, es gracioso y emocionante. Entonces me doy cuenta, me he olvidado de Ana. Llevo toda la tarde de risas con Laura, solo he pensado en ella.

Es una locura. Conocí a Óscar en la facultad, este me presentó a Carmen, compañera suya en el instituto que está siempre con Soledad, actual compañera de estudios de ella. Finalmente, a Laura la he conocido por ser compañera de piso de Soledad. Ahora Soledad y Laura prepararán una fiesta por mi cumpleaños ayudadas por una tal Pili, otra compañera de su piso que apenas conozco. Es todo un juego del azar o del destino, según se quiera ver, pero es, sobre todo, una oportunidad de oro.

JUEVES, 22 DE NOVIEMBRE DE 2001

Son las 8 y media. Óscar y yo discutimos si tomar algo o llamar ya por el telefonillo al piso de Laura, justo en el momento en el que ella sale por el portal del edificio.

—¿Ya estáis aquí? —pregunta Laura sorprendida.

—No. Bajábamos a tomar algo —respondo sin mucha seguridad.

—Mejor. Pili lleva una hora en el baño y yo… Tengo que ir un momento al supermercado.

—Vale. Nos vemos después —Óscar y yo nos despedimos de Laura y nos dirigimos a una cafetería cercana. Un baño en un piso con 4 chicas es un solo baño para 4 chicas. 2 horas y media después lo comprendemos. Cuando llamamos a la puerta del piso nos recibe Pili completamente arreglada.

—Hola, ¿qué tal todas? —saluda Óscar. Va con un jersey apretado marcando pecho y con el pelo un poco engominado, tiene buena percha. Detrás voy yo, con una chaqueta vieja y una camisa mal planchada, por no hablar del exceso de gomina, aunque al verme en el espejo de la entrada me veo perfecto, miope ante la elegancia o la falta de ella. Óscar pasa de largo y se pone a hablar con Pili, que consigue prematuramente que se fijen en ella después de acicalarse durante horas, por lo que ha escrito Laura en un SMS. Pili habrá dedicado a arreglarse más horas que yo minutos. Aun así, al mirarse al espejo sale acelerada hacia el baño.

—Laura, Laura. Déjame, son solo 2 minutitos de nada. Retocarme las cejas y acabo ya. No tardo nada —suplica Pili. Significarán 30 o 40 minutos por lo menos. Por inercia, miro mis cejas en el espejo, siguen unidas desde la adolescencia, momento en el que el entrecejo desapareció. «Viril» pienso, «gañán» obvio.

Laura sale del baño y va a atender lo que estuviese cocinando. Suena el telefonillo, Julio y Carmen ya están aquí, él viene muy animado, pero ella no lo parece tanto, deduzco que falta Simón. Así es. Dejo a esos dos hablando con Óscar, Laura está sola.

—Estás muy guapa hoy Laura —digo mirándole a los ojos.

—Gracias, pero no es cierto, estoy hecha un Cristo, todavía me tengo que arreglar. Por cierto, tú sí que vienes muy peinadito —dice a la vez que frota mis pelos flotando en gomina reseca. Nos reímos un rato hablando de tonterías y después me enseña el "salón", un pasillo ancho aprovechado para empotrar un viejo sofá y poner un televisor en una esquina, el piso está céntrico, pero los metros no dan para más.

Al rato, Pili sale del baño y Laura aprovecha para ir a maquillarse. Quedo mirando la tele, un enorme armatoste que ocupa medio pasillo. En este momento las televisiones planas son objetos futuristas, los *reality shows* son la nueva moda y *Operación Triunfo* rompe los ratios de audiencia. Viendo el programa tomamos las primeras copas. Laura entra y sale del baño a la cocina. Está preciosa esa noche.

—Toma —tiendo la mano y le ofrezco una copa a Laura en una de sus idas y venidas.

—Javi, que todavía no acabé la segunda —la voz empieza a salir entrecortada de las cuerdas vocales de Laura. «Excelente» podría pensar, pero no, todavía no son tan malas mis intenciones, simplemente ofrezco una copa a Laura en una inusual muestra de cortesía por mi parte.

—Bueno, así ya la tienes servida. Por cierto esa camisa es muy bonita, te queda muy bien y te pega con tu color de ojos —halago a Laura con un comentario sobre su elegancia, sin duda surgido por inspiración divina y una muestra evidente de la existencia de un ser superior.

—Gracias Javi —Laura agradece mis cumplidos al tiempo que mira al otro lado del salón, allí están Julio y Carmen hablando mientras Óscar camela a Pili por el conjunto "tan mono" que lleva ese día. Zorro taimado.

Tonteando con Laura me tomo otra copa tranquilamente hasta

que esta se da cuenta de que se le ha olvidado la tortilla, entonces sale apresurada hacia la cocina, pero cuando llega ya es demasiado tarde. Está quemada y hay que tirarla. De todos modos la gente no parece muy preocupada, todos están bebiendo y charlando tranquilamente. Alguno se ha animado y se ha puesto a cantar. Todos estamos muy exaltados. Laura se pone a limpiar un poco el estropicio así que, en otra muestra más de mi escurridiza cortesía, me dispongo a fregar los platos e intentar ayudarle a limpiar aquello, intentarlo al menos.

—Javi, deja eso. Ya lo limpio yo, esta es tu fiesta.

—Deja que te ayude —replico con una sonrisa. Por un momento nos quedamos mirando el uno para el otro hasta que nos entra a ambos la risa floja. Entonces empieza a pellizcarme y yo le devuelvo los pellizcos, ambos nos reímos.

—Estás muy guapa hoy —le repito al oído. Entonces ella se gira hacia mí. La beso. Es muy bonito, por muy sucia que esté la cocina. A partir de ahí la noche se extiende por los bares de siempre, la misma gente y el mismo desfase de todos los jueves, pero con una chica que hace de esa la noche más agradable en bastante tiempo.

LUNES, 10 DE DICIEMBRE DE 2001

Han pasado más de dos semanas y sigo tratándola como a una amiga más, pero está claro que no lo es. A veces, al despedirnos, nos besamos y eso no es solo amistad. Por mi mente se cruzan ideas contradictorias. Laura me gusta, aunque no fue un flechazo instantáneo como con Ana, surgió más lentamente, en días, incluso puede que semanas. Lo de Ana ocurrió desde el primer día que la vi, en la primera clase de la universidad, el amor verdadero como en las películas, es prácticamente una desconocida, pero una parte de mí todavía está presa de sus redes. La otra pertenece a Laura. El curso avanza, ajeno, y yo preocupado por mi dicotomía sentimental.

—¿Qué te ocurre Javi? Estás preocupado por algo. ¿Qué es? —me pregunta Óscar.

—Es por Laura. No sé qué hacer con ella. Me gusta, pero no sé.

—Javi, no le des vueltas. Si te gusta Laura pregúntale si quiere salir contigo. Está claro que aceptará.

—Ya, pero es por eso. Si me dice que sí… Todavía tengo a Ana en algún rincón de mi corazón.

—¿Tu corazón? Déjate de tonterías, Laura es buena chica y le gustas y Ana… Ana es un palo tieso sin formas de mujer y prácticamente no la conoces. A parte ya ves el ambiente en el que se mueve y la gente con la que se lleva, no somos de su agrado.

—Puede que tengas razón.

—Pues a qué esperas. Ahí vienen, hoy es buen día para que se lo digas. Mañana se va y ella está esperando que se lo pidas. No seas tonto.

—Hola chicos —nos saludan las chicas al entrar en la cafetería. Laura va con ellas y se sienta a mi lado. Hoy está especialmente hermosa, lleva un brillo de vida en los ojos que le da una imagen muy bella. De repente me coge del cuello y me da un corto beso, dulce y muy sensual. Por un instante me quedo mirándole a los ojos

con cara de tonto, después miro en derredor y veo a todos mirando para nosotros con una sonrisa dibujada en sus rostros. Es como si todos me estuviesen repitiendo lo que me acaba de decir Óscar. ¿A qué espero?

—Javi, me acompañas un momento a llevar esto a la biblioteca —me pregunta Laura.

—Claro —contesto con la voz un tanto temblorosa. Se avecina el momento de tomar una decisión.

Salimos de la cafetería y le acompaño a devolver unos libros a la biblioteca. Al regresar, ya de noche, por el camino doy el paso que todo parecía decirme que tenía que dar.

—Laura, tengo que decirte algo.

—Dime.

—Es que no sé cómo…

—Dímelo ya, tonto.

—Bueno. ¿Querrías salir conmigo? A mí me gustas y si tú… —No he terminado de pronunciarlo cuando mi lengua se encuentra con la suya. No es necesaria respuesta alguna.

Estamos besándonos un buen rato en un parque cercano y regresamos a la cafetería cuando ya casi es hora de volver a casa. Allí nos esperan todos. Soledad es la primera en tomar la palabra, como es habitual.

—¿Cómo están los dos novios? —Soledad lo anuncia todo sin necesidad de que los protagonistas abramos la boca. Su ímpetu verbal es más rápido que los propios acontecimientos, ciertamente precipitado. Tanto Laura como yo nos sonrojamos, pero gracias a Dios pronto alguien nos quita el protagonismo.

—Bueno, no son solo dos —sentencia Julio convencido de lo que dice—. Carmen y yo también hemos empezado a salir.

La sorpresa es generalizada, si bien lo mío con Laura es previsible, lo de Carmen y Julio deja perplejo al personal y la gente se pone a cuchichear.

Al poco rato recogemos nuestras cosas y nos vamos, la gente charla animadamente de vuelta a casa y en un momento que los demás se nos adelantan Carmen se dirige hacia mí.

—Así que tú y Laura al final…

—Pues sí. Lo que me sorprendió fue lo tuyo con Julio. Pensé que el que te gustaba era Simón.

—La cuestión es que Simón me gustaba físicamente, pero prefiero a Julio porque me resulta más interesante. Puede hablar de

cualquier tema y siempre está ahí, en cambio Simón está muy bueno, pero es muy callado y parece muy niño al hablar, a Julio se le ve mucho más maduro y eso me gusta.

—Claro. Mejor así, los dos hacéis buena pareja y creo que te irá mejor con Julio que con Simón —mi respuesta es la políticamente correcta, pero lo cierto es que lo que pienso no se corresponde con lo que digo. Por lo que puedo percibir Carmen se ha decantado por Julio más por la indiferencia de Simón, que parece más interesado en otras distracciones femeninas, que por la atracción real que sienta por Julio.

De vuelta a casa nos vamos despidiendo de los que cogen otros caminos, los que tenemos novia nos despedimos con el beso de rigor y los que no lo hacen menos acaloradamente, hasta que al final solo quedamos Julio y yo.

—Gracias, me has ayudado para poder estar junto a Carmen y te debo una —confiesa Julio.

—De nada —digo al despedirme. Y ciertamente por nada es, ya que no he hecho nada por convencer a Carmen de estar con Julio. De todos modos, mejor que lo piense así.

JUEVES, 20 DE DICIEMBRE DE 2001

Hoy es la noche. Estoy pletórico. A medida que desciendo los escalones para abandonar esa sala de aburrimiento que es la facultad voy dilucidando los pasos a seguir esta noche.

En la facultad ciertas compañeras de clase han organizado una cena para los de primer curso. En clase a parte de Óscar está el otro guaperas llamado Jacobo, pero si bien el carácter agradable y la actitud humilde del primero le absuelven del pecado de su atractivo, el segundo es un ser infame de actitud altiva que, cómo no, tiene una hermosa y cordial novia que tampoco se merece. Pues bien, tal ruin caballero no puede cabalgar solo por la vida así que siempre que hace su aparición lleva su séquito detrás, teniendo como segunda al mando a una chica de fuerte robustez corporal y craneal, a la que llamaré simplemente Asquerosidad, por no faltarle al respeto. Son precisamente ella y el resto del séquito las que organizan la cena. Al no ser Óscar ni yo del agrado de su majestad Jacobo tengo la impresión de que quedaremos fuera de tal evento.

Por otro lado tenemos un compañero de clase al que no le interesa mucho la cena y está dispuesto a montar una fiesta en su piso. Será una buena fiesta, nos tomaremos unas copas y coquetearemos con alguna amiguita de nuestro colega. Óscar espera que el ambiente se caldee y poder ver antes la cama con alguna de ellas que la puerta de salida con él. Sino cuenta con salir hacia los bares del centro de la ciudad a comernos la noche, escuchar buena música y poder ligar con más chicas.

Pasan las horas y por fin ha llegado el momento, me acicalo, salgo de casa, recojo a Óscar por el camino y caminamos apresuradamente hacia el piso de nuestro compañero de clase. Nos abre la puerta un tipo greñudo, con pinta de estar colocado y que nos invita a pasar al salón. Es una estancia mal iluminada por una vieja lámpara de color rojo, dando aspecto de prostíbulo barriobajero, en la esquina de la sala hay una televisión vieja con

una PlayStation debajo. En el centro se encuentra una mesa baja de escasas dimensiones sobre la que se encuentra, presidiéndolo todo, un plato sucio con manchas de yema de huevo entre las que se incrusta una piedra de hachís. Solo la PlayStation alberga vida en este salón. Nos sentamos y al rato el mismo individuo que nos abrió la puerta aparece acompañado de dos chicas que se nos presentan, la situación da un giro de ciento ochenta grados. Por desgracia las chicas se van pronto y todo vuelve a ser lamentable. Nos quedamos acompañados del desconocido hasta que finalmente nuestro colega sale del baño con los ojos chispeantes. Parece que no va a haber más gente en esta fiesta y las chicas ya se han ido. Ante tal panorama Óscar se limita a sacar la botella y echarnos unas copas, los otros dos buscan desesperadamente algo. Por fin, un rato después, lo encuentran. Con gesto de felicidad arrancan la piedra de hachís incrustada en los restos de huevo frito y lían unos porros.

Echamos unas partidas a la PlayStation y, mientras, nos tomamos unas copas y damos unas cuantas caladas al porro. Nunca antes he fumado, pero la sensación que da no es especialmente de mi agrado. No quiero pasarme así que pronto paro de fumar y me limito a tomarme unas copas. Sin darme cuenta, la mezcla explosiva de tanta mierda parece hacerme efecto. Sin duda mucho efecto. No sabré decir cuánto tiempo ha pasado cuando por fin nos levantamos del sofá y dejamos aquella fiesta del nabo. Bajando por una cuesta empinada veo que Óscar se tira dando vueltas por ella, no puedo evitar imitarlo. Nos reímos. Óscar dice de pasar por la cena de clase. Allí estará Ana, qué gran idea, pienso. Si a eso se le puede llamar pensar. Iremos por allí y nos reiremos con todo el mundo. Sí, vamos a animar el cotarro, seremos el alma de la fiesta. Mis sentidos se nublan.

—Pues yo no sé la especialidad que elegiré, puede que geriatría. ¿Tú qué especialidad elegirás Ana? —pregunta su amiga cuando hago mi entrada espectacular en el restaurante a la cena que nadie nos ha invitado.

—¡¡¡EEEhhhhhhhh!!! ¡¿Cómo va la fiesta?! —interrumpo casi gritando. O puede que gritando. Me siguen Óscar y nuestro colega de los ojos chispeantes.

—Sí, geriatría es interesante, aunque yo prefiero la atención primaria —le contesta Ana obviando mi presentación.

—Yo estoy pensando en los servicios centrales. No me conformo

con menos —dice Jacobo, ignorándonos también. «Imbécil» me susurra mi única neurona sobria, ya no sé si refiriéndose a él o a mí mismo.

—Claro, sí. Es un destino de responsabilidad. —Las chicas del séquito alaban constantemente a Jacobo, lo quieren todo para ellas.

Me sobrepongo al vacío que nos han hecho y voy saludando a todo el mundo y montando jaleo. Óscar parece hacer lo mismo y el colega de ojos chispeantes contempla o parece contemplar la escena, extraño.

—Pues desde atención primaria hay que coordinarse bien con los servicios centrales —le dice Ana a Jacobo sonriéndole. No sé por qué, pero tengo la impresión de que esto se está convirtiendo en un nido de víboras ansiosas por atrapar a Jacobo. Y Ana es una de ellas. No puede ser cierto. Tengo que hacer o decir algo…

—Por supuesto —responde él con cara de sobrado.

—¡¡¡Ehhhhhhh!!! —interrumpo de nuevo para… para nada básicamente. Así que prosigo saludando a los demás y brindo con otras chicas de la cena con una copa a la que tampoco me han invitado. Ana me mira y esta vez, hasta yo y en este estado, contemplo el asco en su mirada. Para solucionar la aversión que pueda estar notando hacia mí no se me ocurre otra cosa que acercarme e intentar darle un abrazo, ella se aparta y casi me caigo. La gente se ríe. Entonces me empuja. La gente se ríe aún más. Me veo en un espejo del local, contemplo mi rostro desfigurado. Mientras la caída del párpado del ojo izquierdo se me acentúa, el ojo derecho parece estar saliéndose de su cuenca. Los dos ojos danzan sobre una enorme nariz rojiza cercados por una multitud de espinillas, algunas de tamaño descomunal. Una mueca pretenciosa pretende ejercer de sonrisa. No soy ningún adonis, pero aquel espejo ha de estar mal colocado o borracho directamente. Ese no puedo ser yo, me niego a creerlo.

Da igual. Me olvido de la situación, de Ana... Paso de todo. Empiezo a cantar y a tirarles cosas a las otras chicas que me siguen el rollo. Ellas se animan y se unen al escándalo. Vienen los dueños del bar con pinta de tener malas pulgas. Óscar y yo nos escondemos en el lavabo. Al rato salimos y volvemos a montar jaleo. Esta vez sí, nos echan del bar.

Ana, Jacobo y su séquito ponen cara de alivio. El resto siguen montando escándalo dentro.

Ninguno de nosotros se llevará de esta noche nada más que una

resaca descomunal.

JUEVES, 10 DE ENERO DE 2002

Óscar pasa hojas de apuntes ansiosamente. Maite juega con el bolígrafo mientras relee la misma hoja desde hace más de media hora. Carmen y Julio se hacen carantoñas delante de sus respectivos apuntes. Laura juega con la goma de borrar y, de vez en cuando, me regala una sonrisa. Soledad es la única persona que parece tener algo de concentración en nuestro grupo.

En otra mesa hay dos chicas, una de las cuales sale a fumar copiosamente, y sentadas frente a ellas están Elisa, una compañera de clase, y su hermana Julieta. Más lejos se encuentra el feo de la clase, que no para de mirar a una rubia muy atractiva que se sienta frente de él y que también va en nuestra clase.

Este es el panorama que se puede encontrar en cualquier otra biblioteca, mucha gente sentada delante de unos apuntes de los que tendrán que empacharse copiosamente por no haberlos ido digiriendo poco a poco desde el comienzo del curso. Muchos forzados universitarios cuyos padres han asociado estudios universitarios con un seguro futuro puesto de trabajo bien remunerado. Incautos.

—Hola, soy Cruz. Me preguntaba si me dejarías fotocopiar parte del libro de antropología. Veo que lo tienes ahí y yo ando justa para comprarlo. ¿Te importa? —pregunta la amiga de la chica fumadora, un poco brusca en sus formas.

—Sí, cógelo —le contesto señalándole el libro cerrado que tengo a mi derecha.

—No, mira, es el que estás leyendo. Me refiero a si me lo dejas cuando acabes de estudiar hoy —me aclara Cruz.

—Ah sí, cógelo ya si quieres. Creo que ya me llegó por hoy —respondo exhausto después de mi primera hora de estudio en todo el curso—. ¿Nos vamos a la cafetería? —propongo con total aceptación. Además de mi grupo, se unen a la propuesta Cruz, su amiga, el feo y la chica objeto de su deseo. Así que cojo las cosas,

me despido de Elisa y su hermana Julieta, muy simpática, y salgo apresurado.

—Parece maja sí, pero tampoco es gran cosa. Está mucho mejor él en comparación. —Palabras de Asquerosidad a una de sus amigas nada más salir por la puerta de la facultad. Su tono es más airado que jocoso. Sin duda está de mal humor. No sé lo que habrá pasado, pero hay que enterarse.

No tardo mucho en enterarme, pues unos metros más allá está el resto del séquito rodeando a Jacobo y a su novia. Hasta este momento pensaba que ya la habían conocido antes, pero no es hasta ahora que se produce el encuentro. Asquerosidad sigue disimulando su enojo, pero está claro que no es el momento más alegre de muchas, y menos el de ella. Por desgracia no sé saborear el momento que vivo, quizás por ser aún demasiado inocente, no he alcanzado todavía el estatus de mala pécora que lograré con el tiempo.

Las chicas se nos adelantan unos metros y aprovechan para cuchichear de sus cosas cuando el feo se para a saludar a Jacobo. Una vez terminan de intercambiar unas palabras el resto seguimos a las chicas. Óscar camina a mi lado y va ralentizando el paso hasta que nos quedamos un poco rezagados.

—No saludaste a Ana —me susurra en voz baja.

—¿Qué Ana? Ah sí, bueno —gesticulo poniendo cara de duda. El amor por Ana se diluyó tan rápido como apareció. Ahora estoy enamorado de Laura, no hay duda.

Sin más que decir apuramos el paso de nuevo hasta alcanzar al grupo. Llegamos a la cafetería y charlamos sobre los exámenes, las fiestas, la gente de clase… Allí me entero de que el feo se llama Alberto y que la rubia que ansía, Rosario. Él es un tipo feo, bajo, de pelo largo, vestido con una camiseta negra de “Guns and Roses” y vaqueros, una estética roquera en general. Ella podría tratarse de una niña pija, pero parece también algo choni, le gustan las compras y lleva ropa escotada llueva, nieve o sea el apocalipsis. Es bien conocedora de su talla de sujetador, pero suele usar una menor. Tiene unos ojos, también, saltones. Cruz es una veterana de veintiún años que se queja de exámenes y profesores, su tosquedad resulta graciosa. Carmen y Julio resultan empalagosos y Soledad parece gritarlo, aunque esté callada. Laura bromea conmigo.

Al rato llega Tomás, el estudiante de Medicina, Sara, una amiga de Rosario estudiante de Pedagogía con aún más talla de sujetador

que ella y Jaime, un amigo de Alberto con su misma estética de amante del rock. Total, una hora de estudio en la biblioteca y tres en la cafetería. Y el germen de un grupo, un grupo que Jacobo bautizará.

JUEVES, 28 DE FEBRERO DE 2002

—Síííí —grito de júbilo al salir del último examen del cuatrimestre. Se han acabado los exámenes. Vuelve la fiesta. Los dos meses teniendo que estudiar se han hecho duros.

—Hoy fiesta en mi piso —escucho decir a Alberto por detrás—. Vamos a montar un fiestón como se merece. Y que venga todo el mundo.

En menos de 15 minutos ya hay confirmadas decenas de asistencias. Hasta Jacobo y alguna de su séquito vendrán. Laura no, irá a otra fiesta con sus compañeras de piso. Las horas pasan con impaciencia hasta que llega el momento.

Quedo con Óscar y juntos nos dirigimos al piso de Alberto, que queda relativamente cerca de mi casa. Subimos al piso y nos abre la puerta el compañero de los ojos chispeantes. Me pregunto si alguna vez los tendrá relajados. Apenas habla y fuma mucha hierba. No es el único. A Óscar y a mí no nos gusta fumar y tenemos hambre, así que comemos algo en la cocina y nos tomamos una copa. Todavía no ha anochecido.

En el salón la gente ríe a carcajadas, así que nos acercamos. Han puesto una película en el vídeo, *Corazones en la Atlántida*. La película es un drama de ritmo lento, muy lento, no tiene nada de comedia, pero cuando miro a Jaime, Rosario, Tomás y los demás todos ríen de manera demencial. Sale un coche, ríen, dos personajes hablan de la vida, ríen, Anthony Hopkins se queda mirando a

cámara con su pose característica, ríen también. Sí, el hachís vuelve a Anthony Hopkins gracioso. La situación es tan surrealista que hasta a los sobrios nos da la risa floja.

Alberto mira mucho a Rosario, evidentemente le gusta, pero las posibilidades de que consiga algo con ella son nulas. Ni con todo el hachís del mundo. Posará antes sus extremidades en la luna que entre sus faldas, ya puede ir llamando a Neil Armstrong.

Al terminar ese drama de película transformado en comedia por los efectos del hachís ha llegado prácticamente todo el mundo. El piso es un hervidero de gente bebiendo, fumando, bailando, riendo. En algunas habitaciones el aire está completamente enrarecido y permanecer en ellas más de 10 minutos supone salir intoxicado, pero estar en el salón supone aguantar un monólogo de Jacobo mientras el séquito babea. Así que me quedo en una de las habitaciones hablando con Elisa y su hermana Julieta. Julieta tontea mucho, pero no me planteo nada con ella, no me interesa otra que no sea Laura.

Me entra hambre nuevamente y voy hacia la cocina, cojo un trozo de pizza y sin querer tiro media copa sobre la encimera. Cojo lo que parece un trapo y lo limpio.

Un momento, esto no es un trapo, este es el jersey de Óscar. Miro a mi lado y sobre el fregadero está sentada la chica más atractiva del séquito de Jacobo, Susana. Una bestia la embiste contra la grifería al tiempo que parece estar comiéndole la yugular. Si no tuviesen la ropa puesta pensaría que están montándoselo allí mismo. Reconozco a la bella y a la bestia también. Es Óscar. Una de sus embestidas es tan fuerte que empuja el grifo, al hacerlo veo de reojo como Jacobo mira desde el salón enfurecido. Sonrío.

—¿Qué narices…? —dice la bella riéndose mientras muevo el grifo. La bestia no sonríe.

—Ehhh… Agua, voy a coger agua. —Lleno la copa que he derramado con agua. Salgo corriendo antes de que la bestia se altere.

—Vaya calentón llevan —le comento a Jacobo cuando salgo de la cocina.

—Sí —contesta Jacobo con rabia sin apartar la vista de la

escena. Grande Óscar.

Por el pasillo me encuentro a Tomás. Está vomitando en el baño por lo que le ofrezco el agua que acabo de coger. Prefiere otra copa, lo persuado de que quizás no es lo adecuado, se viene conmigo a conocer a Julieta y Elisa. Charlamos tomándonos otra copa cuando Alberto nos propone irnos hacia los bares del centro.

Portal. Parque. Bar desconocido. Calles del centro. Otro antro…

Cuando miro el reloj son las 4 de la mañana. Voy con Cruz, Julio y Carmen a mi lado. Seguimos a Jacobo, Alberto y su amigo Jaime, que van con Rosario y su amiga Sara. Entramos en el antro de última hora, el Nao Berlín. Evidentemente nadie está en condiciones de tomar una copa más, nadie debería pedir nada. Demasiado tarde para razonamientos, Alberto aparece con una bandeja de chupitos y hielos.

—¿Hielos? —pregunto.

—Sí, mira —responde Cruz metiéndose un hielo en la boca y pasándomelo acto seguido a la mía, entre los labios, empujándolo con la lengua. Lo lógico sería pensar que esto es una auténtica guarrada para compartir bacterias. No nos rige la lógica. Lo considero estupendo. Y como yo parece que el resto.

Después más risas, bailes y saltos. Cruz cae al suelo un par de veces, Rosario y yo también. Nos juntamos todos y hacemos una piña saltando como locos. Lo que sujeta el sujetador de Rosario va a dejar de sujetarse en cualquier momento. Aquello bota de manera hipnótica y todos miramos para allí. Nosotros miramos, el resto del bar mira y, sobre todo, ellas miran, solo que con otra cara. Julio adora de manera empalagosa a Carmen, aunque ahora no mira para ella. Ella no es lesbiana, pero también mira para allí. Jacobo es el novio perfecto, pero mira para allí. Entonces el camarero aparece con más chupitos, esta vez gratis. Evidentemente, el camarero también mira lo mismo.

Por desgracia para muchos, el sujetador es de buena calidad. Resiste.

MIÉRCOLES, 6 DE MARZO DE 2002

—Venga. Alberto y Jaime llevan toda la tarde allí —insiste Cruz.

—Yo me quedo tomando algo con Sara y Rosario —respondo.

—Sara y Rosario están allí también, pillaron un bus hace dos horas —persiste Cruz. Por lo visto Jaime fue con Alberto, Sara fue porque iba Jaime y Rosario fue arrastrada por Sara. Bien jugado por parte de Alberto, aunque no le vaya a servir de nada.

—Yo paso —respondo a una Cruz sobreexcitada—. Mi madre me mata si me voy a Coruña hoy. No puedo.

—Dile que es la final de la Copa del Rey y que quieres verlo en Coruña para sentir el ambiente.

—Ya —me río—. Piensas que mi madre es imbécil. Dudo que sepa que hoy juega el Depor la dichosa copa, pero lo que sí sabe es que a mí el fútbol no me apasiona.

—Pues dile a tu madre que quedas en nuestro piso haciendo un trabajo que se nos ha retrasado y si no lo acabamos hoy te suspenden.

—No fastidies. Pero si vosotros dos sois del Madrid y yo del Celta —les recalco tanto a Cruz como a un Óscar tan o más excitado, cuando su pasión por el fútbol es menor, si cabe, que la mía. Tomás no dice nada.

—¡Llama a tu madre, coño! ¿Crees que me voy a perder semejante fiesta porque gane o pierda el Madrid? —grita indignada Cruz.

—Ese es el problema. El Depor juega contra el Madrid de Zidane y los galácticos en Madrid y el día del centenario. ¿Qué va a pasar? Pues el Madrid les meterá cuatro y en Coruña toda la gente se irá para su casa. Cuando lleguemos aquello estará muerto —replico airado.

—Gooooooool. —Medio bar se levanta como un resorte. Sergio acaba de meter el primer gol para el Deportivo a los seis minutos.

—Javier —ordena Cruz solo pronunciando mi nombre. Lo cierto es que si el Depor le gana la Copa al Madrid, y a domicilio, se va a montar una celebración en Coruña más grande todavía que la del año que ganaron la liga. Pero es casi imposible.

Cojo el móvil sin pensarlo y llamo a mi madre.

—Mamá, tengo un problema. Tenemos que entregar un trabajo mañana sin falta porque es el último día para hacerlo y aún no lo pudimos acabar…

—¡¡Inútil!! Pedazo de vago. ¡Ludópata! Si no estuvieras todo el día jugando a la maquinita ya lo tendrías hecho.

—Sí, mamá. Pero si no nos suspenden —me excuso a la vez que Cruz ríe a carcajada limpia. Gesticulo a Cruz para que baje el tono.

—Porque no te tengo aquí que si no ibas a llevar una… con la mano no, con la zapatilla, que demasiado blanda es. Lo que sois es una panda de desgraciados. Como me entere mañana que has estado de fiesta…

—Mamá, confía en mí. En febrero aprobé todo.

—Vale. Pero que sea la última vez. Y ten cuidado con esa perra vieja —accede mi madre. Miro para Cruz y me río. ¡Bingo!

—Gracias mamá. Un beso. —No hay respuesta. Mi madre cuelga con su brusquedad habitual.

Cruz sale del bar y llama un taxi. Nos grita para que montemos.

—Buf. Mi madre no está de humor. Yo creo que es mejor que vayáis vosotros y yo vuelvo a casa —recapacito—. Además nos vamos a fundir una pasta en el taxi.

—A Coruña, a la plaza de Cuatro Caminos —ordena Cruz al taxista—. Treinta euros, lo tomas o lo dejas. —El taxista accede. Vamos Cruz, Óscar, Tomás y yo.

—¿Por qué te reíste de mí cuando hablaste con tu madre? —pregunta Cruz con curiosidad.

—Porque se ha referido a ti como perra vieja.

—¡Perra vieja! —exclaman Óscar y Tomás al unísono entre risas. Mi madre acaba de otorgar a Cruz su primer título nobiliario. Es ya una perra vieja con veintiún años.

Por el camino escuchamos como Tristán

marca el segundo para el Depor. El taxista estalla de júbilo. Nosotros también, se huele jolgorio. Llegamos a Coruña y nos unimos al grupo de Alberto y compañía en un bar abarrotado.

Raúl mete el primero para el Madrid en el minuto cincuenta y ocho. Todos estamos ansiosos, nos queda media hora de sufrimiento. Óscar y Cruz son seguidores del Madrid y yo siento simpatías por el Celta, eterno rival del Depor, pero ahora mismo somos los más incondicionales del local porque, ante todo, somos forofos de la fiesta.

—Como empate el Madrid se acabó y habremos venido para nada. Te mato —advierto a Cruz.

—¿Qué decías? —es su contestación media hora después. El partido acaba y el Depor gana la Copa. Coruña estalla de alegría. Cuatro Caminos es una caldera de gente de celebración. Los más osados y pasionales celebran el título en la fuente. Después de unas copas formamos parte de ellos siendo, por supuesto, de los que presiden la celebración desde lo más alto de la fuente. Entonces, en el momento más enfervorizado de la celebración deportivista veo como Óscar se sube a la fuente con determinación.

—¡¡¡¡Hala Madrid!!!! —grita a todo pulmón por encima de la masa enaltecida de los hinchas del Depor más enfervorizados, los cuales vuelven la cabeza hacia él. «Lo matan», es lo único que pienso.

—¡Hala Madrid! Yo estoy aquí por la fiesta, pero… ¡Hala Madrid! —exclama nuevamente Óscar recalcándolo en el gesto más temerario que jamás haya visto. «Nos matan a todos». Por suerte

todos lo toman con humor. Resultan más tolerantes de lo esperado o pensarán que está mal de la chaveta.

La fiesta sigue a altas horas de la madrugada hasta acabar en la zona del Orzán, cuando parece que ya todo está cerrado. Vemos a un señor atravesar una desgastada y vieja puerta azul de madera, dentro parece que hay luces y se escucha música caribeña. Cruz lo sigue y nosotros la seguimos a ella. El local está en un sótano y tenemos que bajar por unas escaleras bañadas por una luz roja.

—Cruz. No es por nada, pero esto parece un…

—Hola guapo —dice una señora caribeña entrada en carnes y años con el maquillaje a modo de pintura expresionista. Me echo la mano a la cabeza y señalo a Tomás para despistarla.

—Cruz esto es…

—Cerveza a dos euros. No hay nada más abierto —advierte Cruz. Aceptamos el consejo. Se podría decir que hasta entablamos amistad con las señoras caribeñas no sin antes advertirles que apenas tenemos para cerveza y usando a Cruz de guardaespaldas, de metro y medio, pero con mala leche. Cuando salimos afuera ya es de día. De haber dejado a Cruz allí media hora más se adueñaría del local. Nos recoge un amigo de Sara que está de Erasmus, un checo de dos metros que conduce un Mini y cuya atracción por Sara lo ha traído en misión de rescate a Coruña desde Santiago. Nos apretujamos atrás los que cabemos, el resto regresará en el coche de Jaime.

—Gente muy seria aquí en Coruña. En Santiago más alegría —dice el checo al pasar al lado de Riazor y ver a hinchas de vuelta a casa ya cansados.

—¿Quieres alegría? —pregunto, bajando la ventanilla. Entonces grito—. ¡¡¡Celtaaaa!!!

Todos los hinchas deportivistas gesticulan y gritan. No parece haberles sentado bien.

—¡Celta! —grita ahora el checo también—. Esto les anima, sí.

En apenas dos minutos quedo dormido entre tres personas más en el asiento de atrás de un Mini. Apenas cuatro horas después el sonido de la vieja lavadora chocando con la encimera y la nevera me despierta. La habitación me vuelve a dar vueltas, pero me sobrepongo rápidamente. Al entrar en el salón comedor cocina habitación cuarto de estar de mi madre la encuentro a ella con un periódico en la mano.

—¿Qué? ¿Cómo fue el trabajo ese? —pregunta mirando de reojo.

—Bien. Complicado pero bien.

—El Depor ayer le ganó la Copa al Madrid —dice sonriendo mientras mira el periódico.

—No sabía que ahora te gustase el fútbol, mamá.

—Y yo que pensaba que tú eras del Celta —dice, señalando una foto en la prensa de la fuente de Cuatro Caminos enfocando a los forofos. En ella se ve a Cruz exaltada en la cima de la fuente mientras Óscar y yo la alzamos—. Perra vieja.

JUEVES, 14 DE MARZO DE 2002

—¿Una fiesta en tu residencia? —Pregunto sin poder creérmelo.

—Sí. Hoy a la noche. Podéis venir los que queráis. Los exámenes se han acabado y nos permiten hacer una —responde Julio con vehemencia, casi ofendido porque me mostrase sorprendido de verlo a él hablar de fiesta.

—Sí, vale. ¿Por qué no? —acepto la invitación. Julio no es tan popular como Alberto, su invitación no cala en mucha gente, aunque el propio Alberto, Cruz, Óscar y su nueva novia Susana, antigua integrante del séquito de Jacobo, Tomás, Laura y yo sí nos apuntamos.

A las nueve de la noche estamos allí. La residencia de Julio está en un antiguo monasterio en la ciudad en el que todo está bien cuidado y limpio. No hay zonas oscuras ni patios muertos, los pasillos son anchos y los techos altos, no se escuchan ruidos y los estudiantes hablan con educación y visten bien. Si en la residencia de Óscar solo veías ropa de Zara aquí era todo Ralph Lauren, Lacoste y Tommy. Cuando llegamos al salón principal aquello es un salón principal, enorme, pulcro y bien iluminado. Dispone de una zona de bar, otra de baile y todo está en perfecto estado. Hay grandes ventanales que dan a un patio con una hermosa fuente y su jardín alrededor. Flanquean las ventanas antiguas cortinas bien cuidadas y, a diferencia de la residencia de Óscar, limpias. Nadie grita o alborota y el volumen de la música es moderado.

—Vaya panda de esnobs —digo a Tomás, que estudia Medicina, pero es de procedencia humilde.

—Como para tocar algo —asiente Tomás, que tampoco está cómodo.

—Nos costará un ojo de la cara —añado. En fin, tomemos una bebida barata y aguantemos el tostón, esto nos pasa por apuntarnos a todo. Entonces Julio aparece con Carmen.

—Tomaos algo —dice sin conseguir animarnos—. Hay barra libre —especifica Julio, cometiendo el mayor error de la noche. Eso supone copas de licores buenos y sin adulterar, no como en los bares a los que vamos a menudo. Los ojos de Tomás se iluminan. Se desata la tormenta.

Habiendo cenado poco Tomás empieza a beber copas a gran velocidad. Un estudiante de familia humilde y con una beca ajustada, que apenas le da para pasta con atún y botellones de ron barato. Y de repente, barra libre y de calidad. Tenía que aprovecharla. Mi situación económica no es mejor y llego a una conclusión parecida.

Jacobo y parte de su séquito hacen su aparición. Por lo visto Julio también los habrá invitado, él o cualquier estudiante de bien que conozca. Las risas y adulaciones de su séquito enturbian el ambiente. Con la música a ese volumen se les oye demasiado, otra razón para beber.

Laura me manda un mensaje diciendo que al final sale con sus compañeras de piso. Eso significa que irá al bar donde va su ex, el guapito de cara. No me hace ninguna gracia, otra razón para una copa.

De repente un ser con los ojos rojos saltones aparece frente a mí y me pone una copa en la mano. Es Alberto, va con Rosario y compañía, todos fumados. Ni siquiera tengo que pedir nada.

Copa de ron del bueno, de vodka del bueno, de ginebra de la buena… Tomás da bandazos hacia el baño, mala señal. Cuando vuelve una de las tan pulcras cortinas que hay al lado de una ventana en la salida del baño deja de serlo. Tomás vomita y mucho.

«No pasa nada, nos ponemos delante y lo ocultamos entre todos», me da para pensar una solitaria neurona sobria. Demasiado tarde, Alberto y los demás ríen a carcajada limpia. Todos los presentes miran con asco o se ríen. Alguno acude a ayudarle, pero no es necesario, Tomás devuelve todo lo que tuviese en el estómago, mira sorprendido y vuelve a por una copa. Alberto y su grupo se desternillan de la risa y aplauden. Julio tiene la cara roja y está enfurecido, a él no le hace ninguna gracia.

A mí también me entra la risa floja al ver a Tomás servirse una copa tan tranquilo, como si nada hubiese pasado. Cruz y Alberto comienzan a hacerle la ola y corear «Tomás, Tomás, Tomás». Una pulsión interna me anima a unirme al coro, a mí y a la mitad de los asistentes a la fiesta, unos completos desconocidos. Parece que a

todo el mundo le divierte, pero a Julio no, arde de furia.

Cuando parece que la situación se calma Jacobo sale del baño, resbala con los restos gástricos de Tomás y cae. En su intento por evitar lo peor se agarra a la cortina, esta se rasga y lo envuelve mientras se empotra contra el suelo. Ahora yace en el suelo embarrado de vómitos y está envuelto en un trozo de cortina impregnada en ellos. Las risas son generalizadas. Ahora ya no ríen la mitad de los presentes, ahora ríen todos los presentes. Julio también ríe, pero su risa es nerviosa y nada tranquilizadora. Tomás acude a ayudar a Jacobo haciendo eses.

—Peeerdona tío. Fue una pota loca —le dice mientras le tiende una mano. Jacobo no se la acepta. Todo el mundo estalla en una carcajada desternillante.

—¡¡¡BASURA!!! ¡Todo vuestro grupo es pura basura! ¡Sois la puñetera pandilla basura! —grita Jacobo cuando una de su séquito le ayuda a levantarse. Nos acaba de bautizar, aunque a nadie parece sentarle mal. Es un reconocimiento gracioso. Jacobo se limpia con unas servilletas que le acercan y se marcha no sin antes dedicarnos una profunda mirada de odio.

—¡Potas locas! —grita Cruz señalando a Tomás. Él levanta las manos como celebrando algo. Tampoco le sienta mal su nuevo mote.

Esta noche la pandilla basura ganó un nombre y perdió un miembro, pienso al ver a Julio salir enfurecido después de Jacobo, Carmen va tras él, pero nos lo perdonará. Él no.

JUEVES, 4 DE ABRIL DE 2002

—Hoy al karaoke —ordena Cruz con vehemencia.

—¿Pero qué dices? —contesto desconcertado—. Acabar una noche allí porque estamos perjudicados vale, pero hacerlo a posta, se las trae.

—Karaoke y punto. Yo ya voy yendo, si queréis veníos y si no nos vemos allí más tarde —sentencia. A Cruz nadie le ha dado el mando del grupo, pero no es necesario. Si ella dice A de un modo u otro se acaba en A, es una facultad prodigiosa.

—Que te zurzan, no pienso ir por allí —contesto con desdén. Esta vez no te vas a salir con la tuya.

Lógicamente no le hacemos ni caso y nos vamos a las galerías del Berberecho, antro inmundo donde los haya. Es la una de la madrugada y es el momento. Después de meterse a unas recónditas galerías en la parte nueva de la ciudad, sucias, lóbregas y malolientes, justo al fondo y girando a la izquierda, está el *Berberecho*. Dice la leyenda que nadie sobrio lo ha pisado jamás. Por el camino hay que sortear borrachos, moribundos de la noche en fase terminal, fumadores de todas las sustancias con su eterna sonrisa y sus ojos rojos y niñatos de instituto morreándose y restregándose al lado

de alguna pareja de cuarentones punkis desfasados haciendo lo propio. Después de todo esto te recibe el barman, un tipo calvo con malas pulgas que ronda los sesenta y, dicen, algún día tuvo melena. Tomás y yo pedimos dos litronas, sobraría con una, pero nos puede el ansia. El barman nos pone lo que le pedimos y unas pipas rancias cortesía de la casa. No rosma ni emite gruñido alguno, simplemente nos mira con su jeto serio e inmutable. Debe de estar de muy buen humor. Charlamos un rato y bebemos. Elisa y Julieta aparecen por ahí también. Nos echamos unas risas.

Laura está con sus amigas de fiesta así que acabamos y nos dirigimos al pub que suelen ir. Cuando llegamos la veo al fondo hablando con el exnovio, no me hace ni gracia y le digo a Tomás de ir al karaoke. Julieta y Elisa, que han venido con nosotros, nos piden que nos quedemos. Bailo un rato con Julieta, pero estoy enfadado. Sucio exnovio, no me lo quito de la cabeza.

—¿Qué te pasa Javier? Relájate tontito. Ese tipo no tiene nada especial a tu lado —me dice Julieta animándome. Me coge otra vez de la mano e insiste en bailar de nuevo.

—Lo siento. No me encuentro bien aquí —me excuso. Entonces Elisa me tira del brazo.

—Julieta quiere que os quedéis. No seas tonto, quédate —me susurra Elisa al oído aprovechando que nadie más va a oírla con la música a ese volumen.

No le hago caso. Julieta se despide de mí de forma efusiva con un fuerte abrazo. También despide con un fuerte abrazo no menos efusivo a Tomás.

—Vamos al karaoke —le digo a Tomás. Él asiente. Cruz siempre acaba saliéndose con la suya.

El karaoke Brighton está en otras galerías, también decadentes, pero no tanto como el mítico Berberecho. Cruz lleva cantando más de dos horas, pero insiste en cantar con nosotros. Vamos algo ebrios y además quiero olvidarme del ex de Laura y accedemos. Bueno, lo íbamos a hacer igual, Cruz siempre se sale con la suya. Y gracias a que en los *reality* les dio por cantar y los karaokes rebosan de gente. Si les da por cocinar acabamos intoxicando a alguien.

Cruz pide *Mi música es tu voz*. Va a ser humillante. Por suerte Óscar suelta la iguana que tiene de mascota el supuesto encargado del local, que es el que más colocado va. Hasta la iguana parece colocada porque se deja coger con demasiada facilidad justo cuando Laura entra en el local acompañada de su amiga Pili. Yo le dejo el micro a Óscar y me fundo en un prolongado beso con Laura. Los dos vamos más ebrios de lo que creemos. Nos caemos encima del sofá sin dejar de besarnos. Nuestros amigos se ríen a nuestra costa.

—Pensaba que estarías...

—Pensabas, pensabas. Tú piensas demasiado, Javi —responde Laura con una sonrisa justo antes de darme otro prolongado beso.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —le pregunto.

—Cruz siempre se sale con la suya. Y Cruz siempre quiere cantar en el karaoke —me contesta. Nos reímos—. La semana que viene las chicas se irán de fin de semana y no volverán hasta el lunes. Yo

volveré el domingo y estaremos solos. Si quieres puedes venir por el piso y…

Y hacerte perder la virginidad de una vez.

DOMINGO, 14 DE ABRIL DE 2002

Soledad habla de su novio Ahmed en ese pasillo del piso de Laura reconvertido en salón.

—Ay Pili. Es que Ahmed me tiene enamorada. El otro día me trajo un ramo de rosas y bombones.

—¡Qué bien! —responde Pili con falso entusiasmo.

—Estudió en la Sorbona porque su padre en Argelia maneja mucho dinero del petróleo y estaba interesado en que su hijo tuviese una buena educación. No veas.

Soledad siempre habla de su amor en la distancia, Ahmed, y lo hace de una forma compulsiva. Nadie lo conoce directamente porque vive lejos y solo la visita en su pueblo, pero nos sabemos hasta su grupo sanguíneo. Algo sin la menor importancia si no fuese porque me encuentro en calzoncillos rodeando con mis brazos a mi preciosa novia. Todo ha empezado a la perfección: Risas, bromas y al tema. Justo cuando empezaba la parte del tema, lo realmente interesante, Susana entró por la puerta y empezó a dar trastazos con su equipaje. Un momento después llegó Pili y entonces empezó el monólogo sobre Ahmed.

—Relájate Javi, estás temblando. No pasa nada.

—Es que no iba a haber nadie, joder —murmullo indignado, pero en voz baja por si se escucha.

—Que no pasa nada, Javi. Dame un beso. —Laura me besa con pasión y yo a ella, pero aquello flojea. Soledad no calla y el pasillo reconvertido en salón está justo a la entrada de la habitación de Laura.

—Y la madre de Ahmed no veas cómo cocina. Unos postres que para qué contarte. Voy a tener que empezar la dieta otra vez. —Puedo oírla incluso mejor que a la mujer que estoy abrazando. Y no calla. Llevo esperando diez días este momento y Soledad no calla.

Subo la música y parece que me calmo un poco. Pongo música de mi gusto, rock del mío y me pongo a ello. Parece que empiezo a

funcionar otra vez, aquello alcanza cierta rigidez. Abrazo a Laura, la beso, la quiero, lento pero seguro por fin me introduzco…

—Y Ahmed tiene un pollón, Pili. ¡Pero qué pollón! —berrea Soledad. Su eco resuena en todo el piso. El bramido ha debido de llegar hasta a la propia Argelia. A Laura le entra la risa floja. A mí me causa otro tipo de flojera.

Así se pierde la virginidad. Laura no, ya la perdió hace más de un año con su ex. Yo sí. De todos modos, un castigo ganado a pulso, tardaré años en reconocerlo, pero me lo merezco, porque no hay nadie como yo para estropear un momento así. Podría haber buscado un hotel humilde pero bonito, podría haber llevado flores y bombones al más puro estilo Ahmed, podría haber organizado una cena romántica para los dos o, al menos, una botella de vino y música al gusto de ella. ¡Podría! Simplemente tendría que haber invertido en eso y no en tanto veneno matarratas con etiqueta de licor de calidad que nos sirven en gran parte de los sitios que frecuentamos al caer la noche. Pero no, le dejé toda esa carga a ella. Yo ejercí de princesita de Disney esperando ser protagonista en el cuento, así que a partir de ahora y para el resto de mis días cuando hablen del mágico momento pensaré en Laura y en el portentoso Ahmed. O quién resultaría ser. Ahora no soy consciente de ello, ciego en mi irreflexiva inopia mental. Son los años los que me harán entrar en razón. Me lo merezco, ella no.

VIERNES, 26 DE ABRIL DE 2002

La relación con Laura se ha enfriado. Nuestros momentos de intimidad son poco íntimos, discutimos más por tonterías y no puedo quitarme de la cabeza lo que me dijo hace apenas una semana.

"Cuando os conocí a ti y a Óscar él me pareció más guapo, pero tú me caíste muy bien". Esa frase de nula importancia, de la que me reiré con el tiempo, es para mí toda una ofensa en este momento. Me patea el orgullo en todas sus partes bajas. No soy seguro ni orgulloso de mí mismo y no alcancé todavía el mínimo de maduración personal necesario para darle al suceso la banalidad que se merece. Mi novia considera a uno de mis mejores amigos más guapo que yo y eso con dieciocho años es una losa en mi autoestima.

De modo que a veces estoy bien con ella, pero otras me es imposible estarlo. "Piensas demasiado", suele decir Laura.

Julieta opina lo mismo. Mira a sus vecinos mayores del quinto y suelta una obscenidad.

—Mira, a ese me lo comía enterito. Pero no me importaría empezar por otro —me dice mirándome a los ojos y manteniendo la mirada. Tiene unos ojos verdes preciosos, ella lo sabe y ese es un juego muy sensual. Ahora voy muchas tardes por su piso porque su hermana Elisa estudia conmigo y vive con ella. De forma que, mientras Tomás estudia, Óscar intima con su novia Susana, Laura está con sus amigas y los demás hacen sus cosas, yo acompaño a Elisa a su casa y nos tomamos algo con su hermana.

Al principio Elisa estaba con nosotros, pero ahora lo normal es que nos deje solos. Así que hablamos.

—¿Y qué hace un chico mono como tú cuando nadie mira? —pregunta Julieta, sentada en el sofá y mirando fijamente hacia mis ojos, mientras apoya los codos sobre sus rodillas, estira su espalda y deja completamente a la vista su generoso escote.

—Pienso. Pienso mucho.

—Demasiado —me dice levantándose, agarrándome del brazo y tirando hacia ella. Solo hay centímetros entre nosotros, pocos centímetros.

—Soy inflamable, pero tengo mis principios —digo al tiempo que gano distancia entre nosotros.

—¡Cómo me gustan los chicos de principios! —exclama a la vez que me abraza. Me aprieta bien fuerte y ya está a milímetros de mi boca—. Pero cómo me gustan.

En ese momento suena mi teléfono. Es Laura. Me informa que acaban de conocer a Ahmed y que pase por su piso.

—Qué oportuna —dice Julieta—. Y qué pena.

—Nos vemos Julieta —me despido. Voy a cerrar la puerta del piso al salir cuando escucho a Elisa.

—Y de la cuñada no te despides —me dice Elisa risueña—. Aunque por ahora compañeros de clase, ¿no?

Me despido con una sonrisa y me voy. Me voy ardiendo, sabiendo que cualquier día me voy a quemar. Las inocentes indirectas de Julieta se han transformado en una provocación continua. A ella le gusta jugar con fuego y yo no me aparto sino que entro al juego. Mejor no pensar. Pienso demasiado y mal. Ahora voy a conocer a Ahmed, el moro al que siempre recordaré cuando a alguien se le ocurra sacar el tema de la primera vez.

Cuando entro al piso de Laura, Pili y ella lloran de la risa.

—Y bien. ¿Dónde está el famoso Ahmed? —pregunto intrigado.

Laura se acerca y me da un beso. Hoy está preciosa. No para de reírse y tiene una sonrisa maravillosa, aunque últimamente pienso poco en eso y demasiado en Julieta.

—Está en la habitación. Entra y preséntate —dice entre risas.

—¿Qué habitación?

—Cuál va a ser, tonto, la de su novia —me dice gesticulando para que siga.

Estarán vacilándome. Cómo voy a interrumpirle así si realmente está aquí.

—En la habitación no hay nadie. No me toquéis las narices —protesto al ver la estancia vacía.

—Abre el primer cajón de la cómoda y lo verás —me contestan al unísono.

—No entiendo nada. ¿Es una foto?

Abro el cajón. Tal como ha dicho siempre Soledad hasta la

saciedad, Ahmed es moreno y tiene un miembro considerable. Es un miembro considerable para ser exactos. No necesito verlo en ninguna foto, lo cojo con mi mano y contemplo sus enormes proporciones, también vibra con potencia.

—Esto tuvo que costarle una pasta. Es un gran consolador —digo describiendo a Ahmed.

—¡Qué asco, Javi! Nos dijo que esta semana le dejó completamente extenuada —dice Laura mientras ríe y chilla.

—Voy a tener que lavarme las manos, sí.

Efectivamente, Ahmed no solo es más rico y más atento que yo, regalando flores y bombones a su damisela, también es mejor amante en la cama y, por supuesto, tiene más aguante. Con esta competencia sí que habrá que ser aplicado para conquistarlas.

VIERNES 24 DE MAYO DE 2002

Hoy es el día. Han pasado cosas importantes este último mes. El enfado al discutir varias veces sobre su atracción por su exnovio u otros chicos me llevó a romper con Laura. Después de aquella noche infructuosa y su actitud más pasiva me sentía inseguro con ella y no era feliz. Por otro lado la atracción hacia Julieta ha ido en aumento, ya no me puedo contener más y siento que si no me entrego a ella explotaré. Estoy totalmente atrapado en sus redes, ya no concibo ni un segundo más sin ella. La amo con locura.

A veces he pecado de optimista y he visto cosas donde no las hay, como con aquella chica de antaño, la de principios de curso, la tal Ana. Por eso esta vez invité a Camish, mi mejor amigo desde el colegio y la persona que mejor me conoce, a que se tomase algo con Julieta y conmigo en su piso. Muy a mi estilo aparecí allí con él sin avisar a la anfitriona ni nada. A ella no pareció importarle, es más, parece que con público se ponía más picante. Estaba además su hermana Elisa, la cual, en un momento que Julieta se puso a calentar café, aprovechó para espetarle a mi amigo, ni corta ni perezosa:

—Bueno Camish. ¿Y cuándo le vas a decir a tu amigo Javi que se lance a por mi hermana? ¿Eh?

Camish rio y al salir del piso me dio su veredicto. Ladeó la cabeza, se rascó la nuca, me miró a los ojos con esa pose encorvada de contable que sabe calcularlo todo y sentenció:

—Y bien. ¿A qué esperas? —soltó el veredicto más seguro que le he escuchado en mi vida. Y Camish siendo culé es de los que no ve el partido ganado hasta que el Barsa mete el cuarto en el minuto 90. Contable y conservador hasta la médula.

Cuando volvimos lo acompañé hasta su casa y loco de júbilo le dije:

—El viernes ten puesto en el equipo de

música *Tunnel of love*, la ocasión bien merecerá a Mark.

Así que hoy por fin es el día. Voy arreglado con la ropa que mejor me queda, me he afeitado y llevo el pelo engominado a la perfección. Podría esperar a estar de fiesta y ella un poco desinhibida, pienso por un momento. No, eso supondría esperar a que acaben los exámenes o incluso hasta después del verano si no la veo tras las fiestas de después de los exámenes, teniendo en cuenta que ella puede acabarlos tarde. ¿Para qué esperar? Estoy ansioso y deseo tenerla entre mis brazos. Tiene enamorados mis más altos y más bajos instintos. Salgo de mi casa en dirección a su piso, me siento más pletórico que nunca.

Llamo al telefonillo. Un abrazo, una carantoña, unas risas y entonces le doy un beso profundo y sentido, le propongo salir juntos y comienza el paraíso. Fácil. Lógico.

Subo al piso y me recibe en la puerta, me abraza con fuerza inusitada y me planta un beso en la mejilla, tan cerca de la boca que ya pienso que va a ser ella quién se salte los primeros pasos. Sin duda está enamorada de mí y se le nota. Pero yo prefiero disfrutar e ir despacio, saborear el momento paso a paso. Quiero entrar en el cielo como se merece.

—Vienes muy guapo hoy —me dice cogiéndome por la cintura.

—Me gusta que Elisa me vea guapo —le digo confiado. Por un momento me recuerdo a Jacobo. Seguro y permitiéndome licencias chulescas.

—Una pena porque Elisa no está hoy —me dice pasándome el dedo por el ombligo, encima de la camiseta. Me siento tentado a plantarle un morreo ahora mismo. Me cuesta frenar mis impulsos, pero decido seguirle el juego y disfrutarlo.

Vamos al sofá, un par de indirectas más y ya la tengo a centímetros. Mi mano en su pierna. La suya en la mía.

—¿Y Laura? —pregunta jocosa.

—Es cosa del pasado y lo sabes —le digo mientras me devora con esos preciosos ojos verdes—. Sabes que corté con ella.

—Estás muy guapo hoy —me repite. A milímetros. Entonces se levanta—. Voy a poner un café. ¿Te apetece?

—Me encanta tu café —le contesto siguiéndole el juego. Me encanta su juego.

Veo cómo contonea sus caderas camino a la cocina. No puedo

resistirlo más. Estoy loco por alcanzar el Nirvana. Me levanto del sofá voy tras ella. Me pego a su espalda y desde atrás, le agarro de la cintura con la mano izquierda y con suavidad poso la derecha sobre su mano derecha cuando deja la cafetera en el hornillo. Al darle un beso en la oreja suelta un gemido de placer y gira su cabeza hacia mí. Me sonríe, pierdo el tacto sobre su mano derecha, que ahora usa para levantarme la barbilla y sin perder contacto visual lanzarme un beso al aire desde las ahora lejanías a centímetros de distancia. Se zafa también de mi mano izquierda y hace el amago de salir por la puerta, momento en el que se da la vuelta. Es ahora, lo pide a gritos.

Voy hacia ella, la empotro contra la pared al estilo de la bestia Óscar y le miro a los ojos. Es ahora y lo sé. Sin dejar de mirarla a los ojos me dispongo a besarla profundamente hacia el Nirvana. Un momento. Noto otra vez su falange sobre mis labios al tiempo que me separa con la otra mano.

—No te engañes Javito. Creo que estás un poco confundido. —Su semblante torna completamente y se vuelve serio, oscuro.

—Hhhhh —no alcanzo a pronunciar palabra.

—Eres un chico muy majo, pero creo que estás un poco perdido entre tu exnovia, la carrera y esas cosas.

—Pero si la he dejado por ti. Estoy completamente enamorado de ti —digo como lo diría un cordero degollado si pudiese hablar y mantenerse vivo así.

—Es que yo no me veo ahora con novio. No sé, no es el momento —dice con total tranquilidad. Va hacia la cocina y se sirve un poco de café.

—¿El momento? —pregunto o más bien sollozo.

—No sé Javi. —Todo queda unos segundos en silencio—. No surgió.

«No surgió, no surgió, no surgió», retumba en mi cabeza perpleja.

—¿Quieres? —me ofrece café.

—¿Si quiero qué? —pregunto con el puñal clavado hasta el fondo del corazón. Te quiero a ti. Esto no puede ser. Estaba hecho: tu hermana, Camish, hasta las estrellas lo confirmaban. No. Es una broma, otro de sus juegos. Ahora me abrazará y me besará como nunca besaron a nadie.

—Un café. ¿Qué va a ser? —dice riéndose—. No te preocupes, no me conoces bien. Si me conocieras verías que no es para tanto,

yo tengo mis cosas raras.

Nos sentamos y ella me sirve un café. Todavía sigo en coma, conmocionado. Ahora sí, tomamos el café, me dice que es una broma y que me desea como nada en el mundo. Solo unos minutos y acabará con el juego y nos fundiremos en un beso profundo y quién sabe qué más.

—Bueno Javi, creo que es tarde y tengo que estudiar. Es mejor que te vayas —me dice al pasar esos minutos.

—Sí, yo también tengo que estudiar —alcanzo a responder. Ella me pasa mi carpeta, la cojo y salgo por la puerta.

—¿Pero cómo? —pregunta sorprendida—. ¿Te vas sin darme un abrazo? Otro día te pasas a un café, ¿vale?

—Vale —respondo con un abrazo sin vida, me doy la vuelta y la puerta se cierra tras de mí. Quedo unos segundos parado, esperando que se abra y el juego siga. Pero el juego se acabó. Salgo a la calle y empieza a llover.

Jódete, pensaré en el futuro. Jódete bien. No te fastidies ni entristezcas, jódete a secas. *Fuck you,* que dirían las películas de Hollywood. Entona tu *mea culpa* particular.

Jódete por ser un egoísta y pensar que el mundo gira a tu alrededor.

Jódete por quedar con una chica en su casa para cortar con ella en cinco minutos importándote un bledo lo que sintiera.

Jódete por hacerlo por otra que era una falsa ilusión.

Esto me enseñará una gran lección y podría ser mejor, por desgracia me enseñará más malas lecciones. Camino por la calle sin vida cuando me viene a la mente algo: Julieta también tonteaba mucho con Tomás, ella y la amiga. Puede que le guste tontear. Me lleno de ira y caigo en una oscuridad tremenda cuando paso por casa de Camish. Tengo la impresión de que se ha reído de mí.

—¿Qué? ¿*Tunnel of love,* Javi?

—Mejor *Romeo and Juliet.*

Julieta, los dados estaban trucados desde el principio
y aposté y estallaste en mi corazón
y olvidé, olvidé… la canción de la película.
¿Cuándo te vas a dar cuenta de que simplemente

no era el mejor momento? Julieta.

—¿Qué pasó? —pregunta Camish.

—No surgió…

JUEVES, 4 DE JULIO DE 2002

Los exámenes finales del segundo cuatrimestre han acabado.

Parte de los estudiantes se marchan a sus casas al acabar el último examen, parte de ellos se quedan para una gran última juerga.

El último mes ha sido duro, pero si bien estudiar para los exámenes ha sido un gran esfuerzo por no haber llevado los estudios más al día, también esto hizo el golpe por el rechazo de Julieta mucho más llevadero. He tenido que pensar en aprobar. Julieta nos ha invitado a Tomás y a mí a una fiesta a la que van ella y una amiga. Estas semanas no he querido verla mucho y cuando la he visto siempre ha sido estudiando en la biblioteca, con su amiga y con Tomás. Nos hemos saludado y poco más. Hoy nos ha invitado a la fiesta, pero no me hago muchas ilusiones, dada la distante frialdad.

Cruz llora otra vez. Mientras yo he pasado el segundo cuatrimestre con Laura y Julieta en la cabeza, Cruz se ha enamorado de un argentino. De él y la consabida labia con la que los fabrican en serie. El argentino es un chico majo que está en la ciudad por motivos laborales. Mañana coge su vuelo de vuelta a Buenos Aires.

Sara pregunta a Alberto por Jaime otra vez más. Alberto le contesta preguntándole por Rosario, también otra vez más. Es un bucle que se retroalimenta.

Óscar agarra a Susana por la cintura y la besa. Cada vez que Óscar agarra a Susana parece que la va a romper y al acercarle la boca para besarla me recuerda siempre al tiranosaurio de *Parque Jurásico*, la escena que abre la mandíbula y ladea la cabeza justo

antes de devorar algo. Supongo que a Susana le excita el peligro, no hay otra explicación. Óscar es incluso menos delicado que Cruz y yo juntos.

Hoy todos acudirán a alguna fiesta y flota en el ambiente la impresión de que algo va a pasar. Todos están de buen humor excepto Cruz y yo. Después de consolarla una última vez todos salimos de la facultad. Cruz tendrá su último día de labia argentina, Óscar irá a devorar a su presa con forma de novia y Alberto y Sara seguirán pensando en Rosario y Jaime, respectiva e infructuosamente. Yo voy a casa a descansar sin pensar demasiado, los acontecimientos me han enseñado a no hacerlo.

A las 10 me reúno con Óscar y Tomás en su residencia. Es verano y por lo menos no hay ese ambiente turbio, mezcla de calefacción en exceso y humedad descomunal, pero el hedor a exceso de humanidad es perenne a lo largo de todo el año. Hoy es una ocasión especial al ser la última juerga del curso, así que nos permitiremos una cena especial, bocadillos de beicon y lomo. Óscar siente una predilección especial por esta dieta amable en calorías a la que es inmune; fuerte y esbelto por más grasa que meta al cuerpo. Al acabar Óscar va a quemar las calorías junto a Susana antes de salir y unirse a la fiesta con Alberto y los demás.

Tomás y yo vamos a la fiesta de Julieta y su amiga, una chica menuda pero esbelta que no está mal. Por desgracia, mis miradas se posan en Julieta y no logro desviarlas. Ella también mira para mí. Tomamos algo y el ambiente se caldea, Tomás baila con su amiga así que aprovecho y acerco la mano hasta la cintura de Julieta. Ella me petrifica con sus penetrantes ojos verdes. ¿Logrará el héroe someter a Medusa?, me pregunto recordando el mito griego. Julieta me coge de la otra mano y bailamos. Balanceo de caderas, sonrisas, movimientos de manos… Pero esta vez solo unos pocos centímetros semejan kilómetros. Años luz, viendo cómo Julieta se separa de mí y se pone a bailar con Tomás, ella lo agarra y sus contoneos están cada vez más y más cerca de Tomás. Yo bailo con la amiga de manera mecánica sin que los dos mostremos el más mínimo interés. Pienso por un momento en intentarlo con la amiga, pero se antoja forzado y diría que de éxito poco probable.

Tomás me pasa entonces la mano de Julieta al tiempo que

vuelve a bailar con la amiga. Bailamos sin que esta vez sus ojos apenas me rocen. Julieta está más pendiente de Tomás y su amiga que de cualquier baile conmigo. Me fijo cómo mira para su amiga, no es fraternidad precisamente. La siempre verde, juguetona y cálida mirada de Julieta se torna rojiza. Son efecto de los focos y el humo del lugar o, quizás, algo más.

—Ven, Javi —dice Tomás tomando un respiro en su danza—. Te invito a una copa.

—Venga. —Realmente necesito un trago. Mi ego está tocado. Nos dirigimos a la barra.

—Dime una cosa, Javi. ¿Crees que tengo opciones con la amiga de Julieta?

Y con Julieta también, pienso. Justo en ese momento Julieta intercambia una mirada de soslayo hacia nosotros por una de asco hacia su amiga. Tomás no lo percibe, pero yo sí.

—Creo que sí —confirmo a un Tomás sonriente.

—Le voy a entrar —me confiesa.

—Éntrale, no seas tonto. Además Julieta me ha dicho que le gustas a esa chica, y ella lo sabrá mejor que es su amiga —miento mientras veo a Julieta echar un vistazo desde la pista. No sabría decir si es una mirada de duda, de cordero degollado, de odio o de indiferencia. Esta vez no la interpreto, básicamente porque no me importa.

Tomás se enrolla con la amiga de Julieta, lo que parece no hacerle mucha gracia a esta última.

—No sabía que a Tomás le atrajese mi amiga. Ella tampoco me dijo nada al respecto —me confiesa una Julieta algo desconcertada.

—Yo tampoco —le contesto gesticulando mi supuesta duda abriendo las manos.

—Creo que estoy cansada y me voy a retirar —se despide Julieta. Esta vez no me abraza.

Me río. Podría ser que esta quisiese algo con Tomás. Puede que sí o puede que no, nunca lo llegaré a saber, aunque me da igual. En ese momento me regocijo pensándolo. Mi lado oscuro lo disfruta y mucho, aunque solo baste para lamer mis heridas sentimentales. Es momento de dejar a los dos nuevos amantes y reunirse con el resto.

Atravieso la zona nueva de la ciudad, que está plagada de estudiantes de fiesta, hasta llegar a ese garaje transformado en tugurio de primera que es el Nao Berlín. Sorpresa.

¡¡¿¿Pero cómo??!! La NASA necesitó una década y miles de millones de dólares en presupuesto para poner a un tipo en la luna. Alberto, el feo, ha conseguido ligarse a la exuberante Rosario en bastante menos de un año y unas decenas, o más bien centenas, de euros en hachís, u otras sustancias. Están en medio de la pista comiéndose los morros, iluminados por los focos y, en mayor medida, por el resplandor rojizo de ambos pares de ojos. Cruz devora a su argentino al más puro estilo jurásico de Óscar.

—Me voy a tomar algo con vosotros —les digo a Jaime y a Sara. A él parece encantarle la idea y propone unos chupitos.

—Tómate eso rapidito y aligera, que quiero bailar —dice Sara. Lógicamente sé que no es conmigo con quién quiere bailar, por lo que me ha invitado a desaparecer de la forma más amable que sabemos hacer en la pandilla basura: Sin insultar.

Para salvaguardar mi integridad física desaparezco de allí y dejo que Sara devore a su presa. Me voy hacia la barra cuando alguien me da un toque en el hombro desde atrás.

—Hola, Javi —dice Laura dándome dos besos y un abrazo —. Pásatelo bien hoy.

A su lado hay un bigardo de dos metros con media melena ondulada y engominado. Creo escucharle decir algo con acento italiano a Laura. Mejor desaparezco de nuevo.

Las últimas horas de la noche transcurren entre copas con unos conocidos de Alberto. Corazones hambrientos sin nada al que hincarle el diente, hacemos buenas migas y nos quejamos de nuestros problemas con las mujeres. Ese compadreo me vale una invitación al festival de música del pueblo de Alberto. Por supuesto accedo con gusto a la invitación.

Ya muy perjudicado acompaño a Cruz y a su argentino al aeropuerto. Voy en el asiento de delante de un taxi con ganas de soltar lastre del estómago. Miro al taxista y me queda claro la disyuntiva: Conservar el estómago o la cabeza. Me decanto por lo segundo. Al llegar al aeropuerto me despejó un poco. Cruz despide a su argentino entre sollozos. Luego llegan los lloros cuando el argentino desaparece tras la puerta de embarque. Después la rabia.

—¡¡¡MIERDAAA!!! —grita Cruz dándole una patada a la papelera. Después la emprende a puñetazos con una máquina expendedora.

—Fuera —dice el empleado de seguridad.

—Es que no da el cambio bien —balbuceo intentando

disculparla. El hombre no pone cara de convencido y señala la puerta. Detrás de él se acercan unos hombres de verde benemérita.

Cojo por el brazo rápido a Cruz y salimos por la puerta.

—Corre —le digo a Cruz indicándole los aparcamientos. Nos perdemos entre los coches. Por suerte no parece que tengan ganas de seguirnos.

—Mierda Javi. No sabes cómo le quería. ¿Qué hice mal?, ¿qué hice para que me pasará esto?

—Te has colgado por él porque eres una pringada blanda y enamoradiza. No te preocupes. Sé bienvenida al país de los pringados —suelto con sinceridad etílica. Ahora me va a caer una buena hostia, pienso. No me cae.

—Tienes razón—dice Cruz enfurecida—. Fui una pringada. Va siendo hora de ser mala. ¿Qué opinas?

—Hace unas semanas que lo tengo claro.

—A la Tita ya —ordena Cruz.

—Son casi las 6 de la mañana. No es buena idea Cruz. Dile al taxista que me deje en casa. Yo paso.

Cruz siempre se sale con la suya, incluso en su peor día. Acabo en la Tita tomando la última entre la rabia y el sollozo discontinuo de Cruz. Cuando entras en la Tita lo sabes, estás más cerca de un centro de desintoxicación que de tu propia casa. Y mi casa está cerca.

VIERNES, 19 DE JULIO DE 2002

Tras casi cien kilómetros y tres horas en autobuses varios llego al pueblo de Alberto. Es conocido por haber nacido alguien importante y tiene unas playas de postal. No importa, solo pienso en el fiestón que espera. Somos estudiantes con poco dinero, así que las provisiones las pillamos en el supermercado con la mayor oferta. Un ron decente cuesta diez euros, nos decantamos por el de cuatro.

A las nueve de la noche el churrasco está hecho. Comilona y ron El Marinero. ¿Se puede pedir más? Sí, otro ron, pero es algo secundario. El problema real es que no hay ni una chica en el grupo.

—Hoy follo o me emborracho —dice el más extrovertido de los amigos de Alberto.

—Te tomo la palabra —contesto ante la disyuntiva.

No recuerdo haber salido del improvisado camping en un robledal cuando estoy por la carretera a carreras con el amigo extrovertido de Alberto.

—Me da que hoy no nos tiramos a nadie —se lamenta el colega.

—¡¡¿¿Cómo??!! —pregunto incrédulo—. Hoy me tiro a lo que sea.

Aunque sea una cuneta, debe errar mi escaso discernimiento. Cogiendo carrerilla me lanzo sobre una cuneta llena de maleza quedando literalmente enterrado entre tojos, silvas y ortigas. Escucho risas y aplausos. Alguien me tiende una mano salvadora, el hermano de Jaime. Está literalmente llorando de la risa.

Después de una buena caminata llegamos al campo de la fiesta. Toca un grupo de rock veterano de la tierra. Bailamos, saltamos, lo damos todo. Por fin parece que una chica me sonríe. Parece veterana, pero no está nada mal.

—Mira que estás bien guapo —me dice. Claramente lo interpreto como una incitación al juego.

—Tú sí que estás guapa —le digo agarrándola por la cintura—.

¿Quién eres preciosa?

—Es la madre de Jaime. —Alberto llora de la risa también. A Jaime y a su hermano tampoco parece importarles. La carcajada es generalizada.

Será un verano difícil. En Santiago tampoco conoceré a ninguna chica, lo que me llevará a rebuscar como un desesperado entre otras almas perdidas con necesidad de afecto allá donde se encuentren.

A las dos semanas en Lalín, el pueblo de mis padres, la hermana de una amiga de mi prima me revela que a una amiga suya le parezco atractivo. Hay que aprovechar antes de que recupere el raciocinio. Quedo con ella una tarde. Ella no me mira a la cara ni yo a la suya. A ella le gusta mi cuerpo espigado, a mí su trasero. Si ella no viviese con sus padres o si mi madre conservase su casa en el pueblo podría tener un tórrido encuentro. Por desgracia no se da ninguna de las circunstancias, nos besamos y metemos mano, pero no pasamos de ahí. No tenemos nada en común, ella es una amante de la música latina curtida en mil “rollos” y que va de dura y yo un estudiante ávido de experiencias y muy verde en el terreno amoroso. Ella busca un chico malo de barrio a su estilo y yo una chica principiante al mío. De tener sitio habría un encuentro fugaz, pero no lo hay. Así que todo queda en un manoseo.

Regreso a casa de mi tía Feli y me tomo un vino con ella en lo que prepara la cena. Dios no me concedió una amiga diablesa en el lecho, pero sí una santa tía. Cenado y con sueño le hago el amor con desgana a una mis grandes amantes, la mano derecha. Espero que la izquierda no se cele.

JUEVES, 3 DE OCTUBRE DE 2002

Es penoso. Óscar marcha a las fiestas de San Froilán a Lugo con Susana, Tomás y un amigo suyo de allí. Alberto sufre una extraña enfermedad de la que los médicos no saben nada y que le obliga a guardar reposo. Rosario ahora vive con Sara y Cruz en un piso de la zona nueva de la ciudad, sin embargo, en la práctica no sale del piso de Alberto y se dedica a cuidarlo. Por desgracia, Sara y Cruz se van a sus respectivos pueblos.

—Vamos. No me fastidiéis. Primer jueves universitario y marcháis todos. Puedo perdonar que de todos los pisos de estudiantes de Santiago fueseis a alquilar uno lejos de la zona vieja y de los bares de copas, pero no me hagáis esto, por favor —ruego afligido a Cruz y Sara.

Ellas alegan que tienen que recoger cosas para el nuevo piso y adecentarlo el fin de semana, así que volverán a sus respectivos pueblos a por enseres. Se marchan.

En la misma mesa de la cafetería en la que nos encontramos está sentado Martín, el compañero de habitación de Óscar en la residencia, escribiendo algún SMS en el móvil. Imposible de convencer para cualquier fiesta, pero hay que intentarlo.

—Oye, Martín. No te apetece esta noche una cervecita.

—No bebo, Javi. Si quieres podemos quedar aquí tomando un café y aviso a María para que se venga.

—Bueno —acepto la idea sin entusiasmo alguno. Un muermo de café con este tío, cómo se va a reír mi madre cuando le diga que me quedo en casa. Llamo a mi madre.

—Mamá, ceno en casa. Hoy no creo que salga.

—Ah, hoy no encontraste a ningún desgraciado como tú —dice mi madre riéndose.

—Mamá, no sé qué concepto tienes de mí. Simplemente no me apetece salir.

—¡¿Qué?! ¿No te apetece salir? —Mi madre suelta una carcajada

prolongada—. Vale, vale. Cuelgo que gasto en teléfono.

Hasta mi madre se mofa. Asumo que es un día aciago cuando una chica de melena morena, con diadema y pinta de colegiala aplicada se sienta con nosotros. Es guapa y está muy buena.

—Hola Martín —saluda.

—Hola María. —Martín devuelve el saludo y me presenta—. Él es Javi.

—Hola, encantado. «Y tanto».

—Hola, yo soy María —dice la estudiante aplicada. Por lo visto es de Orense como Óscar, Martín y Tomás. Es guapa, con cara de niña buena y, en mi mente, de colegiala morbosa también. Es una chica voluptuosa pero delgada. En este momento aún no soy consciente de lo buena que está.

Mantenemos una conversación animada, o lo que en este momento creo que es una conversación animada que, básicamente, consiste en una disertación sobre las payasadas que hacemos la pandilla basura y anécdotas de mis amigos de Santiago. Una banalidad tras otra que dan forma a un monólogo sin transcendencia y que, por alguna extraña, divina y maravillosa razón, atraen la atención de María. No me quita ojo de encima y sonríe encantada. Otrora tendría la confianza para quedar con ella a solas y seducirla en un día, pero no ahora. Ahora, solo de noche, parece salir un viejo instinto animal.

Las siguientes semanas son un devenir de clases aburridas a las que apenas asisto, conversaciones vespertinas con María y noches sin cordura. María siempre quiere quedar después de estudiar, así que yo dormito en las clases y me relajo en la cafetería hasta que el móvil resuena en su nombre, hago el papel de chico perfecto sin conseguir las fuerzas suficientes para proponerle nada y las noches de jueves termino en el Apolo a altas horas de la madrugada, cada día con una persona distinta.

El guion de cualquier noche es harto conocido. Tomo algo con Óscar y Tomás hasta que el primero queda con Susana, después Tomás y yo quedamos con Cruz y Sara y mientras Cruz hace carrera musical en el karaoke los demás tomamos algo. Luego tomamos más en algún pub barato o antro conocido. Para cuando llegamos al Apolo ya vamos muy perjudicados.

El Apolo es un antro antiguo, sucio, con ambiente viciado y música horrible, pero tiene dos grandes virtudes: Tiene tan poca luz

que apenas ves nada y el volumen de la música es tan alto que apenas escuchas nada. Unido al estado de falta de sobriedad con la que llega la mayoría de su clientela hace del local una especie de dimensión desconocida bajo total aislamiento sensorial. No se escucha, no se ve, no se siente. Es el Olimpo de los antros y está habitado por zombis etílicos. Cada jueves bajo las escaleras de este averno prometiéndome que será la última vez, que cambiaré de costumbres. La desconocida que llevo al lado seguramente piensa lo mismo.

Pido algo en la barra, cuando me vuelvo la desconocida ya no está, entonces busco otra desconocida. El procedimiento es simple. Uno se acerca al primer grupo de chicas que logra ver y baila, siempre hay una que duda si huir o no, para cuando resuelve su duda ya tiene las fauces encima. Si finalmente sale huyendo hay dos caminos. El inteligente o sutil, el que adopta Calve, mi viejo amigo de la infancia, y el patoso o descarado, por el que me suelo decantar yo.

Los inteligentes o suficientemente sobrios cambian de local o se van a la otra esquina y repiten el procedimiento. Los patosos nos acercamos al siguiente grupo más cercano y repetimos el procedimiento. La diferencia fundamental reside en el descaro, todo el mundo hace lo mismo, pero a los listos no los ven y dan buena impresión y a los patosos nos ven y nos tachan de babosos.

El final de la noche suele ser un calco de la anterior:

—Oye, Javi. Mi amiga Berta, que estudia Derecho, me comenta que la chica con la que vas, pues, puede que no sea jurídicamente capaz —me dice Calve un jueves noche.

—¿Qué? —contesto. La chica mira hacia el techo y no responde a los estímulos. Yo no estoy mucho mejor.

—Nada. Tendrá mucho mundo interior —dice Berta arrastrando a Calve por el brazo.

Al jueves siguiente, en el mismo lugar a la misma hora:

—Oye, Javi. Toma la muleta de la chica. —Calve me ofrece una muleta para que se la pase a la desconocida que me acompaña.

—Qué amable —le respondo—. Si quieres firmarle la escayola le queda sitio.

El jueves posterior:

—Oye, Javi, me dice Berta que la chica con la que vas está en su facultad y usa unas gafas enormes porque tiene muchas dioptrías. El caso es que hoy no las lleva puestas. —La chica tropieza y casi se

come de morros las escaleras de la entrada.

—Vaya, pensé que estaba borracha. Para una que me llama guapo —expongo abriendo los brazos y las manos y negando con la cabeza.

Otro jueves:

—Oye, Javi. ¿De qué país es la muchacha de hoy?

—No sé. No hablé con ella.

—¿Seguro que es de este planeta?

Un jueves más en el *Apolo*:

—Oye, Calve, hoy no tienes nada que decir de la chica con la que bailo ¡eh! —digo con altivez.

—Está en una silla de ruedas, Javi. Bailar, lo que se dice bailar —niega con la cabeza.

—Sabes lo que te digo, Calve. Eres un racista.

—Javi, lo que tú tienes en la entrepierna no es una polla, es una ONG —suelta Berta. Calve estalla en carcajadas.

—Joder, Javi, eres la ONG del amor —repite Calve—. Las mamás no son racistas, pero no quieren que su hija se case con un negro, todo el mundo habla de diversidad funcional, pero al cojo no le dejan jugar y al lelo lo ponen en la última fila. Pero tú lo aceptas todo.

Así es, mi entrepierna puntúa en políticas de igualdad por encima de los países nórdicos. Aquellas con las que tiene el más mínimo trato, probablemente también.

JUEVES, 7 DE NOVIEMBRE DE 2002

—Ese fue el asqueroso del Jacobo malmetiendo —sentencia Cruz. Susana acaba de cortar con Óscar y Cruz tiene muy clara la razón.

—¡Qué le den! —exclama Óscar furioso—. A ella, a Jacobo y a todo su grupo de arpías.

—Bienvenido a la jungla de nuevo —digo a Óscar, animándolo a mi manera.

—Hoy vienen Ruth y sus amigas y mañana vamos a montar una buena en casa de Miguel en Orense. Podemos ir calentando motores —dice Óscar refiriéndose a unos amigos de su ciudad. Este fin de semana he obtenido el permiso materno para hacer una visita a esa hermosa ciudad, yo no saldría de noche entresemana y a cambio podría ir. Es un acuerdo excepcional porque mi madre ha empezado a trabajar de noche cuidando a una señora.

—Mañana tenemos que ir a clase por la mañana, son prácticas obligatorias o de cuerpo presente —infiere Cruz—. No hay problema.

Efectivamente no supone ningún problema. Acudimos a recibir a las amigas de Óscar a la estación de autobuses, cenamos unos bocatas de lomo y beicon en la residencia del susodicho y salimos. Es la primera noche de Óscar en soltería y unos bocatas no saciarán su feroz apetito jurásico.

—Hola, guapa —le dice Óscar a la primera chica que ve en el garito. Pido una copa y al darme la vuelta su cintura está ya pegada a la de su víctima a la par que comienza a embestirla con movimientos de cuello no muy ligeros. La chica parece repelerlos.

—Será cerdo —dice Ruth entrecerrando un ojo y mordiéndose el labio. Da un suspiro y parece excitada viendo lo que podría ser un documental de vida salvaje de la 2 de Televisión Española. Óscar es finalmente rechazado y Ruth le sonríe y gesticula para él un beso desde la lejanía. Entonces gira la cabeza hacia mí con mirada felina.

—Así que tú eres Javi. Pareces muy modosito, Javi —dice. Acto seguido me planta un morreo y al separar sus labios de los míos me guiña un ojo sonriendo. Bueno, una chica fogosa. Me tomo un trago.

—¿Te gusta mi amigo? —le pregunta Óscar de regreso.

—Es muy mono, pero demasiado modosito. —Da a Óscar un beso en la boca, entonces se gira hacia mí y me guiña el ojo de nuevo. Doy otro trago a la copa.

Óscar no parece darle importancia y sigue a la caza. Una presa comete el error de mirarle prolongadamente, este se acerca, finge una especie de baile forzado y la apresa entre sus brazos. La presa parece dudar y en la selva no se puede dudar. Entre embestidas de cadera y cuello Óscar le planta los morros y la devora. No llevo la primera copa ni por la mitad. La noche promete.

Las amigas de Ruth siguen sus rituales. Ruth se toma unos chupitos, ellas también. Ruth baila, ellas la imitan. Ruth va a hablar con unos chicos, ellas la siguen. Si Ruth baila de forma obscena con alguien ellas buscan su presa al puro estilo Óscar.

En estos momentos Tomás trata de zafarse de los brazos de una amiga entrada en carnes de Ruth. Es una escena graciosa, ella le sigue y lo abraza al tiempo que restriega las caderas contra su pantalón de una forma que adelanta el erotismo barato por la derecha.

En menos de veinte años la mitad de los comportamientos de la noche serán tachados de abusos sexuales o, directamente, agresiones. Y ellas llevan la batuta. Toqueteos, besos, manotazos, ellas hacen directamente lo que les da la gana.

Entonces llega María y me saluda eufórica. Hoy ha aprovechado para salir después de estudiar toda la tarde. Me dice que está deseosa de cenar con nosotros el sábado. Lleva puesto unos vaqueros y un top apretados que resaltan toda su silueta.

"Javi, le gustas y es evidente", me dijo Martín una tarde antes de volver a casa, pero por desgracia María no es una chica nada fácil. Por evidente que resulte su atracción, nunca da una oportunidad para dar un paso más.

Una vez más bailo con ella, una vez más acerco mi boca y una vez más María dice:

—Yo no soy tan rápida, Javi.

En este momento, en la barra junto a Óscar, Ruth me clava la mirada mientras entrecierra un ojo y muerde el labio con sus

dientes incisivos. Se acerca a mí.

—Parece que no eres tan modosito, Javi —me dice Ruth al oído, justo después me muerde la oreja. María se queda perpleja—. ¿No me vas a presentar a tu amiguita?

—Ella es María.

—Hola María. ¡Qué guapa! Yo soy Ruth —se presenta a María y le da dos besos—. Me encantan esos pantalones, hace unos años eran lo más.

Se hace un silencio y ellas se miran. Aprovecho para dar un sorbo a la copa cuando Ruth me agarra por la cintura, me arrebata la copa de la mano y se la da a María.

—¿Te importa sujetar esto un momento, bonita?

Ruth, ahora como nunca, se restriega más que bailar. Intenta besarme un par de veces, aunque me aparto. A ella eso parece excitarla más. Eso y, sobre todo, la mirada de cordero degollado de María. Por suerte, haber visto tantas presas escabullirse de su depredador me resulta útil ahora y consigo zafarme del baile hipersexualizado de Ruth. María respira aliviada y me mira más encandilada aún.

—Nos vamos. —Óscar aparece para sacarme de una situación complicada.

—Como queráis. ¿Queréis venir? —pregunto cortésmente a María sabiendo que probablemente no acceda, por excesivo recato por su parte o por falta de él por parte del resto de las presentes.

—Otro día, prefiero estar con mis amigas que con estas lagartas. Ten cuidado con ellas, ya ves que no respetan nada —se excusa María. Es la primera vez que veo a la mojigata de María bosquejar un insulto sobre alguien.

—Una pena marchar y dejarte aquí con lo guapa que estás —acierto a piropear mientras me despido.

—Gracias. Otro día. Nos vemos el sábado. Cuídate, guapo.

Vuelvo con el grupo, que está justo recogiendo las chaquetas, y salimos hacia otro pub.

—Mira qué bueno. Así que te gusta la mosquita muerta esa. ¿Te la ponen dura las monjitas? —pregunta Ruth —. Yo puedo ser muy buena también.

Ignoro las provocaciones de Ruth y aprovecho que Cruz acude al rescate. Esa noche acabamos otra vez dando voces en el karaoke.

A las 7 y media está amaneciendo. La tentación de tirarme en cama es mortal, pero sé que eso supondría una buena riña de mi

madre y problemas en la facultad, por lo que me limito a comer algo rápido y beberme una buena taza de café. Para cuando mi madre está de regreso yo ya estoy en la facultad soportando el tostón de charla de la profesora de prácticas.

Cruz se sienta en la silla al lado de la mía y por momentos, como si se tratase de un pasajero de un vuelo transoceánico, se queda dormida sobre el hombro de la persona que está a su lado, yo. Alberto y Rosario están sentados justo detrás, junto a Óscar, y se ríen en bajo ante la incapacidad del último para formar frases con sentido.

—¿Quién es esa señora? —pregunta Óscar con evidente dificultad fonética—. Tengo hambre.

Despierto a Cruz con el hombro un par de veces haciendo oídos sordos a sus quejas. La profesora de prácticas es bajita y, por suerte, es ajena al decadente panorama de la zona del fondo de la clase. Por un momento se acerca a nuestro extremo, por lo que codeo a Cruz para que mantenga la compostura. Nuestras caras son un Picasso resacoso y la zona apesta a sudor con un toque ahumado, pero la profesora da la vuelta y sigue con su alocución sin prestar más atención. Estamos salvados.

—¡JJJRRRRR…! —Un enorme ronquido retumba por toda el aula, todo el mundo se vuelve y sonríe. Óscar está en sueño profundo, Alberto lo zarandea y Cruz le da patadas hasta que consiguen que se sobreponga a duras penas.

—Sí —responde Óscar a la nada justo cuando la profesora se acerca.

En la parte de delante Jacobo sonríe y niega con la cabeza mientras el séquito cuchichea y expresa su asco. Al final de la clase la profesora se acerca hacia donde estamos Cruz y yo.

—La próxima vez que me traigáis a Óscar así os echo a vosotros dos.

SÁBADO, 9 DE NOVIEMBRE DE 2002

Por lo menos descansé bien. La fiesta del ayer por la noche en casa de Miguel no salió como esperaba. Cenamos un churrasco exquisito, bebimos buen vino y todos teníamos ganas de jarana, pero por desgracia a mi salud le pasó factura la juerga del jueves y cogí un buen catarro. El karma se encargó del devolverme el golpe por haber incumplido el acuerdo con mi madre. La copiosa cena y el ambiente cargado de humo de tabaco hicieron el resto.

Los padres de Miguel son gente honrada de aldea y les gusta tratar a los huéspedes como reyes. Después de la cena, mientras todos bebían copas, yo estornudaba y me sonaba los mocos. Cuando se pusieron a cantar y bailar, yo estornudaba y tosía al ritmo. Las chicas se pintaban los labios, los míos se resecaban y, entretanto, contenía el moquillo de la nariz. Fue un auténtico martirio hasta que a todo el mundo, por fin, le dio sueño y las luces se apagaron, después vino lo peor.

—Qué ganas tengo de probar algo que tienes aquí. ¿O soy muy mala para ti?

—Ruth, perdona, pero es que estoy fatal —contesté entre estornudos.

—Yo creo que si le doy unas caricias.

—Bueno. —La nariz se me descongestionó al momento, mientras que los pulmones se me abrían. El efecto curativo de las caricias en ciertas partes de la anatomía masculina roza lo milagroso.

—Mejor no, no vaya a ser que pienses que soy muy mala para ti. Mejor me acurruco con Miguel.

—No te vayas, quédate si quieres. Parece que estoy mejor. Eres mi sanadora.

Ruth sonreía al tiempo que iba hacia la cama de Miguel, le dio un beso en la frente y se abrazó a él. Miguel se despertó, sonrió y le agarró por la cintura, volviéndose a quedar dormido agarrándola a ella con la típica postura de la “cucharita”. Ambos quedaron en esa

postura de cara a mi cama. Miguel se quedó dormido al momento, Ruth no. Ella miró para mí y bajó su mano por debajo de su ombligo, comenzó a tocarse y a gemir sin apartar su mirada felina de mí ni un momento. Me hubiese gustado tocarme, pero, entre estornudos y más pendiente de la nariz que de otras partes anatómicas, es complicado.

Entonces Ruth apartó el brazo de Miguel, salió de su cama y regresó a la mía. Con la mano empezó a tocarme la pierna y fue subiendo paralizándome con sus ojos hasta hacer lo que yo no había comenzado a hacer. Gemí de placer, entonces apartó su mirada un momento bajó hacia donde tenía su mano y prosiguió el ejercicio con su boca. Volví a curarme espontáneamente y recuperé mi salud por unos momentos.

—¿Te gusta? —preguntó ella desde abajo, entre las sábanas.

—¿Tú qué crees?

—Dame un beso delante de tu amiguita mañana y entonces sí que te gustará. Mucho.

—No me dejes así.

Así me dejó, salió de entre las sábanas con sigilo y se fue a la habitación de las chicas. Miguel sonrió, no estaba dormido.

Pero por lo menos descansé bien. Hoy sábado, son las diez de la noche y entramos a cenar a un restaurante barato del centro de Orense. Subo las escaleras al comedor tras Óscar y María, Ruth y sus amigas vienen detrás de mí. Cuando llegamos a la mesa y nos disponemos a sentarnos, Ruth se cruza entre María y yo, dejándola arrinconada.

—Ay, perdona, es que por la ventana me entra mucho frío y no me sienta bien. Prefiero estar a este lado de la mesa. ¿Te importa? —pregunta Ruth a María.

—No. Siéntate de ese lado si lo prefieres —cede la siempre educada María.

—Espera, te acompaño de ese lado.

—No hace falta, Javi. Así estamos uno enfrente al otro.

—Pues déjame a mí de ese lado y así no te coge el frío.

—Llevo un jersey supergordo. No te preocupes. Aparte, ¿tú no estabas resfriado ayer?

—Eso, quédate de este lado, que te vas a poner malo otra vez —puntualiza Ruth.

Al final María queda sentada al lado de una amiga de Ruth y justo enfrente de ella y de mí. La cena comienza distendida y todos

empezamos a beber antes de que traigan la comida, incluso la modosa María.

—María, en Odontología tenéis mucha química o matemáticas, ¿no? —pregunto.

—No creas que tanto, pero es muy extenso todo.

—Tienes que aprovechar para salir ahora que queda mucho para los exámenes.

—Prefiero llevarlo todo al día y así no me agobio. No voy a salir hasta que acaben los exámenes de febrero.

—Bueno, nosotros tenemos menos… —Una mano se cuela en mi entrepierna—. Menos materia.

—Pues a mí me parece que no es tan poca materia —interrumpe la conversación Ruth, que entretanto me mete mano más allá del pantalón, por debajo de los calzoncillos, mientras clava sus ojos en María, entrecierra uno de ellos y muerde el labio inferior con sus incisivos, como hace siempre que está excitada. María se queda atónita, con los ojos como platos.

—Ruth —trato de reaccionar.

Ruth empieza a jugar en la entrepierna con su mano. La excitación del momento y el vigor de la juventud fuerzan una enérgica erección. Entonces Ruth agarra con fuerza con la mano y mueve su muñeca arriba y abajo, sin quitar ojo a María. A simple vista una masturbación en pleno restaurante con el mantel a modo de sábana, salvando las vergüenzas, pero en el fondo Ruth le está haciendo el amor a María desde la distancia, o violándola directamente. Desde ese momento siento que es Ruth quién desvirga a María realmente. Cada vez sube y baja con más fuerza mientras Miguel se ríe a mi lado mientras contempla el espectáculo.

—Javi, ¿un poquito de vinito para hidratar? —pregunta Miguel con sorna. Ruth también sonríe mientras sigue a lo suyo. María está catatónica, parece que le va a dar un síncope. Ruth está a punto de llegar al orgasmo viéndola.

Entonces llega el camarero con el primer plato. Un minuto más y llego al clímax con aquel tipo mal afeitado, con los dientes amarillos, calvo, gordo y con un fuerte hedor a tabaco. La cena prosigue con más normalidad, no exenta de toqueteos, pero ya no de tanta intensidad. Al acabar de cenar María se despide.

—Yo me tengo que ir. Pasadlo bien.

—¡Qué pena! —miente, o no, Ruth.

Entonces María me aparta y se interpone enérgica entre Ruth y

yo.

—El jueves vas a salir, ¿no?

—Sí, claro.

—Si quieres quedamos.

—¿Pero tú no tenías que estudiar?

—Queda mucho para los exámenes y me apetece quedar contigo. Mantente lejos de esa perra —sentencia María, plantándome un beso en los labios, sin lengua, casi infantil. Quizás lo más lanzado que haya podido hacer en su vida—. Adiós guapo.

Ruth se ríe. Siendo tan inconsciente como yo en este momento, me acaba de conseguir la cita que necesito con María. Todo gracias a Ruth, con esa manera tan eficiente que tienen las mujeres de conseguir todo lo que no desean.

A lo largo de la noche saltamos de un pub a otro. Ruth se enrolla conmigo varias veces ya lejos de la mirada atónita de María. Aunque, le guste o no a Ruth, lo cierto es que es María la que me gusta y me excita de verdad. En el futuro cuando recuerde los besos de Ruth llegaré a la conclusión de que probablemente a ella también fuese la modosa María la que le excitase enormemente.

Ya al final de la noche una amiga de Ruth me pide que la acompañe a comprar tabaco porque tiene miedo de ir sola. Es curioso, resulta difícil asociar estas chicas con cualquier percepción de miedo.

Lo cierto es que no tiene miedo. Cuando estamos en un parque, a medio camino del bar al que íbamos a por tabaco, me agarra un brazo con una mano, me coge de la cintura con la otra y me planta un morreo.

—Tengo que confesarte que me gustas.

Realmente lo que le gusta a ella es lo mismo que le gusta a Ruth, el juguete de la otra niña, pero al juguete le encanta que jueguen con él y además es completamente inconsciente de lo que es, de lo que soy, simplemente un juguete. Así que esta noche soy feliz, muy feliz, porque, como a cualquier hombre, me encanta que las chicas se peleen por mí. A todos nos gusta ser el juguete, hasta que se rompe. Pero esta noche no se va a romper, ni este año, ni en mucho tiempo aún.

—Que quería esa zorra —me pregunta Ruth al regresar al pub.

—Nada. Que la acompañase a por tabaco.

—Ah. No vería la máquina de tabaco. ¡Qué curioso!

Esta noche duermo feliz en casa de Óscar. Solo pero feliz porque

me encanta ser el juguete. Muchos pájaros volando, ninguno en la mano.

O puede que María… Gracias Ruth.

JUEVES, 14 DE NOVIEMBRE DE 2002

Llevo semanas esperando este momento. Busco en mi escueto armario la mejor combinación posible y me decanto por la camiseta azul ceñida que mejor me queda, junto con un pantalón vaquero de los menos roídos. Mi sentido de la moda se limita a la combinación de vaqueros y camisetas.

—Pon la gabardina de punto.

—Mamá, nadie lleva esas gabardinas.

—Pero qué dices. Esa gabardina es preciosa, todos los de tu edad las usan. Llévala.

—Venga —accedo a llevarla solo para que deje de dar la murga. Mi madre puede echarse horas insistiendo sobre un tema hasta que uno cede o ella estalla de ira. La gabardina es perfecta para el frío, pero inadecuada para la lluvia. Hoy llueve a cántaros, pero es mejor no llevar al enojo a mi madre nunca.

—No irás a salir hoy, ¿verdad?

—No, voy a tomar algo antes de…

—Déjalo. Si fueses a salir estarías en pijama viendo la tele o haciendo que estudias. ¿Quedaste con una chica entonces?

—No, que voy a quedar, déjate de películas —miento. No me espera una juerga nocturna, sino una cita con María. La primera de noche, pienso emocionado simulando ver la tele, por inercia de la costumbre, aunque no fuese a salir de juerga.

—Te dejo la cena sobre la mesa de la cocina, caliéntala en el microondas. Y trata bien a esa chica, no sabe el demonio que lleva —se despide mofándose. Una auténtica rareza. Mi madre no es una persona de abrazos o carantoñas. La vida la ha ido desgastando de una manera terrible, convertida en una veterana de guerras familiares infructuosas. Cuando era niño fue una persona más cálida, pero quizás esperó demasiado de los demás. Da sin esperar recibir, reza el credo católico, pero mi madre esperó recibir, discutió y peleó hasta que, poco a poco, el mundo se distanció de

ella y ella se aisló del mundo. Una mofa irónica sería desagradable viniendo de otra persona, saliendo de ella es una especie de redención, una isla de encanto en un bravo océano batido por tempestades de ira y depresión.

—Bah. Qué chica ni qué historia. —Mi forma de dar las gracias. Sé que ella se va contenta, se lleva una alegría al trabajo para variar. Siento pena porque tenga que trabajar de noche cuidando a la típica señora charlatana, pero al tiempo lo agradezco porque así olvida sus conflictos enquistados y, sobre todo, porque soy un niñato egoísta que así hace lo que quiere. Obvio lo segundo casi tanto como la sensibilidad femenina.

Ceno y ya son las once, en media hora recogeré a María en su residencia estudiantil. Residencia de monjas, por supuesto, a su estilo.

—María estás muy guapa hoy.

—Tú también.

—Gracias por hacer un parón en tus estudios y quedar conmigo —digo lo más cortés que se me va a ocurrir en toda la noche.

María lleva un vaquero ceñido y un top, pero esta vez con un sorprendente escote. Aunque muy lejos de los milisegundos que suele tardar Óscar, me excito en escasos segundos, solo con el roce de su mano en la cintura. Entro agarrado de ella en un pub pijo de la ciudad que no suelo frecuentar, al ir con ella el portero la mira de arriba abajo y me deja pasar como si no existiese. Pido algo en la barra para los dos, lo de ella es un simple refresco porque apenas bebe alcohol. Vamos a la pista central y bailamos. María está menos recatada que de costumbre, pero no puede esconder bien su nerviosismo y cuando intento un baile pegado parece incómoda. Tenemos una conversación banal.

—Esta canción me gusta mucho.

—Sí, es pegadiza —respondo mirándole a los ojos.

—En Orense la ponen mucho.

—Sí, aquí también —contesto ahora mirando más abajo.

—Se baila más con la cintura. Así. —Sus caderas contonean de lado a lado mientras sus pechos danzan al unísono.

—Se baila así, sí. —La imito, pero mis ojos quedan anclados por debajo de su cuello. Debajo.

—¿Te gusta cómo bailo?

—Claro. —Le gusta a mis ojos y al resto de mi anatomía.

—Ahora sí que me tomaría una copa.

—Claro. —Voy a la barra y se la pido. Ella se la bebe relativamente rápido para ser alguien que apenas prueba alcohol.

—Te traigo otra. «El alcohol puede ser malo. Pero no hoy».

María se toma una segunda copa con más dificultad al tiempo que baila a su manera. No es una gran bailarina, sus movimientos son repetitivos y no le salen de modo natural. Además, a medida que bebe parece perder más la coordinación. De todos modos, en lo que a baile se refiere, a mi lado es Shakira. Mientras ella al menos lo intenta, yo no paro de mirar sus curvas mientras doy saltitos y muevo la cabeza, a modo de extraña danza de apareamiento más que de baile. De repente María se agarra a mí y me concede finalmente un baile más cercano.

—Me encanta esta canción —dice apretándome contra ella y situando su cara a escasos centímetros de la mía.

Un par de movimientos de cadera más, a la vez que rozo sus muslos, y mi lengua ya toca la suya. Besa mal, su lengua le tiembla como si yo fuese a devorarla al estilo Óscar. Está incómoda.

—Tranquila. —La sereno acariciándole el pelo. Ella se muestra encantada.

—Me gustas mucho Javi. Me tienes enamorada.

—Tú a mí también.

Es bonito, pero miento. María es guapa y tiene un tipazo, pero no siento cosquilleos en el estómago al besarla. No pierdo la cabeza, ni se me nubla la vista, ni me cantan pajaritos al oído. Me excito solo con rozar su voluptuosa figura, eso es cierto, pero no siento una pasión más allá. Cuando besé a Laura por primera vez era un corderito, Julieta me convirtió en un corderito degollado y ahora, besando a María Sánchez, soy un depredador más.

“Estuve toda la noche pensando en ti”, me confesará al día siguiente.

Y yo también, pero puede que no con la cabeza.

María es una estudiante aplicada a la que no le gusta la fiesta y guarda una profunda devoción religiosa. Yo soy un estudiante mediocre con la fiesta como única devoción. Ella piensa en el futuro, yo en el presente. Ella quiere al príncipe de Disney. Yo, como los demás chicos, siento más aprecio por Hugh Hefner que por Disney. Ella vio demasiadas películas del primero, yo del segundo. Pocas razones para salir juntos, pero no importa.

Ella me quiere por alguna razón que ignoraré toda mi vida. Le gustarán los chicos risueños, los delgados y estrechos o los

graciosillos. La razón me resulta tan indiferente y maravillosa al mismo tiempo.

Yo la quiero, pues, por el mismo motivo que la mayoría de los chicos quieren a las chicas: está muy buena.

JUEVES, 12 DE DICIEMBRE DE 2002

—¿Le caeré bien a tus amigos?

—Sí, tranquila. Calve es un tipo simpático y Berta también.

—¿Y el resto?

—No los conozco de nada.

—¿Y estás tan tranquilo?

—Están bebiendo, no sachando en el prado ni recogiendo aceitunas. Tranquila.

Tomamos el ascensor que nos llevará al piso de Calve y María no para de hacer preguntas, nerviosa como si se tratase de una gala de postín:

—Y si me quedo callada y no sé qué decir…

—No te preocupes por eso. Berta no calla ni debajo del agua.

Salimos del ascensor y Calve nos recibe en su piso con los brazos abiertos. El comedor está abarrotado de gente tomando algo y de charla mientras alguna canción de moda que ignoro suena. Hay dos asientos al lado de la mesa que Calve reservó para nosotros.

—Habrá que tomarle algo —me presento cortésmente ante los invitados de Calve, sin cruzar una sola mirada con ellos. María sonríe. No se queja de no haberla presentado, ni de haberle servido lo mismo que yo sin preguntar, ni de ignorarla durante un buen rato. Simplemente sonríe.

—Oye, ¿cómo os conocisteis vosotros dos? —pregunta Berta.

—Por unos amigos.

—Pero ella estudia mucho, no suele salir y es muy formal. Y tú, Javi…

—Javi está todo el día en la biblioteca, mujer —bromea Calve, quitándole hierro al asunto.

—Ven, que te presento al resto. —Berta le presenta sus amigas a María e intercambian cumplidos un rato.

Yo me quedo sentado al lado de Calve, un poco apartados del resto de la gente.

—Y bien. Ya…

—¿Intimar? No tenemos sitio. Si aprovechando que mi madre esté trabajando de noche, la meto en mi casa y ve ese apartamento que no llega a treinta metros cuadrados se le va el enamoramiento rápidamente. Además tiene que estar a las diez en su residencia salvo noches contadas como esta, y siempre con permiso especial de las monjas. ¡Tengo una novia de clausura!

—Bueno —dice Calve con complicidad—. Puedes llevarla a mi habitación, no tardaremos en irnos.

—No creo. Es muy descarado.

Tardo nanosegundos en cambiar de opinión.

—María, ¿quieres ver un momento el piso de Calve? —la invito como si fuese el momento idóneo para una valoración inmobiliaria. María accede y acabamos en la habitación de Calve. Nos besamos, nos tocamos… Me quito la camiseta.

—Javi, aquí no. Hay mucha gente.

—Ah no. Es que tengo calor.

—Estamos en diciembre.

—Ya sabes, la calefacción —me excuso y la beso en el cuello entre toqueteos.

—Si se fueran todos y estuviésemos solos al menos.

Alguien toca a la puerta. Demonios.

—Nos vamos. Quedaos lo que queráis. ¡Toma! —exclama Calve lanzándome las llaves.

Maravilloso. Al cabo de dos minutos la puerta del piso se cierra y las voces se van desvaneciendo por las escaleras del edificio. María y yo nos tocamos. Desabrocho la blusa de María aguzando el tacto sobre sus suaves pechos. Volvemos a besarnos, una y otra vez. Me quito el pantalón.

—No sé. Quizás. —María suelta profundos suspiros cuando le beso el cuello. Acabo centrándome en eso. Está a punto de quitarse la blusa cuando un inesperado ruido se escucha procedente de detrás de la puerta. María, apresurada y temblorosa, se abrocha los dos primeros botones de la blusa.

—¿Qué pasó? Pensaba que estaba todo el mundo fuera. ¿Tienes calor, Javi? —pregunta Berta mofándose, justo después de abrir la puerta sin aviso—. Perdonad, es que tenía la chaqueta aquí.

—Nosotros también pensábamos que estábamos solos.

—Bueno cojo esto y me voy. Adiós tortolitos.

Al final María se repone, pero sigue muy intranquila. Este no es

el palacio de un príncipe azul, pero ella no se queja. Sonríe obnubilada de forma inexplicable.

JUEVES, 19 DE DICIEMBRE DE 2002

—Son las 7 de la tarde y ya vais muy contentas, ¿no?

—Javi, no exageres. Fumamos algo y poco más. Anda, tómate algo—replica Sara.

—Sí, claro. Óscar, te pongo una también.

—Yo también quiero una birra —aclara Tomás desde la cocina, que está justo pegada al pequeño salón de la casa. Está fumándose un porro con Jaime.

—¿Cómo está Alberto? —pregunto por el enfermo.

—Va al médico todas las semanas y dice que está sin fuerzas. Algo mejoró el último mes, pero no sale de casa —aclara Jaime desde la cocina.

—No me extraña. Tiene a la asistente personal —critica Sara, refiriéndose a Rosario—. A las amigas que las den. Dicen que vive aquí, pero nosotras no la vemos. En ese momento sale Cruz de su habitación seguida de un amigo. Estamos acostumbrados a conocer a nuevos amigos de Cruz cada semana y no nos molestamos en tratarlos mucho porque tenemos la seguridad de que desaparecerán pronto de nuestras vidas. Seguramente este no será la excepción. Como no hay sitio en el sofá se quedan en la cocina con Tomás y Jaime.

Nosotras llevamos saliendo toda la semana así que hoy no queremos mucho jaleo —aclara Sara—. Bebed y marchaos cuando queráis. Yo creo que hoy me acostaré pronto.

A media noche ya estamos todos perjudicados. Todos. Sin excepción. El amigo de Cruz se ha ido hace rato y no volveremos a verlo más, ella bromea con una Sara muy despierta y animada. Jaime y Tomás van bajo los efectos de lo que se hayan fumado y Óscar tendría que haber dejado de tomar hace rato ya. Siendo el único que conserva algo de cordura decido serenarme, comer algo y no beber nada más. Por desgracia, nunca he sido fuertemente decidido.

Ahora, a la una y media de la madrugada entramos en otro garaje transformado en pub que ha de cumplir a su manera con la normativa legal. Un tugurio llamado La Rana, donde se sirven copas que han de cumplir, también a su manera, con la normativa sanitaria.

Tomás Potas Locas se dirige al baño tranquilamente para soltar lastre, por supuesto, a su manera. Jaime y Sara me acompañan a la barra y se besan mientras esperamos por las consumiciones.

—¡Hola, Javi! —exclama encantada María, después me besa. Me presenta unas amigas intrascendentales y bailamos. Me gustaría comérmela aquí mismo, pero las amigas, la gente, las luces… Mejor voy a ver qué hace Tomás y bajo el calentón.

Tomás está hablando con unas chicas. Una está muy animada bailando con todos los chicos que la rodean. Bailando y restregándose con lascivia. No debería acercarse.

Pero lo hace. Se planta delante de mí y contonea su cuerpo al ritmo de una canción que para mi cabeza es un eco de fondo. Está calentando al personal a lo salvaje, así que paso de tonterías. Al ver que no reacciono se pega a mí y exagera su baile. Al flexionar las piernas y agacharse, empuja su entrepierna contra mi muslo derecho. Se acabó la tontería, ha jugado con fuego. La agarro por la cintura y pego su torso al mío, las bocas quedan a centímetros y ella no aparta la mirada ni gira la cara, así que la beso. Beso y palpo su cuerpo lujuriosamente durante un buen rato sin que ella oponga resistencia o rechazo alguno.

Estamos en 2002, si una chica se refriega obscenamente contra un chico, este aún puede besarla con la misma obscenidad, sin que las feministas lo vean mal o la justicia ordene apresarlo. En 15 años ese chico habrá de pensárselo, siempre que no tenga un buen helicóptero ni proyecte cincuenta sombras como un tal Grey.

—¡Javi, fenómeno! —exclama Calve—. Hay que ver cómo bailas.

—Yo no bailo. Será ella.

—¿Y María? —pregunta susurrando al oído.

—Está por ahí.

Calve suelta una carcajada.

—¿Qué pasa?

—María está a 5 metros, bailando con unas amigas detrás de ti —confiesa desternillándose.

—Y qué pasa, no puedo bailar o qué —replico enojado y aturdido de todo lo que hemos estado tomando.

De pronto, en el otro extremo del pub se hace un corrillo. ¿Una pelea? ¿Alguien vomitando? No.

Óscar y Cruz están volcados sobre el suelo, arrastrándose, deslizándose y rebozándose cuan dos croquetas en la sartén, sazonados con restos de bebidas, hielos y cristales rotos. Se besan como dos amantes adolescentes apasionados de un romance de verano sobre las flores y la hierba. Pero aquí no hay flores, hay basura y cristales rotos. Hierba de por medio sí puede haber, pero de otro tipo.

—¡Cómo estáis! —Exclama Calve sin parar de reír.

—Basura. Y de la buena —alcanzo a responder.

Lógicamente los echan, o invitan a ir, como prefiera entenderse. No tiene importancia. Vuelvo junto a la bailarina lujuriosa, pero ya ha encontrado otro amante.

—Esto es el festín del herpes —puntualiza Calve, feliz viendo el espectáculo.

Siento que he de ir con los demás, por lo que voy a despedirme de María. No pienso en si me ha visto besar a otra o no, simplemente porque ya ni lo recuerdo. Calve me lo recordará cuando lo vea a los dos días entre risas, pero hoy no.

—María, cariño me tengo que ir.

—No me das ni un beso.

—Claro que sí, preciosa.

—Quédate si quieres.

—No quiero molestarte hoy que estás con tus amigas.

—Tú nunca molestas.

Tomás pasa a nuestro lado dando bandazos. No va nada bien.

—Tienes que cuidarlos, claro —puntualiza María al verlo.

—Claro, claro. Un beso preciosa.

Ella sonríe encantada.

JUEVES, 16 DE ENERO DE 2003

—Las monjas os dejarán salir de fiesta al acabar los exámenes, ¿no?

—No creo, Javi. Puede que alguna noche en Marzo.

—Es que nunca podemos estar juntos. Ya sabes, solos.

—Ya, tienes que tener paciencia. Yo solo con estar contigo soy feliz.

—Yo también claro. Bueno, me voy a estudiar con Óscar y Cruz —beso a María y me despido.

Estoy alterado porque no consigo tener una cita decente con María y ya llevamos meses juntos. Me dirijo a la biblioteca de la facultad sin dejar de pensar en ello, allí me pondré a estudiar con Óscar y Cruz. Nos concentramos y estudiamos duramente durante diez largos minutos, tras los cuales decidimos tomarnos un descanso para un café.

Un café, una caña, otra caña, la cena…

La universidad en este país es pública, pero que no sea un negocio privado no quiere decir que no sea un negocio. Es un negocio público. Catedráticos bien alimentados pasando el día en sus poltronas con un buen sueldo, estudiantes becados para estudios que de poco le valdrán y becas que se gastarán en bares y discotecas. Todos ganan, todos menos los queridos contribuyentes que lo están pagando. En definitiva, la universidad es la fábrica más productiva del Estado, la fábrica de futuros subempleados, o parados directamente. En este país no sería una rareza encontrar una Doctora en Historia como empleada de un centro comercial, una hamburguesa deconstruida por un arquitecto o a un físico de celador. Pero quién se resistiría a pasar sus años de juventud ociosos y financiados. Lógicamente también hay estudiantes aplicados y catedráticos maravillosos, de todo tiene que haber.

De todos modos y a pesar de sus aspectos ineficientes, la vida del universitario acarrea de por sí un master en gestión de recursos. El

estómago del universitario medio ha de sufrir la adaptación desde las maravillas culinarias maternas a platos más humildes, tales como la famosa pasta con atún, el arroz cocido o todo tipo de bocadillos y, siempre que el bolsillo lo permita, el menú subvencionado de la cafetería de la facultad. Vivir en residencias privadas es un lujo y, a no ser que se consiga plaza en una pública, se acaba compartiendo un piso destartalado con 4 personas más a las que se tiene que aguantar. Nada de ropa cara, ordenador último modelo o actividades costosas. Todo por un bien mayor, la posibilidad de costearse fiestas. Afrontar la vida con cierta autonomía, subvencionada por papás biológicos o papá Estado, es la mayor enseñanza para gran parte de los universitarios.

Por desgracia, la universidad es una oportunidad para la decadencia de muchos universitarios que, lejos del control parental, se entregan a sus excesos. En mitad del segundo año de carrera la pandilla basura se sume en esa decadencia.

A la una de la madrugada preparamos el examen de mañana. Básicamente, leemos lo que nos da tiempo a leer y nos estudiamos las preguntas de exámenes de años anteriores. Cruz ha fumado algo, Óscar y yo hemos tomado alguna cerveza. Al día siguiente haremos el examen y aprobaremos. La profesora no se molestará en innovar con nuevas preguntas, eso le llevaría un esfuerzo inusitado. Nosotros, como buenos pupilos, respondemos con el mismo esfuerzo.

Por suerte, una suerte que no valoro en el momento, yo sí vivo con mi madre y no en un piso de estudiantes. El examen ha sido fácil y aprobaré por los pelos, pero el resto necesitarán más esfuerzo. No podré ver a la pandilla basura hasta acabarlos, o de lo contrario suspenderé y mi madre se enfadará, con las consecuencias desagradables que eso conlleva. Estaré un mes estudiando a trancas y barrancas. Estudiando y pensando en la anatomía de María.

JUEVES, 27 DE FEBRERO DE 2003

—Lo siento, Cruz. Hoy no salgo.

—¿Qué? Acaban los exámenes y no sales. ¿Tú estás loco o qué te pasa?

—No tengo mucha pasta. Además lo mismo mi madre…

—¡Cómo metas a tu madre en esto te arreo! Aprobaste y tu madre estará encantada. Vas a decirme lo que te pasa o te lo saco por las malas.

—Vale. Ahorré para una noche de hotel y quedé con María.

—Vente al piso. Te dejamos sitio. No fundas la pasta en un hotel.

—No, paso de esas soluciones. Hoy nos vamos a un hotel y no saldremos. Pasadlo bien.

—Tócate las narices con el casanova.

A Cruz no le sienta nada bien que pase de quedar con la pandilla basura el día que terminan los exámenes, pero hoy es el día que llevo esperando meses. Por fin María y yo vamos a tener algo de intimidad. De regreso a casa desde la facultad, preparo la mejor ropa que tengo y me dispongo para la cita determinante con mi novia.

—Planchando... Pero, hijo mío, estás enfermo. ¿Llamo al hospital?

—Qué pasa, ¿no puedo planchar?

—Si a eso le llamas planchar. Anda, vete a vestirte que te lo plancho yo.

—Gracias —agradezco a mi madre el detalle y me arreglo.

—¿Vas a quedar con la chica hoy entonces? ¿No vas a salir?

—Que sí, mamá, ya nos vemos mañana.

—No vas a salir. Vaya milagro.

—No marees, mamá.

—¿No será la perra vieja esa? Ten cuidado que tú eres un pelele y te maneja como quiere.

—Que no es Cruz.

—Ah, entonces sí que es una chica.

—Déjame en paz.

—Mientras sea una chica y no sea la perra vieja esa.

—Tranquila, mamá.

—Bueno, aquí te dejo la camisa. Después me marcho a trabajar. Si no te veo, suerte. Trátala bien.

—Que sí. Adiós —me despido de mi madre. En tres horas saldrá a cuidar a la señora una noche más. Me gustaría decir que se lo agradezco, pero soy demasiado egoísta para hacerlo. Solo pienso en María.

Salgo de casa y la espero a la puerta de su residencia. Una monja mira para mí desde un recibidor en el hall de entrada y sonríe, agacho la cabeza. En unos minutos María se despide de la monja y unas amigas suyas entre risitas y comentarios femeninos. Solo tengo una cosa en la cabeza, no es necesario describirla.

Bien podría parecer una cita romántica para una cena, pero no lo es. Son las 5 de la tarde e invito a María a un refresco para que mi plan no parezca forzado. A las 5 y media ya estamos entrando al hotel. Ella está más relajada hoy, aunque yo no.

El Hotel es un hospedaje en un bar. El letrero de fuera presume de una estrella, pero le queda grande. Por lo que parece las llaves se piden en la barra.

—¿Qué desean tomar? —pregunta una camarera oronda de unos cincuenta y tantos. Tiene una gran mancha de grasa sobre una camiseta blanca y su aliento es una fragancia a tabaco negro con aromas a vino afrutado. A un lado de la barra un señor habla con el patrón mientras se toman una taza de vino, al otro lado una pareja de ancianos hacen lo propio mientras miran con ojos desconfiados. Es un auténtico antro, incluso para un experto en tugurios como yo. Si esta chica no sale corriendo es una santa. *Strike 1,* que dirían los

americanos.

Lo es. Aguanta el mal trago que ha tenido que llevar y sube unas viejas escaleras hacia nuestra habitación sin quejarse de nada. La habitación está a la altura que se esperaría del "hotel", una cama de matrimonio de la época de Franco sobre un suelo de madera crujiente y un aseo aún más antiguo. Presidiéndolo todo un crucifijo enorme justo sobre la cama. Ahora sí sale corriendo. *Strike 2.*

No lo hace. En vez de eso se queda mirando al crucifijo y dice:

—Es muy bonito. En casa de mi abuela tengo uno muy parecido.

—Me alegra que te guste —reconozco sorprendido.

Los dos nos besamos y por fin, debajo de aquel crucifijo enorme, intimamos.

Home run.

—Lo siento, Javi, pero ahora me tengo que ir —se excusa María a las once—. Ojalá pudiésemos estar toda la noche.

—Pensé que hoy te dejarían. Qué pena —respondo con poco entusiasmo y ya adormilado.

Salimos de aquel hospedaje inmundo y nos dirigimos a su residencia. Allí me despido de ella con un profundo beso mientras una monja cotilla ojea por una ventana. Es medianoche y después de meses, por fin estoy relajado. Me dispongo a volver a casa.

—¡Qué cara de satisfacción! —exclama Cruz mirándome. Yo subo para mi casa y ella baja por la calle en la dirección contraria.

—Acabo de dejar a María en la residencia.

—Esa novia tuya qué es, ¿Cenicienta?

—Es la hora que tienen de límite para llegar. Si no llegan a esa hora las monjas llaman a sus padres.

—Bueno, pues vamos.

—¿A dónde? Yo voy para casa.

—Sí, dentro de unas horas.

JUEVES, 3 DE ABRIL DE 2003

Son las 7 de la tarde cuando recojo a María en la facultad.

Tomamos un café y unos refrescos en una cafetería cercana. A lo largo de una hora expongo una perorata de necedades a una María sonriente y encantada. Una conferencia de banalidades tales como las tonterías hechas en las últimas juergas, los ligues de un Óscar desbocado, el aburrimiento en determinadas clases, los desprecios del séquito de Jacobo o las aún más aburridas anécdotas de la infancia. Una charla insufrible para cualquier humano maduro, para mí de lo más interesante y para María incomprensiblemente entretenida.

Una vez agoto la saliva y cansado de hablar propongo a María hacerle una visita a Cruz, a lo que ella accede amablemente. Una visita a Cruz, a Óscar, a Sara o a quienquiera que sea, supone un rato para estar juntos y solos, razón por la que últimamente concierto todas las visitas que puedo. Hoy toca el piso de Cruz.

—Bienvenidos tortolitos —nos recibe Cruz riéndose. Evidentemente ha estado fumando. Le hago un gesto para que me deje las llaves.

—Hoy vamos a quedarnos en la terraza que hace muy buen día. Si la música molesta mucho avisadnos.

No es el plan habitual, normalmente desalojo a los inquilinos de sus hogares como si de un desahucio exprés se tratase. Pero hoy Cruz no parece dispuesta a abandonar completamente sus aposentos, habrá que adaptarse a las circunstancias.

Salimos a la terraza con Cruz y saludamos a Sara y Jaime, que también han estado fumando. Unas sonrisas de confidencia después María y yo ya estamos en el cuarto de Cruz. Como tienen la música a todo volumen, no son necesarias más preparaciones que cerrar la persiana, que da a una tarima saliente de la azotea sin protección alguna, y apagar la luz. A María no le gusta tener la luz encendida, aunque una lámpara poco luminosa no le desagrada. En este caso

con no cerrar del todo la persiana exterior, dejando los agujeritos de la zona alta abiertos, se consigue un efecto de luz tenue muy parecida y excitante.

Nos besamos, nos tocamos, desabrocho su blusa, recorro su cuerpo suavemente con mi lengua… Y entre los agujeritos de la persiana puedo ver como Cruz sube al saliente de la azotea sin protección alguna y se pone a bailar. María da la espalda a la ventana y no se entera. Un paso en falso o un tropiezo y esa loca de Cruz se cae de un décimo piso, debo sacarla de ahí.

—Parece que te aprieta el pantalón —dice María—. ¿Qué miras?

—Nada. Tus curvas, boba —contesto sujetándole la cara con una caricia poco suave, para que no voltee la cabeza—. Suerte que últimamente estás más relajada y no te importa la gente.

—Si fuesen otros sí. ¿Tus amigos? Mañana no se acordarán de nada.

—Si llegan a mañana —le corrijo, a la vez que aparto unas bragas que Cruz ha olvidado camufladas bajo la almohada y ni he visto.

—¿Qué?

—Nada boba.

La beso. Seguimos a lo nuestro. Un rato después salimos a la azotea, ha empezado a llover. Sara y Jaime siguen besándose. Cruz resbala.

—¡Jaime! —grito señalando con el dedo el saliente donde Cruz está a punto de caerse.

Jaime le agarra y Cruz recupera el equilibrio.

—¿Pero qué hacías ahí? Menudo susto.

—Es que subí y daba una impresión. ¡Qué ida de olla!

—Tenéis que estar más atentos —reprendo a Jaime y Sara—. En serio, hay que frenarse un poco.

María parece encantada con mi recién estrenada madurez y les reprende por no saber controlarse. A Cruz le entra la risa.

—La santa me está abroncando —se mofa Cruz.

A María no parece sentarle bien, pero con un beso y una precipitada despedida de los demás lo soluciono. Salimos de allí y acompaño a María a su residencia. Una vez entra por la puerta de la residencia de clausura mi madurez se desvanece tan rápido como apareció.

Vuelvo al piso de Cruz y Sara. Óscar ha llegado con bebida, la antesala de un desfase anunciado. Todos abroncamos a Cruz por la

locura de haberse subido a la azotea a bailar.

Después, ya relajado, pasa lo que siempre pasa después. Unas risas, una copa lleva a otra y al final acabamos en el karaoke con Cruz. Milagrosamente la convencemos para que deje de cantar y cambiar de local. Por desgracia, las discotecas están llenas y quieren cobrarnos en todas, razón por la que acabamos en el antro más antológico de la ciudad, el Maikar.

Lograr bajar esas escaleras sucias y oscuras ha sido todo un logro. Óscar y yo pedimos dos cervezas, al volver de la barra Cruz habla con un chico, Jaime y Sara se ríen. La razón, el tipo es otro argentino.

—Oye Cruz, otra vez un argentino. No quiero más lloreras y encuentros con amigos tuyos que no volveremos a ver, ya pasé por eso.

—Ya te digo —confirma Óscar.

—Javi, Óscar, idos a la mierda. Pues me voy a liar con él, que lo sepáis.

Óscar y yo nos apartamos a una esquina a beber nuestras cervezas. Al poco rato nos sentamos, Óscar se pasó con las cervezas y yo estoy cansado. En este momento Cruz ya se está liando con el nuevo argentino.

—¡Che! Óscar, va ser mejor retirarse.

Óscar niega con la cabeza y centra su mirada depredadora en la mujer barbuda, una chica, mujer, diría que hasta señora. Fea, fofa y con un incipiente bello facial, suele frecuentar los antros más legendarios.

—No estarás pensando en… ¡Óscar!

Demasiado tarde, Óscar se dirige en zigzag hacia la mujer barbuda, con paso ni firme ni seguro. Voy detrás de él y le doy un toque en la espalda.

—¡Óscar, tío! ¿Qué vas a hacer?

Óscar no contesta, clava en mí sus ojos rojos. Ha caído al lado oscuro de lleno.

En dos minutos estará morreándose con ella. Sus rostros velludos rozan el uno con el otro desprendiendo los dos feromonas a kilómetros, el hedor a sudor cerca de la pareja espanta a los que les rodean. Por suerte hay mucho humo de tabaco para disimularlo, nunca pensé que llegase a apreciarlo.

Cinco minutos después Óscar se acerca.

—Me voy con ella a su piso. ¿Tienes condones?

—No, pero no te preocupes, al ser animales de razas distintas no la vas a dejar preñada.

Mi gracia no le hace gracia.

—Pues me da igual. Me voy con ella.

Nada puede parar el instinto jurásico de Óscar, pero temo que esta vez su media naranja provoca más temor que él si cabe.

—Javi, pero cómo dejaste a Óscar hacer eso...

—A ver quién lo para así —digo viendo la cara de sorpresa y asco del argentino, que una vez los ve salir confiesa:

—Che, vuestro amigo va fuerte esta noche.

—Vamos para la Tita —ordena Cruz.

—Da igual. Yo os dejo solos, pasadlo bien.

—¿Qué dice? Usted se viene a la *Tita* como hay Dios, como dicen aquí.

En la *Tita* aparecen Jaime y Sara de nuevo y me tomo la última cerveza con ellos. Y pensar que no me gustaba este brebaje. Justo antes de irnos una figura entra apresurada al garito, con la camiseta empapada por la lluvia y los pantalones cayéndosele sin cinto que los reforzase.

—Óscar, ¿dónde metiste la chaqueta y el cinto? —pregunta Sara.

—Tenía que escapar. Cuando fuimos para su piso se me fue pasando la moña y una vez allí yo me quería ir, pero la tía se abalanzó sobre mí y me bajó los pantalones del tirón. Después de que me hiciera cosas con su boca me tiró sobre la cama y quería, quería… Pero a mí me dio asco. Así que la tía volvió a hacer cosas con su boca, pero al verla desnuda me dio miedo y salí corriendo. Me dio tiempo a coger los pantalones y la camisa… La camisa porque la llevaba puesta. Así que salí corriendo de su piso, en gayumbos, y me puse los pantalones en el portal. Quería irme a la residencia, pero creo que viene detrás de mí. Así que me metí aquí.

La carcajada es generalizada. Cruz y los demás lloran, literalmente, de la risa. El tiranosaurio tuvo que salir corriendo antes de que su presa le comiese a él.

—Joder. ¿No es esa que está entrando ahora? —pregunta Jaime.

—Rápido, Óscar. Al baño —exhorta Cruz. Jaime y Óscar se meten en el baño.

—Tú, tú eres el amigo de Óscar, ¿verdad? —pregunta la mujer barbuda.

—Sí, pero no lo he visto desde que me fui de *Maikar*. Lo siento.

La chica pone cara de desaprobación y se va. El argentino va junto con Cruz a buscar a Óscar al aseo.

Finalmente, nos pedimos la última después de la última. Hay que celebrar la integridad física de Óscar.

VIERNES, 25 DE ABRIL DE 2003

La tarde está agradable cuando recojo a María en su residencia. Las monjas ya no sienten curiosidad y nadie mira, ella parece más tranquila. Como siempre, me tomo un refresco con ella en una cafetería mientras hablamos de nuestras cosas. Después de media hora hablando con ella, mientras trato de evitar sin éxito la excitación, le invito a dar un paseo.

Hoy no podemos visitar a Cruz, ni a Sara, ni a Óscar… Es viernes y se han ido todos. El poco dinero que tenía para un hospedaje me lo gasté la noche pasada.

—Podemos ir al cine, a ver una peli romántica —propone ella.

—Hoy hace buen día para un paseo. Mejor no encerrarse en un cine. «Podría estallar del calentón, aunque tengo un amigo que en la parte de atrás del cine… Mejor no pensar en eso».

—Sí. Es más romántico un paseo —responde ella encantada.

Vamos hasta la alameda, pero está saturada de parejitas.

—¡Qué bonito es este parque! —exclama María. Todo le parece bien y no se queja. Es un hecho que yo, por supuesto, no aprecio lo suficiente. Ya lo apreciaré.

—Muy bonito —repito. «Quizás el campus, pero siempre hay demasiada gente. Otro parque podría ser, pero con la buena tarde que hace estará lleno de gente. Esta ciudad realmente es un pueblo grande, no puede ser que no haya un solo sitio para intimar un poco, románticamente, y eso claro».

—Damos una vuelta por el campus —me decido sin mucho convencimiento.

—Sí, claro.

Vamos al extremo del campus, pasamos al lado de la nefasta residencia de Óscar, pero hay demasiada gente. Entonces me fijo en la zona rural que se extiende más allá del campus.

—Vamos hasta allí, dicen que hay unos molinos de agua —me invento.

—Vale, aunque no sé si estará lejos.

—Nada, unos minutos.

Después de una hora dando vueltas, estoy a punto de desistir cuando atisbo un pequeño sendero que se desvía del camino rural junto al riachuelo, desde el sendero se puede acceder a un claro oculto entre la maleza y los matorrales.

—¿Qué te parece si nos tumbamos allí? Es muy, muy… romántico.

—Vale.

Nos tiramos sobre los hierbajos e intimamos. Cuando por fin me relajo siento que me lamen la oreja. «No recuerdo su lengua tan grande». No es María, es un pequeño chucho juguetón. María, semidesnuda de cintura para arriba, lo acaricia y se ríe con él. Cuando levanto la cabeza un paisano ya anciano sonríe tras los matorrales. «Mierda, María se va a asustar».

Por suerte el paisano se marcha y el perro va tras él. Un rato después, María y yo volvemos a la urbe. Me despido de ella en el centro, excusándome por haber quedado con unos amigos y no poder acompañarla a la residencia. A ella no le parece mal, nada le parece mal.

Mis amigos me esperan en la entrada del cine para ver una peli de acción y tiros. Calve y Camish se ríen.

—¿De dónde narices vienes? Estás todo manchado de hierba y llevas la bragueta abierta.

MIÉRCOLES, 30 DE ABRIL DE 2003

Es la víspera de la festividad del primero de mayo, día del trabajador. Todos los estudiantes, la mayoría de los cuales no han trabajado en su vida, bajan en riadas hacia el centro. Los chavales que están terminando el instituto tampoco tendrán clase mañana y muchos saldrán hoy. Los veinteañeros con trabajo aprovechan para salir también. El resultado es una colmena de gente que inunda la zona nueva de la ciudad y salta de un bar a otro.

Estamos en 2003, Facebook ni el resto de las redes sociales han nacido todavía y las web para conocer gente por internet están todavía germinando. No hay aplicaciones de mensajería instantánea por redes móviles, solo SMS. De hecho nuestros celulares no hacen fotos, no las retocan, no se conectan a nada, no te permiten ver vídeos, no sirven de GPS, no te recuerdan los cumpleaños, no te ayudan a analizar cómo va la dieta o la rutina de ejercicios y no predicen el ciclo menstrual. Los juegos se limitan a una versión *offline* del famoso juego *Snake*, el de la serpiente, en dos dimensiones muy arcaicas.

Si quieres escribir un SMS tendrás que pagarlo, por lo que la gente no suele usarlos para tonterías. Si quieres conectarte a internet buscarás un sitio para hacerlo y pagarás, porque tener internet en casa es todavía un lujo para gran parte de los

estudiantes.

Nosotros, prehistóricos de las redes, si queremos conocer gente acudimos a los bares. Y cuando tienes diecinueve años quieres conocer gente, mucha gente.

Tras la habitual parada en el Berberecho, saltamos de bar en bar. Después de casi dos intensos años en la universidad conocemos a mucha gente. Me encuentro feliz entre tantos nuevos amigos y, sobre todo, amigas. Muchos castillos en el aire, muchos pájaros en la cabeza. Después de unas cuantas sonrisas femeninas confieso a Óscar y Tomás:

—No sé si merece la pena seguir saliendo con María. Después de ver a todas estas chicas tonteando… Todas parecen querer algo, ya sabéis.

—Son unas niñatas, yo quiero una mujer —responde Óscar.

—Pues para mí son encantadoras.

Tomás confirma con la cabeza, sin demasiadas palabras, a su estilo.

En un pub de música rock nos encontramos a Jacobo y su séquito. No es su ambiente, pero pasaron a saludar a un recuperado Alberto que, como siempre, está con Rosario. Nosotros estamos aquí por la misma razón. Cruz y Sara no aparecen, por lo visto siguen con supuestos resquemores con su aún supuesta compañera de piso. Todo transcurre con normalidad hasta que Óscar le derrama parte de la jarra de cerveza a Jacobo por torpeza.

—¿Tú siempre estás ciego o qué te pasa?

—Fue un accidente —le contesto.

—No te preocupes que te cojo otra. Todo sea eso —se excusa Óscar, que desaparece entre la gente con dirección a la barra.

Jacobo sigue seduciendo al séquito mientras Alberto y yo pedimos una de Los Suaves al pinchadiscos. Suena *Dulce castigo* cuando Óscar regresa con una jarra de cerveza

para Jacobo y una copa para él. En este momento aparecen Cruz y Sara también, saludan fríamente a Rosario, de esa forma que tienen las mujeres de expresar su rencor con un abrazo y un "cómo te echábamos de menos", y se juntan con nosotros.

—Oye Javi, ¿qué le pasa a Óscar? ¿Por qué está tan contento?

—No sé. Le tiró una jarra a Jacobo encima y le ha tenido que pagar una. No sé en qué puede satisfacerle, supongo que en haber empapado a Jacobito —confieso a Cruz a la par que señalo a Jacobo, que comparte la jarra con su séquito.

—¿Qué dices? ¿Le hizo eso a nuestro querido compañero que se masturba mirándose al espejo? Pobrecito. Una pena no haber estado presente.

—Ya. Cuánta maldad.

Jacobo y su séquito piden cervezas de distintas marcas y hacen una cata, que básicamente consiste en compartirlas mutuamente. Así, mientras la pandilla basura hace guarradas execrables tales como compartir una copa entre dos, el aristocrático y excelentísimo séquito de Jacobo hacen una selectiva y exquisita cata de distintas bebidas compartidas. Cosas verás…

—Está buena la cerveza de este pub —reconoce Óscar dando un sorbo a su copa, mientras mira cómo Jacobo le deja probar la cerveza a parte de su séquito.

—Pero si estás bebiendo… Vale, entiendo. Ahora me vas a decir que el séquito está compartiendo tus babas también.

—¿Quién ha hablado de babas?

—¡Estás loco! —exclama Cruz a carcajada limpia.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué hiciste? —pregunto desconcertado.

—Pues que fue a por las consumiciones y al baño, le dio un sorbo a la cerveza y rellenó con otro líquido corporal para compensar —explica Cruz al tiempo que Óscar se deleita con la visión del séquito compartiendo la cerveza y sus restos de fluido corporal añadidos.

—Si hasta parece que les gusta. El orín de Óscar es mejor que la doble malta.

—Es que la cerveza sale muy fría del grifo y temía cogiesen un

catarro.

Entonces Cruz se empeña en ir a preguntar personalmente si les gusta, con la gran excusa de pedirse una ella también.

—Dicen que tiene un regusto exquisito —confiesa Cruz entre risas.

La imagen de Asquerosidad riéndole las gracias a Jacobo al tiempo que da largos tragos a la cerveza hace honor a su nombre.

Finalmente salimos del pub. Cruz se va con su nuevo macho argentino al karaoke despreocupada de nosotros, que nos dirigimos al Apolo. Otra vez esas escaleras, gente sin equilibrio agarrada a las barandillas, parejas morreándose obscenamente.

—¡Hombre, Calve! —saludo efusivo—. Veo que has montado una ONG también.

Calve va acompañado de una mujer con un atractivo más que dudoso, agarrándola a ella y a la barandilla. Trata de subir, pero los convenzo a los dos para que se queden un rato más.

Bromas, copas, gente, amigos, mujeres, seres parecidos, más bromas, más risas, más gente parecida. Soy tremendamente feliz.

Aparecen Cruz y su argentino.

—Chicos, tenemos algo que deciros.

—A ver con qué nos vas a sorprender ahora.

—Estoy preñada —confiesa Cruz.

Me quedo helado. He tenido que soportar muchas obsesiones y rarezas de Cruz. Cambios de humor bruscos y formas de actuar abruptas. Inseguridades derivadas de comparaciones odiosas con su hermana seria y madura. La recuerdo llorando por sentirse mal siendo la cabra loca de la familia, estos últimos meses ha querido sentar la cabeza… Pero, ¿preñada?

—¡Enhorabuena! —exclamo incrédulo.

—Era broma, tonto.

Suspiro. Siempre me trago todas las trolas. La pandilla basura conserva a Cruz.

SÁBADO, 12 DE JULIO DE 2003

Después de más de dos horas de autobús por fin me encuentro en el lugar de vacaciones de María, un hermoso pueblo en la costa de Lugo. Ella me espera en la estación con un top rojo apretado realzando su pecho y un pantalón blanco ajustado. Ya estoy excitado antes de besarla.

—Hola, encanto.

—Hola, cariño.

—¡Qué ganas tenía de que vinieses!

María sigue hablando a lo que respondo con una sonrisa tratando de esconder mis evidentes pulsiones. Damos un paseo por el pueblo cruzando el puente. Solo puedo pensar en devorarla.

—Esta es la plaza del mercado, aquí está la pastelería buenísima de la que te hablé.

«Qué calentón».

—Aquí hay un mirador desde donde se puede ver la ría. Es preciosa.

«Tú sí que estás preciosa. Qué calentura».

—Esta es la iglesia principal del pueblo. Es románica. La torre es del siglo XV.

«La torre. Contra la torre mismo. Hay que ver cómo le queda ese pantalón».

—Podemos tomar el pastel de manzana que te dije en la pastelería.

«Yo sí que te hincaba el diente aquí mismo».

—¡Javi! Estás atontado.

—Sí, el pastel sí.

Nos tomamos el pastel. No lo siento, no lo saboreo, solo pienso en María y lo que haría con María.

—Vamos a mi casa.

—Sí, claro.

«Por Dios. Gracias Señor»

Llegamos a su casa, saludo a su hermana, que parece va a marcharse.

—Lo siento chicos, pero nuestros padres no han vuelto a Orense. Parece que se quedan este fin de semana. —Las palabras de la hermana de María noquean mi entrepierna.

«¿Ahora qué? ¡Qué calor! He de buscar un parque, un descampado, un camposanto… Por favor, me vale todo».

Paseo con María por la parte alta del pueblo y, finalmente, nos metemos por un camino rural que bordea una finca empinada. En la parte alta de la finca hay una zona rodeada de matojos. Está escondida entre matorrales y una zona pedregosa aún más alta. Es el sitio.

Me tumbo con María sobre la hierba y empiezo a devorarla con un instinto jurásico propio de Óscar. Me pierdo en su cuerpo.

—No sé. No pasará nadie por aquí, ¿no?

—Tranquila, estamos fuera del pueblo y en medio del monte. Esto no se ve desde ningún sitio.

—Bueno…

No tiene oportunidad para una palabra más. La beso, la toco… Me entrego a los instintos hasta que caigo exhausto sobre la hierba. El suelo comienza a retumbar. María al estar a horcajadas sobre mí no lo siente, mi espalda sobre la hierba sí lo hace. No importa, me pierdo entre sus pechos. Al despegar mi cara de ellos…

—¿Qué pasa, Javi?

—Nada, preciosa —contesto mientras un vagón de tren pasa lentamente por encima de la zona pedregosa. Más de un viajero se queda mirando.

Dos horas después es el momento de tomar el bus de vuelta a casa. Dormito en el asiento hasta que el sonido de un SMS me despierta. Es Sara.

La broma del embarazo de Cruz ha dejado de serlo.

Cuando llego a casa, todavía en shock por la noticia, ardo en deseos de contárselo a alguien. Ese alguien resulta ser mi madre. Debí quedarme callado.

—¿Embarazada? ¡¡¿¿Pero qué hiciste desgraciado??!!

—¿Yo? Nada.

—Ahora te haces cargo de él, me oyes.

—Pero si yo no tengo nada que ver.

—Haberlo pensado antes.

—Si yo no he tocado a Cruz en mi vida.

—¡¡¡COBARDE!!! Ahora apandas con el niño. ¿Me oíste?

—Pero si lo tuvo con su novio argentino.

—Un argentino dice ahora… Mentiroso, haberlo pensado antes de bajar los pantalones.

—¡Qué no es mío, coño!

—A mí no me grites. A mí no se me grita en mi casa.

—Es que no es…

—Habrá que hablar con sus padres. Hay que hacerse cargo de la criatura.

Mi madre tardará en creerse que no tuve nada que ver en el asunto. A la señora suele repetirle el cocido, pero ahora hay una cuestión que se le indigesta con mayor fuerza y se le repite una y otra vez:

—Dime de verdad que no es tuyo. Ya te dije que tuvieras cuidado con la perra vieja.

VIERNES, 15 DE AGOSTO DE 2003

La entrada al campin está repleta de coches. Cuando Calve llamó para reservar sitio apenas quedaban huecos libres. Ahora lo entiendo, toda Galicia viene de fiesta a Portonovo en verano. Reservamos una parcela de las del fondo, donde meten a todo el que viene para el fin de semana. Montamos la tienda de campaña a trancas y barrancas, nos damos un baño en el metro cuadrado que queda libre en la piscina y soportamos veinte minutos más de cola para hacer uso de las duchas. Sobre las diez compramos unos hielos en la cafetería del campin, acabamos de asearnos y sacamos las empanadas y las botellas del coche de Calve. Empanada y ron cola, cena saludable. Los de la tienda de al lado ponen música electrónica, el del otro lado música latina.

—Mira, con todos con la música a tope no escuchamos una cosa ni la otra, ¿podéis apagar vosotros la música? —solicita Calve a los de un lado.

Ni caso. Los del otro tampoco.

—Vale, conque esas tenemos —rosma Calve de mala leche. Se dirige al asiento del conductor y pone música de orquesta a todo volumen.

—¿Pero qué coño has puesto?

—Concierto para bombardino. Ya puestos.

—Nos van a tomar por locos —replica Alfredo, otro colega del colegio.

—Que tomen.

A los dos minutos unas chicas que estaban en la parcela de enfrente se acercan.

—¿Qué habéis puesto, tíos?

—Concierto para bombardino.

—¿Qué? —preguntan las chicas entre risas. Lo que parecía una idea tonta del Calve acaba siendo un gran acierto.

Hablamos un rato con ellas. Les invitamos a unas copas.

—Parece que hay opciones —dice Camish.

No las hay. Se toman un par de copas, nos piden hielo para el camino y, simplemente, se largan. Alfredo se lamenta y decidimos irnos ya a la zona de pubs. A los cinco minutos conocemos otras chicas por el camino que lleva al pueblo y se nos olvida. La avenida del puerto está plagada de chicas de todo tipo, niñas bien de ciudad se entremezclan con rudas mozas de aldea, de modales más brutos e ideas más claras. Todos nos dirigimos a la calle de pubs que sube del puerto hacia el pueblo. El primer pub es más de última hora, así que subimos a los que están más arriba, donde suele haber más gente a primeras horas de la noche. Entramos en uno de los locales más grandes.

—Esto está lleno de tías —dice Alfredo, resplandeciente.

—Vamos a por unas copas y a la batalla —contesta Calve, con más alegría si cabe.

Y eso hacemos. Un grupo de pijas bailan junto a una columna, unas enfrente a otras sin cruzarse palabra. Camish no les quita la mirada de encima, pero es Alfredo el que se lanza al ruedo. Le acompaño.

—Hola chicas. ¿Os puedo presentar a un amigo?

—¿Y tú no te presentas primero? —le pregunta, picarona, una de ellas.

—Piérdete, tío —se entromete otra con arrogancia.

—Eso, piérdete —dice ahora la que le ha pedido que se presentase.

Alfredo desiste.

—Es difícil acertar en el blanco a la primera —trato de animarlo.

Pasan cinco minutos y descubro a dos chavalas junto a la barra, pidiendo unos chupitos con las copas todavía en la mano. Estas sí están animadas. Trato de pensar una excusa para poder iniciar una conversación. No se me ocurre nada. De repente, una de ellas agacha la cabeza tratando de buscar algo en el suelo, la amiga hace lo mismo. ¡Bingo!, una oportunidad.

—Alfredo, sígueme tú ahora.

—Vale.

Alfredo me sigue. Las chicas nos miran extrañadas cuando nos plantamos delante de ellas.

—Parece que buscáis algo. ¿Os ayudamos?

—Sí, buscamos tus pelotas, pero son tan pequeñas que no las encontramos.

—Vamos, no es tan difícil. Es cuestión de intentarlo —le sigo la burla.

—Tía, no seas tan bruta con el chico. Para uno que quiere ayudar y no anda babeando.

—¿Entonces?

—A mi amiga se le cayó un pendiente.

No encontramos el pendiente, pero aprovecho que Alfredo entabla conversación con la más arisca para ponerme a bailar con la otra.

—Es que este tío es gilipollas, no le hagas caso —escucho decir a Alfredo. Mientras me la entretenga, me importa un bledo que me ponga a parir. Prima más la solidaridad con mis hormonas que con mi orgullo. Las injurias de Alfredo son segundos valiosos.

El primer minuto bailamos. El segundo me acerco un poco más sin dejar de quitarle ojo a los avances de Alfredo con la amiga. El tercero pego mi cabeza a la suya. Mierda, la otra le ha dado largas a Alfredo. El tiempo apremia. No puedo esperar al cuarto minuto para usar la técnica del vampiro, así que acerco mis labios a su cuello y bajo mis manos un poco más allá de la cintura. Si se aparta se acabó el juego, sino solo habrá empezado. No se aparta, al quinto minuto mi lengua ya busca su glotis.

—Toma, bebe un poco, que os vais a ahogar —me interrumpe Calve ofreciéndome una copa.

Deniego su invitación, pero aprovecho la interrupción para excusarme con la chica para ir un momento al baño. Mi vejiga clama clemencia.

De regreso me encuentro a Calve riéndose sin motivo. Busco a mi fugaz amante, aunque esta parece entretenida besándose ahora con otro. Ahora entiendo el motivo.

—Creo que esa copa era para mí, Calve. ¿No?

—¿Vas a llorar las penas por tu amor perdido?

—Prefiero ahogarlas. Bueno, fue efímero, pero estuvo bien.

Nos reímos. Aún cae otra copa antes de cambiar de local. Entramos al pub de enfrente y está atiborrado de gente. Camish y yo tardamos una hora en pedir algo y hacer una nueva visita a los aseos. Cuando regresamos Calve está comiéndose la boca con una, conocemos a sus amigas, pero esta vez no hay suerte.

Sin que me haya dado cuenta son casi las cinco de la mañana. Dejamos el pueblo de camino a una de las discotecas a las afueras. Todas las niñas bien posan aquí para regocijo del personal. Como

obras de arte en un museo, se mira, pero no se toca. El juego radica en buscar la excepción.

—Hola guapa. Estás muy sola.

—Puede que lo prefiera así, ¿no crees?

—Como gustes. —No hay que ser un experto lector de caras para saber que es inútil insistir.

—Espera un momento —contesta. «Magia para mis oídos».

—Dime, preciosa.

—Tienes algo de nieve.

No me hace falta ni negarlo, tampoco ella necesita leerme mucho el rostro para saber que no. Pasa automáticamente de mí.

Sabiendo que las consumiciones aquí están a precio de oro pedimos la última copa de la noche. De repente, la atracción de las tías por Calve se multiplica, varias chicas se acercan a decirle algo.

—La chaquetita de niño pijo te está funcionando —le digo.

—¿La chaquetita? —responde Calve, con una sonrisa cínica.

—Sí. ¿Qué va a ser?

—El agua, imbécil.

—¿El agua?

—La gente que se mete no toma copas. Fíjate en todos los que están puestísimos.

Echo una ojeada a mi alrededor. Efectivamente, los tipos más puestos del local llevan una botella de agua en la mano.

—Piensan que tengo pastillas o coca, no que estoy cansado de beber.

Alfredo intenta un acercamiento a una chavala que baila junto a la cabina del DJ.

—¿No hubo suerte?

—Otra *comebolsas*.

—Estoy por pillar algo.

—¿Desde cuándo te metes, Javi?

—Desde nunca. No es para mí.

—Ah, entiendo.

—Joder, es que alguna de esas *comebolsas,* como tú las llamas, está tremenda. Puede que no fuese tan mala idea…

—Olvídate. El material que puedas comprar con la pasta que trajiste no te va a dar ni para un besito —interrumpe Calve.

—Habrá que pensar en otro plan entonces.

El otro plan aparece a los diez minutos en la planta de arriba de la discoteca, la de música latina, donde el ambiente parece más sano y proclive al contacto. Dos tías bailan toscamente cerca del centro de la pista. Una es voluminosa y la otra más bajita y menuda. Son el blanco de las miradas de media discoteca, es ahora o nunca.

—Mola este sitio, eh.

—Bueno, los tengo visto mejores —contesta la bajita.

—Hay buen ambiente.

—Mucho pastillero, pero no se está mal —contesta la otra.

—Sí, bueno. ¿Y de dónde sois?

—Silleda.

—¿Silleda? Donde las famosas rosquillas.

—Sí. Me vas a dar la chapa ahora con eso. Baila un poco —se entrega la grandota. Las chicas del rural siempre tienen más claro lo que quieren.

De primeras no es mi tipo. Solo de primeras. Bailo con ella, por supuesto que bailo con ella. Poco tarda en surgir algo más. Pero esta vez no son cuatro minutos, como al principio de la noche, ahora son diez. Sus curvas son generosas y quiero aprovecharlas.

—Oye, guapa, y si damos una vuelta —le propongo.

—No puedo, tengo que trabajar.

—Pero si estás de fiesta.

—Te voy a ser sincera. Ni soy de Silleda, ni estoy del todo de fiesta, más bien tomando un descanso.

—¿Entonces?

—A ver tío, paso cosas, ya sabes. No te dije que soy de Cambados porque no quiero dar el cante y que me echen el ojo. Ahora tengo que volver abajo, que allí hago una pasta.

—Ah, bueno.

—Oye, tío. Eres un encanto y eso, siento que lo tengamos que dejar aquí. Para uno que conozco que no es un puto *farlopero*. Pero hoy tengo mucho curro. A ver si nos vemos.

Vuelvo junto a los chicos y les cuento la anécdota, nos reímos y emprendemos el camino de vuelta al campin. Fue una noche estupenda. Marcha, buen ambiente y tías con ganas de fiesta.

Portonovo es el paraíso festivo del verano. Al llegar al campin nos echamos a dormir, con dificultades para conciliar el sueño entre bromas. Nos despierta al poco rato un tipo tocando los bongos unas tiendas más allá y nos levantamos de mala gana con la espalda molesta, pero no importa, un baño en la piscina, una ojeada a ver como lucen los bikinis y ya estamos preparados para una noche más.

JUEVES, 2 DE OCTUBRE DE 2003

Primer jueves universitario del curso, es la ocasión perfecta para una fiesta con intención de recaudar fondos para la excursión de fin de carrera.

Paula y Bea, dos chicas de mi clase, negocian con el dueño de La Rana, ese antro garaje. Después de una tensa negociación llegan a un acuerdo. Nos dejan organizar una fiesta hasta las dos de la madrugada, la recaudación de las entradas con derecho a consumición se repartirán a partes iguales entre nosotros y el dueño. A partir de esa hora el pub vuelve a tener entrada libre. Podría parecer mal negocio para el dueño, pero estos locales suelen estar vacíos hasta las dos. Así que ambas partes ganan, el local tendrá gente desde las once de la noche y nosotros nos llevaremos parte de esa recaudación.

Cerrado el trato por la mañana, dedicamos la tarde a vender entradas en el campus y aledaños. Tratamos de endosarles entradas a todos los conocidos. Nos dividimos por facultades y escrutamos toda la universidad. Yo acompaño a Paula y Bea por el campus sur, poner a prueba nuestras facultades de venta es una actividad divertida, pero a las ocho de la tarde las entradas vendidas son irrisorias. No me preocupa, me encanta tontear con las dos, sobre todo con Paula. No es guapa, pero sí muy simpática y voluptuosa. Creo que sentimos una atracción mutua.

A las diez nos repartimos por la zona nueva de la ciudad, donde se concentran los bares de copas. Hay un ambientazo increíble, pero no vendemos las suficientes entradas.

Cruz se ha prestado a ayudarnos. Si ella ya era de carácter fuerte y emocionalmente inestable, ahora con el embarazo es una montaña rusa. Pero incluso con la ayuda de una siempre activa Cruz no mejoran las ventas. De todos modos, debido a su estado, Cruz se marcha pronto.

Jaime y Sara tratan de ayudarnos también. Hasta la tímida

María y el poco hablador Tomás echan una mano. Nada sirve, a las once el local está semivacío y son compañeros de clase en su mayoría, la recaudación para la excursión será mínima.

De pronto un grupo de chicos entran por la puerta, detrás otro. Al minuto, otro más…

Desde la puerta del local se extiende hasta la esquina de la calle una enorme fila de chavales. Rosario lleva el escote erguido por un sujetador aún más apretado de lo habitual. Agotamos las entradas.

—Javi, es un éxito. Ven a celebrarlo —me invita Bea.

La sigo hasta llegar donde Paula.

—Baila conmigo —dice Bea atrayéndome hacia ella.

Bailo con Bea un minuto. Después por fin tomo las manos de Paula y hago lo propio un buen rato.

—Mira qué bien bailas —me alaga Bea.

—Gracias —contesto, mientras sigo bailando con Paula.

Todo es perfecto. Me lo paso bien con Paula y su amiga. Quizá demasiado bien.

JUEVES, 6 DE NOVIEMBRE DE 2003

Por fin celebramos la cena por el embarazo de Cruz, después de mucho posponerla. Un menú ligero sin bebidas alcohólicas ni permiso para fumar a ninguno de los fumadores presentes. Cruz se queja de la universidad, acto seguido ensalza la amistad con halagos y carantoñas a todos los presentes, después discute con Alberto, para luego abrazar a Tomás, justo antes de gritarle a Sara y, de pronto, bromear con Jaime.

El argentino 2.0 se refugia a mi lado, tratando de mantener la máxima distancia de seguridad de las turbulencias emocionales de la madre de su futuro hijo.

Al dar la medianoche terminamos y salimos a tomar algo. La calle está abarrotada, los bares también. Después de una búsqueda poco fructífera decidimos refugiarnos en un local de ambiente gay, prácticamente vacío a esa hora.

Alberto toma un refresco y habla con Tomás, después de un año aún no se ha recuperado bien de su extraña enfermedad. Su pareja, Rosario, no ha podido asistir a la cena por alguna excusa de dudosa certeza. Jaime y Sara discuten por temas emocionales, el argentino trata de sobreponerse a los desequilibrios emocionales de la futura madre y yo me aburro y echo en falta a Óscar, que está en Orense con su nueva pareja, una madre de dos niños que nadie conoce.

Lo que en su momento fue el grupo más desenfrenado de la noche se ha parado en seco. La enfermedad de Alberto, el embarazo de Cruz y la nueva pareja de Óscar han derribado los tres pilares fundamentales sobre los que se sostenía.

—Ya solo quedamos tú y yo —dice Tomás leyéndome la mente.

—Anímate. Eres Potas Locas, de la pandilla basura, no el amargado de Martín —trato de animar a Tomás contraponiéndolo al compañero de residencia de Óscar, el tipo más soso que conocemos.

—¿Por qué no avisas a esas nuevas amigas tuyas?

Hago caso a Tomás y mando un SMS a Bea y Paula. Paula no contesta, pero Bea aparece al momento con otra amiga suya.

—Hola Javi. ¡Qué bueno que avisases!

—¿Y Paula? —pregunto a una siempre excitada Bea.

—El resto vienen ahora —responde ahora sin entusiasmo.

Bailo un poco con Bea hasta que aparece Paula y cambio de compañera de baile, invitando a que Bea haga lo propio con Tomás. Lo estoy pasando bien.

A los pocos minutos entran al bar un grupo de *locazas*, gais con muchos rasgos de feminidad, que parecen haber tomado unas cuantas copas ya. Bailan, saltan, se suben a la tarima y copan todo el protagonismo del local. De repente se ponen a gritar y corear al que parece un miembro importante de su grupo que está entrando al pub.

—¡Martín, Martín, Martín!

El compañero de piso de Óscar entra zigzagueando y se pone a bailar con todos.

—¡El amo de la fiesta! —exclama Cruz.

—No sabía que estabais aquí —dice un sorprendido Martín—. Iba a decíroslo, pero no sabía cómo. ¡No podía respirar más en ese armario!

Ha cambiado su neutro jersey gris por una camisa rosa con una americana y sus pantalones ahora son apretados. El pato gris resultó ser un cisne rosa.

VIERNES, 21 DE NOVIEMBRE DE 2003

—Si no la quieres tienes que dejarla, Javi —insiste Sara una vez más.

—A ver. Es simpática, es guapa, está buena, es buena persona…

—Sí, vale.

—Es tranquila, no se enfada por tonterías, no critica a mis amigos…

—Muy bien. Si te quiere es normal que no se moleste por esas cosas.

—Es educada, sus padres tienen pasta, sus amigas no molestan…

—Bueno, ahora lo importante va a ser el dinero. Yo flipo contigo tío —se indigna Sara.

—Me deja poner la música y ver las pelis que yo quiero, no se enfada si me olvido de cosas…

—Tú te olvidas de todo, quien te lleve ya sabe eso —interrumpe Cruz.

—No critica mi forma de vestir ni me obliga a ir a la moda…

—Faltaría más.

—No me agobia cuando está rayada con algo, no me atosiga con sus problemas…

—¡Qué tipo!

—Le parece bien casi todo lo que hago, me ríe las gracias, me apoya siempre…

—Con la polla es con lo que tú piensas.

—No le importa que sea pobre o que no la pasee en coche.

—¿Pero qué clase de interesadas te crees que somos las mujeres?

—En la intimidad es una amante complaciente, no juzga mis gustos o habilidades…

—¡Qué asco das!

—La gente con la que se relaciona es agradable, no tiene amigos chulos ni molestos…

—¿Acaso nosotros lo somos? —pregunta Cruz entre risas.

—Es agradable, aunque haya tenido un mal día, no desea regalos caros ni anhela lujos…

—Tú que sabrás.

—Es buena estudiante y la familia ya le tiene el local montado para que ponga una clínica. No bebe, no fuma, no se desfasa.

—Para eso ya estás tú, tío —aclara Cruz.

—Come sano y se cuida sin pedir que yo lo haga, su familia no se entromete…

—Javi, no sigas que te la levanto —bromea Cruz—. ¿Es hábil con los niños?

—Es hábil con los niños y muy cuidadosa con la gente… Y siempre me sonríe.

—Porque ella sí está prendada de ti. No preguntes cómo —responde Sara confusa—. Pero…

—¿Pero qué? —respondo, cansado de la conversación.

—¿Pero a ti te gusta, Javi?

—Pues claro. Es un poco aburrida a veces, quitando eso todo lo demás es perfecto.

—Ella es una pasmada y tú un pasmón. La pareja perfecta —recalca Cruz burlándose nuevamente.

—¿Pero tú estás enamorado? —cuestiona finalmente Sara antes del veredicto.

Silencio, un largo silencio mientras los ojos de Cruz y Sara se clavan en mí.

—Pues ya has contestado —remarca Sara.

—Si no he dicho nada.

—Por eso. Piensa si ella es la persona que te hace feliz. Yo la veo una pasmona con la que no te diviertes ni congenias. Se sienta a tu lado y no dice nada, es una aburrida y no tenéis nada en común. Es buena chica, sí, pero no la veo para ti.

—Está buena —presento mi último alegato.

Un último silencio se alarga antes del veredicto.

—A ver, Javi, haz lo que quieras. Yo no te veo loco de amor, pero bueno, sois jóvenes. Si te digo la verdad yo creo que es ella la que te tenía que dejar a ti, ya hace tiempo ya —dictamina finalmente Cruz.

Nos reímos, ciertamente nadie comprende las razones de su atracción hacia mí. Una suerte cósmica o divina que se ha cruzado en el camino.

—¿Qué vas a hacer entonces? —presiona Sara tratando de

sonsacar una decisión por mi parte.

—Hoy a la tarde he quedado con ella. Será duro, pero tengo que dejarla —sentencio con decisión.

Es increíble cuán decidida es la estupidez y cuán cautelosa la sabiduría. Como buen recién veinteañero, me sobra lo primero y carezco de lo segundo. Salgo de la cafetería en dirección a mi casa, con total seguridad en mi decisión después de consultarlo con las chicas.

Los minutos me acercan a la hora señalada con total tranquilidad, mientras echo unas partidas en mi vieja consola.

A las seis de la tarde María me espera sentada en la cafetería en la que hace un año nos conocimos.

—Hola, cariño.

—Hola, María. ¿Qué tal las clases?

—Muy bien, aunque un poco densas.

—Entonces este curso has empezado bien, me alegro.

—Gracias —contesta María enfocándome con sus enormes ojos y escote.

—¿Llueve mucho?

—Bastante, pero no me importa. Me apetecía verte.

—A mí también.

—Eres un encanto, Javi.

—María, tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿Qué quieres?

—María, este año ha sido muy bonito y eso.

—Para mí también. Creo que ha sido el mejor año de mi vida. Y fue contigo, Javi.

—Ha sido precioso, sí, pero…

—¿Pero qué, Javi?

—Pues que ha sido un buen año. Tú, yo, los chicos, mucha fiesta.

—Sí, aunque este año tendrás que ser más aplicado.

—Sí, eso sí —contesto. «Dilo, tienes que decirlo»—. Este año será más duro.

—Saldrá bien, Javi. Tú lo haces ameno.

—Bueno. Los hay mejores, conozco chicos más graciosos que yo.

—Ya, pero tú me haces feliz.

—Tú tendrías todos los chicos que quisieses —trato de endulzar el mal trago que va a suponer la ruptura.

—¡Qué engatusador! Sabes que al que quiero es a ti.

—Eso te parece. Vamos, eso crees, pero en esta universidad hay

chicos muy atractivos.

—¿Te gustan los chicos? —pregunta una María sobresaltada.

—No, claro que no. Solo digo que hay chicos excepcionales.

—Los habrá, pero a mí solo me importas tú. ¿Estás celoso de alguno? ¿Crees que le doy demasiadas confianzas a alguno?

—No, claro que no. Es solo que… —Me tomo unos segundos para pensar—. Quizás debiésemos conocer a más gente.

—¿Qué quieres decir? A mí me gustas tú, no quiero conocer a más chicos.

—Es que con toda la gente que estudia en la universidad quizás podríamos conocer a más gente. Ya me entiendes.

—No, no te entiendo. ¿A dónde quieres llegar? —pregunta María desconcertada, con los ojos llorosos, intuyendo lo que vendrá.

Tomo un respiro, cojo fuerzas y finalmente lo suelto:

—Creo que debemos dejarlo, María.

—¿Pero qué dices? Si todo va bien. Si estamos genial. —A María comienzan a temblarle las manos del nerviosismo—. Si nos va estupendamente, no discutimos nunca y siempre estamos bien.

—María, sí, pero…

—¿Pero qué he hecho mal? ¿Te he hecho algo malo?

—No, no es eso. Es que la llama…

—¡Estoy enamorada de ti, Javi! ¿Qué llama, de qué hablas?

—La pasión, ya sabes. Es que ya no siento…

—¿Qué dices? —María comienza a llorar, la gente en la cafetería vuelve la cabeza hacia nosotros—. Si me entregué toda a ti.

—Sí, fue maravilloso, María. Pero…

—¿Pero qué? No puede ser, pensé que me ibas a invitar a una cena por el aniversario. ¿Esto es una broma no?

—No, María. Eres un encanto, pero es mejor dejarlo.

—¿¡Por qué vamos a dejarlo!? —grita María, pasando del llanto al enfado. Ahora parecen temblarle las rodillas también. Está hundida, nerviosa y enojada.

—María, entiéndelo. No pasa nada. Hay más chicos…

—¡Qué más chicos ni qué narices! ¡¿Por quién me has tomado?! —grita María cada vez más alto.

—María, por favor, cálmate. No pasa nada.

—¿¿¡¡Cómo que me calme!!?? —grita una vez más, para pasar de repente al llanto. Llora desconsolada, toda la cafetería contempla la escena.

«Tengo que hacer algo. Tiene que calmarse. Esta situación es

muy vergonzosa».

—Bueno, María. Voy a pagar.

Me levanto presto de la silla y me dirijo a la barra a pagarle la cuenta al camarero sin pedírsela en mesa.

—La cuenta, por favor.

—¡No puedes dejarme así! —grita María tras de mí. Me ha seguido—. ¡¡No puedes!! ¿¡Me oyes!?

—Cariño. Tranquilízate. Calma.

El camarero se toma su labor con parsimonia, esbozando una sonrisa hacia la pantalla mientras imprime el ticket. Todo el mundo mira curioso. «Dios, yo también estoy temblando». El corazón me late arrítmico y excitado.

—¡Mírame! —exclama María sollozando—. ¿Qué no te he dado?

El camarero me da el ticket sonriendo. Pago con monedas y no espero el cambio.

—Mejor hablamos fuera —digo a María.

María me sigue hasta fuera de la cafetería. La calle está abarrotada en un extrañamente soleado día de noviembre.

—¿¡Qué te he hecho!? —insiste María entre sollozos.

—Nada, preciosa. Son las cosas de la vida.

—¡Quédate conmigo!

María me persigue y llora.

—¿Por qué no eres feliz conmigo? ¿Qué quieres?

—No eres tú, María. Soy yo.

—¿A dónde vas? —pregunta María agarrándome por el brazo con una fuerza inusitada en ella—. Vamos a hablar, Javi.

—María, lo siento.

—¿¡Pero por qué!? Yo te quiero, Javi.

Los alaridos de dolor y rabia suben en volumen mientras María me persigue por una calle en cuesta y llena de gente, gente que se para y contempla la escena dantesca de nuestra ruptura. Acelero el paso, pero es inútil, no consigo quitármela de encima. La situación es desesperada. Es el momento de coger el toro por los cuernos y comportarse como un hombre de verdad.

—María, lo siento —repito a una María llorosa e iracunda que vive su peculiar calvario.

Echo una última ojeada a su busto y salgo corriendo. Mis piernas dan largas zancadas, María trata de perseguirme, pero no puede. Aunque la haya perdido de vista no paro de correr hasta llegar a mi casa y refugiarme allí.

Mierda, este es el primer sitio donde me va a buscar. Decido cambiar de idea e ir a resguardarme a la casa de Camish, que se encuentra cerca de la mía.

—¿Si? —contesta Camish por el interfono.

—Camish, corre, ábreme, es una urgencia —ruego jadeando.

La puerta se abre y entro a toda velocidad.

—¿Qué está pasando? —pregunta, una vez ya en su habitación.

—Mi novia me persigue.

Camish se ríe.

—Oye, me ha llamado un tal Martín, que dice ser amigo de María y de ti. Dijo que María necesita hablar contigo y no contestas al teléfono.

¡¡Riiing!! Suena el telefonillo.

—Si te preguntan por mí, tú di siempre que no estoy.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Te has metido en un lío?

—Por favor, Camish, no estoy.

Camish sale por la puerta de la habitación, al cabo de un par de minutos regresa tronchándose de la risa.

—Mi madre me ha dicho que una chica muy nerviosa preguntaba por mí. Después esa chica muy nerviosa me preguntó por ti. Supongo que sabes que es María. ¿Ahora puedes decirme que ha pasado?

—Pues que hemos cortado. Creo.

EL DESPEGUE

Las siguientes semanas después de cortar con María Sánchez transcurren con cierta normalidad. Al cabo de unos cuantos SMS de cortesía, María parece aceptar la ruptura. No pienso demasiado en ella, para ser más preciso no pienso prácticamente en ella, siendo exacto, nada. Según Martín, ella sí piensa en mí, aunque a Martín ahora le preocupan más sus nuevos amigos.

Este universo no solo es especial por reunir las condiciones para la vida, sino que además en él es posible que una chica atractiva, simpática, aplicada, agradable y complaciente sufra por los brazos de un niñato vago, descuidado, juerguista y egoísta sin especial atractivo físico. Y sufra considerablemente, mientras a él le importa un bledo, confiado en una suerte benevolente.

Un universitario en una clase con amplia mayoría femenina, con sobredimensionadas expectativas laborales y emocionales y con muchos pájaros en la cabeza. El nuevo año se abre ante mí con grandes esperanzas.

Este año haré las prácticas profesionales y, con suerte, me contratarán allá dónde las haga. Yo estoy seguro de que las prácticas serán una experiencia fantástica. Por otro lado, las profesoras de la facultad nos han comentado las amplias salidas laborales que tendremos al acabar la carrera: empresas públicas y privadas, asesorías, centros asistenciales, gestión de recursos

humanos, etc.

Paula cada vez tontea más conmigo y posiblemente en unas semanas caiga a mis pies. Siempre me ríe las gracias como hacía María, estamos mucho juntos y a sus amigas le caigo genial. Lo nuestro irá sobre ruedas. Lo único malo es no poder aprovechar la excursión de fin de carrera para ligarme a más chicas, porque estaré con Paula y ella vendrá también.

Finalmente, mi madre parece haber resuelto los problemas con mi padre y seguramente me premien por acabar los estudios. Van a vender unas fincas y puede que me paguen unas vacaciones o, quién sabe, un coche. Por fin podré salir de fiesta por el pueblo de mi padre también y con coche, carrera y trabajo, seré un imán para las nenas.

Será un año maravilloso.

JUEVES, 26 DE FEBRERO DE 2004

—Buenos días, chicos y chicas, bienvenidos al curso de Gestión de Recursos Asistenciales. A lo largo de estas tres horas os explicaré el funcionamiento de los centros asistenciales y las oportunidades para vosotros, como futuros profesionales en la gestión de los recursos humanos y económicos de estos centros —la profesora comienza su oratoria interminable.

Paula, Bea, Óscar y Cruz hemos decidido asistir al curso. En este momento somos conscientes de que un par de cursos de estos otorgan tantos créditos como una asignatura cuatrimestral. Entre los dos nos suponen prácticamente el mismo coste monetario y, a diferencia de esta, nulo esfuerzo. Son créditos que la universidad sabiamente califica como "de libre elección", los universitarios lógicamente escogen los que supongan mínimo trabajo. Lo que tardaremos más años en entender es que no son únicamente un chollo para nosotros, los profesores que los organizan se llevan un buen dineral y, como método para que escojas sus cursos y no otros, manejan sus hilos en la universidad para que sean sus cursos, y no otros, los que concedan muchos créditos. De modo que el duro curso de veinte horas en Gestión de Centros Sociales, impartido por profesores de otras prestigiosas universidades, vale un crédito. El soliloquio de tres horas de nuestra futura tutora de prácticas vale tres créditos y, asimismo, sirve para hacerle la rosca a la susodicha. Además se puede dormitar en él, nadie dirá nada. ¿Cuál escogen todos los estudiantes? La respuesta es fácil. Negocio redondo.

La situación es tan patética que al curso de Gestión de Centros Sociales no acude nadie, quedando desierto, mientras que a lo largo del año se han agotado las plazas de cursos en otras facultades, también válidos, tales como el de Influencia del Cine Árabe o el Taller de Prácticas Emocionales Alternativas. Todos ellos dotados con tres créditos como mínimo, cuando una asignatura normal puede tener de seis a nueve. Sin duda, el cine árabe o las prácticas

emocionales alternativas pueden llegar a ser muy interesantes.

—Chicos, ¿vais a salir hoy? —pregunta Bea.

—Sí, claro. Se han acabado los exámenes y solo me quedan un par de cursos de estos.

—Además, hay que celebrar que ya está organizado el viaje de fin de carrera —puntualiza Paula.

—¿Lo vas a celebrar conmigo? —pregunto a Paula.

—Pues claro. Será por celebrar. Contigo y con quién quieras.

La tengo en el bote.

La conversación banal sigue sin importarme. Bromeamos mientras la profesora sigue con su disertación. Paula sonríe, me sonríe, y sus pechos se balancean al hacerlo.

Las horas se suceden y el día da paso a la noche. Tomás, Óscar y yo jalamos otro bocadillo de beicon y queso en la residencia de Óscar. Será la última cena allí porque en marzo empezaremos las prácticas y Óscar y Cruz se marcharán de la ciudad. Cruz está en las últimas semanas de embarazo y no podrá despedirse como nos gustaría, con una gran fiesta. Es por ello que noto cierta tristeza, la pandilla se separa sin una apoteosis final. Ni siquiera Óscar está muy motivado, ahora está saliendo con una chica de la residencia que es también de su ciudad y parece más preocupado por ella que por ninguna despedida.

Por suerte, el grupo de Paula y Bea está mucho más motivado. Quedamos con ellas en un pub abarrotado en la zona vieja de la ciudad, han estado bebiendo y están excitadas. Nosotros también tomamos unas copas en la residencia de Óscar.

—Ven Javi, baila conmigo —me invita Bea agarrándome por la mano. Bailo veinte segundos con ella y ya estoy en los brazos de Paula. Su busto ejerce una hipnótica atracción sobre mí y jurásico Óscar.

Después de bailar un rato con Paula pedimos más copas. Es un error invisible para mi ciego optimismo exacerbado. Mi camisa se empapa de sudor y mi rostro comienza a desencajarse. No me va a suponer un obstáculo en la conquista de Paula. Unas bromas más y ya estamos bailando otra vez. Un contoneo, otro.

—Estás muy guapa hoy —alcanzo a decir.

—Y tú muy contento —responde Paula sonriente y complacida.

—Tú me llevas a la felicidad…

Y la beso, o al menos eso intento. Paula aparta la cabeza rápidamente hacia un lado. ¡Mierda!, me acaba de hacer la cobra.

Meses de gracietas, carantoñas, arrumacos, atracción fatal. Por lo menos esta vez no dejé a una ex por esto, me compadezco. Y no, la ruptura con María fue por puro aburrimiento, hubiese roto con ella igualmente, aunque no conociese a Paula. Pero meses y meses de amabilidad, simpatía y dedicación otra vez para la más despreciable nada... Dentro de mi cabeza las pocas neuronas chocan entre ellas.

—¿Qué haces, Javi?

—Pensé que te gustaba. Siempre me sigues el rollo.

—Javi, no te lo tomes a mal, pero para mí eres eso, como diría, un amigo genial. Un encanto. Pareces un osito encantador con tanto pelo y siempre riéndote.

—¿¿Un osito?? Han pasado meses y soy un puto osito de peluche. —Un volcán de hormonas enfurecidas entra en erupción sin que pueda pararlo.

—¿De qué hablas, Javi?

—Joder, que llevo meses tonteando contigo. ¿Qué me vas a decir, que no te diste cuenta?

—Mira, Javi, no sé de qué hablas. Yo tonteo contigo para echarnos unas risas, nos lo pasamos bien los dos.

—Yo no tonteo contigo para pasármelo bien. Empezó así, pero yo quiero algo contigo.

—Lo siento, Javi, pero no. —Paula queda unos segundos muda y me esquiva la mirada hasta que alcanza a decir algo—. No surgió, Javi. Tienes que entenderlo.

—¿No surgió? Me has seguido el rollo, pero no surgió. ¿No surgió qué?

—Pues no surgió. Pero lo pasamos bien —repite Paula.

—Vale. Nos lo pasamos bien los dos, pero no surgió. Vete a la mierda. ¡Idos todas a la mierda!

—¿Pero de qué vas, tío?

—Yo me piro. ¡Que os den!

Óscar se acerca a mí.

—¿Pero qué coño haces?

—Mandar a la mierda a esta calientabraguetas. Vente, vamos a otro lado.

—Yo paso. Además, Tomás parece tener tema con Bea, tú pasaste de ella y él lo está aprovechando.

—¿Qué yo pasé de Bea? Pero si a mí me gusta Paula y lo sabes.

—¡Y a mí me gustan los chalets en la playa, imbécil! —responde Óscar con una agresividad poco habitual hacia mí—. Si lo hubieses

intentado con Bea puede que durmieses acompañado hoy, pero tú siempre con tus rayadas mentales. ¡Espabila, tío!

—Vale, no me eches la bronca ahora. Yo me piro.

Ya en la calle encuentro unos colegas conocidos. Todos saltamos y gritamos juntos. Cuando recupero mínimamente la consciencia estoy en el Apolo con Calve y Berta.

—Estás todo sudado tío. ¿Qué has estado haciendo?

—Naaaaaaada.

—Vas bueno hoy—Calve sonríe.

—¿Conoces a esa? —pregunto señalando una figura borrosa que se proyecta sobre mis retinas.

—Y tanto que vas bueno.

Mañana tendré que pedir muchos perdones, hoy restriego el sudor de mi camisa sobre el sudor de un top femenino, un top muy estirado, muy relleno, mis brazos no alcanzan a abarcar la magnitud de esa cintura.

LUNES, 1 DE MARZO DE 2004

—A ver si me toca. Vamos, vamos.

—Tranquilo Óscar, no creo que pidiese mucha gente un centro social juvenil con lo conflictivos que son. Además, las plazas de Orense no están tan solicitadas.

—Ya. No la piden, no la piden, pero al final me la quitan. Verás.

—Pero qué ganas de ir a un sitio dónde se curra a dolor, por lo que dicen.

—Ya, también dicen que está lleno de tías, tanto trabajadoras como usuarias.

—Calma, *Predator*.

Por fin le llega el turno a Óscar.

—¡Óscar Gutiérrez! —reclama la tutora.

—¿Si?

—Centro social juvenil El Camino, en Orense.

—¡De puta madre! Directo a ayuda en planificación familiar me voy.

—No sabía yo de esa vocación tan fervorosa tuya, Óscar.

—Todas las chavalas activas y con relaciones tormentosas, como para no tener vocación.

El móvil me vibra en el bolsillo.

—¿Quién es? —pregunta Óscar.

—Sara. No sé qué puede querer ahora. Paso de cogerle, ya le llamaré al salir.

—Espera, ahora me está llamando a mí. Voy a salir a ver qué pasa.

Óscar sale y vuelve en un minuto.

—Cruz acaba de dar a luz. Está en el hospital.

—¡Hostia! Voy un momento por casa y vamos hasta allí.

—¿No quieres esperar a ver dónde te toca hacer las prácticas?

—Seguro que me toca lo que pedí, por lo que me han dicho.

Venga, me piro. Quedamos allí ya.

Me despido de Óscar y voy por casa. Cuando llego está mi madre fregando la loza.

—¿Dónde te tocó al final?

—Donde pedí, seguramente. Me tengo que ir.

—¿A qué has venido entonces? ¿Adónde vas?

—Acaba de parir Cruz. Tomás, Óscar y yo vamos a ver al niño ahora, como los reyes magos.

—¡Ay!, el nieto. Criatura. Venga que me visto y voy.

—¿El nieto? Pero qué dices.

—Ahora te haces cargo, ya te dije…

—¿Otra vez con lo mismo? ¡Que no es mío!

—¿Qué pasa? Ahora no quieres ni que conozca a mi propio nieto.

—Si no es tu nieto.

—Eso dices tú. Eres un desgraciado.

—¡Estás loca! ¡Que no es mío te digo!

—¿Seguro? Mira, yo no termino de creérmelo. Tú y la perra vieja esa. Dios me perdone, que ella tiene tanta culpa como tú.

—Mamá, que no es mío. Ya no sé cómo decírtelo. Si la has visto con el argentino por la calle.

—Eso es cierto, pero te conozco. Capaz eres de habérselo metido al pobre infeliz ese.

—Mira mamá, en mi vida tuve nada con Cruz. Punto. Pero es amiga mía y quiero conocer el niño. ¿Tan raro es?

—Como me entere de que es tuyo y se lo has endosado al sudaca ese… ¡¡Te mato!! ¿Me oyes? ¡Como me llamo Luisa que te mato!

—Que sí, mamá, que sí. Bueno, me pongo la chaqueta y me voy. Adiós

—Espera. Llévale unos bombones o algo, no vas a aparecer con las manos vacías.

Apresuro todo lo que puedo para evitar que mi madre se reitere con su neura. Cojo la chaqueta y unos bombones, de los que ella siempre tiene para este tipo de ocasiones, y salgo.

Mi madre ha tenido otra idea neurótica, por desgracia para mí. Temo sea, además, bastante duradera. Joder, esta está a la altura de los móviles con geolocalización que la familia usaba para espiarla estando aún en los noventa. (Sí, mi madre Luisa contemplaba ya en el siglo XX lo que a Google, Apple y demás les llevaría unas décadas sacar al mercado. Una vez más, las madres siempre tienen razón).

Después de una buena caminata llego al hospital. Tomás y Óscar ya están allí. Felicitamos a los padres, unas carantoñas al recién nacido, unas fotos…

—¿Quién lo diría hace un año? —reflexiona Óscar.

Bueno, Cruz ya es mayor, tiene veinticuatro años. ¿O eran veinticinco? Da igual. Siempre dijo que su hermana a su edad ya tenía niños y ella era una irresponsable. Se rayaba con eso. Pues eso ya ha cambiado.

Cruz, postrada en su cama, coge al bebé en el regazo mientras el brazo del nuevo papá tiende una mano protectora encima de sus hombros. Óscar hace una foto a la nueva familia, pero es en mi retina donde quedará impregnada la imagen. Hoy son todo risas y carantoñas. La familia les visitará y ofrecerán regalos, los amigos aportarán más calidez humana, la sociedad recibirá a su nuevo miembro, el pueblo tendrá un nuevo vecino y al colegio le espera un nuevo alumno en unos años. Los padres se besan y abrazan al niño, es la escena perfecta. Mañana puede que también, pero en unos días unos padres primerizos se levantarán a las tres de la madrugada porque el niño llora otra vez, él saldrá a las siete a trabajar sin haber dormido apenas y sabiendo que le espera otra noche de insomnio igual. Para entonces la mayor parte de la familia habrá desaparecido, unos abuelos ya ancianos ayudarán en lo que puedan, los amigos dejarán de felicitar, el ayuntamiento se acordará de él para el cobro de gestiones y las jugueteras se frotarán las manos. Con suerte, en un pueblo pequeño no se tendrán que preocupar por una plaza en un colegio decente. La sociedad que los acoge tornará, en definitiva, en suciedad que los critique o juzgue por no ser padres ideales, de la señal de aprobación con el pulgar a la señal de inquisición con el índice. Están solos. Mañana saldrá algún dirigente en el periódico recordándoles a los nuevos padres sus deberes cívicos, alguna ONG le pedirá colaboración por televisión y el poco dinero público de ayuda familiar que pudiesen recibir se perderá en los bolsillos de algún listillo y, en menor medida, en financiación de lobbies y apoyo a exóticas minorías.

«Están solos», rumia mi cabeza de camino a casa.

VIERNES, 26 DE MARZO DE 2004

—¿Te has dado cuenta de lo que has hecho?

—Perdone, yo pensé…

—Ni pensaste, ni nada. Te dije que no te movieras de aquí. ¿Quién te dio autorización a ti para hacer nada en mi nombre?

—Llamaron del hospital y pensé…

—Pues no pienses más y ponte a archivar expedientes, que es para lo único que vales —sentencia la gestora, justo antes de un largo silencio.

Llevo apenas un mes en un centro social a las afueras de la ciudad y ya he cometido mi primer error fatal. Todo empezó sobre ruedas cuando a principios de mes comencé a realizar mis prácticas en el centro, junto con otra compañera de clase. A ella le tocó trabajar con la gestora externa del centro y a mí con la interna. A los pocos días de empezar ya podía manejar con cierta soltura parte de las gestiones y las solicitudes que se tramitaban allí y mi trato con los usuarios fue genial desde un principio. Me encontraba feliz y confiado.

Estaba tan suelto que la gestora interna del centro decidió tomarse un día libre y dejarme a mí al cargo ese día. Por desgracia justo ese día llamaron del hospital porque un usuario que se encontraba hospitalizado iba a recibir el alta, como solo tenía conocimiento de un usuario en el hospital acudí a recogerlo. Resultó no ser el usuario que fui a recoger sino otro, los del hospital llamaron al director del centro y este comprobó que su gestora interna no estaba. Por lo visto le cayó un buen rapapolvo y, lógicamente, ahora me toca recibirlo a mí.

—¡Tienes suerte de que no te suspenda las prácticas ipso facto! —protesta una vez más la "profesional" que tutela mis prácticas, justo antes de dar un portazo y salir de su oficina para, según ella, ir a realizar unas gestiones.

Entrecomillo "profesional" porque no se le podría llamar así a

esta persona. La gestora interna del centro llega todos los días a las nueve o nueve y media de la mañana cuando su horario comienza a las ocho, habla con un par de usuarios y a las once vuelve a salir a tomar un café, vuelve una hora más tarde y después de media hora en su despacho sale a realizar misteriosas gestiones que nadie conoce. Cuando regresa a las dos del mediodía o aprovecha para comer en el centro, o bien coge sus cosas y se va. Todo el trabajo lo lleva realmente su compañera, la gestora externa, con la que trabaja mi compañera de clase. Ambas son como el día y la noche, una es aplicada y entregada a su trabajo y la otra es pura escoria, una bazofia como persona y como profesional. Como no podía ser de otra manera, me tocó la segunda.

"Mi mayor problema es que me desvivo por mis usuarios y me llevo sus problemas a casa", dijo el primer día de trabajo. Lo cierto es que basta una sola semana con ella para tener la total seguridad de que sus usuarios y sus problemas le importan un comino.

La maldigo repetidamente mientras archivo expedientes. Ella vuelve a las dos como de costumbre, esta vez se va a casa sin comer. Como el horario es hasta las tres, me quedo archivando, o más bien haciendo que lo hago, hasta esa hora.

«Es un viernes triste», pienso al llegar a casa. Gran parte de mis amigos de la universidad ya no están y mis amigos de infancia son un poco aburridos. De todos modos, pruebo a llamar nuevamente a Camish.

—Venga tío, animaos a salir hoy —le ruego impaciente a Camish.

—No sé. No creo que me dejen.

—Un rato, nada más.

—¡Deja en paz a Camish, él no es un desgraciado como tú! —El berrido de mi madre rebota por las paredes del apartamento.

—Mamá, déjame hablar por teléfono.

—Eres un gamberro.

—¿Qué dices? —pregunta Camish al otro lado del teléfono.

—Nada. Es mi madre rosmando. Anímate hombre.

Después de diez minutos rogando por teléfono tratando de convencerlo con las argumentaciones más triviales, Camish por fin cede. Avisará a nuestro amigo Alfredo y vendrá Calve también.

A las once de la noche nos reunimos a tomar algo a un bar de la zona vieja. Dos horas después llegamos al pub fino de la ciudad, el Establo, como le decimos vulgarmente. En el Establo las chicas bien

de la ciudad bailan contando por el rabillo del ojo la cantidad de miradas lascivas que reciben, al final de la noche la que más tenga gana. Ese es su juego. Los chicos las miran desde la barra tomando algo, mientras ellas contonean sus caderas ellos hacen lo propio con su cabeza. Ellos miran y ellas miran que las miran. Fin del trabalenguas. No hay más. Nadie da la nota, todo está en su sitio, pocos chicos bailan con chicas y prácticamente nunca se ve a alguna pareja besándose.

—Esto es un muermo —juzga Calve—. No compares esto con los jueves universitarios.

—No lo hago. Es un plomo de local y de noche.

Camish y Alfredo miran a las chicas, algunas lo contabilizan. Las dos chicas más atractivas están en el centro de la pista cuando ponen la canción de moda. Es la gran final. La que más miradas reciba será la protagonista de la noche y todos podremos volver a casa a gastar *Kleenex* o cualquier otro pañuelo desechable que se precie.

—¿Qué le pasa a Alfredo? —pregunto a Camish al salir del local.

—Creo que una de las chicas le rozó con el culo al pasar —contesta emocionado.

Alfredo gesticula con unos amigos, que alucinan con el éxito cosechado y lo vitorean.

Tipos de veinte años comportándose como si tuviesen trece. La próxima vez saldré con los amigos del pueblo de mi padre. A ver cómo se las gastan ellos.

SÁBADO, 10 DE ABRIL DE 2004

Después de una hora de viaje en tren me bajo en la estación del pueblo, el viejo edificio está descuidado. Toda la gente en el mundo rural tiene ahora coche y el servicio de trenes regionales agoniza entre el desuso y la desinversión. Solo lo utiliza la gente sin recursos que no pueden permitirse un coche propio, que aun así suelen preferir el viaje en bus.

A las ocho de la tarde Manuel pasa a recogerme en su moto. El único equipaje que llevo es una mochila menuda con una muda y enseres de aseo, preferiría un traslado en coche porque me da más seguridad, pero la moto es más que suficiente.

A los diez segundos comprendo que el viaje será movidito. Manuel conduce de manera agresiva y a gran velocidad. En el pueblo es indiferente que haya prisa o no, que sea un coche o una moto, hay que ir rápido. Y es indiferente el estado de la vía o los obstáculos que te encuentres, siempre rápido. Dicen que en las urbes modernas todo va demasiado rápido, puede que esta sea una forma del mundo rural para no quedarse atrás. Después de diez minutos de trayecto bajo de aquella moto con las piernas temblorosas.

—¿A qué viene tanto miedo? Si con el peso de los dos iba lento.

—¿Quién lo diría?

—Anímate. Hoy no están los padres de mi colega y tenemos toda la casa para nosotros. Yo me voy a fumar un canuto. Diviértete.

No hay presentaciones. Hay 6 personas en la cocina de la casa y no conozco a nadie de los presentes. Ni tan siquiera sé cuál es el amigo de mi amigo que vive allí.

—Sienta, hombre. Come algo, que la cena aún tarda —dice el que debe ser el anfitrión.

—Gracias, no tengo hambre.

—Pues ponte una cerveza.

—Gracias —agradezco la usual amabilidad de la gente de campo

y me sirvo una cerveza. Una vez yo también fui gente de aldea. Aunque de eso hace mucho tiempo, cuando era pequeño, y no suelo pensar en ello.

No hablo demasiado por miedo a meter la pata y decir lo que no debo. Un chaval presume delante de otra chica y una pareja de los kilos de patatas que recogieron el año pasado y de los sacos que es capaz de llevar con una sola mano. El otro chico le responde que es una mariconada y que en su casa recogieron el doble. Se enzarzan en una discusión de producción agrícola durante minutos. Mientras en la ciudad los chicos discuten por quién juega mejor al básquet o levanta más pesas en el gimnasio, en el pueblo las conversaciones versan sobre temas más productivos. Sentado al otro lado de la mesa de la cocina un chaval de hombros anchos, ojos claros y mirada profunda fuma un cigarrillo mientras habla de coches con un amigo suyo bajo, menudo y con un peinado que parece salido de los años ochenta. Él se llama Álvaro y su amigo menudo de peinado desfasado responde al nombre de Suso, diminutivo de Jesús, apropiado en su caso.

Si por lo menos supiese algo más de fútbol podría hablar de algo.

A las diez la cena está lista. Mi amigo Manuel aparece con otro amigo y una chica. Nos sentamos todos alrededor de la tradicional mesa rodeando una cocina de leña. Somos diez y habría comida para veinte. No importa, en la aldea la comida nunca se tira.

Cenamos carne en exceso y bebemos vino propio, también en exceso, por supuesto.

Manuel vuelve a la habitación donde fuma sus canutos. Al cabo de un rato le sigo, la estancia fumadero no es otra que el baño pequeño de la casa, así que es inevitable terminar allí cuando hay que hacer aguas menores. Toco la puerta y no contesta nadie.

Me estoy meando.

Ante la falta de contestación, entro. Dentro apenas se puede ver nada, hay poca luz y mucho humo. Cuando encuentro la taza del wáter me dispongo a mear. Un ruido inesperado interrumpe mi plácida micción, un suspiro femenino brota de la bañera que se encuentra al lado, pero apenas se ve de tanto humo.

—Ahhhh.

La curiosidad me puede y levanto la cabeza sobre la bañera para poder ver mejor. Dentro está Manuel semidesnudo de cintura para abajo sobre una chica.

—Tío, intimidad —dice mientras me penetra con sus ojos rojos.

Por suerte, solo con sus ojos.

Es desagradable ser interrumpido en plena micción. Salgo de la casa y termino mis necesidades en el campo. Vuelvo a la cocina y me tomo otro vino. Ya solo están allí Álvaro y Suso, el chaval de los anchos hombros y su amigo menudo de peinado desfasado. Les cuento lo sucedido y Álvaro se ríe. Suso no tanto.

—Este Manuel es un gentleman —dice Álvaro.

—Sí, un galán. Pero ya es tarde, joder. —aclara Suso.

—¿Tarde para qué? Si son las doce y aún no hay gente en los pubs del pueblo.

—¿Cómo para qué? ¡Son las doce y aun no fui a las putas, coño! Llevo toda la semana dando el callo y aún no solté veneno.

SÁBADO, 22 DE MAYO DE 2004

—¿Qué hace esto aquí? ¡A la mierda! —exclama Óscar justo antes de arrojar una tumbona a la piscina del hotel.

—¿Pero qué haces?

—Nada, quitando este trasto de en medio. Lleva todos estos días molestándome cuando paso por aquí, está mal colocado.

—Tú sí que estás bien colocado.

—¿De qué? De té —bromea Óscar. Llevamos seis días en Marruecos de viaje de fin de carrera. A una compañera de clase se le antojó probar el famoso hachís que ilegalmente se produce en la zona. Ella y Óscar se encargaron de la compra a un camello que, según ella, le enseñó buen material. Enseñar, se lo enseñaría, vender, les vendió una bolsa llena de té. Los que no fumamos llevamos mofándonos de su buen ojo todo el viaje.

—En serio, Óscar, relájate. ¿Qué se te cruzó?

—Nada. Tres años de universidad. Muchas fiestas, muchas risas…

—Y no nos hemos comido un rosco en un viaje con 20 tías y sin Jacobo molestando. Es patético sí —puntualizo.

—La mamá sí que sabía lo que quería —dice Óscar refiriéndose a una exnovia suya que tenía ya dos niños—. Y tenía unas curvas.

—¿La echas de menos?

—Sí, la verdad —contesta Óscar compungido.

—¿Y la chica esa de tu residencia? ¿No estabas con ella ahora?

—Dice que lo nuestro no tiene sentido, que ahora cada uno va a vivir en un sitio distinto y es imposible así.

—¿Querías algo serio con ella? No lo sabía.

—Sí —contesta con seriedad.

—Así que querías algo serio con ella, pero echas de menos a la mamá. Tú lo que eres es un elemento de primera.

—Vete a la mierda —contesta Óscar sonriendo—. Tomemos otra

copa.

—Una clase con sesenta tías. ¿Setenta tal vez? ¡Cómo puedo acabar la carrera sin haber probado con alguna!

—No te liaste hace apenas un mes con Natalia, ¿o era Diana? Había cortado con el novio y estaba de fiesta con sus amigas.

—Sí, pero vino su amiga y se la llevó. Ella quería y yo quería, si no apareciese su amiga con la tontería de "es que va muy mal" hubiese pasado algo.

—Estaría preocupada por ella.

—No me jodas, Óscar. Si aparecieses cada vez que estoy con una tía porque "estoy muy mal" sería virgen.

—Bueno, desconfiaría de ti. No eres un santo.

—Ya estamos con el cuento de la chica borracha y el buitre aprovechado. ¿Ya no te acuerdas de la mujer barbuda? Hay que ver cómo escapabas. Y estabas bastante más borracho que ella.

—Por lo menos has espabilado algo —comenta Óscar riéndose—. Ya no estás con las tonterías de "esta chica me gusta, la otra no". Dejas que las cosas surjan.

—No me jodas con el "surgir" de las narices. Simplemente…

—Simplemente ellas eligen, no tienes que preocuparte por eso, deja que surja —dice Óscar mofándose.

—Que te den.

—Mira, ahí vienen Bea y compañía. Si lo hubieses dejado surgir con ella, en vez de obsesionarte con la otra, lo hubieses pasado mejor este viaje.

Se hace un silencio interrumpido solo por las oscilaciones en el agua de la piscina provocadas por la tumbona.

Entonces aparecen Paula y Bea con dos chicas más de la clase. Traen un equipo de música y más bebida. Me han perdonado ya por mi desplante y, junto a ellas, celebramos la última juerga del viaje y nos tomamos unas copas más aprovechando lo que queda de noche. Paula ve acercarse a lo lejos a un responsable del complejo, un hotel enorme, por suerte, y rápidamente nos disponemos a rescatar la tumbona entre las aguas. Estamos a punto de conseguirlo cuando Óscar resbala y cae a la piscina. Cuando el empleado del hotel llega hasta nosotros nos recuerda que no podemos usar la piscina a esas horas de la noche y nos ruega bajar el sonido de la música, obviando la tumbona empapada. Pasado el mal trago nos tomamos otra copa para celebrarlo. Óscar bromea y babea o, más bien, babea y bromea sin apartar la vista del bikini de Paula. Yo charlo con las

otras dos chicas de clase sobre las anécdotas del viaje. Pasan las horas.

—¡Buf! —exclamo con ciertas dificultades para mantenerme en pie. Son casi las tres y mañana volvemos a casa, creo que me voy a acostar.

—Nosotras también nos retiramos —dice Elena, una de las otras dos compañeras de clase. Es una chica muy menuda y tímida, aunque si le dan conversación resulta agradable. De todos modos, eso ya no importa, mi paso por la universidad llegó a su fin.

De camino a la habitación me despido de ellas.

—Bueno, que descanséis.

—¿No quieres pasar? Si te apetece tómate la última con nosotras, para algo está el mini bar —propone Elena.

—Vale, la última —contesto instintivamente sin terminar de creerme que pueda ser una proposición.

Ya en la habitación, Elena me sirve una copa mientras su compañera de habitación se pone el pijama en el baño y se acuesta. La situación resulta un tanto extraña. Doy un trago y dejo la copa a un lado. Mierda, estoy borracho. Algo estoy interpretando mal, es mejor que me largue.

—Creo que estoy molestando, será mejor que me marche a dormir.

—Si quieres puedes dormir aquí, en mi cama tengo sitio —dice Elena acercando su rostro.

Joder con la tímida.

—Sí, claro. —Y la beso. O ella me besa a mí, no sabría quién fue antes.

Nos besamos, le quito la camiseta. Ella me quita la mía.

—¿Quieres que te coma?

—Sí. No sabía que te gustase. «Tampoco pareces de mucho comer».

—¿Alguna vez te enteras de algo, Javi?

—Por desgracia, menos de lo que debería.

La beso una vez más, paseando mis labios por su cuello mientras aprieto una de sus pequeñas nalgas con una mano, mientras la otra roza sus pezones. Todo me da vueltas. Mierda, si lo sé no bebo. Tiene razón, nunca me entero de nada.

Ella me empuja, tirándome sobre la cama, y se sienta encima de mí. Estoy excitado, pero siento la profunda pesadez y cansancio propios de haberse pasado con la bebida. Toco sus piernas, ella ya

está en braguitas cuando se dispone a bajarme los pantalones…

Siento una molestia en los ojos, es la potente luz del día que me despierta. Elena yace a mi lado en braguitas.

Mierda, no sé beber.

—¿Cómo están los tortolitos? —pregunta jocosamente la amiga de Elena.

—Pues muy bien —responde la susodicha.

—Bien, sí.

—Yo voy a desayunar, os espero abajo. Apurad, que hay que marchar.

La chica sale de la habitación y nos deja solos a Elena y a mí.

¿Y si aún hubiese un momento?

—Una pena lo de ayer, pero estuvo bien igual. Qué rabia que se acabe el viaje, nos lo hubiésemos pasado aún mejor —dice Elena al tiempo que se viste.

—Una pena, sí.

Qué ganas de matarme a mí mismo.

—Oye, ¿por qué no me dijiste antes nada? No sabía que te gustaba, si lo llego a saber…

—No pasa nada. Surgió así. Los dos bebimos y… surgió —contesta ella ligeramente.

Madre que me parió.

Salimos de la habitación y nos dirigimos al salón comedor del hotel. Desayunamos, después preparamos las maletas y nos vamos al aeropuerto.

Joder, para una vez que “surge”, joder.

Tomo consciencia de lo que realmente he dejado escapar cuando el avión despega. Pienso en las conversaciones y los ratos que pasé con Elena antes de este viaje. Elena siempre se ha mostrado cordial conmigo, me ha pasado apuntes de media carrera, cuando nos ha tocado hacer algún trabajo ella se encargaba de la parte más dura, ha bromeado conmigo cuando estaba triste o rayado por alguna movida familiar. Siempre ha sido un encanto, resumiendo. Elena, Bea… A saber la de pájaros que tenía a tiro y escaparon volando por haberme obsesionado con Paulas, Julietas o aquella chica en primero, Ana. Puñetero necio de mí. Ahora el avión alza sus alas, se eleva y se aleja, y con él todas ellas. Todas acaban la carrera y se alejan, y ya no puedo más que despedirme impotente.

—Así que ayer dormiste con Elenita, porque en la habitación no estabas, ¿eh, zorro? Parece que al final sí que probaste alguna chica

de clase.

—No jodas, Óscar. Prefiero no hablar del tema.

—Todo un caballero. Sí, señor. Por fin has espabilado.

—Vete a la mierda, Óscar. A la mierda.

SÁBADO, 10 DE JULIO DE 2004

—Hoy me compran el coche, tío.

—¿No jodas?, enhorabuena Javi. ¿Y eso?

—Joder, Camish, acabé la carrera. Ya era hora de un premio, ¿no crees?

—Un buen premio, sí.

—Bueno, más bien es por otros motivos. Parece ser que mis padres se van a separar y…

—¿Pero tus padres no estaban separados ya?

—Sí, claro. Pero esta vez van a separar la pasta, las tierras, esas cosas.

—El patrimonio, sí.

—El caso es que hay unos prados que le van a vender al dueño de un concesionario de coches y parte del pago… Adivina qué es.

—Un coche, sí. ¿Y cuál?

—Un Polo, un Rover, un Peugeot 307… Me da igual. Lo importante es que me lo dan hoy mismo, por lo que dijo mi padre. Cierran el trato a mediodía en el concesionario del tipo. El plan es este, en cuanto mis padres firmen todo arranco el coche y vengo hasta aquí, te recojo y nos vamos a las fiestas de la aldea de mi madre, nos tomamos algo para hacer tiempo, después recogemos a Yanira y sus amigas, nos vamos hasta algún pub en Lalín y fiesta.

—Ah. ¿Y quién es Yanira?

—Camish, ¿qué importa? Una amiga mía de cuando era niño y eso.

—¿Una amiga tuya de la infancia? ¿Y cómo retomaste tú contacto con ella?

—La vi un día que pasaba por allí.

—¿Pasabas por allí? Vamos, que no la conoces de nada.

—Joder, Camish, jugaba con ella de pequeño. ¿Te parece poco?

—También jugabas con niñas del colegio aquí y no quedas con ellas.

—Pues deberíamos. Buena idea.

—Sí. Pasamos por su barrio a ver, no te jode. Estás loco.

—Pues no veo que andes tan sobrado, Camish.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, de acuerdo con el plan, ¿no?

—Vale. ¿Nos vamos a quedar a dormir allí?

—Sí. En casa de mi tía.

—Tengo que convencer a mis padres…

—Venga, Camish. Lo complicado es convencerte a ti. Ellos te van a dejar y lo sabes.

—Venga, vale.

—No vemos entonces.

Salgo de casa de Camish y regreso a la mía. Mi madre está de buen humor por primera vez en mucho tiempo. Canturrea en la cocina mientras limpia sobre limpio y recoge lo ya recogido.

—Vístete, tu padre dice que llega en media hora, así que dentro de una hora aparecerá y tienes que estar preparado, que nos recoge directamente con el coche.

—Tranquila. Me sobra el tiempo.

—Haz lo que quieras.

Un "haz lo que quieras" sin una enorme bronca posterior, tan extraño como maravilloso como perturbador. Es difícil saber que pasa por la mente de mi madre, pero nunca una llamada a la libertad de este tipo fue seguida de calma alguna. Curiosamente el efecto turbador de la situación hace que me vista y me prepare rápidamente.

—Estarás contento. A ver qué haces con el coche. Nada de hacer el loco, que la juventud de hoy en día no respetáis nada.

—Sí, no te preocupes.

—Ahora ya tengo quién me lleve a la aldea. ¿O crees que es solo para que hagas lo que te dé la gana?

—Sí, claro.

Las advertencias serenas de mi madre dan más miedo que un niño en una película de terror. Las sientes y sabes que algo va a pasar. Mi madre sigue agradable. Una hora y media después llama mi padre, ya está esperándonos abajo.

En el portal espera el Seat Ibiza rojo de mi padre. El primer modelo, el de los 80, comprado de segunda mano en los 90 y cuyo uso como tractor agrícola es mayor que como automóvil en sí. Sin duda, el trasporte más resistente conocido por el hombre, ni los

soviéticos le hubiesen dado un uso tan excesivo.

—Papá, esto está más sucio que de costumbre, todavía. ¿Qué habrás metido?

—Nada, cosas.

—Patatas, cebollas, lechugas, pimientos… ¿Un cerdo?

—Serás exagerado. 4 cosas.

—Hasta los topes, entonces.

—Estarás para protestar hoy. Claro, como el niño va a tener coche nuevo.

—Hoy no me quejo. Todo perfecto.

Mi conversación termina al entrar en la carretera general. Los pistones del motor hacen un ruido atronador, aunque eso no es lo que me preocupa. Mi padre habla de las anécdotas de siempre y mi madre conversa alegremente. Sin gritos ni amenazas. Desde la parte de atrás del coche no los escucho bien con el ruido, pero no hay insultos.

El momento de relax antes de que aparezca el niño terrorífico de la película. No, tengo que ser menos desconfiado, hoy va todo bien, simplemente se separan alegremente.

Comemos de camino en el restaurante económico más aconsejable, el que tiene más camiones aparcados cerca, claro. Ni un reproche.

—A los restaurantes buenos va solo —dice mi madre únicamente en medio de la comida. Pero lo dice riéndose. Nada que temer. Eso espero.

Después de comer salimos hacia el concesionario. Un señor nos ruega amablemente que esperemos en su despacho. En lo que esperamos, mi madre empieza a decir cosas en bajo. «Tranquilo, Javi», me digo.

El señor trae unos documentos para su firma. Unos garabatos y coche nuevo. Mi madre lee algo en el documento y frunce el ceño.

—Este prado dijimos que no entraba en el trato.

—Bueno, no tiene importancia —contesta mi padre.

—Sí la tiene, era de mi padre. La tiene.

En unos segundos todo vuelve a la normalidad. Mis padres comienzan a discutir delante del tipo del concesionario. El motivo, el de siempre, las cosas no están como se acordaron. Mi madre grita y exige explicaciones, mi padre contesta con excusas y divagaciones, mi madre grita más, el tipo del concesionario alucina con la escena y yo, yo ya ni me sorprendo. Lógicamente no hay

trato, el tipo les recuerda lo acordado y mira para mí, buscando una razón en la que apoyarse. Le contesto con una mirada de negación, no hay nada que hacer, como siempre. No habrá trato, ni coche, ni paz.

Salimos del concesionario dejando al tipo con un enfado contenido. Mi padre insiste en llevarnos de vuelta a casa en medio de gritos y reproches de mi madre. Trato de calmarla, pero es inútil, en estas situaciones todos somos su enemigo.

El trayecto de vuelta a casa es un auténtico calvario. Mi madre grita a mi padre en la cara y si trato de meter calma me recuerda que yo soy un traidor más y me clava los ojos rojos como puñales ensangrentados. Está poseída completamente. Mi padre habrá vuelto a hacer de las suyas intentando colarle alguna artimaña o ella habrá exigido todo a su manera, sin concesión alguna, y el resultado es la posesión demoniaca de película.

Al llegar a casa me encierro en la habitación. Mi madre me recuerda que soy un traidor por no apoyarla en no se sabe qué, me amenaza con echarme de casa por enésima vez y sigue gritando desde su salón, comedor, habitación y cuarto de invitados, todo en uno. Lloro un poco, eso siempre desahoga. Cojo el móvil y llamo a Camish.

—Camish, cambio de planes. Hay que coger un bus.

—¿Al final no te dan el coche hoy?

—Va a ser que no. Olvidemos el tema.

—¿A qué hora es el bus?

—Ya. No aguanto un segundo más en casa.

Recojo la mochila que ya tenía preparada.

—Mamá, me voy.

—¿Adónde vas?

—Al pueblo, ya lo sabías. Pero en bus, lógicamente.

—Vas a dormir a casa del desgraciado ese. Eres un traidor. Si vas allí, no vuelves a entrar en esta casa, ¿me oíste?

—Te escuché, sí. Voy con Camish, quedamos en casa de tía Feli.

—Mucho le debéis a Feli, desgraciados.

—Adiós, mamá. Ya nos vemos mañana a la noche.

Paso a recoger a Camish por su casa, a pie. Llueve, de camino a la estación de buses nos empapamos.

—Otro julio soleado en Santiago.

—Ya, menos mal que no hay playa.

El bus tarda casi una hora en llegar a Lalín. Aprovecho para

dormir un poco después del ajetreo. Cuando despierto hemos llegado ya. Tengo que llamar a Yanira.

—Yanira, soy Javi. Oye que al final no podré recogerte, no me han dado el coche hoy y no va a ser posible.

—No te preocupes. Además mi amigo Nacho da una fiesta en su casa, voy con estas por allí y después ya nos vemos en el pueblo.

—¿Cómo hacéis para venir?

—Ya nos lleva él o alguno de sus colegas, no hay problema.

—Nos vemos entonces a la noche, cuando lleguéis.

—Sí. Un beso, hasta luego.

—Un beso, adiós.

Camish niega con la cabeza. Nos da la risa tonta de camino a casa de mi tía. Por suerte nos espera una buena cena. Cenamos de maravilla y salimos a tomarnos algo al típico *bareto* barato.

—Al final, a las fiestas de la aldea de tu madre ni nos acercamos, ¿no?

—No quiero saber nada de mis padres hoy. Bebamos.

Y bebimos. Llamo a Yanira, pero no coge.

Cambiamos de bar y seguimos bebiendo. Yanira sigue sin coger.

A las dos de la mañana estamos en una discoteca del centro. Ninguna chica se pone a tiro, así que a las dos y media ya estamos fuera.

—Hola Javi. ¿Qué tal? —Es una de las amigas de Yanira. Aprovecho para presentársela a Camish y alegrarle un poco la noche. Ya no llueve y el pueblo es pequeño, decidimos ir a la disco de las afueras. Las chicas se vienen. Me alegra porque Camish se lo está pasando bien.

Estamos un rato en la disco con ellas, entonces les llama Yanira. Las acompañamos fuera de la discoteca.

—¡¡Hola chicaaaaas!! —Yanira saluda desde el otro lado de la acera. Un chico con el pelo relamido le agarra por la cintura. Ambos están apoyados en un Golf rojo reluciente. El rojo es lo único que tiene en común con el Ibiza ochentero de mi padre.

—Mirar que coche se acaba de comprar Nacho, tías —prosigue Yanira.

—AAAhhhh —claman todas—. ¡Qué chulo!

—Chicas, veníos hasta el Clamor. Allí sí que hay ambiente hoy —dice el tal Nacho.

Y se van. Se fueron. Camish niega con la cabeza.

—Joder, vaya día hoy.

—Javi, como bien dijiste antes, bebamos.

Volvemos adentro y tomamos una última copa en aquella discoteca semivacía. Un gogo hace un extraño baile con las manos.

—Pero que mierda baila ese, me pregunto.

—No sé, ahora está haciendo el pajarito con las manos, como si fuesen alas.

—En serio, ¿pero para quién?

—Para nosotros no creo.

—Eh, ¡qué pasa, Javi! —Una voz conocida me saluda por la espalda. Es Suso, que está con Álvaro.

—¡Qué pasa, hombre!

—¿Dónde dejaste el carro nuevo? Tienes que enseñárnoslo.

—Creo que no hay coche nuevo, Suso.

—Ah, no te lo compraron al final. Lo siento, tío.

—No pasa nada.

—Y las chicas. ¿No habías quedado con una amiga tuya y sus otras amigas?

—Encontraron a alguien con coche nuevo. Y no era yo.

—Entiendo. Es difícil resistirse al olor de buga nuevo.

—Sí, un día de mierda.

—No digas eso, hombre. Porque ya estoy de vuelta y sin un duro, que si no…

—¿De vuelta de dónde?

—De dónde va a ser, Javi. Piensa qué le gusta a este —interrumpe Álvaro.

—Putas. Lo que necesitas, Javi, es una buena puta —suelta Suso entre risas.

—No. Además no podría, tampoco tengo un duro.

—Pues bebamos, qué coño. Chupitos.

—Mejor no. Ya bebo demasiado y follo poco, Suso.

—Joder. Yo si follase todo lo que quiero sería abstemio —replica Suso arqueando el ojo detrás de unas gafas de gruesos cristales.

—Gran verdad, cabrón.

Y no es un chupito, ni dos. Hoy perdí un coche, una noche, una chica tal vez. Gané un amigo.

VIERNES, 20 DE AGOSTO DE 2004

Verano en Mallorca. Hace calor, simplemente mucho calor. Vigilo a unos niños mientras Óscar vigila a la muchacha de 18 años, tutora improvisada de este centro de niños con discapacidad.

Hace unos dos meses que terminamos la carrera. Las múltiples salidas laborales que se abrían ante nosotros, según la orientadora de la universidad, no deben estar bien señalizadas. Después de dos meses dando tumbos sin rumbo, Óscar y yo nos apuntamos a un voluntariado de verano, que nos ha de servir de experiencia profesional para el futuro. Pudimos escoger entre uno en Lugo u otro Mallorca, después de una meditada reflexión de un nanosegundo escogimos Mallorca por unanimidad. Un voluntariado de 15 días en un centro de niños con problemas sociales en el que no pagan un duro, pero la empresa pone comida y alojamiento, un piso con tres chicas españolas más en plena zona de veraneo.

Tras semanas de ensoñaciones posadolescentes en la que tres chicas despampanantes se peleaban por hacer nuestro trabajo e irse a la cama con nosotros, Óscar y yo llegamos a Mallorca. La apreciación de una de las tres chicas una vez hechas las presentaciones, y al poco de conocernos, fue todo un aterrizaje en la realidad:

"Creo que estamos un poco decepcionadas, yo por lo menos. No sé, esperábamos otros chicos".

Por lo visto ellas también se habían excedido en sus pretensiones, nada fuera de lo normal. Lo inadecuado, seguramente, fue que la menos agraciada de ellas lo reconociese sin sutileza alguna. Aquello cabreó a Óscar desde el primer momento. La chica que lo dijo no era guapa ni atractiva, la que lo reafirmó sí que lo era, una chica bajita, rubia y esbelta. Caí prendado al momento.

La empresa en la que hacemos el voluntariado se dedica a la atención de niños con discapacidades. El ayuntamiento les cede un colegio en época estival para tal propósito. Una decena de chicas

autóctonas, recién graduadas en el instituto, se encargan del cuidado de los niños, a modo de tutoras. Los voluntarios foráneos ayudamos en lo que nos piden. ¿Y las encargadas? Las encargadas de la empresa pasan por allí sobre la una del mediodía y dicen cuatro tonterías. Con eso se llevan las subvenciones públicas que correspondan y las aportaciones de los niños de los padres. Su contribución se reduce a unas palabras bonitas y a llenarse el bolsillo, solidariamente, eso sí.

Durante dos semanas he estado intentando camelarme a la voluntaria rubia que convive con nosotros, inútilmente, por desgracia. En ese mismo tiempo Óscar lo ha intentado con la decena de tutoras isleñas y la tercera voluntaria que convive con nosotros, una chica vasca, bruta pero con cierto atractivo, que no soporta a las otras dos y que hace buenas migas con Óscar.

Hoy es el penúltimo día de voluntariado. La mayor aportación de Óscar ha sido subirle la autoestima a toda hembra que se le cruzaba, incluidas las dos caraduras de las encargadas. La mía, recoger y tirar un zurullo que cagó un niño una vez en la piscina y para lo que ninguna chica estaba preparada. A las dos del mediodía terminamos, comemos algo en el piso y aprovechamos lo que queda del buen día de playa.

La vasca se va a dar un baño al mar, Óscar va tras ella.

—¿Para qué narices le llevas el mechero al agua, Óscar?

—Dice que las otras la desquician y le gusta fumar en el agua sin tener que escucharlas.

Al cabo de un rato la vasca sigue en el agua, pero Óscar vuelve a la toalla.

—Oye, Javi. Creo que esta noche es buen momento para irnos de fiesta por nuestra cuenta.

—Siendo la penúltima noche, sería mejor quedarse con las chicas quizás.

—¿Para qué, Javi? Sabes que no te va a hacer caso.

—Ya, pero… ¿Y la vasca? Te la has estado trabajando para algo, ¿no?

—Olvídate. Ayer estuve en su habitación cuando las otras salieron.

—Zorro.

—Y nada. Muchas risitas, pero nada. No se va a dejar engatusar, no si no lo ha hecho ya.

—¿Quieres salir en Palma entonces?

—Discos caras y gente de postureo. No. Hoy vamos a Magaluf.

—¿Magaluf?

—Ahí van las inglesas a desfasar —sentencia Óscar con los ojos entrecerrados.

A nuestro lado, a cierta distancia, las otras dos siguen cuchicheando entre ellas de unos alemanes que conocieron el fin de semana pasado. Nada que rascar.

—Vale, Óscar. Una vez más, tienes razón.

—A ver si así espabilas del todo y te dejas de enamoramientos varios.

Volvemos al piso, nos acicalamos y salimos. Las chicas se sorprenden de que vayamos a salir por nuestro lado.

—¿Vais a dejarme con estas? ¿Adónde iré yo? ¿Qué podré a hacer? —pregunta la vasca indignada.

—Francamente querida, me importa un bledo —contesta Óscar, a modo de Clark Gable. Tras dos semanas haciéndose su amigo incondicional, a Óscar le importa un pimiento la vasca.

—Antes de que digas nada, Javi. ¿Crees que le importa algo?

Encojo los hombros. A mí tampoco me importa. Después de tres años de vida universitaria una cosa queda clara, cada uno va por su lado, buscando sus intereses.

Óscar y yo cogemos un autobús que nos lleva de Palma a Magaluf. La localidad es un complejo turístico enorme lleno de hoteles. Hemos pasado al menos una decena de rotondas antes de llegar a la zona central donde, supuestamente, se cuece el "ocio nocturno" de la ciudad. Porque aquí, como en muchos otros sitios, el consabido "ocio nocturno" consiste principalmente en eso, emborracharse hasta estar bien cocido.

Después de vagar perdidos un buen rato, tras una sucesión de relaciones públicas y turistas borrachos, decidimos entrar a tomar la primera copa a un pub que parece tranquilo. Las copas aquí van por litros, es posible pedir menos cantidad, pero el precio es casi el mismo y no sale a cuento. Pedimos un ron cola de medio litro para los dos.

Cuando acabamos el primer medio litro el pub ya está lleno. Óscar ojea a dos turistas británicas que bailan, o más bien pretenden hacerlo, en la tarima. Le propongo cambiar de local, pero termina convenciéndome para tomar otro medio litro.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —vociferan los británicos a nuestro alrededor. Óscar comienza a imitarlos. Entonces giro la cabeza y

descubro el motivo. Una de las chicas de la tarima se levanta el top y se queda en sujetador. Su compañera ríe, pero se muestra más tímida. El camarero acerca a la chica un litro de cerveza. Para que se refresque, claro. La chica debe de seguir teniendo calor porque se quita el sujetador.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —Los turistas se apelotonan junto a la tarima. A la chica más que preocuparle parece encantarle, porque se tira la cerveza sobre el pecho. Eso, o tiene un ardor tremendo en los pezones.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —Uno de los chicos se lanza sobre el pecho derecho de la chica. El otro sigue botando. La chica sonríe cuando el individuo decide hincarle el diente a su pezón. Entonces otro lo empuja y trata de ocupar su lugar. Otros dos se increpan… ¡Mierda!

—¡Óscar, sal de ahí! —Por suerte, Óscar se encuentra ya saliendo del tumulto cuando empiezan a llover puñetazos.

Salimos prestos del local. Acelerados, la mezcla de exhibicionismo femenino y violencia masculina es una bomba de testosterona. A las dos horas estamos en una discoteca abarrotada de británicos borrachos y salidos perdidos, como nosotros. Dos chicas nos siguen la corriente, pero aparecen dos tipos de ciento y pico kilos, pelirrojos y de piel aún más roja. Los ojos, más rojos todavía. Por suerte no estamos tan borrachos como para querer meternos en jaleos. Nos despedimos de las chicas y nos largamos a otra discoteca.

Por desgracia está casi vacía. Los turistas acaban antes sus juergas y han comenzado a retirarse a los hoteles. Nos tomamos una última cerveza cuando aparece un grupo de chicas vestidas de animadoras y agitando pompones. Cuando tomo la determinación Óscar ya está allí. El grupo de animadoras baila a su alrededor. En dos segundos estoy a su lado. A Óscar no le preocupa, el mar está revuelto, podemos pescar todos. Óscar baila unos segundos con una chica y ya está besándola. Una de sus amigas de pompones se pone frente a mí a agitarlos, imito a Óscar y hago lo propio.

Pasados veinte minutos pasan por mi boca los labios de la mitad de aquellas chicas. Por los de Óscar también. Algunas se han besado con los dos. Otras entre ellas. Es como el porno de animadoras que tantas veces habré visto, un sueño hecho realidad.

—Oye, creo que nos hemos liado con la misma varias veces.

—Tú dale por donde quieras. A mí que me la chupe —contesta Óscar en un arrebato becqueriano.

Media hora después vagamos por las calles en medio de peleas y turistas vomitando. Otra vez canté victoria antes de tiempo. Lo que acabamos de vivir ha sido la fiesta del germen, el aquelarre de las bacterias, la cena familiar de los herpes. Como diría Calve, el espectáculo de la mononucleosis. Muchos besos, muchos tocamientos, pero, justo cuando vislumbraba el culmen de la peli porno que creía estar viviendo, la cruel realidad se estampa contra nosotros. Óscar propuso a una acercarse hasta su hotel, pero entonces otra decidió que era hora de marcharse y detrás fueron las demás, incluida a la que Óscar había hecho la proposición indecente. Tan pronto como entramos en el sueño salimos de él. Las chicas querrían tontear un poco y darse unos besos. Fuese lo que fuese, el sueño se acabó y damos tumbos por las calles haciendo eses y manteniendo difícilmente el equilibrio. Tenemos que coger el primer bus de la mañana de vuelta a Palma, pero son las cinco y el primero es a las siete. Nos sentamos en unos bancos y descansamos un poco hasta que dé la hora.

El sol me da en toda la cara cuando me despierto. Abro los ojos y veo un turista jubilado que sonríe al pasar a mi lado. Óscar no está en el banco donde lo dejé hace unas horas. Miro el reloj. Las ocho. ¡Mierda! Tenía que haber cogido el bus hace una hora, Óscar ha desaparecido y no tengo un duro encima. Trato de encontrarlo y lo diviso en la parada del autobús, subiéndose a uno.

—¡Cabrón, espera! —grito al tiempo que corro hacia el bus.

—No te vi. Pensé que habías marchado.

—Pues no. Además estoy sin un duro. Por los pelos te pillo.

Óscar sonríe y paga dos billetes. El camino de vuelta es una tortura. Una vez llegamos a Palma nos queda una caminata hasta el colegio, no hay tiempo para pasar por casa. Llegamos a las diez al colegio. Nuestras compañeras de voluntariado sonríen.

—La noche fue larga, ¿eh? —dice la vasca.

Todas se muestran comprensivas. Las encargadas llegan a las 12, ellas parecen comprensivas también.

—Así que hoy se os han pegado las sábanas —dice la encargada obesa con sonrisa enorme.

—Sí, bueno. Disculpen.

—No pasa nada, pero tendréis que compensarlo por la tarde. —Su sonrisa no es natural, más bien maliciosa.

—Estaremos una hora más sin problema —responde Óscar.

—Sí. Tenéis que venir hoy por la tarde y, para compensar

vuestra irresponsabilidad, mañana a la mañana.

La cara de Óscar se enrojece en un instante.

—¿Qué? Tenemos que venir hoy por la tarde y mañana porque hoy nos retrasamos una hora. ¿Me estás diciendo eso realmente?

—Pues claro. Además, mañana no van a venir la mayoría de las chicas y nos vendríais muy bien. Para compensar lo de hoy. ¡Qué menos!

—Así que nosotros tenemos que compensar una hora con un día y medio, siendo voluntarios. ¿Cuándo vais a compensar vosotras todos los días que habéis llegado a la una del mediodía?

—Nosotras venimos de la oficina. ¿Pero qué te crees?

—¿Qué creo? Creo que sois unas jetas, que vivís de puta madre a costa de unas chavalas de instituto que hacen vuestro trabajo y que no la rascáis.

—¿Pero qué falta de respeto es esa? Hoy vais a quedaros por la tarde y mañana os quiero ver aquí.

—¿Y si no?

—Pues tendréis que iros hoy, recoger vuestras cosas y largar.

—Vale, pues adiós.

—¿Cómo? ¿Nos vais a dejar tiradas ahora? ¿Qué clase de voluntarios sois?

—¿Y qué clase de trabajadoras sois vosotras? Así podréis hacer algo por una puñetera vez en vuestra vida. Y dejar de abusar de la gente.

A estas alturas de la discusión, las prematuras tutoras recién graduadas en el instituto miran con los ojos como platos. Óscar puede que haya sido el único valiente que se haya atrevido a vomitar la verdad delante de todo el mundo.

—Vaya cara se le ha quedado a la vaca esa —me susurra la vasca. En estos momentos estoy convencido de que si Óscar le dice de tener una cita por la tarde se la tira. O, más bien, ella se lo tira a él. Da igual, Óscar está demasiado furioso incluso para pensar en eso.

—Dejaremos nuestro juego de llaves encima de la mesa del comedor —sentencia Óscar.

—¿Y tú que vas a hacer, Javi? ¿También nos dejas tiradas? —me pregunta la encargada también furiosa.

—Somos voluntarios, pero no estamos aquí para hacer vuestro trabajo —le contesto en un arrebato de valor.

—¡Qué desagradecidos!

—Adiós, chicas, que os vaya bien —se despide Óscar fríamente. Ha estado tonteando con prácticamente todas estas dos semanas, alguna se acerca a despedirlo efusivamente, pero Óscar no está de humor. Atrás quedaron las proposiciones para una cita furtiva, Óscar sale de allí encabronado como nunca.

—Adiós chicas —me despido. La vasca me da un abrazo y el resto gesticulan un adiós. La rubia de la que he estado prendado dos semanas se despide desde lejos con un simple ademán de mano. Se la sudo. No somos los chicos que esperaban.

Pasamos por el alojamiento que nos ha puesto la empresa estos días, comemos restos de lo que dejamos el día anterior, recogemos nuestras cuatro cosas y nos vamos. Óscar, normalmente un tipo afable, no media palabra.

En el centro encontramos una pensión barata. Son las cuatro de la tarde y apenas hemos comido, solo tenemos sueño. Dormimos una siesta y, al caer la tarde, damos un paseo por la ciudad. Cuando llega la noche Óscar está ya de mejor humor, cenamos unos bocatas y decidimos aprovechar la última noche para conocer la zona por donde sale la gente autóctona de la zona, lejos de las grandes discotecas. El cansancio hace mella, volvemos para la pensión siendo la noche todavía joven. El viernes se ha tragado al sábado y se ha hecho el día muy largo. Nos acostamos cada uno es su cama y Óscar enciende la tele porque, dice, le ayuda a dormir.

—Oye, tenías razón, la rubia ni caso.

—Javi, por Dios. Se veía venir desde el primer día. ¿Qué parte de “esperábamos otros chicos” no entendiste?

—Bueno. ¿Quién sabe?

—Tienes que ser más práctico, Javi. Las princesas no existen.

—Ya.

—Piénsalo. Tú tampoco eres un príncipe, que se diga.

—No, eso seguro.

—Vaya mierda. Así que esto eran las enormes salidas que íbamos a tener al acabar la carrera. Aguantar a dos aprovechadas que explotan a chicas recién salidas del instituto mientras se rascan sus partes.

—Bueno, era un voluntariado. Ya saldrá algo. ¿Tú que vas a hacer este año?

—Buscar algo por Orense. ¿Tú?

—Me gustaría empezar a trabajar y largarme de casa. No aguanto a mi madre, pero… No lo veo claro. Estaba pensando en

hacer el segundo ciclo de la carrera en León. Al ser fuera de Galicia me darían beca. ¿Te animas?

—Ya me gustaría. Llevo tres años en Santiago. Aunque me den algo de beca, mis padres no van a poder ayudarme otros dos más en León, somos cuatro hermanos.

—Una pena. Molaría estar los dos de estudiantes allí, sin mi madre husmeando. Haciendo lo que queramos.

—Si ya lo has hecho estos años —contesta Óscar a la vez que no deja de cambiar de canal compulsivamente—. Hostia, ¡qué tetas!

—¿Tienen porno en esta pensión?

—Sí, tío. ¡Se cae a cachos, pero tienen porno!

—Venga, ¿por qué no te apuntas? Al ser otra comunidad autónoma te dan una buena beca.

—No puedo. Es un año entero, no me llega con la beca.

—Pasta con atún y botellones. Tampoco vas a gastar tanto.

—No, ya encontraré algo por Orense…

Se hace un silencio, solo interrumpido por los sobreactuados gemidos de la actriz porno de la película. Y los gemidos de él, pero no del actor.

—¿Qué coño haces, Óscar? No jodas que te la vas a cascar aquí mismo.

Debajo de las mantas de la cama de Óscar, su mano se mueve.

—¿Qué quieres? Dos semanas de ji ji ji, ja ja ja. La vasca restregándose. Las animadoras calentorras de ayer… No aguanto más, Javi, no aguanto más.

Y no aguanta. Dos semanas después, el voluntariado en el que íbamos a coger una gran experiencia en el mundo laboral, y mayor aún en el sexual, termina con la expulsión del mismo y con la mano de Óscar desfogándose viendo porno en una pensión de mierda. Lo que iba ser un despegue es un aterrizaje forzoso en toda regla.

Mientras Óscar sigue a lo suyo, pienso en el segundo ciclo en Economía del Trabajo que imparten en León. Dos añitos más y así tendré una licenciatura. Dos añitos más de vidorra…

—Ahhhhhh. —La exhalación de jurásico Óscar retumba en la estancia.

—¿Ya? ¿Cómo habrás dejado las sábanas?

—Javi…

—¿Habrás cogido el papel higiénico, cabrón?

JUEVES, 21 DE OCTUBRE DE 2004

—Tú eres español. ¿Cómo acabaste en un piso de Erasmus? —pregunta Lorenzo Bernardo, un estudiante italiano de Pescara con el que he hecho buenas migas aquí en León.

—Buf. Fui a ver un montón de pisos antes de decidir quedarme aquí. El más nuevo y arreglado estaba en un octavo piso y era muy pequeño para compartir con cuatro más, unos cachas de gimnasio.

—A ti en un octavo piso te lleva el viento.

—Ni ventanas tenía para eso. Vi otro que no estaba mal, pero era para compartir con una pareja. Mal asunto. Otros estaban que se caían.

—¿No encontraste sitio en una residencia?

—Solo había sitio en residencias privadas, compartir habitación con otro por un dineral.

—¿Por qué no buscaste un piso pequeño para ti solo?

—¿Para mí solo? —pregunto riéndome—. Con la beca no me daría para el alquiler de tres meses. Solo el alquiler. ¡Cómo se nota que eres de fuera!

—¿Crees que en Italia es diferente, Javi?

—Bueno, eso. ¿Qué más da?

—¿Y en tu clase no encontraste a nadie para compartir piso?

—En mi clase son de aquí, nadie busca a nadie para compartir piso porque ya conocen gente con la que convivir.

—Ya. La chica ucraniana no ha tenido nada que ver entonces —contesta Lorenzo sonriendo—. El piso es una mierda, pero apareció con ese, ¿cómo se dice en español…? Escote.

—Todo influye, pero tampoco tenía muchas opciones.

—Nada que ver, claro —dice Lorenzo maliciosamente—. Esa chica es preciosa y tú eres un cerdo.

—No te preocupes, no se deja ver mucho.

—Jara es… ¿Cómo se dice? Sagrada. Tú

eres amigo mío, no *figlio* de puta.

Cerdo, hijo de puta… Tacos, lo primero que aprende un estudiante Erasmus es a decir tacos. Si le sobra tiempo, puede que algo más.

—¡Qué sí! ¿Nos vamos al Molly?

—¿Ese es el bar de los Erasmus? Dicen que van todas las chicas.

—Ese mismo, pero acuérdate que solo tienes ojos para Jara. De hecho, es el único nombre que te has aprendido.

—Eso es *l'amore*, pero no estoy ciego.

Llegamos al Molly en menos de diez minutos desde San Mames, no hay mejor premura que la que te provocan menos diez grados Celsius en la calle y más de cien entre los pantalones.

Lorenzo busca a Jara a los escasos tres segundos de que le sirvan su copa, después otra chica le pregunta si tiene hora. Eso supondrá una retahíla de bromas y cumplidos fáciles por un buen rato. No voy a quedarme parado mientras el italiano busca presa. Levanto la mirada y trato de atisbar todas las chicas que pueda haber en el bar. Un grupo de alemanas beben cerveza con alemanes sin mediar palabra; unas nórdicas asediadas por compatriotas de Lorenzo que, con total seguridad, las tendrán entretenidas un buen rato; un grupo de morenas cerrado cual fortaleza inexpugnable, hasta para los italianos… Y una eslava rubia, de ojos verdes y silueta estilizada, con la mirada perdida mientras su amiga se entretiene con otro chico. ¡Eureka!, pienso en lo que me voy acercando a ella. La chica no deja de mirarme y siento que será una presa débil en mis fauces. Unas frases hechas, un par de bromas tontas y a aprovechar lo que surja. Tengo la total seguridad de que no será más que algo pasajero para ir tanteando el mundo femenino de las Erasmus que tan buena fama tiene.

—¿Aburrida? Parece que tu amiga está muy ocupada.

—Está hablando con un amigo —dice. «Obvio».

—Si quieres entretenerte puedes bailar conmigo. ¿Cómo te llamas?

—Desirée, pero puedes llamarme Desi ¿Y tú?

—Javi. ¿De dónde eres, ucraniana?

—¡¿Qué dice?! —pregunta extrañada con un marcado seseo.

—Es que tu amiga me suena de haberla visto con Jara, mi compañera de piso, y como ella es ucraniana, pues supuse que vosotras...

—Ah, ¿eres compañero de piso de Jara?

—Sí. ¡Qué coincidencia!

—¿Coincidencia en qué?

—Bueno, en que tú también la conoces.

—No tengo mucho trato con ella. —La chica mira para su amiga, todavía entretenida con el otro chico. En estos momentos todo depende más de la maña de ese desconocido que de la mía propia. Si mantiene el tipo, mis posibilidades se multiplican, y viceversa—. Pero su compañero de piso parece majo —añade. Parece que la chica me sigue el rollo.

—Entonces no eres ucraniana. ¿Polaca, tal vez?

—Se te va el baifo, chiquillo —contesta con una peculiar pronunciación de la ch.

—Del este, seguro.

—¿Qué este ni qué *narice*? ¿Cómo va a *se* eso? —pregunta prescindiendo de la s y r finales.

—De pelo claro, ojos verdes y acompañada de gente de allí. Pues checa, eslovena… Yo qué sé, pero de allí seguro.

—Mi niño, yo soy más canaria que el gofio.

—Pues sí, el tal Gofio será canario, pero tú no pareces muy morena para ser de allí.

—Mira qué me dice el machango este.

—No te enfades, es solo que me extraña. No sé. ¿Y qué hace una canaria entre eslavas?

—¿Y qué hace un gallego en León?

—¿Cómo sabes que soy gallego?

—Porque me lo estás *cantaaaando*, *galleguiiiiño*.

—Tampoco se me nota tanto. Total, que no me has contestado.

—Que no se te nota, dices. Pues estoy con una Séneca.

—¿Eso qué es?

—Una beca de intercambio con otra universidad. Como la Erasmus, pero entre universidades españolas.

—Ah. Séneca, Erasmus… Con tanto filósofo me pierdo. Entonces estamos en una situación parecida. ¿Bailas?

—Si a eso le llamas bailar. Venga, vale.

Todo sale según lo previsto, cuando estoy bailando con ella ya

me olvido de lo que le he dicho. Tiene un buen trasero y unos ojos verdes preciosos. Su silueta es perfecta y su boca muy sensual. Su acento me encanta. Su sonrisa es encantadora. Pero tendría que haberle entrado ya, era lo previsto. ¿Por qué no la he besado ya? ¿Por qué me fijo más en sus expresiones que en su cuerpo? ¿Por qué prefiero mirarla como una obra de arte y no precipitarme? ¿Por qué cuando miro el reloj han pasado horas que parecen haber sido minutos? ¿Por qué necesito estar con ella más? ¿Por qué...?

JUEVES 18 DE NOVIEMBRE DE 2004

—Buenas noches, chicos. —Lorenzo aparece por la puerta de la cocina, trae unas bolsas del supermercado. Esta noche vamos a hacer una cena y celebraremos una fiesta en casa por mi cumpleaños, como podría ser por el de Lorenzo, el cura del pueblo o el día de la marmota. El motivo de una fiesta no suele importar demasiado.

—Esta noche sales con nosotros entonces.

—Pues claro. Es tu cumpleaños, Javier. Tú y yo, buenos amigos —expresa el italiano efusivamente. Desde que conocí a Desirée se muestra más amable—. Espero que te guste la cena que vamos a prepararte.

—¿Vas a prepararme una cena también? ¿A qué debo tal amabilidad?

—Vendrá Desi, ¿vendrá alguna amiga suya también?

—Sí, Milena seguro. Y Jara vive aquí, supongo que a la cena se quedará. Sospecho que es lo que te importa.

—¿Y qué les gusta beber? —pregunta con descaro.

—Suelen beber agua para vivir y eso, ¿por qué?

—¡*Vaffanculo*! Tú no eres un caballero.

—Ya.

—Voy a comprar bebida para las chicas, no para ti. Tú bebe *acqua.*

—No lo creo. Acuérdate de que también comemos para sobrevivir.

—*Porca miseria.* Levanta el culo del sofá y acompáñame.

Accedo a su petición, bajamos al supermercado y cogemos una botella de vodka, refrescos y cervezas. Esto me supondrá otra semana de supervivencia a pasta con atún. Está justificado.

—¿Más vodka? —pregunto a Lorenzo.

—Buena idea.

Ciertamente, Lorenzo necesita vodka para acceder a las faldas de alguna Erasmus, y yo necesitaré un milagro para tener el más mínimo roce con Desirée. Eso y que ella se olvide de su novio bajo los efectos del alcohol. ¿Por qué todas las chicas que me gustan son inaccesibles? ¿Por qué estoy loco por ella?

Pasan las horas. Ayudo a Lorenzo a hacer la cena de celebración, pasta italiana al estilo de su región, cuando suena el telefonillo. Son Desi y Milena, una de sus compañeras de piso, de origen ucraniano como Jara. Tampoco iba tan mal encaminado cuando conocí a Desi, algo ucraniano tenía. Solo escuchar su voz y el corazón me da un vuelco. Después llegan los dos japoneses amigos de Milena y otra amiga de Desi rechoncha y poco atractiva.

Los japoneses han traído pescado y uno de ellos pasa a la cocina a hacerlo. El más bajito queda con Milena y conmigo bebiendo, saborea el vino que trajo la amiga de Desi mientras nosotros tomamos cerveza. Lorenzo trae la pasta, parece de mal humor.

—¿Qué te pasa, Lorenzo?

—Tú sabes. Jara se ha marchado porque ya había quedado. En tu cumpleaños. ¿Tú sabes lo que significa eso?

—Que tendrá un plan mejor, nada más.

—Tú, *spagnolo* tonto. Pues eso.

Un fuerte estruendo procedente del pasillo nos sobresalta. El japonés ha tropezado con algo. El pescado y, con ello, parte de la cena acaba por los suelos. En vez de quejarse o soltar un juramento, el japonés se inclina y pide perdón repetidamente.

—No pasa nada, hombre. Hay bebida de sobra y si necesitamos más papeo abrimos unas patatas fritas y unas aceitunas.

El japonés sigue inclinado mirando al suelo.

—No problem, man. Women, drinks… Everything all right —chapurreo en inglés, al tiempo que levanto el pulgar en señal de aprobación. No parece entenderlo demasiado. El otro sí, se ha bebido una botella entera de vino él solo en menos de media hora, y más

que disculparse parece querer hacer reverencias a la botella. Resulta gracioso.

Cuando acabamos de cenar, salimos a la calle y nos dirigimos al barrio Húmedo, la zona de marcha de León. El japonés bajito lleva una borrachera considerable, el otro pide perdón, ahora por el comportamiento de su compañero.

—Don´t worry. This is Spain. It´s usual.

—Tienes que mejorar tu inglés, Javier —puntualiza Desi. Le resulta gracioso escucharme mientras intento comunicarme en inglés. El japonés alto sigue, inexplicablemente, compungido. Milena y la otra amiga de Desi se ríen.

Llegamos al húmedo, al pub Molly, a la barra y otra vez a la rueda. La amiga rechoncha de Desi baila con el japonés bajito, Desi y Milena charlan y Lorenzo aparece a mi lado.

—Creo que Desi no, ¿cómo se dice? No…

—No me hace ni puto caso.

—Ánimo, Javi. Roma no se hizo en un día… Y si no, Milena mira para ti, inténtalo con ella.

—No digas tonterías.

—A ver, Javi, tienes tantas posibilidades como yo con Jara.

—Así me gusta. Optimista.

—No me has entendido, Javi. Da la vuelta e ilumínate —me dice el italiano. Detrás de él Jara baila con un tipo de pelo largo arreglado, polo azul ceñido y claramente heterosexual que no baila con ella, se refriega. Cerdo asqueroso.

Cuando volvemos al centro del bar Lorenzo se pone a bailar con Milena, más por despejarme terreno con Desi que por propio interés. Al fin y al cabo, es un buen tío. Bailo con Desi, hablamos, ella se ríe, yo también, pero no pasa nada. Nada más allá de eso.

Pedimos otra copa, Lorenzo pregunta por mis avances, le confirmo la falta de ellos y trato de animarlo. Cuando volvemos junto a las chicas Desi se pone a bailar con él. Mala señal. Me siento como si me hubiesen apuñalado. Entonces Milena se pone a bailar conmigo, cada vez con más énfasis, cada vez más cerca. Lorenzo se

me acerca un momento.

—Éntrale. Desi tiene novio allí, es fría, del este. Olvídate, te lo digo como amigo.

—Lorenzo, Desi es canaria, la que es fría y del este es Milena, si esas tenemos. Además, sabes que me gusta Desi.

—Y a mí Jara y allí la tienes liándose con el tipo aquel. Javi, a mí, *innamorato*, me pasa igual, me pierdo.

—Tú, *¿innamorato?* —pregunto socarronamente, con sonrisa maliciosa.

—Cuando te gusta mucho una chica. Ya sabes. Hazme caso, Milena quiere algo contigo.

—No…

No me da tiempo a negarme. Milena se cruza entre nosotros y comienza a bailar rozando lo lascivo. Yo no la beso, pero ella sí a mí. Por un momento, solo un momento. Me separo de ella.

Desi mira sorprendida. Lorenzo la coge de la mano y se pone a bailar con ella. Me temo lo peor, así que trato de improvisar una excusa y meterme entre los dos.

—Oye, chicos, ¿una copa más o cambiamos de local?

—No sé, parecéis muy entretenidos —contesta Desi toscamente.

—Aquí estamos bien —dice Lorenzo.

—Está muy lleno —trato de seguir improvisando.

—Vale, vamos a otro sitio si os apetece —contesta Desi apartándome la mirada, después se dirige al ropero a recoger los abrigos ella sola. Milena la sigue, no se miran.

—Muchas gracias, Lorenzo —digo con ironía.

—Bien jugado, lo has hecho bien.

—¿Bien? Desi ha visto cómo me besaba con otra y tú quieres aprovechar el tirón, cabronazo.

—¿Qué estás diciendo? Que *io* intento algo con Desi. Venga, *per favore*. En vez de ponerla celosa vuelves con ella como un niño asustado. No te ayudo más.

—¿Qué me estás contando?

Nos vamos a un local oscuro en la otra punta del Húmedo. Ahora

el japonés bajito está liándose con la amiga regordeta de Desi, el otro ha desaparecido, Lorenzo baila con Milena y Desi parece ausente. Evita mi mirada.

—Desi, ¿qué te pasa?

—Nada —me responde escuetamente, pero con sus ojos verdes apuñalándome el alma. De repente los vuelve a bajar.

—Mírame —le imploro—. Necesito que me sigas mirando. Necesito verte. Necesito…

Desi me regala una última mirada y sigue mirando al suelo mientras sus caderas dibujan un amago de baile.

Siento que tengo a la mujer de mi vida delante y no puedo hacer nada para evitar perderla. Ahora es cuando me doy cuenta de lo tremendamente perdido que estoy por ella. La felicidad delante, tan cerca, tan maravillosa. Solo puedo pensar en fundir mi boca con la suya y rastrear todo su cuerpo con las yemas de mis dedos.

—Desi —imploro una vez más.

No hay respuesta. Mi castillo de arena se deshace una vez más y ya noto los ojos congestionados. Siento que voy a romper a llorar, con el consiguiente ridículo.

—Voy a pedir algo —acierto a decir.

Agacho la mirada para que nadie pueda notar como los ojos se me empapan. Salgo del bar y doy una patada a la pared del edificio de enfrente. No solo vuelvo con ella con cara de niño asustado como decía Lorenzo, sino que ahora además me pongo a llorar como uno. Trato de calmarme, es otro capricho más de niño pequeño, ya me pasó más veces. Pero esta vez es diferente, hay algo en Desi que la hace diferente. Su manera de hablar, sus gestos, su sonrisa perfecta, sus ojos, su pelo, el aroma de su aliento cuando me acaricia para decirme algo al oído, su manera de caminar bailando con el horizonte, hasta su manera de estar ausente. Pateo una vez la pared de piedra cuando siento que una mano se posa sobre mi hombro desde atrás.

—Ahora no, Lorenzo.

—Javi, ¿qué te pasa? —pregunta una voz que no es la de Lorenzo. Es Desi, que clava una vez más sus dos esmeraldas sobre mí.

—¿Qué me va a pasar? Otra vez que la cago.

—Hace un rato estabas bailando con Milena tan tranquilo.

—¿¡Qué mierda importa Milena ahora!? —exclamo al tiempo que rompo a llorar, sin poder contenerme más. No me importa si

me miran o no, ni qué pensarán o dejarán de pensar. Solo me importa la maravilla que tengo delante.

—Os lo estabais pasando bien y…

—No lo estábamos pasando bien Desi. ¡No! —protesto con la cara empapada en lágrimas y completamente inconsciente de lo que pueda parecer la situación para un observador cualquiera.

—Cálmate, Javi. ¿Pero qué es lo que quieres?

—¡Te quiero a ti, Desi! Eso es lo que quiero hoy y querré siempre.

—Javi, sabes que no puede ser. Tengo novio y no puedo.

—Ya lo sé, pero, pero, solo esperaba que esta vez fuese distinto.

—¿Distinto a qué? ¿Por qué no tratas de olvidarlo? Hay otras chicas, Erasmus simpáticas, como Milena…

—Me importan una mierda las otras chicas, me importan una mierda las Erasmus y me importa una mierda este mundo. Solo me importas tú, Desi. Estoy rematadamente enamorado de ti. Lo siento.

—Javi, no llores.

Desi me acaricia con sus manos. Me embarga una sensación a medio camino entre la muerte y la resurrección. Nuestras miradas se cruzan por un momento eterno, entre la vida y la muerte, entre este mundo y el otro. Acerca mi rostro al suyo y sus labios carnosos me trasladan del infierno al paraíso. Me pierdo en su boca en un instante eterno, el mundo desaparece a mi alrededor. Solo existe Desi.

Cuando separa sus labios de los míos abro los ojos para comprobar si el sueño es realidad, si la realidad hasta ahora solo fue un sueño. Sus ojos verdes siguen ahí y su tacto me envuelve en una tela de araña de placer.

Ahora soy yo el que acerco mis labios a los suyos. Agarro su cintura seguro de ser ella mi pasaje al cielo. La beso con desesperación. Esto es más de lo que he sentido nunca y de lo que creía poder sentir jamás.

—Van a preocuparse por nosotros. ¿Volvemos adentro?

Soy incapaz de responder, paralizado de placer. Un zombi de su aliento, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Javi?

—Sí, preciosa.

Y volvemos a aquel lúgubre antro, devenido ahora en paraíso.

JUEVES, 16 DE DICIEMBRE DE 2004

—Hoy gran fiesta en el piso, que sepan las chicas que Lorenzo se ocupa de todo.

—Me alegra oírlo.

—Milena vendrá también, ¿no?

—¿Pero no habías conocido a una chica española, Lorenzo?

—¿Es así como me agradeces lo que hice para ayudarte con Desi?

—¿Intentarlo con ella mientras me entretenías con Milena?, ¿eso es ayudar para ti?

—Escucha, *espagnolo* tonto, si Desi no te viese con Milena y se pusiese celosa tú aún no la habrías ni tocado. Capaz eras de ir llorando para que te diese un beso. Tú ni puta idea de mujeres. Así que de nada, ¡eh! Tú no me lo agradezcas.

Si supieses la verdad.

Para fortuna de Lorenzo, Milena sí viene. Y la otra amiga de Desi. Y los japoneses. Milena y Desi traen un extraño vodka con una hierba dentro. Me dice que la tradición es que el invitado se coma la hierba. Todos se ríen al ver cómo me la como masticando y todo. No es más que una broma, pero si Desi me lo hubiese pedido masticaría hasta la botella.

Cuando damos por terminada la fiesta en el piso, nos dirigimos al Húmedo. Antes de llegar Lorenzo ya ha recorrido con su lengua la boca de Milena. Desi y yo no estamos mucho allí. En cuanto podemos nos perdemos y nos vamos al piso de ella. Estamos bajo 0, pero podríamos estar en el polo que no hubiese notado nada.

El momento más feliz es verla tumbada en la cama, con un

pijama viejo, el pelo enmarañado, diciéndolo todo sin hablar, atrapándome en su mirada cuando cierra sus ojos, con su sonrisa infinita condescendiente con mis bromas de mal gusto, susurrándome una canción al oído, atrapándome entre sus brazos. Ver como se duerme sobre mi brazo, despertarla en medio de la noche y besarla una vez más. Las horas pasan en minutos, un segundo en sus labios es un ruego a la eternidad.

Entonces el sol se lleva la noche e imploro un minuto más junto a ella, oferto mi alma a la baja al diablo más vil y ruin por un solo segundo más respirando su aliento hipnotizado por el verde esperanza de sus ojos.

A las nueve de la mañana la dejo en su habitación ordenando apuntes, intentando recuperar el tiempo que le arrebaté. Al doblar la primera esquina, nada más salir de su portal, ya la echo de menos. Su piel es una droga peor que todo el opio del mundo.

No he dormido en toda la noche. Cuando llego a casa caigo rendido de sueño. Y en sueños sueño con ella. Estoy viviendo el momento más feliz de mi vida. Definitivamente, estoy perdido.

JUEVES, 10 DE FEBRERO DE 2005

Una vez escuché que se puede llegar a llorar de felicidad. Cursiladas estúpidas, pensaba antes de conocer a Desi. Tonterías para vender canciones de amor baratas o hacer literatura fácil. Ahora siento algo más. Se puede llegar a llorar de felicidad y dolor al mismo tiempo.

Son las cinco de la mañana y en unas horas perderé lo que más quiero. Como un reo en el corredor de la muerte, cuento los minutos que me quedan. Trato de memorizar su rostro, sus manos, sus cejas, sus párpados, su risa y su llanto, sus formas. Trato de retener en la memoria lo que ya no puedo hacer en mi vida. Y la beso una vez más. Y lloro. Ella también lo hace.

—Vas a ser muy feliz, me oyes —dice con su acento particular y su calma característica.

—Desi, no. No puedo vivir sin ti.

—Lo harás. Sabes que esto iba a pasar.

—Te necesito. Quiero estar contigo el resto de mi vida. La perpetuidad se me hace corta a tu lado.

—No te preocupes. Un chico tan guapo encontrará a una chica que le quiera y le cuide. Y entonces me olvidarás.

—No te olvidaré, Desi. Ni después de muerto.

—Yo tampoco a ti, tonto.

Lloramos.

—Si hubiésemos nacido en la misma ciudad. Si me hubieses conocido antes. Desi, dime que hay un mundo en el que hay un lugar para nosotros dos.

—Sí, claro que sí, cariño.

Lloramos y reímos.

—Dime que en otra vida, dime que después de muerto. Dime que te volveré a ver, por Dios.

Lloramos y nos besamos.

Paso las últimas horas con ella saboreando cada rincón de su

cuerpo. Tenso, mirando el reloj a cada minuto, tratando de robar un poco de su aliento y guardarlo para siempre. Tratando de hundirme en esos ojos verdes y marchar con ella a cualquier lugar a donde fuese. Palpo cada poro de su piel para reconstruirla en mi mente y jamás perderla.

Las últimas horas son una agonía de amor. Desi me abraza con fuerza, nos besamos hasta hacernos daño. Siento una mezcla de lágrimas en mis labios que se funden con el dulce sabor de su saliva. Clamo a los cielos piedad, que suspendan su vuelo, que su autobús no llegue o que esta vez el tiempo se pare, que Dios le conceda a este momento la inmortalidad para que no desaparezca nunca.

Pero el reloj da las nueve, tenemos que recoger sus cosas y marchar para la estación. Y después dan las diez. Se acaba la cuenta atrás. Un “te quiero”, un “no te olvidaré jamás”, un “volveremos a vernos”. Un último beso, un último instante de eternidad.

Pero la eternidad pasa también. Mi corazón me lo arranca un bus de línea un día cualquiera a una hora cualquiera.

Estoy tirado en la estación mirando al suelo. Cuando levanto la mirada un póster de una chica sonriente cogiendo un autobús se aparece ante mí. Su parecido con María Sánchez es demoledor. Es la primera vez que pienso en ella desde que la dejé llorando por la calle. Yo fui inmisericorde. Ahora la realidad también.

JUEVES, 17 DE MARZO DE 2005

—Clamidia. Jara tiene la clamidia. ¿No lo sabías?

—Pues no, Lorenzo. No tenía ni idea. Lo siento por ella. Por cierto, ¿qué coño es eso?

—Una enfermedad por, ya sabes, follar sin condón o con quién no debes.

—Ah, no sabía.

—Lo digo porque como estás despechado. Con ella no…

—Yo no estoy despechado. Echo de menos a Desi, eso es todo. ¿Por qué puñetera razón vosotros tenéis Erasmus todo el curso y ella el Séneca ese solo un cuatrimestre?

—Supongo que tendría poca beca, no sé.

—¿Y qué me importa a mí la clamidia esa?

—Lo digo por si intentas algo con ella para olvidar a Desi.

—Me importa un bledo Jara. No voy a olvidarme de Desi por Jara ni por nadie.

—Tranquilo, *ragazzo*. Solo quería avisarte. Yo a una chica con eso no la toco.

—Lorenzo, por Dios. Te lo montarías con ella, aunque fuese un cadáver.

—¿Cadáver? ¿Qué es eso?

—Olvídalo. Gracias por preocuparte por mi salud.

—¿A qué hora llegan tus amigos? —pregunta Lorenzo.

—Álvaro normalmente sale de trabajar a las ocho. Hoy pedirán que le dejen salir antes y recogerá a Suso. A la velocidad a la que lleva el coche se plantarán aquí en tres horas y varias multas más. Con un poco de suerte a las once estamos cenando. La pizzería barata del Húmedo, no tengo un duro para lujos innecesarios.

A las diez estamos cenando. Eso que estos dos pararon por el camino a tomar un café. A veces dudo si con el sueldo les da para algo más que pagar multas, vicio y tunear el coche, claro.

—Pudimos haber pedido unas pizzas y haber hecho botellón en casa. Nos ahorrábamos una pasta.

—Joder, Javi. Para una vez que vengo a León quiero conocerlo.

—Los bares, claro.

—Y lo que se tercie.

Lo que se tercia son unos cortos de cerveza en el Húmedo. Los dos visitantes no se hartan con unas pizzas. Tampoco sacian su sed con unos cortos de cerveza. A medianoche ya estamos a chupitos. Solía acabar borracho por no haberme comido un rosco, pero después de Desi lo hago por no pensar en ella, para desconectar unas horas de aquel bendito y, a la vez maldito, recuerdo imborrable.

Pasamos por el Molly. Lorenzo nos presenta a unas amigas suyas. Aquello solo puede significar dos cosas, o él ya intentó algo con ellas y no le hicieron caso o son unos cardos infumables. Una de las tres pertenece a esta última categoría, otra es una francesa llamada Fanny y la otra una polaca. Por desgracia ya estoy muy borracho para lucir un buen porte.

—*Bella ragazza* —le espeta Suso a Fanny.

—Suso, es francesa.

—Ah, bueno, hombre. Sin problema —contesta Suso, dándose la vuelta de nuevo hacia ella—. *Tu es très belle*.

Madre que lo parió, de dónde sacaría la frase.

—*Voulez-vous coucher avec moi ce soir?* —Suso sigue con su perorata en sorprendente francés. Incomprensiblemente consigue que baile con él.

—Anímate un poco. Pareces un muerto viviente —dice Lorenzo dándome una palmadita en la espalda.

—Otra copa.

—No, amigo. Tú no necesitas una gota más.

Trato de seguir su consejo y me pongo a bailar con la polaca. Álvaro aparece con más copas para todos. Puede que el alcohol esté consiguiendo que deje de pensar en ella. Sigo bailando con la polaca.

A las dos horas estoy en mi habitación con ella. Apenas recuerdo cómo llegué. La beso y no siento nada, la toco y no siento nada. Su aliento no me atrae. No es una chica fea y sus senos son generosos, trato de lograr improvisar una erección gracias a ellos. No lo consigo. Mucho menos consigo sentir nada. Ella se da cuenta. Le invito a un trago. No quiere. Mi corazón tampoco. Probemos una vez más.

—Eres preciosa —digo, exagerando su belleza.

—Gracias —contesta sonriendo.

La beso una vez más, pero no es ella, no es Desi. Noto que ella empieza a sentirse realmente incómoda. Definitivamente, es un desastre.

A los diez minutos estoy de nuevo en la calle, de vuelta al pub donde están estos. Solo me apetece una copa más. Solo quiero quitármela de la cabeza. Cuando llego me miran sorprendidos.

—¿Ya? —pregunta Suso —. El pistolero más rápido desde Billy "el Niño".

—Ni pistolero ni hostias. Voy a por un trago.

—Quieto fiera, ¿qué me estás contando? ¿No le diste a probar de tu amor? Pero si tenía unas tetas…

—Déjalo ya, no quiero más que una copa.

—Alto, una copa la vas a tomar. Pero no aquí. Vamos a por el coche.

—¿A dónde?

Nadie responde. Lorenzo ya se ha perdido detrás de alguna chica y Álvaro tampoco dice nada, se limita a coger las llaves del coche de su bolsillo y sigue a Suso. Detrás voy yo tambaleándome. Caminamos un par de calles hacia el coche. O quizás fuesen más, quién sabe. Suso está serio y no habla. Yo tampoco tengo energía como para mandarme con discursos.

—¿Vas a potar? —pregunta Álvaro sin remilgos —. Si vas a hacerlo hazlo fuera.

—No, voy mamado, pero no voy a vomitar. —Para los amantes del tuning el coche es un templo sagrado. Causarle un estropicio aquí sería peor que acostarse con su mujer. No son necesarias muchas advertencias.

Cojo un poco de aire y subo al coche en uno de los asientos traseros. Suso se sienta en el de copiloto. Álvaro arranca. Dentro la música electrónica está más alta que en cualquier discoteca. Damos un par de vueltas a las calles colindantes.

—¿Se puede saber a dónde carajo vamos?

—Tú calla —me reprende Suso.

—¿Cómo se sale de esta ciudad del carajo? —pregunta Álvaro.

—Primero habrá que preguntar a ver dónde está aquí el tema.

—¿Pero qué tema? —pregunto.

—¡Cállate, hostia! Y hablando de temas, tú disfruta de los *temazos* musicales que te voy a poner.

Por suerte estoy lo suficientemente borracho y el sonido se atenúa en mis oídos.

—Mira que pinta de felicidad lleva ese, pregúntale que sabe seguro —indica Álvaro a Suso.

Suso disminuye el volumen de la disco con ruedas en la que vamos y baja la ventanilla junto a un tipo que vuelve a casa, con calma, por la acera.

—¡Eh, hombre! ¿Sabes por aquí de un club?

—¿Pubs? Vas a tener que ir en dirección contraria y pregunta por el barrio Húmedo.

—Húmedo ya estoy. Un club de luces te digo, ya sabes.

—Ah, no sé. Puede que a las afueras…

—Que no sabes. ¡Pero si vas con la bragueta abierta, macho! —puntualiza Álvaro. El tipo se ríe. No parece tomárselo a mal.

—A ver, amigo. Llevamos aquí una emergencia —implora Suso.

—Pues hazte una paja —responde el tipo, también con recochineo.

—Que no es para mí, hombre. Es aquí para el colega, que lo acaba de dejar una canaria de esas potentes y no levanta cabeza. La de arriba. A ver si se le levanta la otra y se le pasa.

—Eso es jodido, sí. Tirad por la nacional dirección Benavente, o hacia Ponferrada también encontraréis alguno. Suerte con vuestro colega.

—Gracias, hombre. Que Dios te lo pague con muchos hijos —Suso y el tipo se despiden.

—¿Pero a dónde coño vamos?

—Calla, Javi.

—Mira que es tonto el Javi este. ¿A ti de dónde te sacaron?

Suso y Álvaro se ríen. A mí se me pega la risa tonta. Al fin salimos de la ciudad y

recorremos una carretera llena de baches hecha un asco. Después de un buen rato se divisan unas luces a un lado de la carretera, aquello parece *Encuentros en la tercera fase.*

—¡Bingo! —exclama Suso—. Ahora sí que vas a levantar el ánimo, amigo.

Álvaro aparca el coche bruscamente, como siempre. La estremecedora música para y solo se escucha el ruido de los grillos fuera y de fondo, lo que parece música latina del año de la polca. Me levanto como puedo. Al hacerlo soy consciente de que el viajecito en coche no me ha sentado nada bien. Suso me da una palmada en la espalda y grita con júbilo.

—¡Vamos, coño!

Entramos por la puerta principal de una enorme casa que parece estar en una Navidad perpetua, pero con música salsa en vez de villancicos. Dentro, pasamos por otra segunda puerta de cristal.

El club es un antro oscuro, lleno de humo de tabaco, mujeres negras y latinas y viejos que hablan con ellas. Alguno hay no tan viejo. Alguna están solas en la barra o realizando una mueca de baile más apartada de ella. Tres de ellas se nos acercan.

—Hola, guapos. ¿Venís con nosotras a la barra?

—Claro. Adonde tú quieras, preciosa —contesta Suso.

¿Preciosa?.

Nos dirigimos a la barra acompañados de dos chicas latinas y una negra. Las dos primeras más entradas en carnes y cuyas curvas parecen artificialmente exageradas y la segunda más delgada y estilizada. Por alguna extraña razón todas se dirigen a Suso con cierta familiaridad, cuando no las ha visto en su vida, y este se siente como pez en el agua.

—Tres ron cola —pide Álvaro al camarero.

—¿Habana? ¿Cacique?

—Cacique.

Una de las dos latinas se me acerca. Lleva un vestido de falda corta ceñido, ultra ceñido, o quizás no tan ceñido, pero dos tallas menos de lo que debiese.

—¿Qué pasó, papito? Pareces asustado.

—Es que es muy tímido —puntualiza Suso.

—Ay, tímido, qué mono. —La chica lleva su mano a mi paquete

—. Pues sí que está tímido. ¿No habrá tomado mucho?

—Tomó, tomó. Pero ahora necesita otra cosa.

—Yo sé lo que necesitas. ¿Por qué no subimos y te lo doy? —dice ahora dirigiéndose a mí.

—No, gracias. No puedo.

—¿Estás casado o tienes algo? No te preocupes, yo no se lo digo a nadie.

—Qué va a estar casado. Está tonto, claro que puede —puntualiza Suso.

—No, gracias. Yo me tomo la copa y no molesto.

—No digas tonterías, tú no molestas cariño. Venga, sube conmigo.

—No puedo, además no tengo dinero. Lo siento. —Al decírselo, la chica pone gesto de estar contrariada.

—Sin problema, Javi. Hoy pago yo, ¡hostia!

—Que no, Suso. Gracias, pero no.

—Hazle caso a tu amigo. Ya verás que bien te lo vas a pasar.

—¿Estás sordo o qué te pasa? Que pago yo.

—No, no.

—Déjalo, parece que no le gustan las mujeres —dice la chica dándome la espalda y volviéndose hacia Suso.

—Espera un momento, cariño —pide Suso a la chica, dirigiéndose ahora de nuevo hacia mí—. Javi, ven un momento al baño, vamos a mear.

Le sigo a los aseos.

—¿Pero tú qué tienes? Estás tonto perdido. Sube con esa jabata ahora mismo.

—Que no, tío. He bebido mucho.

—Pues que te la chupe.

—Que no, joder. Que no va a funcionar.

—¿Qué no va a funcionar? Tú llegas, te echas en la cama y ella se encarga. Vamos, Javi.

—Te lo agradezco, pero no puedo.

—Es todo por la puta canaria esa, no me diga más. ¡Qué le den por culo! —Suso me agarra la cabeza fuertemente con las manos mientras me mira a los ojos—. Yo sí te quiero, no como esa zorra. Y como te quiero voy a pagar a esa chica tan maravillosa para que te la chupe bien, te cabalgue un poco y salgas de aquí nuevo y sin rastro de la zorra isleña esa en tu cabeza.

Hace poco más de un mes tenía a la mujer de mis sueños

acariciando mis mejillas con su mágico tacto, al tiempo que me devoraba con sus preciosos ojos verdes y me impregnaba con su dulce aliento, en una maravillosa y bucólica tarde de invierno. Ahora tengo a mi colega Suso agarrando mi cabeza con sus toscas y callosas manos, con sus ojos inyectados en sangre e impregnándome con su aliento a chorizo criollo y ron cola, aderezado con tabaco Marlboro, en un hediondo aseo de puticlub que apesta a orín.

—Suso, ¡deja ya de llamarle zorra a la mujer de mi vida! Tú no tienes ni puta idea de lo que es el amor.

—Oh, perdona. Que la canaria no se sienta ofendida. ¡Qué malo soy yo que te quiero pagar la puta a ver si espabilas! ¡Vete a la mierda!

Suso sale del baño y aprovecho para mear tranquilamente, apartándome de este, mi propio infierno. Cuando regreso Suso está negociando.

—¿Ciento ciencuenta? ¿Estamos locos o qué?

—Es un trío cariño, y eso sale más caro. Pero te lo vamos a hacer pasar muy bien.

—Por eso, es un trío, eso es la mitad de trabajo para cada una. Debería pagar la mitad a cada una. Y yo os voy a tratar como lo diosas que sois, eh.

—No, papito, bajo ningún concepto. O lo tomas o lo dejas.

Suso se va con las dos por cien euros. Álvaro hace un rato que desapareció ya, igual que la prostituta de color. Estoy solo en un prostíbulo de mala muerte en algún punto de la carretera nacional a Benavente, o puede que la que va a Ponferrada. Es indiferente. Otra prostituta madura hace el amago de acercarse, pero pronto desiste, no hay negocio posible en el horizonte. No hay futuro posible en tal paisaje, ni para ella ni para mí. Siento que Desi me ha robado el alma y estoy tirado en cualquier infierno. Acabo mi copa y veo que Álvaro ha dejado entera prácticamente la suya, así que me hago cargo también.

Álvaro y Suso salen muy lozanos del prostíbulo, yo salgo vomitando. En el trayecto de vuelta ambos van contando sus respectivas faenas. Álvaro aparca el coche más cerca de casa. Por suerte es muy tarde y no hay ningún bar abierto ya. Siento en mí una mezcla de rabia, tristeza y desolación. Me he encharcado en todo el alcohol que he podido, por dudosa que fuese su procedencia, y su rostro sigue en mi cabeza, su voz me martillea el tímpano y el recuerdo de su aliento me ahoga en la desesperación.

Si pudiese besarla una vez más. O aunque solo fuese tocarla. O tan solo contemplarla una vez más. La rabia y la frustración se apoderan de mí.

—Álvaro, tú y yo vamos de puta madre. Bien comidos, bien bebidos y bien follados y aquí el desgraciado este a vueltas con la puta tipa esa en la cabeza.

—¡Deja de llamarla puta, imbécil! Ya te he dicho que no es una cualquiera, una más. Ella es la única. Ahora y siempre.

—Ah, sí, por supuesto. *Mademoiselle* es especial. Oh, perdón una vez más.

—Sí. Y maravillosa. No como esas putas pasadas que te gustan tanto a ti.

—Esas putas pasadas que tú dices te han tratado de puta madre. Y si no fueses tan subnormal un buen polvazo te hubiesen echado.

—No quiero ni que me toquen. Paso.

—Ah, no. El señorito quiere a su fina chica de las islas. ¿Sabes dónde está ahora tu amorcito, imbécil?

—No vuelvas a hablarme de ella, te digo.

—Tu amorcito está chupándole la polla a su novio mientras tú estás aquí lloriqueando como una nena.

—¡Me cago en tu puta…!

Empujo a Suso. Él me empuja a mí.

—¡Parad ya! —exige Álvaro.

Pero ya es demasiado tarde. Un puñetazo por aquí, una patada por allá, otra hostia a mano abierta… A las ocho de la mañana nos tomamos los churros en una cafetería cercana.

—Ves que lo que necesitabas era echar un polvo o un buen par de hostias —dice Suso con medio churro en la boca.

—Más razón que un santo.

Pero las cosas no son tan fáciles. Esta noche sueño con ella.

JUEVES, 28 DE ABRIL DE 2005

Un jueves más. Una espicha más, ya no sé de qué facultad ni me importa lo más mínimo. La fiesta consiste en una carpa enorme en la explanada junto a la universidad, música y mucha sidra. Dos vasos más para Lorenzo y para mí.

—Dos a tus diez, gallego. La de la minifalda y la heavy que no se tiene en pie.

—¿A mis diez? Ah, vale. Ya las veo —contesto a Lorenzo, una vez caigo en que está usando una analogía horaria como GPS, la consabida técnica de triangular la situación de una chica en el espacio según lo estaría desde la posición de un interlocutor si fuese este un reloj analógico. A mis diez sería delante de mí, un poco a la izquierda.

—Vale, te doy cobertura, pero paso de más.

—Sigues con lo mismo. Vale, mientras me entretengas a la heavy un poco.

—Hecho.

Lorenzo se acerca a la de minifalda a decirle algo en español, pero sin disimular su acento italiano, o directamente en italiano. A las chicas le gusta el acento italiano y ellos, naturalmente, lo saben. Espero a que me presente como amigo. Efectivamente, el italiano se pone a parlotear con la de falda explicándole cómo se dicen cosas en italiano. Me toca entretener a la otra.

—Así que te gusta el heavy, ¿eh?

—¿Lo dices por la ropa? ¿Qué pasa, no puedo vestir como me dé la gana?

Ya empezamos, mejor defensa que Songoku. Otra del grupo de las ultraofendidas. No importa, solo tengo que ganar unos minutos al italiano vicioso este.

—A mí me gusta Iron Maiden —improviso.

—Muy comercial, tío.

—¿Whitesnake?

—Joder, tío. Todo lo comercial de fuera, como si en España no hubiese grupos de heavy y de metal de los buenos.

—Escucho mucho a Los Suaves. ¿Los conoces?

—Cómo no voy a conocer a Los Suaves. ¿Pero escuchas algo de este siglo, tío? Estás pasadísimo.

—¿Within Temptation?

—Todo basura comercial. No tienes ni puta idea.

—Venga, vale. Voy un momento a por sidra.

—Eso, piérdete, tío.

Resabida y sobrada. Salgo de allí con más ganas de darle una hostia que beso alguno, algo que hasta la más feminista comprendería. Me tomo mi tiempo para pedir dos sidras más. Cuando vuelvo hacia ellos, la heavy está diciéndole algo a la otra. Lorenzo me mira sin decirme nada y diciéndolo todo. O entretengo a la heavy imbécil o Lorenzo se queda sin opciones con la otra. Me trago mi orgullo y antepongo las bajas pasiones de mi amigo a mi propio pundonor. Es lo correcto para el código de honor masculino latino.

—¿Una *sidrina*? —ofrezco la sidra que era para Lorenzo a la "simpática" moza con la mejor de mis falsas sonrisas.

—¿Me has preguntado antes acaso?

—No, te lo pregunto ahora. ¿Quieres la sidra o no?

—Pues no tío, paso de tus imposiciones.

—¿Mis imposiciones?

Mis ganas de mandarla a la mierda son infinitas, pero el italiano me mira con una mueca a medio camino entre la súplica y la exigencia. Como amigo es mi deber darle cobertura.

—Bueno, ¿bailamos un poco? —le propongo.

—¿Qué dices, petardo?

Me bebo una sidra prácticamente de golpe.

—¿Estudiáis aquí en León?

—No, en Siberia. No te jode.

Me bebo la otra sidra.

—¿Quieres una sidra ahora?

—Bueno, parece que me está entrando sed. Tráeme una, haz algo útil.

Miro a Lorenzo con odio. Él sabe por qué, pero me devuelve la misma cara ambigua de súplica y exigencia de antes, mientras sigue dando coba a la de minifalda. Me trago el orgullo una vez más y voy a por más sidra. Me tomo todo el tiempo del mundo, dejando que se me cuele medio campus. Regreso con las sidras, ha pasado un buen rato. Para entonces, el italiano ya está dando la murga a las dos.

—Toma, tu sidra —digo a la supersusceptible chica heavy.

—A buenas horas. Ya no la quiero.

—Vale. —Me la bebo de golpe.

Los tres siguen hablando mientras yo permanezco ajeno al coloquio, sidra en mano. Me suena el móvil.

—¿Diga?

—Javi. ¿Cómo se llama la película que íbamos a ver? —pregunta Lurdes, una compañera de clase, al otro lado del teléfono.

—No sé, la que te apetezca.

—La de Di Caprio mismo. ¿Qué te parece?

—Vale, por mí perfecto.

—Vaya jaleo se oye ahí. ¿Dónde estás?

—Es que pasé un momento por la espicha.

—¿No te habrás olvidado?

—No, qué va. Es que el italiano se dejó las llaves y vine a traérselas.

—Ah, vale. En media hora nos vemos en San Mamés.

—Sí, claro. Hasta ahora.

—Hasta ahora, guapo.

Cuelgo el teléfono. Se me ha olvidado completamente la cita con Lurdes.

—Lorenzo.

—Sí, ya, las llaves de casa. Claro —responde el italiano entre risas—. Mentiroso.

—Se me olvidó que había quedado con Lurdes.

—Esto está hecho, amigo. Marcha sin problemas. *Grazie mille, amico*.

—San Mamés está ahí al lado. Nos tomamos otra y voy. Hay tiempo.

Llego a San Mamés cincuenta minutos después y algo

perjudicado por la sidra.

—Llegas veinte minutos tarde, pero si has venido así, haciendo eslálones, normal —dice Lurdes entre risas.

Menos mal que no se lo ha tomado a mal.

—Perdona, es que no encontraba a Lorenzo.

—Ya. Vamos, anda, que la peli empieza en media hora y tenemos que llegar a los cines.

Nos dirigimos a paso firme a los cines. Realmente a paso firme va ella, a mí me cuesta no tropezar con cualquier obstáculo que se aparezca. Trato de parlotear sobre chorradas para que Lurdes no note cómo voy.

—Estás muy gracioso hoy. ¿Cuántas sidras te has tomado?

—Nada, un par de ellas. Nada importante.

—Sí, claro.

—¿Qué peli te apetece ver?

—¿No dijimos la de Di Caprio?

—¿La de los aviones, no?

—Sí, esa mismo. ¿A ti no te gustaba Scorsese, Javi?

—Sí, seguro que está bien.

Llegamos al cine.

—Mierda, me dejé la cartera en casa —invento otra mentira. Me he fundido toda la pasta a sidras y bollitos *preñaos* en la espicha.

—Llaves, cartera. ¿Dónde tenéis metida la cabeza en esa casa? Venga, pago yo, no pasa nada.

—Te doy el lunes la pasta. Gracias, Lurdes.

—No te preocupes. Vamos, que está a punto de empezar.

Podría verse esto como una falta de galantería y caballerosidad clamorosa por mi parte. Yo, como arduo defensor del feminismo, veo como un claro avance que la chica se ocupe de estas cosas. Por supuesto, también soy el primero en sentarme en la butaca que me da la gana a mí, no vaya a ser que escape por patas el asiento. De palomitas ni hablamos.

La película comienza. Di Caprio dice algo, por algún extraño motivo me parece gracioso. Me descojono. Lurdes mira para mí. Mantengo la compostura. Al pasar un rato Di Caprio engatusa a una chica en la peli y me desternillo todo.

—¿De qué te ríes?

—Nada, Di Caprio. Que es un cachondo. Me parece gracioso.

—Pero si están discutiendo.

—Pero es que es gracioso. —No puedo parar de reírme.

—Tú has estado fumando algo.

—No, no que recuerde.

—Venga, no mientas —contesta Lurdes. Por suerte a ella también le entra la risa floja.

Es un buen momento para entrarle y probar suerte. Pero recuerdo a Desi. Sus labios, su pelo, su embriagador olor. Quizás sea el momento de seguir hacia delante, Lurdes es una chica maja, guapa y quién sabe. Aprovechando mi etílica valentía decido probar suerte.

La miro, ella me mira y se ríe. Es el momento. Acerco un poco la cabeza y… El bollito *preñao*. Me cago en el bollito *preñao*. Efluvios remanentes del chorizo salen de mi estómago, los noto esófago arriba. Pongo el dorso de mi mano delante de mi boca como puedo y hago que le voy a decir algo al oído.

—¿Y? —pregunta Lurdes, al ver que no acierto a decirle nada.

—Estás muy guapa hoy.

—Ah. Tú sí que estás simpático. ¿Qué tratas de decirme?

—Nada, eso. Que estás guapa. Te queda bien ese peinado.

—Pero si es el de siempre —dice Lurdes haciendo una pausa—. Joder, no te huele como a chorizo aquí.

—Puede ser. Quizás.

La tensión del momento hace calmar mi risa tonta, por suerte. Entonces Di Caprio empieza con su letanía “el camino hacia el futuro”, repitiendo una y otra vez la dichosa frase. Inevitablemente me descojono otra vez. A Lurdes esta vez no le hace tanta gracia.

Cuando acaba la película nos despedimos. Me gustaría invitarle a una copa o algo, pero, ¿con qué?

Vuelvo a casa, donde me encuentro a Lorenzo. Está de charla con Fanny, la chica francesa que intentó conquistar Suso con su característica galantería.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué fue de las chicas de la espicha?

—La guapa tenía que irse y la estúpida se fue con ella.

—Y a ti, Javier. ¿Cómo te ha ido con la chica?

—Pues llegué tarde, borracho y sin un duro.

—*Bravo, bravissimo*.

Fanny suelta una sonora carcajada.

—Después de esto, si sigue hablándome me doy con un canto en los dientes.

—¿Y quién pagó? ¿Ella? Tú eres el puto amo.

—Calla, calla. Qué desastre.

—*Non ti preoccupare*. Vámonos de fiesta.

—Lorenzo, son las doce de la noche, estoy cansado y no tengo un duro. ¿Con qué nos vamos de fiesta?

—Hoy cobré la beca Erasmus. No problema, paga Europa.

—Lorenzo, ¿cómo se dice en italiano? ¡*Ti amo*!

Salimos a la calle en dirección al Húmedo. Lorenzo se encuentra en el Molly a la chica heavy "grano en el culo, estúpida e intratable", como el mismo la definió. Por supuesto, se lía con ella. Fanny y yo quedamos de marcha toda la noche. Más allá de la cinco de la mañana tomamos el camino de vuelta a casa.

Dejo a Fanny en su portal. ¿Y si…? Mejor no, ya hice bastante el ridículo hoy. Llego a casa, me quito la ropa y me echo a dormir. Los demonios del pasado se ceban conmigo en esta maldita cama. Doy vueltas. Pienso en Desi. La cabeza me da más vueltas. Sigo pensando en ella. Debería darme un ducha después de un día tan largo, eso me despejará y lo mismo su recuerdo me deja un poco en paz. Salgo de la habitación y escucho unas voces en la habitación de Jara. Las paredes de este piso parecen de papel.

—¿Por qué me pasa esto a mí? Yo me he portado bien con la gente —se lamenta Jara.

—Hay mucho cabrón suelto —le contesta la que parece ser la voz del compatriota italiano de Lorenzo, con el que ha estado liada a principios de curso.

—Ir diciendo por ahí que tengo la clamidia. ¿Quién sería el hijo de puta?

—Un *porco*. Pero tú tienes que ser fuerte y no hacer caso a esas tonterías.

—Seguro que fue mi ex para vengarse.

—No me digas eso, le voy a partir la cara.

Un momento, si está hablando de su ex italiano, la otra voz no puede ser de él.

—Pero es muy duro, Lorenzo.

—Yo te comprendo. Ven conmigo, abrázame.

—Gracias, Lorenzo. Tú me entiendes.

Madre que lo parió, si lo dejé hace unas horas morreándose con la heavy estúpida.

Desisto de ducharme y vuelvo a la habitación para no hacer ruido.

Me meto entre las sábanas y concibo como puedo el sueño, entre imágenes de Desi taladrando mi mente y la sensación de mareo después de haber tomado lo que tomé.

Pum, pum, pum. Unos golpes retumban en la pared.

Definitivamente, madre que lo parió.

Plas, plas, plas.

Imposible dormirse ahora con el espectáculo en la habitación de al lado. Contemplo una foto de Desi, la única que tengo. «El camino hacia el futuro, el camino hacia el futuro, el camino hacia el futuro». La contemplo con pasión una vez más, la rompo y la tiro a la basura. Me pongo a llorar. «El camino hacia el futuro». Cuando ya no me quedan fuerzas, ni ira, ni dolor para una lágrima más me seco los ojos y voy a la cocina a por un vaso de agua. Alguien sale de una habitación. El espectáculo ya ha terminado.

—Buenos días.

—Buongiorno.

—Pareces de buen humor.

—La vita è bella, *amico* Javier.

—Y tanto. —Bajo la voz—. Por cierto, Lorenzo, a mí lo de la clamidia no me lo contó el ex de Jara.

—Javier, ti amo.

—Y yo a ti, cabrón.

Simplemente, el puto amo.

JUEVES, 7 DE JULIO DE 2005

Jurásico Óscar me espera sentado sobre la acera de una improvisada estación de autobuses. Son las 7 de la tarde y hace calor, pero nada en comparación con el ambiente cargado de ese autobús repleto de gente. Acabo de llegar a Ortigueira, deseoso de disfrutar del festival internacional de música celta junto con los colegas de la universidad de Santiago.

—Hostia, Óscar. Te veo más gordo.

—Y tú más feo.

—Gracias, cuánto tiempo.

—Hace casi un año que no te veo. ¿Cómo te ha ido por León?

—Bien, me pasé el año en un piso de Erasmus.

—Vamos, estudiaste tanto como en Santiago entonces. Ya verás cuando te toque trabajar.

—No seas agorero. NO hables de eso. ¿A ti cómo te ha ido?

—Pues saqué las oposiciones del ayuntamiento, gano tres mil euros y me zumbo a la jefa.

—¿No jodas? Vaya crack.

—Javi, tú tan verde como siempre. Esas oposiciones están dadas, qué iba a sacarlas.

—¿Qué has hecho entonces? ¿Encontraste algo de lo nuestro?

—Pues curré en un bar de camarero y en una pizzería.

—¿Y de lo nuestro?

—No debería decirlo, porque me puedo pillar las manos.

—Pues te iba a decir que quiero opositar para la policía, pero por ahora no lo soy, así que confiesa lo que quieras.

—¿Tú? ¿De policía? —pregunta Óscar incrédulo—. Si no tienes media hostia.

—Te lo explico fácilmente. Mil y pico euros o más, trabajo fijo y cinco mil plazas este año. Un compañero de clase me animó a que las preparase, me dijo que con esas plazas aprueban mancos y cojos. Lo malo es que tengo que preparar las pruebas físicas y acabar la

carrera de cualquier manera dedicándole lo justo.

—Pues hazlo. Porque currando de lo nuestro, como dices, olvídate de los mil y pico. A no ser que saques unas oposiciones, pero no son cinco mil plazas, no. Por cierto, sabes que las del ayuntamiento de Orense las sacó Inma.

—¿La cachondísima de Economía Social? Pero si sacaba peores notas que tú y que yo.

—Pues sí, y a la primera.

—Debió de estudiar de narices.

—Lo que debieron es de estudiarla bien a ella. Y no la nariz, precisamente. Sí, claro que sigues tan verde como siempre, sí.

—Bueno, ¿qué me ibas a contar antes, sobre eso que no querías pillarte las manos?

—Pues, aparte de los otros curros me salió uno de lo nuestro. No pagan mucho, pero está cojonudo.

—¿A sí, y qué haces?

—Voy un día, firmo cincuenta papeles y me pagan cuatrocientos euros. Yo saco la pasta y ellos tienen la firma de un profesional dando el visto bueno.

—¿Y qué firmas?

—Pues eso, firmo y cojo mi dinero. Si firmo me dan la pasta, si no, no. Fácil. Otra cosa no salió.

—Bueno, cuatrocientos *napos* por firmar tampoco es mal negocio.

—Sí, pero se me acaba pronto. Bueno, vamos a dejarnos de historias. Tenemos que coger otro bus que nos lleve a la zona de acampada y creo que es ese que está llegando.

Cogemos un autobús urbano abarrotado hasta las trancas. Tenemos que ir de pie y oliendo el sobaco de todos y todas los que tenemos alrededor. Al llegar al campin comprobamos que también está abarrotado. Óscar llama a los demás para saber en qué zona se encuentran. Cuando Jaime llega a buscarnos ya nos han ofrecido hachís y maría unas ocho veces, todas al mismo precio, un mercado de competencia perfecta. Rechazadas las ofertas nos dirigimos con Jaime a una zona del lugar de acampada cercana a la playa, allí nos esperan Sara y las amigas. Ellas parecen haber aceptado alguna oferta. Montamos la tienda con el sonido de música heavy, reggae y algo de hip hop de fondo, todo menos música celta, por supuesto. Al acabar bebemos algo del calimocho que nos ofrece Sara para

reponer fuerza. Cenamos algo del embutido que trajimos, no podemos permitirnos ser exquisitos con la comida. A juzgar por la fila de gente para hacer uso de los urinarios portátiles, tampoco podremos permitirnos ser exquisitos con el aseo. Sobre las doce salimos de la zona de acampada y cogemos otro bus urbano, también abarrotado, que nos lleve al pueblo para ver los conciertos. Al llegar a la plaza por fin escuchamos música celta.

—Para ser sincero, no suelo escuchar mucha música celta.

Óscar ni contesta, se limita a señalar con el dedo a unas chicas que están junto a un banco, cerca de nosotros. Después señala la cerveza que acaba de pedir en la barra exterior de un bar en la plaza. Después de un largo trago contemplando la fisonomía de las chicas por fin abre la boca.

—Pues yo sí que escucho más música celta que tú. Ninguna, para ser exactos. Bueno sí, algo de los *Celtas Cortos*.

—Sois unos ignorantes —sentencia Sara—. A mí sí que me gusta la música celta, tengo varios discos.

—¿Ah, de quién?

—Pues de unos cuantos, Óscar.

—¿Y cuál es tu preferido?

—Muchos, ¿por qué?

—Nada, me la sopla.

Óscar lo intenta con las chicas del banco. Después yo lo intento con las del bar cuando vamos a pedir más cerveza. Volvemos a la plaza, hemos perdido a Sara y a Jaime. Lo intentamos con otras chicas que están ahora donde antes estaban ellos. Vamos a por un bocata, Óscar lo intenta ahora. Una cerveza y lo intento yo.

A las cuatro de la mañana nadie puede dudar que no lo hayamos intentado. Muchas veces. A las cinco Óscar encontró una boca que explorar junto a un portal, yo desisto y me tomo la última temiendo que tendré que volver solo al campin. A las seis vuelvo al campin con Óscar, mientras escucho sus quejidos por no haber podido profundizar más en su experiencia. A las siete apenas logro conciliar el sueño. A las ocho me despierta un campista con los bongos.

—No les dará por otra actividad a esta hora.

—Vaya resaca —se queja Óscar—. La música celta está bien, pero…

—Pero no nos hemos comido una, ¿no?

—No, pero hoy toca.

No tocará. Lo que sí tocarán son los bongos, todos los días, a las ocho de la mañana, mientras la espalda me cruje sobre el suelo. Quizás un festival de música celta es para el que le guste la música celta. Quizás mi espalda se ha hecho muy burguesa para acampar. Quizás echo de menos una ducha decente. Quizás es hora de reconocer que lo único que me importa de estos eventos y campamentos varios es reconocer a alguna.

No volveré a coger un bus en todo el verano, pienso tres días después, en un repleto autobús de vuelta, sentado entre un hippie que huele a falta de agua de varios días y otro simpático campista, que aún no se ha cansado de tocar los bongos.

JUEVES, 21 DE JULIO DE 2005

Fanny: ¿Cómo que no venís? Lorenzo, tú dijiste que podías venir.

Lorenzo: Lo siento. Mi abuela, que se ha puesto enferma.

Fanny: Oh, qué pena. Espero que se mejore.

Fanny: ¿Y tú, Javi? Con las ganas que tenía de veros.

Javi: ¿Sabes lo que cuesta un vuelo a París comprado con tan poca antelación?

Javi: Además, Paris es carísimo.

Fanny: No te preocupes por eso. Vienes a mi casa, que mis padres están de vacaciones fuera.

Javi: Gracias, Fanny, pero un vuelo a última hora me sale carísimo.

Mientras me disculpo con Fanny en la conversación a tres que tenemos por el *Messenger,* me sale una alerta de nuevo mensaje privado de Lorenzo. Minimizo la conversación grupal que tenemos para ver qué me dice Lorenzo por privado.

Lorenzo: Pero qué haces. ¿Estás loco? ¿Por qué no vas?

Javi: No puedo permitirme pagar los trescientos euros del vuelo. ¿Qué parte no has entendido?

Lorenzo: "Mis padres están fuera, vienes a mi casa". ¿Qué parte no has entendido tú?

Javi: No puedo permitirme pagar el vuelo, Lorenzo. Siento lo de tu abuela.

Lorenzo: ¿Qué abuela? Este fin de semana quedé con una chica y, cómo decirlo, yo creo que tú tienes más opciones con Fanny. Si no iría, y lo sabes.

Javi: No hace falta que me lo jures. De todos modos, yo no quiero nada con Fanny, es mi amiga. Estoy aburrido en León, hace un calor horrible para entrenar para las pruebas físicas de la poli y tampoco me apetece estudiar el fin de semana. Solo quería desconectar y pasarlo bien con algún colega. Una pena lo del vuelo.

Lorenzo: ¿Es tu amiga y no quieres nada con ella? Te has vuelto gay o vuelves a estar gilipollas por la chica de las Islas Baleares.

Javi: Canaria, Lorenzo. Desi es de las Islas Canarias.

Lorenzo: ¿Qué más da eso ahora? Por

cierto, ¿por qué tienes que ir volando? Paris no es una isla.

Aparto mis manos del teclado un momento y me quedo pensativo. En bus quizás, pero serían una burrada de horas. Tecleo en el ordenador la página de los autobuses *Alsa*. Efectivamente, hay un bus que pasa por León con dirección a Paris a las nueve de la noche. En total, dieciocho horas de trayecto con dos paradas técnicas, pero a un precio mucho más asequible. En la conversación grupal del *Messenger* hay un montón de mensajes de Fanny.

Fanny: Venga Javi. Anímate.

Fanny: Estoy sola todo el fin de semana. ¡Qué aburrido!

Fanny: Si vienes yo misma te haré cocina típica francesa.

Fanny: Javi, sigues ahí. Contesta.

Fanny: Qué pena. Con las ganas que tenía de verte.

Emoticonos de caritas, emoticonos de alegría, emoticonos…

En el chat privado con Lorenzo tengo varios mensajes entrantes también. No necesito leerlos para saber lo que me está diciendo. Sigo en el chat grupal:

Javi: Si saliese hoy a la noche en bus,

podrías recogerme mañana en la estación principal.

Fanny: Claro. ¿Vas a venir? Qué alegría.

Javi: Llego sobre las tres del mediodía.

Fanny: Qué bien. Allí estaré. Besos.

Me despido por el *Messenger* y lo cierro, no sin antes comprobar si tengo algún mensaje de Desi. No lo tengo. Tampoco tengo tiempo, en pocas horas sale ese autobús hacia París. Compro un poco de jamón, cecina y chorizo ibérico, meto cuatro mudas, tres camisetas y un pantalón en una mochila y me ducho. Ceno algo rápido. Listo para dieciocho horas de autobús.

Por suerte, los autobuses de largo recorrido son más cómodos, y además va medio vacío. Delante de mí se sienta un peregrino que regresa de hacer el camino de Santiago. El resto de pasajeros son emigrantes, gente que tampoco ha podido permitirse un vuelo. La primera parada es a medianoche en una estación de servicio de la autopista, para cuando llegamos a la segunda compruebo que me he quedado dormido toda la noche. Ya solo quedarán unas cinco horas de trayecto.

A las tres y media de la tarde llegamos a una estación de autobuses enorme. De pronto, temo perderme y no saber qué hacer. Por suerte, veo a Fanny a través de la ventanilla. Ha venido a buscarme al mismo autobús. Me presenta a una amiga que la acompaña, también francesa, y cogemos un metro. Sé que

nos dirigimos a su casa, un piso cerca del famoso *Moulin Rouge*, el de la película, según ella una zona apestosa. Para mí, todo es grande en esta ciudad. Al llegar dejo la mochila en su habitación y, con su permiso, me doy una ducha más que necesaria. Cuando termino de asearme, Fanny accede a llevarme a ver la famosa torre Eiffel.

—¡Qué raro! Pensé que era plateada.

—¿Cómo vamos a tener una torre de plata?

—No sé, en las pelis parece plateada. Además, los franceses estáis forrados.

Fanny apoya sus brazos en mi pecho y se ríe como si lo que acabase de decir fuese un chiste.

—Sí, tenemos una torre de plata y estamos hechos de oro, ¿no me ves? —Fanny no es del todo guapa, tiene unas facciones poco simétricas y no encandila con su rostro, pero es atractiva y muy simpática. Su sonrisa no es perfecta, pero sí es un adorno perfecto a sus mejor cuidadas proporciones.

—Una dama de oro como tú merece un trato acorde con su posición. Si quieres te invito a este restaurante —le digo señalándole un restaurante al azar—. A un café claro, a más creo que no va a poder ser. Y puede que ni eso.

—No seas tonto, cenaremos en casa y después nos vamos de fiesta.

Después de ver la torre y hacernos un par de fotos damos un paseo hasta los Campos Elíseos. Dar un paseo es lo único que puedo permitirme aquí. Cogemos el metro y vamos a cenar a casa de Fanny. Les ofrezco el jamón y la cecina que traje, regalo que Fanny agradece con mucho cariño. La amiga no habla mucho, de cualquier forma lo hace en francés así que no me entero de nada y Fanny tiene que estar traduciendo todo el rato. Junto con el embutido ibérico traje también una botella de ron, que consumimos vehementemente, consciente de los precios que las bebidas espirituosas podrían llegar a tener en la capital del Sena. A las doce, a medianoche, estamos camino de algún pub que desconozco.

Música inglesa, copas, luces… Los bares del mundo no son tan distintos unos de otros, claro que después de una botella de ron a ninguno de los tres nos preocupa en qué pub estamos. Fanny no se separa de mí, menos aún las pocas veces que me pongo a bailar con su amiga. De repente, a las tres de la mañana todo parece cerrar. Buscamos un último pub para echar un rato más, pero lo único que encontramos abierto es un barco a orillas del Sena que han adaptado para ser un bar flotante. No estamos mucho tiempo allí, la amiga de Fanny está cansada y decidimos retirarnos.

—¿Hay un faro en medio de París?

—Es la torre, tonto.

—La iluminái a modo de faro. ¡Qué bien! Así no nos perdemos, ¿tu casa está para el otro lado, no?

Fanny se ríe. A estas horas no hay metro, así que entre el transporte a patas y el taxi cogemos el adecuado para mi bolsillo. Andar es sano.

Llegamos a casa de Fanny un buen rato después, no sabría decir cuánto. La amiga se despide y yo subo detrás de Fanny por las escaleras. Al entrar a su piso voy a recoger la mochila con mis cosas a su habitación.

—Oh. Creo que he olvidado prepararte un sitio para dormir —dice Fanny.

—No te preocupes, me voy al salón y me tiro en el sofá. Gracias.

—No es necesario. Puedes tumbarte conmigo si quieres —propone Fanny mordiéndose suavemente los labios inferiores con los incisivos.

Me quedo perplejo. Aunque pareciese mentira en mi viaje a París solo esperaba pasar un buen rato con mi amiga Erasmus y ver la ciudad. Lo he pasado bien con ella y su amiga esta noche, pero no imaginaba que ella fuese a querer algo conmigo, aunque resulte muy evidente ahora, siempre he pensado que ella en realidad querría algo con Lorenzo y de ahí tanta insistencia para que fuésemos a visitarla.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de mí?

Sin más titubeos, acerco mis labios a los suyos y la beso tímidamente. Dios, como lo haya interpretado mal sí que la preparo buena.

La mano derecha de Fanny se posa en mi trasero al tiempo que me besa con más fuerza de lo esperado. Su lengua recorre toda mi boca hasta el paladar, la mía le corresponde. Es un beso

prolongado, cuando parece que va a acabar, Fanny muerde mis labios con suavidad, como lo ha hecho antes con los suyos. Cuando al fin se acaba, Fanny me regala una mirada lasciva al tiempo que agarra mi camiseta y la sube. Yo la toco por debajo de la falda. Sin apenas tiempo, mis pantalones y su top salen volando. Esa chica francesa graciosa, amiga de Lorenzo, en la que apenas he reparado en todo el curso, me devora por sorpresa, lo que la hace mucho más excitante.

De repente, Fanny empuja mi pecho y me arroja sobre su cama. Antes de que pueda reaccionar, ella se abalanza sobre mí, me besa una vez más, se arrodilla y posa su trasero sobre mi pelvis. Tumbado en la cama, con ella encima, palpo sus generosos senos para después rozarlos con la lengua y besarlos con suavidad. Fanny gime de placer y agarra mi miembro erecto, mientras con la otra mano hace sus braguitas a un lado dejando al descubierto la oquedad entre sus piernas.

—Un momento. ¿Trajiste condones, verdad?

—No, lo siento. No esperaba…

—¿No esperabas qué?

—No esperaba que fueses a ser tan buena conmigo.

—Oh. Pues yo tampoco tengo en casa. En Francia los chicos llevan condones encima en estas situaciones.

—¿Y ahora?

—Lo siento, Javi. Créeme que lo siento, pero no lo voy a hacer sin eso.

—Mierda. ¿Y no habrá un 24 horas?

—No sé. A esta hora solo están abiertas las farmacias de guardia.

—Bueno, entonces.

—¿Entonces qué?

—Entonces buscaré una.

—Javi, esta zona de noche no es segura. ¿Por qué te crees que caminábamos tan deprisa?

—Me da igual. Ahora vuelvo.

Fanny se ríe y me besa.

—Estás loco, Javi.

Me visto deprisa, salgo del piso y me apresuro escaleras abajo. Una vez en la calle miro alrededor. Mierda, he bebido lo

suficiente para caminar durante horas sin acordarme de los últimos pasos que me trajeron a esta calle. En un mundo en el que los móviles inteligentes de pantalla táctil, con conexión a internet y acceso a *Google Maps* son todavía ciencia ficción, en una metrópolis desconocida y a las tantas de la madrugada no tengo muchas opciones de encontrar lo que busco. A ver, una farmacia de guardia. Lo más probable es encontrarla en una avenida grande. He de decantarme hacia una dirección u otra, a un lado la calle parece estar cruzada por varias transversales pequeñas y al otro, la calle es cruzada por una transversal mayor que bien podría ser una avenida, pero más alejada. Sin pensarlo dos veces, echo a andar en esta última dirección.

Me cruzo un par de negros que me miran extrañados, prosigo. Un vagabundo bebe en una esquina, dice algo que no entiendo y paso de largo. De repente, un tipo se me cruza por delante.

—¿Hachís?¿Marihuana? —pregunta, haciendo el amago de enseñarme algo que lleva en la mano, pero sin enseñarlo realmente.

—No, gracias. *I am sorry*.

Apresuro todavía más la marcha. Llego por fin a la avenida principal, lo que me da cierta sensación de seguridad. Por desgracia, no veo nada abierto cerca. Seré gilipollas, dieciocho horas de bus y no se me ocurre que quizás... Por suerte, diviso una luz al final de la

avenida, cerca de la esquina con otra calle. Camino a toda velocidad, como si de una competición de marcha se tratase. A medio camino, en el otro lado de la avenida unos tipos se pelean. Más adelante me cruzo con un tipo metiéndose algo. Mira al suelo, mira al suelo. Desgraciadamente, las luces son las del maldito *Moulin Rouge*. Camino un poco más, con cierta desesperación ya. Afortunadamente, al final de la calle que cruza al pasar el famoso molino rojo sí hay un local iluminado y es una farmacia. Justo en este momento una pareja de gais está entrando en ella, aprovecho para pasar yo también. Uno de los chicos es un negro de porte atlética y el otro un tipo pálido bajito y rechoncho. Cuando acaba de atenderles la farmacéutica me pregunta:

—*Que voulez—vous*?

Mierda. El francés. Tenía que haber preguntado a Fanny cómo se decía.

—*Monsieur, que voulez—vous*?

—Ehhh. *Preservative, condom* —trato de comunicarme en inglés.

—*De quel type?*

Por suerte esto es más comprensivo para un español. Además, la pareja de gais que acababan de ser atendidos tratan de ayudarme. Veo que el paliducho lleva una caja de preservativos en la mano. Vinieron a lo mismo. Señalo la caja.

—*The same. I want the same*.

La dependienta sonríe. Lo ha entendido.

—*Wait. Like his. I want one like his, the same size* —digo señalando al negro. Me acuerdo de que odio los preservativos que aprietan demasiado.

Me miran raro. Ya he metido la pata. Afortunadamente, la farmacéutica trae una caja de preservativos sin preguntar nada más. Los pago y hago uso de lo único que sé decir en francés.

—*Merci, merci.*

Salgo de la farmacia avergonzado.

—Español, seguro que eres español —me dice el paliducho de los gais a la salida de la farmacia.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—La forma de pronunciar. Me encanta.

—Ah. Gracias.

—Tuviste el mismo apuro que nosotros, eh.

—Es que los necesitaba.

—Bueno, si te apetece puedes venir con nosotros.

—Gracias, pero me esperan. Hasta luego.

—Adiós, guapo.

Traficantes, vagabundos, yonquis, tipos peleando, una proposición gay… pero por fin tengo los condones. Por el camino de vuelta me cruzo con varios tipos con muy mala pinta, pero en estos momentos solo puedo pensar en los pechos de Fanny, su trasero, su cintura… Hasta en su sonrisa.

Llego a su portal, Fanny ha debido verme por la ventana porque me ha abierto sin tener que haber llamado al telefonillo. Subo apresurado, temiendo que haya perdido la pasión y se encuentre cansada, que la mañana le haga recuperar la cordura.

—¿Cómo ha ido?

—Encontré una farmacia cerca del *Moulin Rouge.*

—¿Pero cuánto has caminado para comprar eso? —pregunta Fanny sorprendida. Temo haberle parecido un desesperado.

—Lo que hiciese falta.

—Me encantan los chicos apasionados.

Fanny me arroja sobre su cama y se sienta encima de mí una vez

más. Aparta un poco su braguita y esta vez sí.

—¿Qué pasa, Javi?

—Un *déjà vu* de los vuestros. Presiento que esto ya lo he vivido.

—Ya, pero esta vez sí tendrá final feliz.

Y lo tiene. Contra la barandilla del balcón de su habitación, Fanny gime una vez más, mientras el sol sale a un lado de la Torre Eiffel. No era plateada, es dorada.

VIERNES, 7 DE OCTUBRE DE 2005

Mi último curso universitario dio comienzo esta semana. Después de pasar medio verano en León preparando las oposiciones para policía no tengo prisa alguna por volver, de modo que decido aprovechar la primera semana universitaria para correrme unas juergas con mis amigos por Santiago. A estas alturas tengo claro que mis títulos universitarios van a ser un bonito adorno en la pared, si lo que quiero es un sueldo decente no me queda otra que preparar oposiciones. La policía es la que más plazas ofrece, así que ahora mismo me preocupa bastante más sacar esas oposiciones que acabar la carrera decentemente. Son las doce de la madrugada, estoy en el campus sur en un macro botellón de inicio de curso y enfrente de mí tengo a una amiga pija de Alfredo.

—¿Y qué estudias? —pregunto fingiendo interés.

—Psicología. El primer año me pareció un poco denso, aunque ahora le estoy cogiendo el punto. Mi hermano hizo magisterio y yo al principio pensé en hacer lo mismo, pero es que trabajando solo con niños no me sentía realizada…

«Psicología y hermano», trato de recordar esos dos términos y dejo que la muchacha siga con su rollo aprovechando para echarme una copa.

—Me dijeron que tú estudiaste Economía Social aquí en Santiago. Tiene que estar chula, ¿no?

—Sí, sí, muy interesante —contesto mirando el trasero de la amiga que pasa por detrás. Sigo fingiendo interés—. ¿Y es complicada o se entiende bien?

—¿Lo qué?

—La psicología.

—Tiene sus partes. A mí es que la psicología conductual me gusta, pero el psicoanálisis se me hace pesado. Freud estaba un poco para allá, sabes…

«Freud», conservo en la memoria mientras doy unos tragos.

Alfredo hace equilibrios sobre un muro bajo delante de unas tías. Sobrio lo conseguiría, pero en el estado actual lo dudo. Efectivamente, resbala y va a dar de bruces en el suelo. Es gracioso.

—¿Tú qué piensas?

—Freud era un colgado, sí.

—Digo qué piensas hacer al acabar la universidad.

—Ahora mismo estoy preparando las oposiciones para la poli, salen muchas plazas. Hay que entrenar para las pruebas físicas, pero la parte teórica es fácil.

—¿Policía? Mi hermana también las quiere preparar, se ha apuntado a un gimnasio y…

La chica sigue hablando. Saludo a unos conocidos del instituto y echo una ojeada a todas las otras chicas de la alameda, tratando de escrutar cual puede estar más desinhibida.

—… ¿Sabes lo que te digo?

—Sí, claro. Está bien que tu hermano se las prepare. Tiene pinta de poli ya.

—Es mi hermana la que se las prepara, no mi hermano. Y no te estaba hablando de eso.

—Ehh… Bueno.

El rugido cercano de un coche a toda velocidad salva la situación. El estruendo del motor es envuelto por música tecno a máximo volumen. Un *Opel Corsa* rojo, tuneado hasta la extenuación, hace su aparición. Alerón trasero descomunal, pintura metalizada, escape trucado, cristales tintados, unas llantas tan amplias que parecen comerse las ruedas, unos faldones exageradamente bajos e ilegalmente iluminados y la cara de un diablo sobre el capó trasero a modo de adorno. El engendro automovilístico derrapa bruscamente y gira descontrolado haciendo trompos. El olor a neumático quemado impregna el ambiente.

—Eh, Javier. ¡Aprende! —grita Suso desde la ventanilla.

Lo saludo.

—¿Lo conoces? —pregunta la chica, con cara de asco.

—Es un amigo.

—¡Qué panda de gañanes!

Suso aparca el coche en una zona de carga y descarga muy próxima. Deja los faldones del coche iluminados. Sale del vehículo junto con Álvaro y se dirigen a mí.

—¡Te moló, eh!

—Joder, Suso, ¿Cuándo vas a parar de tunear el coche?

—Envidia —contesta, volviéndose hacia la chica—. ¿Es que no me vas a presentar esta preciosa?

—Tú mismo.

La chica me mira enojada.

—¿Cómo te llamas, encanto? Yo soy Suso.

—Fátima. Encantada —miente la chica, está claro que no lo está.

—Dos besos. —Suso le estampa un beso en cada mejilla. Ella retrae sus brazos contra el pecho y parece asustada.

—A ti también te gustó el buga —añade fachendoso.

—Mejor no le preguntes eso —advierto.

—No lo estaba preguntando, lo confirmaba.

—Este es Álvaro —presento a mi otro amigo a la chica. Después cojo la bolsa con botellas—. Venga, servíos algo.

—Ofrécelo primero a ella, qué poco caballero eres.

—A eso iba, Suso.

—Bueno, y tú, ¿eres estudiante también?

—Sí, estudio psicología.

—Yo soy más de Pepsi. En serio, eso qué… —Suso gesticula dubitativo.

—¿Este ya lleva unas copas, no? —pregunto a Álvaro—. ¿Cómo le dejas coger el coche así?

—Veníamos por pistas, no hay problema.

—Si os pilla la Benemérita con las luces y así os cruje bien.

—Ah, psicología… Estudias para loquero entonces —Suso cae en la cuenta.

—Sí. Preferimos que nos llamen psicólogos. ¿Y vosotros qué hacéis?

—Trabajo para *Fadesa* —presume Suso.

—Obrero, claro —suelta la chica con cierto

desprecio. Suso realmente trabaja para una empresa de construcción que tiene una subcontrata con *Fadesa*. Indudablemente tiene más pinta de albañil que de experto financiero, aunque no deja de ser irónico que una futura psicóloga le mire por encima del hombro cuando él tiene ya mejor sueldo de lo que ella va a tener en toda la vida, solo por ser un obrero.

—Entre otras cosas.

—¿Qué cosas?

—También soy buen amante.

—Suso, relájate y fúmate un cigarro —le exhorta Álvaro.

—Bueno, chicos, tengo que volver con mis amigas. Venga, hasta luego.

—Me jodisteis el tema —se queja Suso—. Ahora sí que me voy a poner un cacharro.

—Más bien te ha jodido el plan a ti, ¿no? —me pregunta Álvaro por lo bajo.

—Da igual, era una pija de cuidado. Meterme en su cama me iba a llevar más que acabar una carrera.

El campus sur es un hervidero de estudiantes y no tan estudiantes haciendo botellón. Cientos de grupos bebiendo en corrillo, algunos pasados de vueltas, otras presumiendo, unos haciéndose los interesantes, otras haciendo que les interesa, unas hablando, otros simulando escuchar, unas fingiendo que esconden sus atributos bajo minúsculas prendas, otros sin pretensión de no fijarse, labios lujuriosos que se quejan de ser observados por ojos descarados, ocultos tras un aire de falsa indiferencia. Y mucho alcohol, demasiado.

A las dos de la mañana emprendemos el camino a la zona vieja, entramos a un pub. Suso entabla conversación con otra niña bien santiaguesa.

—Ciento sesenta caballos.

—Joder, con la pinta de gañán que tienes pensaba que me ibas a soltar que tenías cientos de vacas, pero con los caballos me has

sorprendido —contesta la pija, riéndose y entrándole al trapo. Craso error.

—Ciento setenta caballos, llantas de aleación, luces LED.

—Joder, tío, ¿qué me vas a vender el coche o qué?

—¿Quieres verlo? Te va a encantar.

—No hace falta, gracias.

—Ciento ochenta caballos, lunas tintadas, equipo de música nuevecito…

La chica sale despavorida.

—Joder, Suso, tu caballería crece más que la de Napoleón.

—¿Te ríes de mí? ¿Eh?

—Venga, Suso.

—Dame un abrazo, coño.

Suso está en plena fase alcohólica de exaltación de la amistad. Ya está pasado de vueltas, pero decide ir a por otra copa.

—Hostia, ¡espera! —exclama—. Mira que yegua, ahí solita.

—Parece nórdica. ¿Qué le vas a decir?

Demasiado tarde para advertencias, Suso va a decirle algo, el alcohol lo vuelve más atrevido. La chica le sonríe, pero no parece entenderle nada. Probablemente estará echándole un sermón sobre el *tunning*, así que puede que mejor así. De repente me señala para que me acerque a ellos.

—Te presento a Javier —le dice a la chica.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

—Yo paso, esta alemana no entiende nada. Toda tuya, macho.

Efectivamente, la chica es alemana y habla poco español. Al principio pienso que es una estudiante Erasmus, pero por lo visto está solo de turismo. Sonríe y parece receptiva. A los diez minutos estoy bailando con ella, a los veinte nos besamos. Por desgracia, estoy en Santiago y mi madre está en casa, no puedo llevarla allí. La alemana es una chica muy alta, de generosas curvas y caliente, muy caliente. Los viernes noche Santiago está lleno de niñas bien oriundas del lugar que solo buscan chicos de familias bien como ellas o malotes de barrio, los tipos demasiado normalitos como yo

no tenemos nada que hacer. La probabilidad de haber encontrado a una foránea que vaya más allá del juego de labios es tan ínfima que es una verdadera desgracia desperdiciarla. Trato de pensar en un lugar donde podamos estar a solas, pero no se me ocurre. Mis antiguos amigos de la universidad ya no están viviendo aquí, mis amigos de Santiago viven todos con sus padres, no voy a pagar más de cincuenta euros por una habitación de hotel a última hora y el cabrón de Suso baila tranquilamente con unas treintañeras de despedida de soltera, con las llaves a punto de caérsele del bolsillo… Las llaves del coche. El coche, claro.

—Suso, ¿te puedo pedir un gran favor?

—Pide.

—Necesito un sitio para, ya sabes, eso.

—No estarás pensando…

—Déjame las llaves del *Corsa*.

—Vale, pero no me lo muevas de sitio.

—No pienso arrancarlo. Son casi las tres de la mañana, por el campus no pasa nadie ahora. Además, las lunas están tintadas, ¿no?

—Al máximo. Vale, pero en el asiento de atrás. Y ponme la chaqueta debajo o algo, no me vayas a desflorar el coche. Me lo dejas virgen e impoluto, mira que no se te escape nada fuera.

—Gracias.

Vuelvo hacia la alemana y le pregunto si quiere dar una vuelta conmigo. Responde que encantada, así que hago el trayecto de vuelta al campus con ella. Salimos de la zona vieja, nos cruzamos con un par de parejas, esquivamos un borracho y nos adentramos en la oscuridad del campus a esa hora, encuentro el coche de Suso donde lo dejó, lo abro y nos subimos a él por la parte de atrás como he prometido.

—Estás muy guapa.

La alemana no contesta, se limita a besarme y punto. Al grano, perfecto, que le den al lenguaje. Morreos sucios, manos lascivas, caricias más sexuales que sensuales… Pero los dos pasamos de metro ochenta y ninguno es tan flexible. Incumplo mi promesa y nos cambiamos a los asientos de adelante. Yo me siento en el asiento del copiloto y ella se sube encima de mí.

—¿Estás cómoda?

—Sí —miente o no entiende. No importa, agarro su trasero con fuerza al tiempo que ella se apodera de mi miembro y se echa para atrás.

—Espera, voy a meter la llave a ver si con un poco de luz.

Hago girar la llave en el bombín de arranque hasta la primera posición, sin arrancar el motor.

A ELLA LE GUSTA LA GASOLIIIIIINA.

¡Pero qué cojones! Los reposapiés del coche se iluminan con una luz LED intensa al tiempo que el campus retumba al ritmo de la canción que suena a todo volumen dentro y fuera del coche.

DAME MÁS GASOLINA.

—*What the fuck?*

A ELLA LE GUSTA LA GASOLIIIIINA.

—Perdona. *Sorry*.

¿Dónde mierda se apaga esto? Trato de buscar los botones de la radio, pero tengo los pechos de una alemana de más de metro ochenta interponiéndose. Vaya, qué bonitos. Trato de apagar la música, pero ningún botón responde. ¿Pero cómo narices instaló este el equipo de música? Para más inri, la puerta de atrás de la furgoneta que está aparcada delante se abre y sale un tipo.

—Perdona, podéis bajar la música.

—Hostia, Josemi. —El tipo que salió de la furgoneta es un colega de Alfredo.

—Hombre, Javi. No sabía que tuvieses coche nuevo. Hostia —Josemi se sobresalta al ver a la alemana tapando sus pechos—. Perdona, no sabía.

—Dios, ¿pero cómo se apaga esto?

Josemi gira las llaves en sentido contrario. La música cesa y todo se apaga.

—Seré gilipollas. Perdona, estoy un poco perdido y no es mi coche —me excuso.

—Nada. Si yo vine a lo mismo, pero ya estaba sobando. Pasadlo bien —se despide y vuelve a la furgoneta.

La alemana se viste. Parece que todo se ha ido al garete.

—Oye. Yo en casa de amigos, pero ellos no. Yo sola.

Pero cómo no se me ocurrió preguntar antes. El bochorno se me pasa automáticamente al ver que la alemana no parece muy afectada y sigue igual de fogosa. Salimos del coche y volvemos al pub a devolverle a Suso las llaves. Antes de llegar me lo cruzo bajando por la zona vieja. Va dando tumbos junto a Álvaro, mis otros amigos van detrás, a una distancia prudencial.

—Nena. No tengo pelos en la lengua porque tú no quieres —le

suelta a una pija redomada que, lógicamente, se asusta—. ¡Preséntame a tu ginecólogo que le chupo el dedo!

—Aaaaayyyy, cómo le dijo. ¡Loco por la *freba*! —contesta una panadera de edad avanzada que en ese momento entra a trabajar a una panadería cercana.

El resto de mis amigos se descojonan.

—Cómo le dijo, ¡¡¡loco por la *freba*!!! —repite Suso, refiriéndose a la *freba*, término gallego para denominar la parte magra de la carne.

—Vaya amigos te traes —me espeta Alfredo.

Dejo las llaves del coche de Suso a Álvaro.

—¿Y entonces no hubo temita o qué?

—No te preocupes, Suso. Gracias.

—No es por mal, pero la alemana esa tiene pinta de racista. Como es un *Opel,* y no un *Volkswagen,* no le vale.

—¿Pero qué coño dices? Si es un coche… Y además *Opel* también es alemana.

—Aaaayy cómo le dijo, ¡¡loco por la *freba*!! —repite Suso una vez más, completamente borracho.

Vuelvo junto a la chica alemana y le pregunto si la casa de sus amigos queda cerca. Por suerte queda muy cerca, es una casa terrera de dos pisos, ella se queda arriba. Subimos, nos desvestimos, nos entregamos el uno al otro, y…

No puede ser. Otra vez no. El condón de emergencia se ha quedado en el coche de Suso. Llevaba tanto tiempo conmigo que le había cogido apego, y más ahora. Una vez más tengo que vestirme a toda prisa y buscar una solución. Recuerdo que en los aseos del Establo hay una pequeña expendedora de condones al lado del lavamanos. Entro a toda prisa en el local, bajo la típica excusa de

haber olvidado la chaqueta para enfrentarme a las palabras poco amables del portero recordándome que ya van a cerrar. La de familias que habrán salido de aquí, pienso al ver el estado de la expendedora.

Más problemas, no quedan existencias.

Piensa Javi, piensa. Algún sitio habrá para conseguir plastiquitos… La farmacia de guardia. Afortunadamente, Santiago es pequeño y conocido. Voy a tiro fijo a la farmacia más cercana en la zona vieja, con la suerte de ser la que está de guardia, toco el interfono y pido unos preservativos. El tipo me los despacha, no sin ofrecerme una mirada de mala leche, posiblemente estaba teniendo un placentero sueño hasta que le molesté. Vuelvo rápidamente junto a mi amante teutona. Por fin.

Tres orgasmos después la alemana me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Javier —contesto. Ahora caigo en que yo tampoco sé su nombre, puede que me lo haya dicho y si vuelvo a preguntar quedaré muy mal.

—Tú… —Una melodía familiar suena en la calle, al paso de un coche que derrapa.

A ELLA LE GUSTA LA GASOLINA.

JUEVES, 10 DE NOVIEMBRE DE 2005

Son las nueve de la noche y no me apetece salir. En León este invierno está siendo menos frío, pero no me apetece salir. Uno de mis nuevos compañeros de piso toma algo con unos amigos en la cocina, podría unirme, pero no me apetece. Me he levantado a las ocho de la mañana, he ido a la academia donde preparo las oposiciones para la policía, después al gimnasio y por la tarde fui a las clases de la facultad. No quiero salir, ni tomar copas en bar alguno, no quiero conocer gente ni hacer el bobo con nadie. Solo me apetece una cosa. Cojo el móvil, busco "Americana" en contactos y escribo un SMS:

¡Hola! ¿Qué tal? ¿Te apetece quedar hoy por la noche?

Después de dos interminables minutos para mis hormonas recibo contestación.

Hola guapo. Hoy voy a cenar con mis amigos, si te apetece nos vemos después.

Temo quedar muy tarde, que la cita se alargue y que para cuando vuelva a casa ya haya salido el sol, pero no hay elección, sino erección. Le envío otro SMS:

Vale. Tenía pensado volver a casa pronto porque mañana tengo que levantarme temprano, pero si no quedamos muy tarde me parece bien. Besos.

La americana es una chica llamada Diana, de Massachusetts, que está en León de estudiante de intercambio junto con varios americanos más. Entre sus amigos hay una antigua animadora de instituto que lleva la voz cantante, un negro cachas de gimnasio, un friki de gafas que estudia informática y un gigantón que juega al fútbol americano. Siempre me he preguntado si los americanos

serían como en sus películas y cuando conocí a Diana pude comprobarlo: Sí. Fue hace apenas un mes, yo acababa de llegar a León para completar mi último año de buena vida universitaria, para celebrarlo había quedado con unos compañeros de clase para tomar algo en el Molly. A los pocos minutos de llegar me fijé en el pintoresco grupo, tan de película, y noté que una chica me miraba y, sobre todo, parecía llevar unas copas. Sin demasiados titubeos fui hasta ella y solté la sarta de preguntas habituales. Estábamos bailando antes de que me dijese su nombre y para cuando me trajeron mi primera copa ya me estaba morreando con ella. Estaba desinhibida y pensé que estarían celebrando algo también, cuando le pregunté ella me dijo que era su cumpleaños y me preguntó si yo era su regalo. Para contestarle, a los diez minutos ya estábamos camino de mi piso. Fue el orgasmo menos trabajado de mi vida, una de las más obscenas felicidades que raramente va a confesar un hombre. Nunca un regalo de cumpleaños fue tan sorprendente como cuando yo mismo fui el regalo.

Tic, tic. Suena de nuevo la alarma de SMS en el teléfono.

Si quieres me paso por tu casa al acabar de cenar.

¡Síííí! Por Diana solo siento pura atracción sexual, pero hay que reconocer que es una chica maravillosa, no necesita excusa alguna para acabar entre las sábanas.

Cojo los apuntes de las oposiciones y aprovecho para estudiar algo. Voces y risas procedentes de la cocina me tientan, tomar algo con mi compañero de piso y sus amigos puede ser bueno para socializar. Pero entonces pienso en mi futuro en menos de un año, la vuelta a casa de mi madre en Santiago, tener que volver a mi hora, aguantar broncas y soportar dar explicaciones a los excéntricos temores de mi madre, tales como si el hijo de Cruz es mío, si me drogo o me dedico al trapicheo, si soy marica y no le voy a dar nietos… Solo con pensarlo me motivo para ponerme a estudiar inmediatamente. El telefonillo suena antes de medianoche. Para mi alegría no es otro amigo de mi compañero de piso, es Diana. La espero en la puerta de entrada.

—Hola.

—Hola.

Un beso de bienvenida y a la habitación. Perfecto. Diana se quita la chaqueta, después el top. Lo mejor es que no tengo que insinuar nada, ella va al grano. Antes, mucho antes de lo esperado, me

encuentro tumbado en la cama con ella sentada sobre mí, a horcajadas. Al poco, entro sigiloso en su cuerpo. Pero su contestación no es nada sigilosa.

—Ohhhhh. *¡Yes!*

Algunas chicas son silenciosas, otras jadean… Diana grita, contesta con alaridos de placer. Los americanos cuando construyen no hacen edificios, prefieren levantar rascacielos. Los americanos cuando van a la guerra prefieren los bombardeos a las trincheras. Si los europeos para ir lejos dimos la vuelta al mundo, ellos fueron a la luna. A lo grande. Así que cuando Diana folla, lo hace a lo grande. Sus chillidos no se escuchan por todo el piso, resuenan por todo el edificio. No golpea la cabecera de la cama, con ella retumba hasta el viejo armario de la habitación. Diana no te araña con las uñas, te las clava.

—Do you like it?

—Yes, yes. Come on!! Ahhhhhh!

Se escuchan risas procedentes de la cocina. Diana sigue saltando como una poseída.

—Give in to me!! Give in to me!!

—Yes, yes —respondo, aunque no le entienda.

—I´m on fire. Give me! Give me!

Se escuchan aplausos. Por alguna razón, en vez de cohibirme, la situación me excita más. A Diana creo que también. Estoy a punto de explotar.

—¡¡¡Ahhhhhhh!!! —Diana brama como una posesa.

—Ahhhhhhh.

Relax y total satisfacción.

—Javi, perdón. ¿Tienes agua?

—¿Agua? ¿Ahora?

—Sí.

—Bueno, tendré que ir a la cocina a por ella.

—Vale.

Me pongo una camiseta y la parte de abajo del pijama y voy a la cocina a por agua. Con lo agradecido que estoy con Diana no puedo negársela. Al entrar en ella todos me miran.

—¿Qué tal, campeón? —se mofa mi compañero de piso.

—Bien, gracias. Voy a coger una garrafa de agua.

—Sediento, claro.

Yo también me río. Extraña sensación entre la satisfacción, el orgullo y el bochorno.

De vuelta a la habitación le ofrezco agua a Diana, pongo algo de música y hablo un rato con ella en inglés. La americana ha hecho más por mi inglés en menos de un mes que más de una década de escuela reglada. La necesidad obra milagros. Después de un buen rato practicando inglés, hablamos en castellano para que ella practique también.

—¿Tienes novia?

—No. Está claro.

—Es raro que no estés con una chica.

—¿Por qué? ¿Tú acaso lo estás?

—Sí.

—Si acabas de acostarte conmigo.

—Ahora estoy en España. Aquí no cuenta.

—No quieres mucho a tu novio entonces.

—Sí lo quiero, pero ahora estamos muy lejos uno de otro. Yo tampoco veo lo que hace, también puede estar divirtiéndose. Ya sabes.

—¿Y no te importa?

—Si no nos divertimos ahora. ¿Cuándo lo vamos a hacer?

—¿Puedes querer a alguien y acostarte con otro?

—Pues claro. Los hombres lo hacéis siempre. Yo quiero mucho a mi novio, pero quería pasar un rato contigo también.

—Yo me enamoré de una chica —confieso en un arrebato de sinceridad homicida, recordando a Desirée—. Ella también tenía novio y no pensaba igual.

—Ya, claro. ¿Eso lo hablabais en tu cama también?

—No llegamos a… Da igual. Y después os criticamos a los americanos por doble moral. ¡Manda narices!

—¿Has estado con muchas chicas?

—¿Tú? ¿Con cuántos chicos has estado?

—No sé. Ocho, o puede que nueve. No me acuerdo bien.

—¿Nueve? Pues yo no he estado con tantas chicas.

—Es que este ha sido un año muy loco en la fraternidad.

—¿Año? Yo me refería a… Joder.

Diana se queda extrañada, esperando a que siga hablando. Al comprobar que no lo hago toma ella la palabra.

—En USA no salimos tanto a los bares y discotecas. Hacemos fiestas en las casas o en las residencias, entonces bebemos un poco y

ya sabes. —Diana sonríe coqueta y me da un beso. Yo subo la música y ella empieza a palpar más allá de la cintura. Nuestras lenguas no necesitan el español ni el inglés para entenderse.

De fondo suena una aclaratoria "*Give in to me",* una vieja canción de Michael Jackson.

Otro orgasmo después me encuentro extasiado. Presiento que se avecina una gran época sexual.

VIERNES, 24 DE MARZO DE 2006

—¿Qué es lo que más os ha gustado? —pregunta Sara bajo un inesperado sol londinense, en una terraza cercana a la famosa Abbey Road.

—No estoy seguro. El Soho, posiblemente —responde Miguel, mientras busca una mirada de complicidad en su nuevo novio. Miguel, el amigo de Óscar, el que me presentó al grupo de amigas más simpáticas, es decir, más desinhibidas, que he conocido, ha sido el último en salir del armario. Una auténtica sorpresa para mí.

—Candem —opina Jaime.

—¡Igual que a mí! —exclama Sara antes de darle otro beso al bueno de Jaime. Que a estos dos lo que más le gustase fuese un barrio lleno de gente estrafalaria y tiendas curiosas no es de extrañar.

—Está chulo, sí.

—¿Y a vosotros? —pregunta Sara dirigiéndose a Tomás y a mí.

—El parlamento… —respondo sin mucho convencimiento, por decir algo, ante la habitual falta de palabras de Tomás.

—Qué tópico.

—Bueno, queda la noche londinense. Y me han hablado muy bien de ella, ya dije que me gustaría ir al *Ministry of Sound*.

—¿Alguna vez piensas en otra cosa que no sean mujeres, Javi?

—¿Quién habló de mujeres?

—Si no sabes ni qué música ponen allí —me responde Sara con cierto desdén.

—*Techno*, *house*, esas cosas…

—Pero si tú nunca escuchas eso.

—Es lo que ponen en las discotecas.

—Por eso quieres ir, claro.

—Bueno, vale. Dicen que aquí la gente es más abierta y quiero comprobarlo, sí.

—Ya, ya. Estás preocupadísimo por conocer gente abierta. Si tenemos tiempo iremos, no hay problema, pero hay muchas cosas que ver.

—Hemos gastado la tarde en venir a pasear por un paso de peatones, podremos gastar una noche en el *Ministry*.

—¿Un paso de peatones? Te parecen poco importantes los Beatles.

—No hemos visto a los Beatles, nos hemos hecho unas fotos en un paso de peatones.

—Vamos, chicos. Dejaros de malos rollos. A mí lo que creo que más me gustó fue el Museo Británico —interrumpe Martín.

—Hostia, apareció el culto.

—Ya te digo. Pero si en el Museo Británico no hiciste más que perseguir a un grupo de italianos que pululaban por allí.

—Vale, no os paséis. Aunque me gustase el museo yo también tengo ganas de salir a darlo todo hoy —se defiende Martín.

El ambiente se distiende al enfocar la conversación en las todavía mayores ganas de conocer chicos por parte de Martín que las que yo pudiese tener por conocer chicas.

El café en la terraza nos sirve para reponer fuerzas después de un día de turisteo agotador, pero limita nuestro presupuesto para cena alguna. Hoy no podremos permitirnos el lujo de un restaurante chino barato. De hecho, pocas horas después cenamos unos bocatas y unas latas de conserva que trajimos en el ajustado equipaje de mano que nos permitía Ryanair, una nueva compañía de vuelos de bajo coste. Pagar para facturar maletas no es una opción para nosotros. Aprovechamos una

pequeña sala de estar común para los clientes del *hostel* en el que nos hospedamos, porque la habitación la compartimos con dos amigas holandesas y otra gente que va cambiando día a día y comer allí sería embarazoso. Antes de llegar tuve la pequeña esperanza de encontrarme en el *hostel* a las dos chicas holandesas, sobre todo porque la primera noche en Londres me lie con la guapa, aunque por desgracia comer no era lo único que resultaba incómodo de hacer en una habitación para doce. A mí no me hubiese importado.

Después de la cena nos quedamos tomando unas copas en la misma sala de estar, con lo que nos ahorramos el dinero suficiente para pagar la entrada en la discoteca. Una conversación banal sobre fútbol con unos ingleses, una partida de billar y un brindis con una pareja de alemanes con parecido plan al nuestro y ya estamos de camino a la disco.

—Espera, eso no es la *Ministry*.

—Es la *Heaven*, verás que está genial —dice Martín con cierto júbilo.

—Mierda. Prefería la *Ministry*…

—No te preocupes Javi, aquí dicen que ponen muy buena música *house*. ¿No es lo que querías?

—Sara, no me jodas.

—Ya verás que está genial —dice el novio de Miguel.

La entrada es rápida, diez libras que tenía y dejo de tener. Por lo menos es más barata que la otra, viéndolo positivamente.

—Sara, no me jodas —repito al contemplar la enorme sala. Está

lleno de gais y alguna que otra pareja de lesbianas—. Aquí no hay una sola tía.

—¿Quién habló de tías?

—Me la has vuelto a hacer.

—Javi, anímate, todo el mundo sabe que se liga mucho más en los locales de ambiente, seas hetero o gay. Aquí ellas también están más relajadas.

Comprendo al momento que en un viaje con 3 chicos gais y una pareja de hippies, mis pretensiones mujeriegas poco soporte van a tener y más cuando mi único apoyo es el apocado de Tomás. Esto no es un viaje con Óscar o con Suso y Álvaro. Voy a la barra junto a Tomás y pedimos las dos copas que te dan con la entrada. Brindamos por el poco apoyo a nuestros deseos y volvemos a la pista.

La noche no va a ser como esperaba, pienso mientras agacho la cabeza. Cuando me hablaron por primera vez de visitar Londres yo pensé automáticamente en la fama de directas que tienen las mujeres inglesas. Trafalgar Square, el Big Ben, la Torre de Londres… me importaban un bledo. Todos esos sitios son adornos para las fotos que poco le interesan a cualquier veinteañero heterosexual que conozca. Heterosexual u homosexual. Delante de mí Martín está teniendo una conversación con otro chaval español que lo evidencia.

—Sí, a mí la parte de arte clásica del *British* me encantó. Tengo que volver.

—Es preciosa, sí.

—Me encanta esta ciudad, es tan cultural. Me queda la pena de no haber asistido a una obra de teatro callejero.

—¡Ja! —no puedo evitar una pequeña carcajada sarcástica.

—Javi, coño, no te rías. A ti no te gustaría que te molestasen cuando estás ligando —me reprime Jaime sigilosamente. Sara gesticula también por lo mismo.

—Vale, perdón. Es que me resulta curioso que dos tíos liguen. Y con la excusa de "la cultura", no jodas. No sé, pensé que irían más directos al grano —respondo por lo bajo a Sara y a Jaime.

—Y qué van a decir, Javi. Hola, ¿follas?

—Sí, claro. Somos tíos, no nos va a parecer mal.

—Qué primario eres.

—La mayoría de los que conozco… ¡Hostia! Uno de veinte.

Piso con el pie y compruebo que nadie busca nada en el suelo. Me agacho y recojo aquellas veinte libras caídas del cielo.

—Unas copitas que me acabo de agenciar —celebro con énfasis. Pocas veces encuentro dinero tirado.

—Y si eran de alguien. Creo que te ha visto el portero, mira el mastodonte que viene por ahí —me advierte Sara.

Un negro de dos metros, musculado y con una espalda que se equipararía a tres de las mías se acerca. Serio, firme y con la mirada fija en mí.

Mierda, me he metido en un lío.

El negro se planta delante de mí, impertérrito. Me dispongo a soltarle las veinte libras cuando el negro se quita la camiseta de tiras blanca, se da la vuelta, agita la camiseta en el aire y empieza a menear al culo a ritmo inalcanzable hasta para la mismísima Shakira.

—Creo que le gustaste —suelta Sara entre risas.

—Sí, si quieres se lo hago cogiéndolo en brazos, no te jode. Por el momento voy a coger mis veinte libras e invertirlas en copas… y no para ti.

—Hostia, no sabéis lo que me acaba de pasar —dice un asustado Tomás, recién aparecido.

—¿Dónde coño te has metido?

—Estaba esperando la cola del baño para mear y una tipa se me ha puesto a hablar y al minuto me empujó contra el interior de uno de los baños y me plantó un morreo al tiempo que me echaba la mano a la bragueta. Estuvimos un rato liándonos hasta que apareció un portero por allí y nos echó. Entonces la perdí de vista.

—Vamos a buscarla inmediatamente.

—No sé, Javi, lo mismo se fue.

—¿Qué? Vamos a buscarla inmediatamente, es lo que llevamos esperando toda la semana. Bueno, primero vamos a darle uso a las veinte libras.

—¿Qué veinte libras?

—Unas que me encontré. No importa. Lo que sí hay que encontrar ahora es a tu amiguita.

Media hora y una copa después, tras rastrear todas las salas de la discoteca, la encontramos liándose con otro.

—Mierda, Tomás. Esto no puede volver a pasarte.

—Ya, tío. Todo fue muy rápido.

—Un momento, me han tocado el culo —miro para atrás y dos

chicas altas me sonríen.

—No jodas.

—Quedémonos por aquí, te digo que las dos nórdicas altas quieren tema.

—¿Crees que una te ha tocado?

—Lo ha vuelto a hacer. Estas quieren algo, Tomás. Es la nuestra.

Me giro y sonrío a las chicas, que curiosamente no están atentas ni tan cerca.

—Hola guapo —escucho una voz que viene de más abajo.

Mis esperanzas se desvanecen al ver a un latino bajito en frente de mí, pero al menos un palmo más abajo. Sonríe de oreja a oreja.

—Hola —respondo con cortesía justo antes de darme la vuelta y cambiar de localización en la sala. Estamos en 2006 y envalentonarse hasta el punto de propasarse un poco con alguien no es considerado un terrible delito sexual. Ser objeto de un tocamiento esporádico en una nalga en ciertos ambientes festivos todavía no deja traumatizado a nadie. Tomás me sigue desternillándose.

—Perdona, es que en vez de peruano bajito te entendí nórdica alta.

—No te rías, cabrón, que al que se le escapó el chollo hoy fue a ti.

A las cuatro de la mañana ya lo he intentado con todas las chicas heterosexuales de la discoteca, con alguna homosexual y puede que con alguno que pareciese alguna. Martín ha hecho lo propio con el otro género, aunque él se hará el digno y no lo admitirá. Los demás parecen cansados también. Es el momento de la retirada. Un taxi ahora sería mejor que un sueño húmedo, pero carecemos del presupuesto para financiar tal cosa. Toca hacer deporte nocturno, andar, que no fornicar.

Al llegar a la habitación me encuentro todavía embriagadoramente atrevido, así que no se me ocurre mejor cosa que tratar de seducir a la holandesa con la que me he liado hace unos días. Desafortunadamente está dormida. Para seducirla no se me ocurre mejor cosa que despertarla. No parece que le haya hecho mucha gracia, a Tomás sí porque se ríe desde fuera de la habitación, pero a ella seguro que no. Una pena porque es realmente guapa y si hubiese podido pagar una habitación privada tal vez. No vale la pena pensarlo mucho, tal como es la situación seguro que no. Sara y Jaime se quedan en la habitación mientras que el resto cogemos el

alcohol que nos queda y vamos a la misma sala de estar donde cenamos. La pareja de alemanes siguen allí, fumando hierba. Nos cuentan que salieron a dar una vuelta y después tuvieron la misma idea que nosotros de acabar la fiesta allí. Entonces el novio de Miguel nos recuerda que en la azotea hay un jacuzzi.

—Vale, lo encendemos y como funciona tan bien, puede que para mañana a mediodía se haya calentado algo el agua —le contesto.

—Eso lo tienen de adorno y tarda en calentarse precisamente para que nadie lo use —matiza Martín.

—Por eso lo encendí ayer a la tarde. —El novio de Miguel resulta ser un tipo ingenioso.

Todos suben a probar el Jacuzzi, incluido el chico alemán. La chica alemana prefiere quedarse.

—*He isn´t your boyfriend, is he?* —pregunto en mi limitado inglés.

—*No, he isn´t.*

Accedo a quedarme para "acompañarla". Ella parece encantada. A los pocos minutos sus labios me lo confirman. La invito a que vayamos a mi habitación, pero, por alguna extraña razón, una habitación de doce personas tampoco le parece del todo íntima, lógicamente. Pruebo a preguntarle si la suya le resultaría más íntima, pero me contesta que no quiere molestar a su amigo. Intento convencerla recordándole que él está en el jacuzzi con mis amigos, pero sigo sin persuadirla. Después de unos cuantos besos y tocamientos acabamos en uno de los baños de chicas, no sin antes venderle como pude que un aseo público puede ser un lugar muy

íntimo. Al fin y al cabo, al ligue de Tomás en la *Heaven* le pareció un lugar propicio, y eso que esos sí estaban concurridos. Al lado de esos, estos serían una suite. La alemana llamada "vaya usted a saber cómo" besa bien, tiene un busto generoso y se restriega de tal forma que tengo una erección considerable. Trato de quitarle la ropa, pero ella se incomoda. Mierda, lo que hubiese dado por una habitación individual. En realidad una habitación individual en Londres para un estudiante sin ingresos hubiese sido presupuestariamente más inalcanzable que moverse en taxi.

La alemana sigue devorándome y mi erección ya es insoportable.

—*So hot.*

No responde. Es de pocas palabras.

—Could you…?

La maravillosa chica alemana desabrocha mi pantalón, agarra fuertemente el motivo de mi preocupación, pasea primero sus labios por mi pecho, después un poco más abajo. Al cabo de un rato me ofrezco a que cambiemos los papeles, pero a ella no parece apetecerle e insiste en que quiere resolverme un gran problema. Efectivamente lo hace. Salimos de los aseos y me despido de la chica con un fugaz beso en los labios.

Relajado como me encuentro pienso que puede ser buena idea un chapuzón en el jacuzzi. Subo a la azotea y allí me encuentro a Martín, Miguel y su novio, completamente relajados envueltos en el vapor del jacuzzi mientras amanece bajo una lluvia ligera en un día frío para la época del año.

—Hola. Os veo relajados ahí.

—Vente, que está cojonuda el agua.

—Ahora que caigo, no trajimos bañador.

¿No estaréis en pelotas?

—No, coño. Métete con los calzoncillos, como hicimos el resto.

No me lo pienso. Podría resultar algo inapropiado, pero es un día frío y dentro de este jacuzzi se está maravillosamente. Después de que la americana me mandase a paseo a mediados de noviembre por fin salgo de la sequía.

—Javi.

—¿Sí? ¡Qué relax por Dios!

—Creo que con esos gayumbos se te ve…

—Confío en que no me violéis.

—Espero que no te moleste, pero hay mejores candidatos en esta ciudad.

—Y tantos.

VIERNES, 30 DE JUNIO DE 2006

Pues ya está. Mi vida de universitario acaba aquí, un viernes perdido de Junio, en un antro de pijos de Santiago prácticamente vacío. Alfredo da tumbos en la pista junto a su primo y Camish. Suso y Álvaro van a su bola, como siempre, ya que no hacen buenas migas con el resto. Es un final a la altura de un curso igual de desastroso en el terreno sexual, y eso que había empezado bien con la americana calentorra aquella.

—Toma. —Suso me ofrece un chupito—. Brindemos por la buena vida que te has pegado y se ha acabado.

—Gracias. Por los buenos tiempos.

—Y los que están por venir, amigo. Sé positivo. No dijiste que te fuera bien la entrevista para formar parte de la pasma.

—A ver, pasé todos los exámenes y en la entrevista me dijeron que nos veíamos en la academia de Ávila.

—Entonces está hecho. Bienvenido al mundo de los currantes.

—Sí, vale. Lo que pasa es que echaré de menos todo este mundillo universitario. Tú porque nunca fuiste estudiante y no lo comprendes. Me gustaba estar a mi aire por León, sin aguantar a mi vieja y chupando beca.

—No, nunca fui universitario, pero me follé a unas cuantas. Eso me convalida, ¿no?

—Sí, te dan la licenciatura en sexología. En sexología de emergencia, porque alguna que conociste ya me dirás…

—Fue a hablar el exquisito, si hubo algún año que levantaste más kilos en la cama que en el gimnasio.

—No te lo niego. Pero ahora estoy cansado, casi que me apetece retirarme. Os voy a dejar aquí.

—¿Pero qué dices? Acábate eso que ya estoy trayéndote otra.

—¿Para qué? Esto está medio vacío. Estoy cansado, ya no pinto nada aquí y para cuatro tías que quedan... ¡Vaya mierda de fiesta universitaria final más sosa y tranquila!

—¿Qué? Al señorito no le valemos, ¿o qué? Quieres tipas, aquí el mayordomo te las trae, no te preocupes, que ahora eres el licenciado. Perdone, su ilustrísima.

—Venga, Suso. No te pongas así.

—No me pongo de ninguna manera. Espera un momento.

Suso no es de los que da su brazo a torcer. Le apetece seguir de fiesta, así que va junto al primo de Alfredo, que está charlando con unas tías y al poco tiempo me aparece con otra copa y una chica que, según él, quiere conocerme.

—¡Hola! Así que licenciado en León. Yo tengo una prima allí.

—Sí, acabe este año y…

—Mi prima dice que hay mucha marcha, aunque lo que tiene que estar bien es Salamanca, porque en Salamanca sí que hay un ambientazo. Yo fui una vez a Salamanca con la prima que te digo y fuimos a un pub que era como una iglesia enorme, me acuerdo que comimos en un indio y no me sentó nada bien al principio, porque a mí eso de las especias no me va mucho. Una pena, porque los indios tienen pinta de buena gente y me caían bien, pero para otra comeré en otro sitio en Salamanca. ¿Entiendes lo que te digo?

—Ah, Salamanca, sí. ¿Estudias allí? —pregunto mientras pego un sorbo a la copa.

—¡Qué va! Ya me gustaría, pero mis padres me mandaron a Santiago porque Salamanca les parecía muy lejos. Yo soy de Vigo, pero Santiago no está mal, y las chicas de la residencia la verdad es que se portan de maravilla conmigo. Eso sí, las monjas son unas cotillas, siempre husmeando por si ven a esta o a la otra con algún chicos. Todas menos sor Antonia, sor Antonia es un ángel…

—Antonia, sí. —Pego un buen trago a aquella copa.

—Sor Antonia lleva de monja desde que tenía veinte años. Eran otros tiempos. Ella siempre cuenta que era de una familia pobre y que casaron a sus dos hermanas, pero ella no tuvo esa suerte. Ya ves, el matrimonio le parece una suerte, yo siempre le digo que para qué quería casarse, si de monja no tiene que aguantar a un gordo, calvo que eche eructos y vaya siempre en calzoncillos por la casa. Ella me dice que no hable así de los hombres, pero es que a mí esos calzoncillos blancos me matan. ¿Tan difícil es comprarse un bóxer de algún color bonito. No sé, azul marino o algo más chillón, pero blanco no. Rosa, los rosas son bonitos.

—Sí, las rosas son preciosas. Oye, no te apetecería algo —ofrezco a la chica, justo después de acabarme lo que me quedaba de bebida

de un trago.

—No, gracias. Es que ya bebimos un montón, hicimos una fiesta en el piso porque se acabaron los exámenes y tenían ron, vodka y no sé qué más, pedimos pizzas…

—Oye, Suso, te debo una copa —digo replegándome hacia Suso para resguardarme de aquella tormenta tropical verbal.

—Ni, hablar. El señor se ha licenciado y las copas corren a mi cuenta, además me han subido el sueldo y estoy generoso.

—No, Suso. Insisto, voy yo.

—Ni hablar, tú quédate ahí hablando con la chica.

—Por eso mismo, yo voy —murmuro a Suso desesperado.

—Te vas a poner exquisito otra vez. ¿Es que no te vale la damisela? —pregunta susurrando Suso, algo irritado.

—No es eso, Suso…

Suso ya estaba de camino a la barra. Le sirven más rápido de lo que sería conveniente, en un momento tengo otra copa en mi mano. En todo este tiempo la chica no ha dejado de hablar.

—… y ella parece un poco lela, pero ahí donde la ves estudia Odontología.

—Odontología, sí. Yo estuve saliendo con una chica que estudia Odontología y que vivía en una residencia de monjas. No sé ahora —apuro a decir antes de que me corte las palabras. Pego sorbos a la copa en lo que ella sigue con su perorata.

—¿Sí? ¿Hace cuánto? Porque yo conozco a esta, pero antes que a ella no me suena ninguna. Claro que yo solo llevo tres años, acabo ahora tercero y conocí enfermeras, bueno, chicas que estudiaban enfermería, ya sabes, pero dicho esto, más estudiantes de Odontología no me suenan. Aunque como te digo, eso tiene pinta de ser un rollo…

—Hace unos años ya… —La chica no permite que le conteste. Es un auténtico disco rayado, así que sigo bebiendo.

—Mira, como te digo, esa carrera es un rollo. Aunque cualquier carrera es un rollo, la novia de mi hermano estudiaba Ingeniería y lo dejó, porque no me extraña, todo el día haciendo ecuaciones chungas. Es que las matemáticas son un rollo, yo cuando tengo que ponerme con ecuaciones me duele la cabeza. Lo mejor para el dolor de cabeza…

Sigue hablando. No para. Apenas puedo meter un par de respuestas cortas por medio y ya se acaba la copa. No sé cuánto tiempo seguido lleva hablando.

—… Y en invierno, unas humedades, yo prefiero el frío a la lluvia…

—Yo también. Voy un momento a la barra, vengo ahora.

Me pido otra copa mientras ella sigue hablando, me persigue hablando.

—…A mí no es que me guste la aldea, pero prefiero la ciudad, la ciudad con mar, eso sí, Santiago para una temporada, pero yo necesito sentir la brisa…

—La brisa, claro —contesto lo más rápido que puedo, después le doy un buen trago a la copa.

—…bueno, tú si eres de Santiago, sabrás lo que es ver turistas. En verano es un coñazo tropezar con ellos en cada esquina…

La beso. No siento especial atracción alguna por ella, pero noto que me va estallar la cabeza si la escucho un minuto más. Es la primera vez que beso a alguien sin lascivia o emoción, es una necesidad. Necesito que se calle. No es el beso de mi vida, aunque puede que para mis tímpanos sí lo sea. No me preocupa si le gustará o…

—Besas bien. Yo conocí un chico en el instituto que besaba parecido, aunque él tenía un aliento extraño, creo por estar todo el día con el chicle…

La beso otra vez. Toda una sensación para mis oídos disfrutar de su silencio. Desgraciadamente su silencio es fugaz, por fortuna mi sobriedad también. La música sigue sonando y ella sigue hablando, pero yo no percibo más que un ritmo de reggaetón de fondo, reggaetón que no parece pasarse de moda. Pasan las horas, los demás han desaparecido y ella sigue hablando, es un murmureo constante de fondo. La beso de cuando en vez, momento en el que de alguna extraña forma ella aprovecha para respirar. Por fin dan las cinco de la madrugada y suena la canción de cierre. Me ofrezco a acompañarla sabiendo que, por suerte, su residencia está cerca del pub.

—Bueno, encantado de haberte conocido.

—A mí también me ha encantado. Además, la noche…

Acerco mis labios una vez más, prolongo el beso lo que puedo y me preparo a separar mi lengua con la agilidad suficiente para poder despedirme antes de que se ponga a hablar.

—Nos vemos. Adiós.

—¡¡Eh!! Qué no te he dado mi teléfono.

—Sí, apúntamelo tú ya en el móvil —Le dejo mi móvil para que

me lo apunte ella, a ver si con esta actividad se calla.

La chica lo apunta.

—Es este. Se parece al que tenía mi tío…

—Precioso, nos vemos.

—Nos vemos —responde al tiempo que me da un beso fugaz—. Espero que lo hayas pasado bien.

—Sí, sí. Bueno, me tengo que ir.

Gesticulo un adiós con la mano y me giro apresurado, juraría que sigue hablando. De camino a casa llamo a Suso.

—Suso, no tendrás algo por casualidad.

—¿Qué pasó? ¿Necesitas gomitas otra vez?

—No. Aspirinas.

—Vete a dormir.

Diez minutos después llego a casa. Mi madre está despierta.

—¿Qué, lo pasaste bien? ¿Vienes drogado otra vez?

—Mamá, yo no me drogo. Tomé alguna copa, nada más.

—Alguna copa, claro. Pero mira cómo vienes. Borracho, mentiroso. La perra vieja le vendió el cuento al argentino de que el niño era suyo, pero a mí no me engañáis.

—¿Pero de qué hablas? ¿Otra vez con la locura del niño de Cruz?

—La locura, dice. De locura nada. Responsabilízate de tus actos y hazte cargo de la criatura.

—Mamá, ya te he dicho mil veces que…

—Mentiroso juerguista. ¡Escúchame!, se te acabó el cuento de la universidad, ahora vas a trabajar y a cumplir mis reglas o esta puerta no la vuelves a abrir.

Cierro la puerta de la habitación. Mi madre sigue ladrando fuera.

—¡Desgraciado! Tú no querrás a tu hijo, pero yo sí quiero a mi nieto.

—Cállate. «Lo que daría por una aspirina».

El móvil vibra otra vez. Quién podrá ser ahora. Cuando enciendo la pantalla tengo 8 mensajes de un número recién añadido. Mi madre sigue chillando tras la puerta de la habitación. Bueno, ya no puedo quejarme de un final de fiesta tranquilo. Y en solo unos días me llamarán para que me incorpore a la academia de Ávila. Menudo poli voy a ser.

EL EXTRAÑO CASO DE LA VIDA REAL

Termina la universidad, termina la oposición, empieza la vida real. Jamás me he planteado ser policía, pero esto es España. En mi última etapa académica en León he conocido a compañeros con formación universitaria que ya estaban probando las mieles de la realidad laboral, más bien hieles que mieles. Sucesión de contratos temporales con salarios que apenas llegan a los mil euros, pagando alquileres o hipotecas a seiscientos euros al mes y letras de coche a doscientos, apenas otros doscientos para comer. Las fiestas se convierten en espejismos de un pasado mejor. Todos se han convertido en expertos contables o usurpadores incipientes del patrimonio familiar. Normalmente ambas cosas.

Con este panorama un puesto público de funcionario con sueldo fijo y decente es el maná de los dioses de nuestra generación. Podría haber intentado preparar otras oposiciones, “de lo mío”, como se dice, un grupo A de economista social, con un sueldazo de dos mil

euros. Una plaza para cada cien que se presentan sin ser primo de nadie, hermano de nadie, cuñado de nadie ni tirarme a nadie… Antes acabo en la Nasa. Siempre podría habérmelo montado por mi cuenta y meterme a autónomo. ¡Ja! Disculpen, no hay emoticono con la carcajada suficientemente grande y que quepa aquí. Un torrente de impuestos y trabas burocráticas para los que aún necesitas estar mejor relacionado que para ser funcionario. Y eso que somos el país de Europa que más hemos crecido, llevando más de una década con el viento en popa.

En fin, policía, sí. ¿Por qué? ¿Y por qué no? Buen sueldo y a buscar una oficina para sellar los DNI y fardar en la calle con todas las nenas de los peligros a los que me enfrento.

Y los ingenieros de mileuristas… Por ahora.

SABADO, 16 DE SEPTIEMBRE DE 2006

«Nos vemos en Ávila», pienso mientras disfruto de los chillidos de un niño en la piscina. “Nos vemos en Ávila” fueron las palabras que pronunció el psicólogo en las pruebas psicológicas de la policía hace medio año. Trato de comprender para qué lo hizo si me iban a calificar como “no apto”, o por qué se toman meses para comunicarlo. Esos dos besos de compadreo saludando a la anterior aspirante debieron servirme de aviso, pero uno solo ve las señales que quiere ver. No importa ya, mi tabla de salvación laboral para huir de casa de mi madre se hundió y no me quedó otra que buscar trabajo rápido. Cinco años de universidad y un curso de varios fines de semana de socorrista acuático. Curiosamente fue mucho más útil lo segundo, aunque solo vaya a durar unos meses. En cuanto acabe el verano estaré de vuelta a casa.

—Niño, a ver si me puedes mover la sombrilla, que yo no puedo. —Una clienta del hotel interrumpe mis pensamientos.

Bajo de la silla de socorrista y procedo a colocarle la sombrilla a la señora.

—Así, un poco más… Justo ahí. Gracias, chico. Es para ponerme morena por los dos lados, ya me entiendes, que me quede buen color por todo el cuerpo —dice la anciana mientras se coloca la pamela y yergue el torso, tratando de meter barriga.

Contemplo la escena recordando las palabras de Suso. “Socorrista en Mallorca, te vas a hinchar a conocer tías buenas, cabrón”. Eso creía yo también, un trabajo de socorrista de verano en uno de los sitios más turísticos del país. Uno no piensa en abuelas ni niños molestos, piensa en las descendientes de las amigas suecas de Pajares y Esteso y convertirse en digno sucesor.

—Mira, ¿no tendrás unos manguitos para el niño? Es que tengo miedo que le pase algo.

—Sí, señora —le respondo a una madre neurótica que se hospeda en el hotel.

Voy a por los manguitos al almacén.

—Niño, ponme una Coca-Cola que me desmallo del calor.

—Voy.

—Chico, otra cervecilla que me quedo seco —pide el imbécil padre del niño molesto.

—Por supuesto, señor.

—Niño, dile al crío este que no salpique con el manguito.

—Sí, señora.

—Dile a la señora que se calle, que no le ha tocado…

—Niño, muéveme la sombrilla otra vez, que me estoy asando.

—*Quillo*, otra cañita.

A las nueve de la noche acaban por fin las perretas de niños y mayores. Después de dos meses trabajando en una piscina empiezo a pensar que mucha gente acude allí para hacerse notar más que para hacer uso de ella o tomar el sol. Me pregunto si los camareros de los bares pensarán lo mismo de sus clientes.

A las diez ceno con Calve, Camish y Suso, que han venido de visita tras haberle conseguido una buena oferta en el hotel, al estar acabándose el verano. Nos tomamos unas pizzas, recogemos la bebida que han comprado para hacer botellón en la playa y para allá nos vamos.

El hotel en el que me tocó trabajar está lleno de familias y viejos, pero la zona de El Arenal en el que se encuentra tiene buen ambiente nocturno, es decir, hay chicas guiris y beben.

De camino a la playa nos para el relaciones públicas de un bar, un tipo de mediana edad con pinta de balcánico.

—Bienvenidos a *Table Dance*. Chicas guapas, perfumadas, depiladas. Veinticuatro horas non-stop striptease. Tenemos todas las bebidas. Whisky, ron, ginebra, cerveza fría — recita el tipo con un fuerte acento del este.

—No, gracias —mascullo, gesticulando una negativa con la mano.

—Sí, gracias —contradice Suso.

—Suso, no me jodas. No estás el pueblo. Te vas a meter en cualquier antro que te ofrezca la mafia del este.

—Eres un racista, Javi. ¿Qué te hace pensar que este señor es un

ruso de esos?

—Vale. ¿Y qué hacemos con las botellas?

—Bueno. Pues volvemos después —dice Suso. Entonces se gira y se dirige al relaciones públicas—. ¿A qué hora cerráis, amigo?

—*Table Dance.* Chicas guapas, perfumadas, depiladas. Veinticuatro horas non-stop striptease. Tenemos todas las bebidas. Whisky, ron, ginebra, cerveza fría.

Nos vamos a la playa.

Si bien la zona de bares está llena, la playa se encuentra medio desierta, los extranjeros no tienen necesidad económica alguna para estar haciendo botellón.

—¿Te estarás hinchando, eh? —pregunta Suso una vez más.

—Qué va. Además curro todos los días. Estoy cansado.

—Normal, no has dado palo al agua en tu vida. Pero alguna caería con el rollo de ser el socorrista.

—Nada. A parte de que en mi hotel solo hay viejos y niños, los socorristas aquí están todos "perfumados y depilados", que diría el amigo. Si vuelvo a trabajar de esto voy a tener que trasquilarme, como las ovejas.

—No jodas. ¿Qué mariconada es esa?

—Es lo que hay. Si quieres tema en verano.

—No lo habrás intentado lo suficiente.

Tres horas después Suso puede comprobar fehacientemente que sí lo intento. Tras una apuesta con Calve por una copa, me comprometo a intentarlo con todos los grupos de extranjeras del local, sin soltar más que un simple "*Hi!*". Como estrategia de seducción es tan infructuosa como inapropiada, pero Calve acaba pagando la copa. Ya saliendo del local Calve me avisa:

—Esa veterana te está sonriendo.

—Calve, no jodas, creo que he barrido el local. Esa acaba de

aparecer.

—Por eso mismo —contesta Calve, no sin cierta razón, porque la chica, ya no tan chica, aunque tampoco señora, ciertamente me clava la mirada.

No tengo razones para no intentarlo. Acercándome a ella pienso en una estrategia de ligue decente, sabiendo que esta vez puedo tener más posibilidades.

—Hi!

—¡Hola, guapo! —dice con un marcado acento de Dios sabe dónde, pero de aquí no.

Un mal ensayo de baile delante de ella y, milagrosamente, me agarra por la cintura.

—Bailas muy bien —miente con descaro.

—Tú también. Tienes unos ojos preciosos —afirmo, sin haber dirigido los míos más allá del busto.

Pruebo a acercarme más. Ella lo hace también. Nos liamos. Paso un buen rato hasta que aparece Suso.

—Siento interrumpir, pero nosotros cambiamos de local.

—Vale, después te pego un toque.

La ya no tan chica es agradable y estoy pasando un buen rato con ella, pero tengo la impresión de que esto no llegará a más y me apetece seguir la juerga con los colegas, así que suelto la pregunta estrella.

—¿Te apetece que nos vayamos al hotel?

La chica no responde, pero por suerte esta es una de las pocas cosas que he aprendido a preguntar en inglés.

—¿Would you like to come to the hotel with me?

—No. Mejor vamos a la playa —contesta fácilmente en español. Por sus rasgos y la facilidad para los idiomas apostaría que es del este de Europa también, como el señor del *Table Dance*.

—¿A la playa?

—Es muy romántico.

—Vale.

La inesperada proposición hace posponer mis planes de juerga.

Ella me pide que la acompañe y lo hago. Llegamos a las puertas de su hotel y saca una cartera, la abre y busca la tarjeta magnética que sirve de llave para su habitación de hotel. Se le cae una foto. Me agacho y la recojo cortésmente. Es una foto familiar con un señor y dos niños que deduzco son su marido e hijos. ¡Qué romántico!

Finalmente encuentra la tarjeta y me pide que espere allí un momento que tiene que ir al hotel a por algo. En ese momento me veo en la duda de salir por patas antes de que aparezca el señor de la foto o jugármela. Obviamente me la juego. Después de un rato ella aparece con una toalla de *Buscando a Nemo,* la película de Disney.

—¿Vamos?

—Espera, creo que no traje…

—Yo tengo todo —me dice, señalando al bolso.

Y vamos.

La playa está desierta, pero, por desgracia, la distancia entre el paseo marítimo y la orilla no es la suficiente para camuflar a dos amantes que se revuelcan sobre una toalla de peces coloridos. Somos blanco fácil para las miradas de guiris que regresan al hotel después de una noche de fiesta. Si a ella no le importa, a mí menos, intento autoconvencerme. Las prendas vuelan y me olvido de la vergüenza.

—¿Vamos al agua?

—¿Al agua?

—Sí. Es muy romántico.

—En la toalla también, ¿no?

—En el agua sería tan bonito…

—Vale.

Ella coge un preservativo del bolso, me agarra de la mano y me lleva a la orilla. Por suerte el agua del Mediterráneo es cálida. Retozamos en el agua, entonces ella se agacha y el periplo ha merecido la pena. Realmente maravilloso hasta que llega el momento de enfundar cierta parte en el agua salada. Solventado el contratiempo ella se recuesta sobre el agua y me rodea con sus

piernas.

—Creo que la toalla hubiese sido más consistente para esto.

—Oh. ¡Es tan romántico!

—Sí, pero…

Trato de aferrarme con fuerza a sus piernas y le agarro por la cintura, pero ella chapotea con las manos, incapaz de mantener la flotabilidad. Pasa un coche de la policía local por la carretera pegada al paseo y reduce la velocidad.

—Joder…

—Tranquilo.

—Esto. Así es un poco difícil.

Evito fijarme en el coche de la policía y vuelvo la mirada hacia ella. La que pierde consistencia ahora es otra cosa… Por suerte la policía sigue de largo. La beso una vez más, acaricio sus senos, la agarro por la cintura y le doy la vuelta, acercando su espalda contra mi pecho, aprieto nuevamente sus senos y vuelvo a alcanzar el vigor debido. Retomamos la actividad, ella apoya sus manos en las rodillas sumergidas y arquea su espalda a lo que contesto con primero suaves, y luego bruscos, movimientos de pelvis.

—Ah, ah —la chica gime—. ¡Qué romántico!

—Sí, sí. Precioso.

Con el vaivén en el agua pierdo el contacto con ella varias veces, pero mi rigor es suficiente para retomar el frenesí. Todo perfecto hasta que percibo un trozo de plástico flotando a mi lado. Hay algo que ya no se encuentra convenientemente enfundado. Entre parar ahora o ignorar tal detalle opto por lo que haría la totalidad el género masculino. La danza acuática prosigue con ímpetu, estoy a punto de alcanzar el clímax, entonces cierro los ojos y una mano empuja mi pecho haciéndome caer al agua.

—¿¡Qué haces!?

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendido.

—¿Y el condón? Está en el agua.

—Se me cayó con el roce del agua. Lo siento, nunca lo he hecho así.

—¡Cerdo, cabrón! No tuviste cuidado.

—Iba a terminar fuera. Lo prometo.

—Adiós.

Ella se pone la braguita del bikini y sale del agua.

—Perdona… Déjame a *Nemo* un momento

por lo menos.

Sin darme cuenta el cielo ha empezado a clarearse y ya hay alguna persona mayor dando su paseo matinal. Ella coge mi ropa cuando recoge su toalla.

—¡Eh! Déjame la ropa cerca, por favor.

Se despide con un corte de manga y tira mi ropa en el paseo marítimo. Unos viejos se han quedado mirando.

Espero. Pasan los minutos, pero los viejos no se van. Temiendo que pudiesen aparecer más salgo corriendo tapándome como puedo. Recojo mi ropa del suelo. La que encuentro. Los calzoncillos no están por ningún lado.

—¡Exhibicionista! ¡Sinvergüenza!

—Lo siento, me quedó la ropa…

—¡Violador!

—Señora. No exagere, que no está usted para…

—¡Gamberro!

Un viejo se acerca con el bastón en alto, así que salgo corriendo con las virtudes o vergüenzas al aire. Pasado un tramo suficiente, me pongo los pantalones detrás de unos contenedores de la basura. Por suerte no he perdido la cartera ni el móvil, que está sonando justo en este momento. Es Suso.

—¿Qué fue? ¿Dónde estáis?

—¿Qué pasó? ¿Le echaste la leche al café?

—Qué fino, Suso.

—Fue a hablar el indicado.

—Pues no sé, más que un café con leche me quedó cortado. ¿Por dónde andáis?

—Buscando un local molón que conozco.

—No jodas, Suso. ¿Y los demás?

—En el hotel.

—Vete a dormir. Espera, estás ya por la zona del…

Entonces veo a Suso en frente, al otro lado del paseo. Está diciéndole algo a un tipo con pinta de mafioso.

—*Table Dance*. Chicas guapas, perfumadas, depiladas. Veinticuatro horas non-stop striptease. Tenemos todas las bebidas. Whisky, ron, ginebra, cerveza fría. —Es el mismo

eslavo de antes.

—¿Qué coño haces, Suso?

—Hombre. Casanova.

—Vámonos de aquí.

—No, no, no. Si tú pillas, yo también. Sería muy feo que me dejaras así —contesta Suso, justo antes de volverse hacia el tipo—. Oye, amigo. ¿Cuántas chicas quedan dentro?

—*Table Dance.* Chicas guapas, perfumadas, depiladas. Veinticuatro horas non-stop striptease. Tenemos todas las bebidas. Whisky, ron, ginebra, cerveza fría.

—Suso, joder, vámonos. ¿Qué esperas encontrar aquí? Aún te vas a meter en líos.

—Claro, como tú vas servido.

—Anda, si tú ligas más que yo. ¿No puedes volver a casa tranquilo por una vez?

—No. Además, no quería decirlo delante de tus otros colegas, pero esta semana me llamaron de los eólicos. Más de tres mil euros al mes, tío.

—No jodas. ¿Y ese chollo?

—Pues mis abuelos tienen unas fincas en un monte en el que van a poner unos eólicos. Así que ya sabes.

—Ya ganabas una pasta en la construcción.

—Sí, pero esto está mejor. Vente, te invito.

—No, coño. ¿Qué esperas encontrar ahí?

No hay manera de pararlo. Entra en un club de mafiosos del este como si se tratase del patio de su casa. Y ahora va a ganar más pasta aún. Me quedo mirando para el relaciones públicas. ¿Cuánto llevará ahí? Seguro que sabe de algún sitio para comer algo ahora.

—Perdona, ¿sabes de un sitio para comer algo cerca?

—*Table Dance.* Chicas guapas, perfumadas, depiladas. Veinticuatro horas non-stop striptease. Tenemos todas las bebidas. Whisky, ron, ginebra, cerveza fría.

VIERNES, 27 DE OCTUBRE DE 2006

—¿A cuánto nos saldría la noche? —pregunta la anciana avara. Llevo menos de un mes trabajando en una agencia de viajes de Santiago. Aquí vienen con pensiones de todos los colores preguntando por los viajes del IMSERSO. Cuánto más alta sea la pensión que perciben, más racanean en el precio.

—Pues una semana en resort de cuatro estrellas, en primera línea de playa, con piscina, espectáculos, actividades y mucho más, en régimen de todo incluido, por pocos más de veinte euros. Una oferta inmejorable.

—Ah. ¿Veinte euros los dos? —Justo como me temía, una septuagenaria cargada de joyas, de pelo teñido de rubio y con medio bote de colonia encima. El marido al lado, serio, con la barba perfilada y un reloj de marca. La pensión de cada uno de estos se acercará o incluso superará los dos mil euros. A lo que sumarán las rentas de a saber cuántos pisos. Un pastizal al mes, vamos. Regatearán al máximo.

—No, serían poco más de veinte euros cada uno, pero con todo incluido. No tendrían que preocuparse por nada.

—Ay. Es que veinte euros cada uno me parece carísimo. Lo siento.

—No se preocupe, ahora le miro en el ordenador una oferta mejor. Por cierto, qué pendientes más bonitos lleva —miento.

Mientras los señores esperan aprovecho para mirar en el Messenger si me ha escrito la alemana, una chica preciosa que conocí hace dos semanas y de la que me quedé completamente prendado. A primera vista me recordó a Desi, la canaria, pero de pelo más

oscuro y más baja, justo lo contrario de lo que cabría esperar. Si Desi era clásica en su forma de vestir, la alemana tiene un estilo más hippie y desenfadado. Ahora caigo en que realmente poco se parecen, aunque las dos son realmente guapas. Efectivamente me ha escrito. *"Esta noche estoy sola en casa". Emoticono*.

—Joder, sí.

—¿Perdón?

—Bien, sí. Aquí tengo una oferta de última hora. Dieciocho euros con todo incluido y también muy cerquita de la playa.

—Hombre, ¡con ese precio! Como para no estarlo.

—Es una oferta muy buena.

—No sé, es que dieciocho cada uno sigue siendo…

—No se preocupe, déjeme escudriñar las oportunidades una vez más.

Abro el Messenger de nuevo. La alemana me acaba de poner que está sola en casa. Y ahora está poniendo más emoticonos. Emoticonos sonrientes, guiñando el ojo, ofreciéndome un abrazo. Es una oportunidad de oro. "¿Pero me vas a tratar bien?" le escribo.

—Un momento, que el ordenador está lento hoy.

—Sí, majo. Nosotros esperamos.

Añado emoticonos, emoticonos y más emoticonos de esos a la conversación con la alemana. "Emoticoños", como los llama Suso. Siguiendo sus indicaciones los meto por todos lados.

—Bueno, creo que tengo justo lo que quieren. Canarias, todo incluido, muy cerca de la playa y no llega a quince euros. ¿Qué me dicen?

—¿Es de cuatro estrellas también?

—Es de tres, pero apenas hay diferencia con uno de cuatro y la gente que va vuelve encantada. Tiene una piscina enorme, seguro que usted nada mucho para estar tan en forma —miento escandalosamente. La vieja tiene pinta de no haberse movido del sofá en décadas.

—¡Qué cosas me dice, Paco! —El marido sigue inmutable.

—Anímense, es un paraje maravilloso, de postal. No se van a arrepentir.

—No sé, sigue yéndosenos un poco de las manos —duda la señora.

—Sigo mirándoles entonces. —Estoy seguro que para ellos es una minucia, es increíble lo que pueden llegar a regatear, sobre todo cuanto más ingresos tienen. Ahora debo tardar un poco más. Es necesario dar la impresión que estás rebuscando al milímetro en el programa, si propongo otra oferta muy rápido pensarán que puedo seguir bajando mucho más. Abro de nuevo el Messenger. Después de una sucesión interminable de emoticonos la alemana escribe: *"Vente. Te trataré muy bien, ya verás. Podemos ver una película juntos"*. "Cuando salga de trabajar, paso por casa a darme una ducha y voy", contesto. Y emoticono, emoticonos por toda la pantalla.

—A ver, a ver —murmuro.

—Sí, tómate tu tiempo. No te preocupes.

Después de una lista más de emoticonos la alemana escribe: *"Ven pronto. Tengo ganas de estar contigo"*. Esa frase es una melodía visual.

—Se le ve contento. ¿Ha encontrado algo bueno?

—Sí, señora. Justo lo que buscan. He encontrado un hotel en Canarias por catorce euros con todo incluido y en la costa también.

—¿Cuánto sería en total?

—Catorce euros por día, todo incluido, durante diez días, más los vuelos y traslados. Todo por apenas trescientos euros.

—¿Los dos?

—Cada uno. Está muy bien, no lo van a encontrar más barato.

—Ay no sé. Es mucho dinero. Vamos a mirar alguna agencia más y el lunes volvemos.

—Como usted desee, señora. Estaré encantado de atenderles.

—Lo mismo mi marido no puede venir.

—No me creo que vaya a dejar sola a un caramelito como usted —piropeo insultantemente. El marido muestra por primera vez signos de vida en forma de una sonrisa muy forzada.

—Ay. No me digas eso, que me ruborizo.

—Encantado. —Les doy la mano y me despido de los dos.

—Parece que has ligado hoy —dice Belén, mi compañera de la mesa de al lado, cuando los señores salen por la puerta.

—No les he vendido nada, pero lo mismo sí. ¿Estás celosa?

—Sí, claro. Ahora mismo salgo a pelearme por ti con la señora.

—Bueno, estos creo que son los últimos. No creo que vengan más hoy.

—Quieres que te cubra porque vas de juerga hoy y quieres salir antes.

—Belén. ¡Qué desconfiada!

—¿Entonces?

—No te importa, ¿no? Es que tengo planes.

—Venga, marcha.

—Gracias, guapa —me despido de Belén. Es delgada y de media altura, le faltan curvas, pero es guapa y tiene unos ojos muy bonitos. Es casi cinco años mayor que yo y le parezco un inmaduro. No me importa, se porta bien conmigo.

Me pongo la chaqueta y salgo pitando para casa.

—¿Qué? ¿No vas ni a cenar hoy?

—No, mamá. Ceno con unos amigos.

—El señorito es pudiente. ¿No estarás dejando más niños por ahí?

—Mamá, no empieces —protesto mientras miro al espejo, tratando de afeitarme bien. El espejo tiene más años que yo, igual que el resto del baño. Después de una incómoda ducha por la rotura, una vez más, de la alcachofa del baño, afeitarse así se convierte en una actividad tediosa. Al acabar me pongo mi camiseta azul ceñida que tan buenos resultados ha dado en el pasado y me echo un último vistazo. Siempre fui un enclenque peludo, pero después de preparar las pruebas físicas de la policía he ganado algo de cuerpo. Por culpa de mi dieta, algo de barriga también. Dichosamente, el pelo de la cabeza también sigue ahí.

—¡A ver cómo vuelves! —se despide mi madre cuando salgo por la puerta.

—¡A ver si encuentras la cerradura para meter la llave! —vuelve a advertir cuando regreso a casa a por lo más importante, que ya se me olvidaba, los profilácticos.

En diez minutos hago el trayecto de veinte. Aun así llego tarde al piso de la alemana, que está en la zona nueva, cerca del *Apolo*.

—Hola.

—Hola guapa. ¿Eso es Michael Jackson?

—Ya, un tanto clásico. Lo sé.

—Está bien. A mí también me gusta.

—Pasa. ¿Quieres tomar algo?

—Oh, lo siento. Con las prisas se me ha olvidado traer algo —me excuso. Mi madre tiene razón, no soy nada detallista. Ni una botella de vino, ni unos bombones. Hasta se me ha pasado el pequeño detalle de la cena.

—No pasa nada, tengo cerveza.

—¿Te apetece pizza? He pensado en pedir unas para cenar —acierto a improvisar.

—Buena idea.

En lo que esperamos al repartidor la alemana me enseña unos pases de baile imitando al rey del pop. Es curioso ver a una chica alemana más bien baja, morena, con una vestimenta a medio camino entre una hippie y una rapera y que baila al ritmo de Michael Jackson. Todo puede llegar a ser muy imprevisible.

—Annie, are you ok? So, Annie are you ok.

—Lo haces muy bien.

—¿Te puedo confesar una cosa?

—¿Qué?

—Lo aprendí de mi exnovio. Su padre es un afroamericano fan de Michael que lo enseñó a imitar sus movimientos, y él bailaba esa canción para mí. Me gusta porque la chica a la que canta se llama como yo y eso hace que me sienta protegida.

—Ah. ¿Es el de la foto de la pared, en la que estás con otra chica y él? —pregunto señalando a una de las tantas fotos pegadas sobre la pared.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—No sé. Es negro, supongo que por eso.

—Ah, claro —contesta riéndose.

Me río también. En todos estos años no he aprendido a ser mínimamente detallista, pero llevo condones encima y ya no me enfado porque la chica que me gusta hable de otros chicos atractivos o de antiguos amores. Por un instante recuerdo a mi primera novia en la universidad, Laura. ¡Cómo me comí el coco por esa estupidez! Hasta llegué a cortar con ella por eso. Qué crío era entonces. Pobre Laura.

Tocan al timbre. Las pizzas ya están aquí.

—Estoy un poco cansada. ¿Te apetece ver una peli? Así voy mejorando mi español.

—Vale.

—En el sofá estaremos cómodos. Podemos cenar allí mismo.

—Sí, claro. ¿No te importa que se ensucie?

—No, ya recogeré mañana. Mis compañeros de piso no llegan hasta el lunes.

Eso hacemos. La peli es un drama que me importa un bledo, con verla a ella estoy más que satisfecho. En lo único que cumple el estereotipo de chica alemana es en los ojos claros, por lo demás es menuda y de cara fina. Terminamos de cenar y nos apoltronamos en el sofá. Nos besamos recostados.

—Abrázame —me dice.

—Claro, preciosa —contesto palpando por encima de la tela vaquera de mis bolsillos, comprobando el sutil sonido y el tacto mullido de plástico y látex debajo. Entonces la abrazo. Nos besamos más y me permito invadir con las yemas de mis dedos entre el límite de lo sensual y lo sexual.

—Lo siento, pero me encuentro un poco cansada —me dice con sus ojos claros entrecerrados.

—Entiendo —contesto retirando mis manos con suavidad y entrelazándolas sobre su ombligo, abrazándola.

Al poco rato se queda dormida. La película es un bodrio, pero no me importa permanecer simplemente observándola. Entonces se despierta.

—Lo siento, me he quedado dormida.

—No importa.

—¿Ha acabado la película?

—No.

—Es mejor que me cueste, ya acabaremos de verla.

—Como quieras. ¿Te apetece que me quede un rato?

—Eres muy amable y me encantaría, pero es tarde. Mañana si te apetece nos vemos.

—Vale. Descansa, guapa.

Nos despedimos con un largo beso y vuelvo a la calle. Es una noche fría para estas alturas del año y comienza a chispear. Apuro el paso a casa, cuando paso por la Plaza de la Quintana veo el local en el que ha empezado a trabajar Alfredo. Dentro están sus primos y Camish echándose unas risas. Me veo en la disyuntiva de seguir caminando a casa o pararme a tomar algo y ver a qué viene tal jaleo. Indudablemente opto por lo segundo. Una copa y vuelvo a casa. Además, parece que va a ponerse a llover con más fuerza.

—¿¡Qué pasó!? —saludo a los colegas.

Al momento entiendo las risas. Alfredo se ha recortado la melena en el peluquero de una manera un tanto andrógina.

—¿¡Pero qué coño!?

—Bueno. Otro más. No preguntes y dime qué vas a tomar.

—Un ron cola, ya sabes.

—No digas nada más.

—¿Se puede saber que se ha hecho este? —le pregunto a Camish.

—Por lo visto fue a un concurso de peluqueros.

—Sí, me soltaron sesenta euros por que me dejara hacer esto y, bueno, ya ves. Si te estás calladito lo mismo te cae otra copa por la cara.

Y lo estoy, delante de él me callo. Cuando deja la barra para atender las mesas nos reímos con las caras que ponen los clientes del bar. Llegan más conocidos y el cachondeo es generalizado.

—¡Cabrones! —masculla ahora desde la barra —. ¿Tú no estabas con la nueva Erasmus que conociste? —me pregunta.

—Estaba cansada y yo soy un caballero.

—No. Estaba sobria y tú eres un gilipollas.

—Puede que también. Me voy, que mañana le dije que la llamaría.

—No. Te quedas, te tomas otra y me entretienes a estos cabrones para que dejen de vacilarme.

—Bueno, venga. Tampoco me voy a enredar hoy por una más.

Y no lo hago. Entonces aparece Suso.

—¡Hombre! Mira a quién tenemos aquí, el pene políglota. Porque de boca nada.

—Fue a hablar la eminencia.

—¿Qué hiciste que ya te echó?

—Qué sabrás.

—O eso o estás hecho un precoz de esos. ¿Cómo dicen…?

—¿Un eyaculador precoz?

—Eso, sí.

—Ni una cosa ni la otra. La chica estaba cansada y yo soy un caballero, eso es todo. Bueno, me piro, que ya me quieres liar.

—No, no. Usted se toma una.

—No gano más de tres mil al mes, como otros. Cojones, no llego ni a mil. Además, hoy dije que no iba a salir.

—Que no. Como eres todo un caballero te invito a una y después ya te vas, si eso.

—La última. Lo prometo.

—Sí, claro. Cuenta, ¿qué hiciste para que te mandaran a paseo esta vez?

—Que no hice nada. Estaba cansada, eso es todo.

—No me digas. Seguro que no llevaste nada.

—Sí, lleve gomitas sí. Déjate de historias.

—¿Qué? Digo que seguro que no llevaste una botellita ni nada. Apareciste allí tarde y con las manos vacías, no me digas más.

—Puede, salí tarde del curro.

—Llegaste allí de mega estrella. ¡Con dos cojones!

—Con eso sí.

—Pero qué poca cabeza tienes. A esas citas hay que llevar una botella de vino al menos, si es de licor café mejor, que pega el pelotazo antes.

—Era una cita romántica, no contigo.

—Por eso, imbécil.

—Emborrachar a una chavala para poder trincártela. Eso sí que es romántico, Suso.

—Que yo sepa tú no la emborrachas, será el vino, la cerveza o lo que beba. ¿O puedes emborracharlas a besitos?

—Vete a rascarla.

—¿Entonces puedes? Y yo aquí de gilipollas pagando copas. Ven para aquí y dame un besito, que si es así me replanteo mi sexualidad, que se dice ahora.

—¡Chavales! Una de chupitos gratis y dejáis de tocarme los cojones con lo de mi pelo. El primero que diga algo se la cobro.

—No jodas. Yo hoy no quería beber. Prefiero seguir vacilándote

por el peinado, que quieres que te diga.

—Una mierda, no es voluntario. Chupito gratis y te callas, punto.

—Vale, uno y para casa.

Apenas se me pasa el calentón del tequila al paso por mi garganta y Suso vuelve a pronunciarse.

—Otra ronda de chupitos, coño, que hace buena noche.

—Pero qué narices… Si está lloviendo a cántaros.

—Por eso. ¿Qué vamos a hacer sino?

Un último destello de responsabilidad pasa por mi cabeza. Debo irme. Entonces aparece Jano, el primo de Alfredo.

—Eh, tío. Tú bebes ron también, ¿no? Toma, acábate mi copa y nos vamos al Establo, que está cerca y es el único sitio donde podemos ir lloviendo tanto.

«No. Es tarde y quedé mañana con una chica fantástica, quiero estar fresco para una cita perfecta y no tengo dieciocho años para estar haciendo el bobo toda la noche», es lo que debería decir.

—Venga, la última y ya para casa. —Lo que acabo diciendo.

Jolgorio, risas, música pop de pésima calidad, más copas innecesarias y adulteradas. Son ya las cinco de la mañana cuando bajamos hacia *Apolo*. En la curva antes de llegar a la plaza del Toral mi pie resbala sobre la piedra mojada, trastabillándose. ¿Sigue lloviendo? Mi coxis tamborilea sobre el suelo empedrado, pero mi nivel de embriaguez solo percibe el eco de un dolor lejano encima de mi trasero. Me levanto y sonrío tocándome la nariz.

—Vas todo loco —dice Suso—. Vámonos a Apolo, a soltarte a las leonas.

—No. Eso se acabó para mí.

—Si no vamos a Apolo. ¿Entonces a dónde carajo vamos?

—Yo voy al piso de la alemana, acabo de mandarle un SMS diciéndole lo mucho que me gusta y que quiero verla, que la deseo tanto que no puedo esperar a mañana.

—¿Qué has hecho? No jodas que apenas puedes andar y le has

escrito eso. Ya tengo dicho que los móviles son un peligro —dice Jano, el primo de Alfredo.

—¡Ay cómo le dijo! ¡Loco por la *freba*! —dice Suso—. Venga yo voy contigo y os canto una canción de amor.

—Puto Frebas —le grita Jano a Suso—. ¿Tú crees que es momento de animarlo?

—¿Pero qué pasa, Jano? Que ya hablé con ella y le parece tan normal.

—Tan normal, molestarla a las cinco de la mañana para ir por su piso porque te apetece verla. ¡Tenía que haberte quitado el móvil, joder!

Miro los SMS de la alemana para comprobar el número de piso y la letra. Me cuesta encontrarlo. Para cuando lo consigo ya estamos muy cerca de su piso. Octavo C.

—Loquísimo por la *freba*.

—Quieres callarte tú también.

—¿Qué carajo hace ahora?

Estoy en el portal del edificio de la alemana. Busco su piso y llamo.

—¿Pero qué haces?

—Timbrándole en su piso, no sé porque tarda tanto.

—Deja de hacer el gilipollas.

—Espera, que toco otra vez. No habrá oído.

—Estás tocando en un piso distinto.

—Noooo. Es el octavo C.

—Si estás llamando al sexto A, desgraciado.

—Cierto. Es el de arriba.

—Déjalo ya, hombre.

—Ahh. Qué raro. Espera que compruebe. —Miro el móvil aún con más dificultad—. ¡Hostia! Si es el sexto C. No iba mal encaminado.

Insisto, tocando ahora el Sexto C.

—Javi, eres gilipollas. En serio, tú verás.

—¿Sí? —contestan al otro lado del telefonillo.

—Cariño, soy yo.

—¡Hostia! Le abrió.

—Bueno, chicos, ya os veo —me despido.

—Estás loco, que te den.

Un amago de despedida y toco el botón del ascensor. Marco el octavo piso. «Vaya, era el sexto». Toco en el sexto. Al llegar me espera ella en la puerta, parece sorprendida.

—¿Qué quieres a estas horas?

—Quería verte. Me pareces preciosa.

—Ah. ¿No podías esperar unas horas?

—No. Mira ya he aprendido el paso de Michael que me enseñaste. *¡¡¡Hee, hee!!!* —grito, imitando al rey del pop, tratando de hacer un amago del *moonwalk*. Choco contra la mesa de la entrada y la gravedad me lleva contra el suelo por segunda vez en la noche—. Bueno, casi me sale.

—Vale. Muy bien. Pero es muy temprano.

—Entiendo, querrás dormir un poco más.

—Sí.

—¿Nos vemos en unas horas entonces, preciosa?

—Vale, pero ahora es mejor que te vayas.

—Sí, claro. Me has alegrado la noche.

Me despido con un beso que ella no alarga demasiado. Cierra la puerta con cierta brusquedad, por un momento pienso que le puede haber resultado incómodo. No, solo es un detalle romántico, ella lo entenderá. Salgo del edificio y voy apresurado hacia Apolo, antes de que cierren. Saludo al portero, que me contesta con una mirada seria y sin palabras. Las escaleras de bajada a este antro se me hacen interminables. Saludo a alguien que conozco. ¿Quién será? No veo a Suso en la pista, por lógica está en la barra. Efectivamente.

—¡Hostia! Disparaste muy pronto o gatillazo de leyenda.

—Déjate de preguntas retorcidas.

—No pregunto. Afirmo. Por cómo vas, lo segundo.

—No, solo fui allí y le recordé lo preciosa que es.

—Ahora dime, en serio, ¿a qué cojones fuiste?

—A mostrarle que ya sé hacer el *moonwalk*.

—¿El qué?

—Ese paso del Michael Jackson. El que camina hacia atrás.

—La madre que te parió. ¿Despiertas a una tipa a las tantas para hacer el Michael Jackson?

—Lo peor es que no me salió muy bien.

—En serio. Estás como una cabra, pero por eso mereces otra copa.

—No… Bueno, la última.

—Esta sí que es la última. Después cierran. Espero que no te gustase mucho esa chica.

—¿Por qué?

—Porque no la vas a volver a ver.

—Venga, no fue para tanto. Un detalle pasional. Mañana le pido disculpas si le pareció mal.

—Je, je. Así que mañana le pides disculpas por tu exceso de pasión. —Suso sigue riéndose—. Me encanta tu optimismo. Mañana lo que vas a tener es una resaca de campeonato.

—Vale, eso también. No lo volveré a hacer, pero no creo que se lo tome tan mal.

—Javi, mañana míralo por el lado bueno, la gente como tú o como yo necesitamos hostias para aprender. La llevarás y ya aprenderás. Entonces seguro que no vuelves a hacer el gilipollas de esa manera, lo harás de otra, pero así ya no. Créeme y bebe, mañana te hará falta olvidar —sentencia Suso ofreciéndome la última de las últimas copas.

De la pista de Apolo a las frías sábanas de mi cama apenas median dos imágenes en mi memoria y una sola cuestión. ¿La habré cagado?

Por alguna extraña razón, la alemana no querrá saber nada más de mí.

VIERNES, 9 DE MARZO DE 2007

Son las 3 de la mañana y nos dirigimos al Establo, pub de pijos por excelencia en Santiago. El paseo disfrazado de carrera de travesía de la mañana apenas compensa el asalto al abrevadero nocturno. Añoro mi vida de universitario, exponiendo mi maltrecho sistema inmunitario a los riesgos derivados de una malograda vida sexual de supervivencia, pero el antaño caladero de chicas Erasmus se ha llenado de tiburones que rondan la treintena dispuestos a atrapar entre sus fauces a cualquier veinteañera extranjera despistada. Cazar Erasmus en octubre ya es tarea difícil, en marzo imposible. Es curioso como un paraíso de exóticas ninfas se ha transformado en un infierno de buitres en unos pocos años.

Mi única aventura con una chica en meses se ha reducido a unos besitos después de una disertación de una hora por su parte, rememorando cómo había acabado una relación y necesitaba ir despacio. Tras una cita de tarde en una cafetería y una excursión al monte otro día desapareció. Era guapa. Puede que volviese con su pareja, o no. Es indiferente ahora.

—¿Chupitos? —Alfredo interrumpe mis pensamientos.

—Venga, tequila.

Nos los tomamos y nos adentramos en el tumulto de gente bien que sujeta una copa con la mano o menea su último modelito. En medio de la marabunta nos esperan Camish y Jano, el primo de Alfredo, un chico formal de la alta sociedad capitalina que ha resultado ser un tipo legal, educado, pero sin caer en la prepotencia de la que adolecen muchos de los de su clase. Está hablando con un grupo de chicas bien conjuntadas, aunque no tan bien torneadas, lo que le sobra a algunas le falta a otras. De repente, alguien me interrumpe de camino.

—Hombre, el chico de León.

—¿Qué? Estudié una época allí pero yo no…

—Pues yo fui este verano a ver a mi prima, pero fue un muermo. Todo el día en los viñedos y, a ver, a mí el vino me gusta, pero para una copa o dos. Y un calor… No veas que calor. Lo mejor las *tostas* de cecina y queso. Eso sí, te dejan el estómago fino. Lo mejor era darse un baño en la piscina y una buena siesta después…

—Un momento. ¿Viñedos, tu prima, cecina…? ¿Tú quién…?

—Mira cómo te haces ahora el interesante. Como el chico ya acabó la universidad va dando lecciones de licenciado a los demás. Habría que verte estudiando Farmacología a ver cuánto tardabas en sacártela. Todos los tíos os creéis muy listos… —Esa manera atropellada de expresarse, ese traqueteo continuo de palabras. Ahora caigo, la chica que me está ametrallando el tímpano es la misma que conocí en mi despedida de la universidad, a comienzos del verano pasado. Al final me había liado con ella y solo la falta de saldo en el móvil me había salvado de tener que contestar a una retahíla interminable de SMS. Ella sigue a lo suyo—. …Es que tenías que ver a mi prima en el caballo, media hora para montarse y casi cae de culo…

—A tú eres. Tú eres… Tú eres tú.

—Sí. Y tú eres al que le costaba contestar cuatro mensajes.

—Saldo agotado. Y cuatro, lo que se dice cuatro, no fueron.

—No pasa nada, si me lo hubieses dicho te llamaba. Tengo un montón de minutos gratis gracias al contrato telefónico de la empresa de mi padre.

—No importa, no es necesario que los gastes conmigo.

—Mira que majo, que cuida de mis minutos. Pues para otra te llamo, sin problema, y tomamos algo. Tienes mi teléfono, ¿no?

—Es que perdí el teléfono viejo y… —No deja ni que termine con mi mentira piadosa.

—No importa, te hago una perdida.

Me llama. Efectivamente no tengo su número registrado en el móvil. Cuando me dispongo a hacerlo me doy cuenta de que sigo sin recordar su nombre. Bueno, es difícil recordar algo que nunca se

ha sabido.

—¿Te gustaba Bon Jovi, verdad? —pregunto fijándome que lleva una camiseta del grupo.

—¿Te acuerdas, eh? Entonces no me habías olvidado.

—No, claro que no. —Cojo el móvil y selecciono la opción de guardar contacto. A la chica le gusta Bon Jovi. Nombre: J. Podría haber sido B, pero ya hay una en mi lista de contactos, alguna B que conocería a las tantas de cualquier noche y que habrá pasado de mí.

—¿Ya lo guardaste?

—Sí, claro.

—Eres rápido con el móvil. Otra cosa que tenemos en común.

—Sí, bueno.

—No sé qué pensar de ti. Así de primeras te comportas como un imbécil, pero también tienes tu buen fondo. No me importaría quedar contigo, pero no quiero que pienses que te va a ser tan fácil tener algo conmigo…

Una amiga la interrumpe.

—¡Alba, coño, llevamos esperando por ti media hora!

—Lo siento, encanto, pero me tengo que ir. Hablamos. Ahora ya tienes mi número. Yo mañana no sé si iré por Vigo, pero hablamos. Un día podemos tomar un café o una caña si hace día de terraza. Cerca de la Alameda hay un…

—¡Alba, joder, que están todas esperando!

—Bueno, te dejo ir —me despido aprovechando la oportunidad. Dos besos de cortesía y salgo pitando hacia la barra. Cuando estoy a una distancia prudencial me pregunto si hubiese debido ir tras ella, han sido meses de dura sequía. Solo de pensar en el dolor de cabeza se me borra la idea.

Jano sigue con el grupo de chicas, bailando efusivamente con una. Al rato las chicas van al baño. Todas juntas, esa extraña costumbre. Jano viene hasta la barra.

—Javi, creo que le gustas a Gloria.

—¿Cuál es Gloria?

—La que va con el vestido verde. —Se hace un silencio hasta que el grupo de amigas reaparecen procedentes de los aseos.

—No es una belleza y tiene más espalda que tú o que yo.

—No decías que llevas tiempo de sequía y no estabas para impedimentos.

—¿Impedimentos? ¿Quién dijo que lo fuesen? Solo dime una cosa, ¿es muy charlatana?

—Qué va. Más bien seca y callada.

—Pues hoy, el amor de mi vida.

Nos acercamos, Jano hace las consiguientes presentaciones.

—Me llamo Gloria.

—Yo soy Javier.

—¿De Santiago?

—Sí, claro. «Obvio». Me dijo Jano que estudiaste Derecho.

—Sí, trabajo en un bufete de abogados.

—Yo trabajo en una agencia —Gloria sonríe— de viajes. —Gloria hace un gesto de indiferencia. Me ha ocurrido más veces. No es lo mismo una agencia de modelos, abogados u otra cosa que suene bien, que una agencia de viajes, por lo menos para ellas no suele serlo. Tampoco es lo mismo ser el propietario que un pringado que trabaja allí. La vida es así.

Como ha dicho Jano, Gloria es una chica de poca conversación y lo poco que dice parece tener un guion previo. No le culpo, me ocurre lo mismo. Como era de esperar esta escena de típico tópico se desarrolla al tiempo que reduzco distancias, la cojo por la camuflada cintura y me acabo liando con ella. No nos saltamos una línea del guion.

—¿Vives solo? —pregunta. Una chica con las cosas claras. Vaya, eso sí que se ha salido del guion.

—Vivo con mi madre, pero está cuidando de noche a una señora. No está en mi casa.

—Interesante.

Por un momento me planteo si la casa estará en condiciones para llevar a una chica. No importa. Ni la chica es la personificación de mis sueños ni yo soy tan caballero. Terminamos la copa y nos despedimos del resto. Vamos a “dar una vuelta”.

Al llegar a la puerta de mi casa cruzo los dedos esperando que no esté todo demasiado descolocado. Por fortuna, parece más o menos ordenado.

—Pondré algo de música, aunque baja para no armar mucho jaleo.

—Vale.

Nos liamos. Supongo que ella, al igual que yo, trata de poner de su parte sin conseguir que alcancemos *feeling* alguno.

—Hay que ir un poco más al gimnasio —puntualiza ella al

quitarme la camiseta—. Y no te vendría mal depilarte un poco.

Por el bien de mi libido ignoro tan oportunas sugerencias. La beso en el cuello sin mucha pasión. Paseo mis labios de la parte posterior de su cuello hasta sus hombros. Por desgracia la noche ha sido larga y calurosa bajo aquel vestido verde y mi olfato lo nota. Otro torpedo en la línea de flotación de mi deseo sexual. El instinto me dice que cuanto más extienda los preliminares peor será. Con el dedo índice deslizo la tira de su vestido dejándola caer sobre sus hombros. No es tarea fácil, tiene buenos hombros. Cuando ya consigo quitarle las tiras del vestido, mi boca se dispone a inspeccionar sobre sus pechos. Al igual que el mío, su torso femenino tampoco es la octava maravilla. A ella tampoco le hubiese venido mal haber hecho alguna hora de deporte durante el último año, pero yo al menos tengo más decoro al no decirlo.

El problema real surge al tirar del vestido más hacia abajo. Cabría esperar que la fina, o no tan fina, capa de sudor ayudase en la labor, pero no. Tengo que esforzarme y temo que se note. Menos mal que tiene más espalda que trasero. Consigo desvestirla al fin. No ha sido de película romántica precisamente. El impacto de su cuerpo desnudo frente a mis ojos es letal. Aquel vestido verde podría no parecer excepcional, pero, como tantas otras cosas en la vida, es en su ausencia cuando se evidencia la tremenda calidad de su diseño. Una verdadera obra de arte de la ingeniería textil con una capacidad de moldeado y resistencia de ensueño. La gente se pregunta cómo no hemos vuelto a la luna en tanto tiempo, este vestido tiene la respuesta: los genios de la ingeniería se han pasado al textil. Entonces, cuando con más fe de la que debiese voy a bajarme los calzoncillos va ella y sentencia:

—Tienes una casa muy pequeña, ¿no?

Yo preocupado por el tamaño de mi erección, dadas las circunstancias, y ella completamente ajena, escrutando las dimensiones del pequeño apartamento. Quedo completamente absorto ante lo inesperado de aquella observación, con el rostro petrificado, pasmado por algo que en estas situaciones considero intrascendente y hasta ofensivo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás nervioso?

—Un poco —miento, aunque no es una situación cómoda no tengo motivo para estar nervioso, lo estaría si tuviese dudas de mi capacidad sexual en ese momento. Y no las tengo. Gatillazo al canto. Los nervios sí que me pueden servir como buena excusa.

Silencio incómodo.

—¿Quieres una cerveza? —pregunto, tratando de ser cortés.

—¿Crees que estás para más cervezas?

—Ya, eso es. Lo siento, he bebido mucho —miento de nuevo. He bebido, pero no tanto. De cualquier forma, la excusa es perfecta. Solo quiero que este mal trago acabe pronto. «Una casa pequeña, hay que joderse».

Otro silencio incómodo.

—¿Bueno, qué? Mejor lo dejamos para otra, ¿no? —pregunta.

—Sí, casi mejor. Si quieres quedarte un rato no hay problema.

—No, gracias. Ya es tarde.

La acompaño hasta el portal y me despido. Al verla alejarse en la noche casi alcanzo el orgasmo. Subo a casa, enciendo el ordenador y busco algún vídeo porno tratando de quitarme esa imagen de la cabeza. Suena el móvil. Es Suso.

—¿Qué coño quieres a estas horas?

—Nada. Estoy en el Establo, me encontré a tus colegas y estaban comentándome tus conquistas cuando la susodicha aparece por la puerta —dice Suso mofándose—. Joder, cada vez eres más rápido.

—Y peor.

—En serio, ¡qué espalda! Tengo un colega con una empresa de construcción que buscaba personal, quizás… Estás muy callado. En serio, ¿te pegó o abusó de ti? Porque podría.

—A cabrón no te gana nadie. No encontraste nada que rascar hoy o qué.

—No, hombre. Lo intenté, pero a la única que encontré fue a tu compañera de trabajo. Esa de los ojos verdes.

—¿Belén?

—Sí, esa. Me preguntó por ti varias veces. No debió de verte detrás del maromo con el que te liabas.

—Muy gracioso.

—Lo digo con respeto, tiene mérito. Nunca me tiré una así, ¿la levantaste tú o te levantó ella a ti? No contestes, los dos sabemos la respuesta.

—Que te zurzan.

—Venga, ahora que la has despachado vuelve para aquí que la noche es joven y tu cariñito ya se está yendo.

—No estaba pensando en eso precisamente.

—¡Javi, vente, no seas muermo! —grita una voz femenina.

—¿Belén? ¿Qué haces con el teléfono de Suso?

—Decirte que vengas.

—Es que estoy ya en cama.

—¡Qué aburrido! Anímate.

—Gracias, Belén. Pero es tarde…

—Vale, te paso a tu colega.

—Pásalo bien, Belén.

—Javi, oye, espera un momento. Esta quiere temita, no seas tonto —dice Suso, otra vez al teléfono.

—Suso, ya hablamos. Hasta mañana.

Cuelgo. Vuelvo mi atención al ordenador. La verdad es que Belén tiene unos ojos bonitos. Es mi compañera de trabajo, olvido esa idea y me recuesto sobre la almohada. Huele a ese sudor…

Sí, Belén es guapa y además huele bien.

VIERNES, 10 DE AGOSTO DE 2007

Aprovecho el día libre y voy al Colegio de Economistas Sociales.

—Buenos días. Venía a informarme de los procesos selectivos para economista social que estén abiertos.

—¿Dónde? —responde con otra pregunta la persona que me atiende, un tipo de barba de varios días que ha de rondar la treintena. No puedo evitar identificarme con él, podría ser yo dentro de unos años.

—No sé, aquí en Galicia.

El tipo me regala una sonrisa cínica y pasados uno segundos responde.

—Aquí en Galicia. Así, en general.

—Sí, donde veas más posibilidades.

—Pues la oferta de empleo público para la Xunta salió en abril, creo recordar, y eran unas cuantas plazas. Dicen que este año pueden sacar alguna en Vigo, pero en Coruña ya salieron el año pasado. Eso tienes que informarte.

—Por eso estoy aquí.

—Pues yo puedo informarte de las de la Xunta, pero por lo demás, los ayuntamientos las sacan cuando ellos quieren y tendrías que preguntarle a ellos. Lo poco que yo sé es de oídas.

—¿Y solo van a salir en Vigo? Algún ayuntamiento más sacará plazas, ¿no?

—Supongo. A ver, voy a serte sincero, si te vas a presentar a alguna plaza en algún ayuntamiento que sea en uno grande donde salgan bastantes plazas. A uno pequeño, a no ser que conozcas a alguien, me parece una pérdida de tiempo y si es una única plaza ya ni te cuento.

—Entiendo. Entonces…

—Estate atento a que salga la convocatoria de la Xunta. Y muévete, si no conoces a nadie y además no te mueves difícil lo vas

a tener. Míralo por el lado bueno, las plazas de este año de la Xunta no son muchas, pero dicen que para el año van a sacar bastantes.

—Bueno, gracias. Voy a preguntar a los sindicatos a ver qué me pueden decir.

El tipo suelta una carcajada incrédula.

—Yo de ti no perdería el tiempo. Además no te van a atender sin cita.

—Ya tengo cita con uno.

—Te lo repito. Yo de ti no perdería el tiempo. Ánimo, de todos modos.

—Gracias.

—Esto no es como lo pintan en la universidad. No te desanimes y mucha suerte.

El sindicato se encuentra a unas pocas calles, tengo cita a las 11 y llego con tiempo de sobra. Pregunto en la entrada por el sindicalista con el que tengo la cita y me invitan amablemente a que me siente a esperarlo. Carteles del tipo "Por tus derechos", "Por un servicio público de calidad", "Siempre con los trabajadores" y "La lucha sigue" empapelan toda la estancia. Dan las once, después las doce y así hasta la una del mediodía. Cuando ya me planteo abandonar se me presenta un tipo realmente obeso, con una poblada barba de más de unos días y que aparenta más de cincuenta años, posiblemente sin llegar a ellos.

—Tú debes de ser Javier. Soy Chema, disculpa el retraso, pero me surgió un imprevisto.

—No pasa nada. Sí, yo soy Javier.

—Vamos a ver. Me dijiste por teléfono que Manolo ya casi tenía la concesión y ya habías hablado con su primo porque conocía al concejal de Deportes y él podía concertarnos una entrevista con el de Educación y tratar lo de los cursos. Manolo tendría que negociar con el concejal el reparto de la subvención e impartirían los cursos los tres de mi sindicato.

—¿Perdón? Nos sé de qué…

—¿Tú no eres Javier Pérez? —pregunta extrañado la mole sindical.

—No. Yo venía a informarme de las oposiciones para economista social.

—Hostia. Perdona. Me informaron mal, qué faena. Si lo sé no…

—Lo siento, pues era para eso.

—Disculpa, es que pensé que eras otra persona. ¿En qué te

puedo ayudar?

—Pues eso, querría saber si hay alguna información sobre oposiciones para economista social.

—Sí, hombre. Tienes las de la Xunta.

—Por lo que me han comentado en el Colegio, parece que este año no salieron muchas.

—No, hombre. Pero ya nos hemos reunido con los miembros de la comisión de personal de la Consejería de Asuntos Sociales y hemos establecido las bases para el comienzo de una negociación que establezca unos cimientos fuertes sobre los que sustentar la justicia social de esta comunidad.

—Ah. Vale. ¿Y sabe si para el año saldrán más plazas?

—Sí, claro. En la reunión que mantuvimos con el responsable de la sección de personal de la consejería le dejamos claro que el número de plazas ofertadas no cubrían ni de lejos las necesidades sociales y, por tanto, se hacían necesarias la implementación de políticas de personal más centradas en la atención social de los colectivos en peligro de exclusión y que para eso necesitábamos más recursos. —De repente, el sindicalista cambia el monótono tono de voz por otro que enfatiza cada palabra—. Pero lo importante a tu edad es la formación, hombre, tienes que formarte. El sindicato tiene cursos muy interesantes básicos para tu futuro.

—Sí, vale. Ya he hecho cursos, pero ahora me planteaba prepararme las oposiciones y querría saber si el año que viene saldrán más plazas.

—Sí, eso ya se trató en el compendio de medidas que el sindicato propuso a la administración para la gestión de la sobrecarga a nivel servicios que se está produciendo en las oficinas de atención social a los ciudadanos —aclara el sindicalista volviendo a su monótono tono de voz.

—¿Y eso en número de plazas a cuánto equivaldría?

—Eso supondrá un aumento en el flujo de recursos financieros que la Xunta va a destinar a servicios sociales y de la comunidad, recursos que los sindicatos demandamos sean utilizados para la formación y mejor desarrollo de los puestos de asistencia.

—Eh… Estoy un poco perdido.

—Es normal, chico —dice el gordo parlanchín un tanto irritado —. Los estudiantes recién salidos de la universidad necesitáis seguir formándoos para poder atender adecuadamente las demandas sociales. Por eso estás perdido. Mira, tú lo que tienes que hacer es

apuntarte en los cursos del sindicato sobre economía social, que además tienen descuento por estar afiliado y te abrirán posibilidades laborales que…

—Ya, pero yo no quiero cursos. Quiero un trabajo de lo mío…

—Chico, no me interrumpas así. Cómo que no quieres cursos, qué calidad de servicios vas a ofrecer sino. ¡Recapacita, hombre! Tienes toda la vida para estudiar una oposición.

—Toda una vida no sé. Voy a llegar a los veinticinco y tengo un curro temporal para ir tirando. Tanto como toda la vida.

—Eres joven aún. Además estos cursos puntuarán para futuras oposiciones, es algo que se está tratando con la administración.

—Entonces ahora además de la carrera para poder optar a una plaza pública tendré que tener sus cursos, sí o sí.

—Sería lo lógico. Como sindicato hemos de garantizar la formación de nuestros profesionales. ¿Entonces qué, te animas?

—Señor, con lo que gano no me da para andar pagando cursos.

—No te preocupes, estamos tratando con la administración para que subvencione en parte los cursos de formación. Es lo lógico.

—Ya, pero yo no tengo un duro. Necesito un trabajo digno y después ya me pagaré los cursos.

—¡¿Cómo que no tienes un duro?! —La faz del orondo sindicalista se torna más roja y más oscura. Alza la voz—. Eso no es excusa, siempre puedes pedir un crédito, hoy por hoy te lo dan para cualquier cosa. Vuestra generación lo quiere todo hecho.

—Entonces no puede decirme nada más sobre futuras oposiciones, entiendo.

—Ya te he dicho —vuelve al ritmo monótono— que en la última reunión de la comisión interdepartamental con el responsable de personal de Asuntos Sociales sentamos las bases para una futura negociación sobre la provisión de puestos y servicios de índole social y de atención al ciudadano y desde la administración nos recalcaron la necesidad de una formación adecuada y continua para dar un servicio integral e inclusivo a las demandas cada vez más diversas de la sociedad para así poder establecer unos servicios adecuados al siglo XXI. ¿Me entiendes?

—Ya, vale. Supongo que no me podrá aclarar si sacarán convocatorias varios años o solo el que viene.

—Mira, chico. Yo eso no lo puedo saber. Ahora, lo siento, pero tengo asuntos importantes que tratar. Tengo la tarde muy liada. Toma unos folletos sobre los cursos y piénsatelo. Es por tu bien, por

tu futuro.

El sindicalista se levanta de la silla. Sus huesos crujen del esfuerzo, pero el armazón de la silla lo sufre mucho más. Los efectos de la sudoración de su piel sobre la camisa se hacen más evidentes ahora, el hedor a su sudor impregna toda la estancia.

—Encantado.

Y así concluye la entrevista, habiéndome hablado mucho sin decirme absolutamente nada. Al salir tiro los folletos en la primera papelera que veo, está llena de ellos. Tiene una pegatina del sindicato sobre ella que reza "Por un mundo más sostenible".

Vuelvo a mi casa, como algo sin demasiado apetito y bajo a la zona nueva de la ciudad porque he quedado para tomar un café con Belén. La tarde está fresca para estar en agosto, así que nos lo tomamos en una terraza. Belén me habla sobre anécdotas del trabajo y sobre las oposiciones para administrativo de la Xunta que quiere preparar. Nos lamentamos de las críticas que le caen a los de nuestra generación por querer ser todos funcionarios. Por alguna extraña razón las generaciones anteriores, que tienen un buen sueldo, ven con malos ojos que queramos dejar nuestros trabajos de novecientos euros por un empleo público mejor remunerado, como si trabajar más para cobrar menos y con menos estabilidad fuese lo máximo a lo que quisiésemos aspirar. Aunque es una conversación muy manida, así nos desahogamos y puedo disfrutar de la presencia cálida de Belén, con sus omnipresentes ojos verdes y esos finos hoyuelos sobre sus mejillas. Si no fuésemos compañeros de trabajo, quizás.

Desde la terraza puedo ver el interior de una conocida marisquería. A través de sus enormes ventanales se distingue la figura oronda del sindicalista con el que me he entrevistado hace apenas unas horas. Devora marisco con una ansiedad enfermiza, como si su enorme barriga fuera a desinflarse y necesitara rellenarla primero de langostinos, luego de vieiras, navajas, centollos, bogavantes… Aparezca el crustáceo que aparezca, "la lucha sigue". Mete marisco en el bandullo de la misma forma que escupía palabras vacías hace un rato. Quizás sea eso, un sintetizador de marisco en palabras vacías. Me pregunto si también pensará que los de nuestra generación somos todos unos vagos que solo queremos ser funcionarios. Seguramente. Mejor no verlo, mejor no saberlo.

Por suerte, la última imagen que me llevo de la terraza es la de la cálida sonrisa de Belén. Si no fuésemos compañeros de trabajo…

Más tarde, ya en mi casa, recibo la llamada a las armas de Suso.

—¿Preparado? Hoy hay concierto y después lo que surja.

—Bufff —resoplo—. No estoy muy animado.

—Veranito, música, faldas, un refrigerio. ¿Qué desánimo ni qué leches?

—No me hace. Hoy veo el futuro oscuro y no me apetece ir a ningún lado. Ni música, ni faldas… Nada. Yo paso.

A las once de la noche me recoge Araque, un amigo abstemio de Jano que soporta estoicamente del traslado de borrachos en su furgoneta, vehículo que habrá salvado más vidas que cualquier ambulancia del hospital.

—Hoy vamos de *tranqui*. No estoy de humor —aclaro.

—Ya, como siempre —responde Araque incrédulo.

A las doce ocupamos estratégicamente la barra improvisada en el campo de la fiesta de un pueblo a las afueras de Santiago del que no me preocupa ni el nombre.

A la una el cantante ya está hasta los mismísimos de nuestros gritos y peticiones musicales extravagantes.

—¡*Siempre libre*!, Loco. ¡*Siempre libre*! —grito, suplico—. Joder, el cabrón no la va a tocar.

—No me extraña, esa canción es vieja de cojones —alguien protesta.

—Es un puto himno —aclaro justo antes de gritar de nuevo— ¡*Siempre libre*!

A las dos la banda apenas aguanta en pie, sobrellevando al grupo de borrachos de la barra, nosotros.

A las tres Suso le propone matrimonio a Araque, que va conduciendo la furgoneta de regreso a la ciudad:

—Así que no bebes.

—No.

—Tienes piso, trabajo estable, furgoneta, estás en forma y eres complaciente y disciplinado. ¿Cómo cojones te van a hacer caso las mujeres así?

—Mucho caso no me hacen, no.

—Hombre, así de buenazo qué esperas. Pero sabes qué, a mí me

vales. Me has enamorado. Si no te importa que traiga alguna tía a casa de vez en cuando, me caso contigo mañana mismo.

—Lo veo precipitado —contesta Araque con sarcasmo.

A las cuatro damos tumbos por los pubs de Santiago.

A las cinco no sé.

A las seis me encuentro recostado en uno de los sofás de Apolo. Cansado de otra larga noche, me dispongo a marchar.

—Me piro. Estoy reventado.

—La última —propone Suso.

—Ni de coña. Me piro.

—Tú no te vas aún.

—Verás.

Me levanto, compruebo que llevo las llaves, la cartera y el móvil y me dispongo a marchar, cuando tropiezo con una tipa alta, no especialmente hermosa, pero de silueta perfecta. Baila delante de mí. Me mira fijamente al tiempo que menea sus caderas sinuosamente. Toda la noche de caza infructuosa y ahora es la presa la que se lanza sobre el cazador. Demasiado fácil, pienso. Entonces se acerca, le cojo por la cintura, arrima aún más su rostro al mío y nos liamos. Para más fortuna, la discoteca está a punto de cerrar y ya no sirven copas, así que el intento de hacerme el caballero invitándola a una copa me sale gratis. Lo único malo es que me llevaré a casa las ganas. O no.

—¿Ya cierran? Qué pena, tengo un calentón… —La chica se toca el pelo, estira la columna y saca pecho. Más pecho del que parecía.

—Yo también —respondo. Trato de pensar en una solución habitacional. Mi madre ya no trabaja y está en casa. Toco los bolsillos y compruebo que me queda poco dinero. Menos mal que ya no sirven copas. Tengo un pibón delante con ganas de calor humano y voy a perder la oportunidad.

—Oye. ¿Tienes coche? —pregunta articulando los fonemas con cierta dificultad. Parece que va puesta de algo más que alcohol.

—No, lo siento.

Se hace el silencio. Una verdadera pena.

—Es que tengo que irme a los Tilos. Qué faena, tendré que pillar el bus.

—Te acompaño si quieres —acierto a improvisar—. Para que no vayas sola.

Su colocado rostro dibuja una sonrisa.

—¡Qué caballero! He ido siempre sola a casa. No me va a pasar

nada.

—Como quieras entonces —contesto desilusionado.

—Oye. No he dicho que no vinieras. —Un relámpago recorre mi columna hasta la parte interior de mis muslos. ¡Eureka!

La parada de autobús está cerca y el bus llega pronto. Subimos a él tras un grupo de amigos y una señora de expresión cansada. Ya es de día, obviamente.

Trato de tener una conversación con ella en los asientos traseros del bus, pero yo he bebido más de lo debido y ella ha tomado algo más que bebida. La única comunicación razonable se transmite con las lenguas pegadas bajo la mirada despreciativa de la señora que subió en nuestra misma parada.

Llegamos a la urbanización de la chica, bajamos del bus y nos dirigimos a su vivienda. Lo primero que veo al entrar al piso es un despacho.

—Es el despacho de mi padre, es profesor en la universidad y estos días está de vacaciones. —Se adelanta y va hacia una habitación a dejar las cosas—. Tienes suerte, tampoco está mi hermano mayor.

—¿Y te enteras ahora?

—No me di cuenta. Se habrá ido de playa. Tuviste suerte.

Nos besamos, me tira sobre el sofá. Me quita la camiseta. Le quito yo la suya. Mis pantalones, los suyos. Su sujetador, mis calzoncillos. El paseo en bus o las sustancias de las que haya hecho uso ella evitan tener que pararse mucho en los preliminares. Cuando estamos recomponiendo con nuestros cuerpos el número que casi llega a setenta mi erección es hasta dolorosa. Aún sin ser la mujer más hermosa, posiblemente es uno de los mejores cuerpos que he visto desnudos. Ya estoy tumbado sobre ella, a punto, cuando…

—Mierda.

—No tienes condones —responde ella, pícara.

—No.

—Pues yo lo siento tanto como tú, tío, pero sin… No.

Seré gilipollas, pienso. A estas alturas de la vida no debería volver a meter estas cagadas.

—Puedo bajar a comprarlos —acierto a improvisar.

—No sé si estará el súper abierto. Está dos calles más abajo.

Con el arma en alto y sobrecargada me lanzo escaleras abajo, en búsqueda del necesario plastiquito. No encuentro el supermercado,

pero milagrosamente sí un dispensador con profilácticos al lado de una farmacia cerrada. Traga mi moneda sin darme nada a cambio. Mierda. Si tratase de forzarlo sería robo con violencia, si me roba él una moneda es un problema técnico. Dícese de la justicia. De cualquier manera, aunque tratase de forzarlo no lo conseguiría.

Después de un par de vueltas encuentro el dichoso supermercado, están reponiendo mercancía, pero aún no han abierto. Espero en la calle, empieza a lloviznar. Ya cayesen rayos y centellas, esperaría igual. Una dependienta capta mi desesperación.

—Perdona, ¿necesitas algo?

—Bueno, espero a que abráis. No querría molestar.

—Pareces preocupado. ¿Qué necesitas?

—Bueno… Condones.

—Vale, pasa —dice riéndose.

Con la preciada mercancía en las manos, pago y salgo pitando de vuelta al piso de la hija del profesor universitario. Un problema intestinal me desconcierta de camino, mi necesidad de un excusado se iguala con la sexual después de una noche larga. Voy sobrecargado en todos los sentidos.

—Perdona, te importa que vaya un momento al baño —ruego al llegar junto a mi amante ya diurna.

—La segunda puerta del pasillo.

Me quito un peso enorme de encima y cierro la puerta del aseo al salir para ocultar la prueba aromática de mis deposiciones, que parecen tratar de complicarme aún más las cosas.

Estoy dispuesto otra vez para el amor. Trato de darlo todo. Lo doy todo, pero después de una ebria odisea llena de obstáculos el rigor de mi sexo no es tan fuerte como al llegar al piso con la chica. Por suerte, aunque no tan fuerte, suficiente. Al acabar ambos tenemos ganas de dormir y poco de lo que hablar. Ella enciende la tele. Hablan de no sé qué problema en los mercados, la bolsa y otras cosas intrascendentes que me importan un bledo.

—Tengo que irme. Es tarde y mi madre estará preocupada —improviso.

—Te acompaño —dice la chica vistiéndose, sin mostrar reticencias—. Eso sí, déjame ir al baño primero.

—No sé si será buena idea.

—Joder. Sí que huele mal. A ver si mi hermano está con gastroenteritis otra vez. Se habrá ido hace unas horas y todavía huele.

—Puede ser. Olía así antes, no quise decirte nada —miento.

—Lo siento. Debió descargar bien el jodido.

—No pasa nada.

Nos despedimos con un morreo. Voy hacia la parada del bus. Cuando llega a la parada compruebo con horror que no me queda un duro. Voy a tener que volver andando. Pruebo a llamar a Suso por si aún no se ha acostado.

—Perdona, tío. Estabas sobando, imagino.

—Casi. Viste como no te fuiste tan rápido.

—A eso iba. La acompañé hasta su casa, que está en los Tilos, y ahora no tengo un duro para coger el bus de vuelta.

—No pasa nada, te voy a buscar. ¿Y qué tal? ¿Vaciaste el cargador?

—Joder, no veas qué cagada.

—No me digas que la pifiaste otra vez.

—No. Aunque costó una odisea nos lo montamos bien. Pero qué cagada. Majestuosa.

VIERNES, 2 DE NOVIEMBRE DE 2007

Cae una copa en uno de los tantos abrevaderos nocturnos de las viejas calles de Compostela. Jano habla con Suso de acciones, bolsa y otras movidas de las que Suso quiere entender o hacerse el entendido. No comprende nada, obviamente. Últimamente da la impresión de haber menos gente saliendo de noche. Un grupo de niñas bien compostelanas, varios buitres rodeándolas a ellas y a otro grupo de Erasmus y…

—¡Coño, Javi! ¡Cuánto tiempo!

—¿J?

—Mira que te dije que teníamos que tomarnos algo. Tenías que ver qué verano me monté en Vigo. Un día montamos una fiesta en la piscina de la Marga y después nos fuimos toda la noche por el Arenal. Abrieron un par de sitios nuevos…

—Cacique cola. Rápido, por favor —suplico al camarero.

—Sitios nuevos, todos arregladitos, con dj y una decoración macanuda. Eso sí, poca gente. El año pasado hubo mucha más movida por Vigo. Por cierto, ¿jota? ¿Por qué jota?

—J de Jota. La chica de Bon Jovi —aciertan a recordar algo mis neuronas.

—¿Y por qué no B? Tendría más sentido.

—B, la b está muy vista.

—Alba, vamos para la pista —interrumpe una de sus amigas.

—Así que J de Alba —prosigo con mis aclaraciones.

—Eres la leche. Qué desconsiderado. En serio, es que todos los tíos igual. No sabéis dónde tenéis la cabeza. Mi hermano pierde el coche tres de cada cuatro veces que lo aparca, no sabe dónde deja nada…

Doy un trago largo a la copa. Aparece por fin Belén, acompañada de Gabriel, un colega guardia civil por afición y de profesión tumba bragas.

—Buenas, figura —saluda Belén—. Me encontré con tu colega el

guardia civil. Veo que estás ocupado, tampoco quiero molestar.

—No molestas, créeme que no molestas. Bueno, os presento. Ella es J, quiero decir, Alba. Alba, ella es Belén, una compañera del curro.

—Ah, Belén. Encantada. —Las dos chicas se dan dos besos de cortesía en las mejillas. Por primera vez desde que la conozco J se queda callada. Estupefacto, tampoco yo sé pasar del silencio ante tal imprevisto.

—Bueno, yo me piro a pillar una cerveza. No quiero molestar —Belén rompe el silencio.

—Qué seca tu compañera —otro silencio inesperado y J vuelve a su rutina—. ¿Por dónde iba? Ah sí. Los tíos sois unos dejados. A mi padre se le olvida dónde deja las llaves de casa, los esquís, los palos de golf…

Hoy era una noche fantástica para tontear con Belén y aquí estoy aguantando la murga de la J mientras Belén tontea con Gabriel, el cautivador, conocido por levantarle tres de cada dos ligues al resto, sin querer ni poder evitarlo, lo cual lo hace más humillante si cabe. Entonces, recuerdo las sabias palabras de Calve, "la clave del éxito es ver una oportunidad donde otros solo ven una dificultad".

—Oye, te voy a presentar a un amigo. ¿Te importa? —No espero respuesta. Me dirijo junto a la barra, donde está Gabriel con Belén.

—Gabriel, tío, tengo una amiga que quiere conocerte. Ven y te la presento.

—¿Qué tal es tu amiga? ¿Es maja, lo que se dice maja, ya sabes?

—Sí, parece buena chica. Algo… peculiar. —Belén se adelanta a responder por mí.

Un poco desconcertado Gabriel me sigue junto a J.

—Gabri, esta es Alba. Alba, este es Gabriel —acierto por fin con el nombre de ella—. Gabri es guardia civil, no te pases de velocidad con él que te multa.

—Así que guardia civil. Tengo un tío que es guardia también, pero no me acuerdo ahora la comandancia. Estuvo en Madrid y ahora se ha buscado un destino mejor en Galicia, no sé si sigue en el aeropuerto o ha vuelto a cambiar… —prosigue J, Alba, que descarga ahora su ametralladora verbal sobre el pobre Gabriel. Como buen colega lo dejo tirado y voy junto a Belén, que contempla la situación sonriendo desde la barra.

—¿Qué, te diviertes? Porque no me invitas a una copa, tú mejor que nadie sabes que gano cuatro duros.

—Ni que yo fuese una potentada, Javi.

—Más comisiones que yo seguro que has sacado.

—Venga, te invito a una y ya puedes volver con tu amiga.

—Ya estoy con mi amiga.

—Ah, ¿entonces ya me consideras una amiga?

—Venga, Belén, sabes que eres encantadora, cuando quieres.

—Y tú eres un elemento.

No sé ni cómo, cuándo ni porqué, pero antes de media copa ya estamos lejos de la barra y mis manos la cogen por la cintura sin que a ella parezca disgustarle. Cuando los restos de hielo se derriten, solitarios, nuestras lenguas les imitan una contra la otra. Es extraño volver a besar a alguien con sentimiento, queriendo hacerlo, sin formar parte de preliminares agotadores. Su tacto, el aroma de sus labios y yo perdiendo la noción del tiempo. Segundos, minutos u horas después alguien interrumpe.

—Cabrones, me dejasteis tirado con la charlatana esa para poneros a hacer cositas. Tengo la cabeza como un bombo.

—¿Qué te contaba? —pregunto.

—¡¿Qué no?! Serás cabronazo.

Nos reímos. Les dejo un momento para ir a la barra a pedir unas cervezas para los tres.

—Esta escena la conozco, pero no tendría que estar él levantándote a la chica —me susurra Suso, apareciendo de la nada.

—Ya, es extraño.

—Jugaste bien. La pusiste celosa con tu amiga la cotorra y ya ni se fijó en tu colega.

—No pretendía. No lo pensé tanto. Mejor, además así me libré de la J. Dos pájaros de un tiro.

—¿Te libraste? Qué verde estás, pareces un crío. La otra chica, ahora que te vio con Belén, estará más colada por ti.

—Eso no tiene sentido, Suso.

—Cerebro femenino, Javi, cerebro femenino.

Nos reímos. Regreso junto a Belén y volvemos a enrollarnos. Es una noche espléndida, como lo serán los próximos meses. Un trabajo llevadero y noches de fin de semana a medio camino entre la juerga con los colegas y la sensualidad de Belén, que resultará ser mucho mejor amante de lo esperado, sobre las sábanas y bajo ellas, aún mejor con el paso de los años, ya desaparecida de mi vida. Es curioso como las mejores épocas de la vida pasan sin darnos cuenta, solo claras en nuestra mente cuando ya se diluyen en la memoria,

sin haber reclamado su puesto en el pódium. Serán meses, antes de un año entre un sistema financiero ajeno y yo lo habremos estropeado.

LUNES, 15 DE SEPTIEMBRE DE 2008

—No sé, simplemente se me olvidó.

—Se te olvidó. Tengo las oposiciones dentro de unos meses y tú en vez de apoyarme te vas de juerga a Inglaterra tres semanas y te olvidas de todo.

—Tenía que aprovechar la última beca de mi vida. Zapatero suelta la pasta para que salgamos a aprender inglés y yo simplemente la aproveché. ¿Qué iba a hacer?

—No sé. Dejarlo para más adelante, pasar de ir.

—No podía. La beca o la cogía ahora o la perdía. Entiéndelo, fueron unas vacaciones pagadas por el Estado. Tenía que aprovecharlas.

—Tú lo has dicho. Vacaciones pagadas, ¿qué mierda de inglés has aprendido?

—*One beer, two beer*… Todo con "*please*" al final, que estos ingleses son todos muy protocolarios.

—Déjate de bromas, Javi —Belén rompe a llorar—. Te importo una mierda, a ti todo te importa una mierda. Eres un egoísta.

Estamos en una cafetería del centro. Parte de la clientela comienza a intrigarse por la escena. Se me viene a la cabeza María Sánchez. Belén también es una buena chica y la verdad es que, aunque me porté como un capullo, no encuentro forma de arreglarlo.

—Lo siento, Belén. No sé qué decir —reconozco en un arrebato de sinceridad.

—No digas nada, Javi —Belén clava sobre mí sus llorosos ojos verdes, ahora bajo una tonalidad de oscuros y ciertos reproches. Se hace el silencio.

—Quizás debemos dejarlo por un tiempo —propongo sin pensar demasiado. Belén tiene razón, me comporté como un idiota quizás

porque nunca me planteé ir más allá del placer con ella. Ni se me ha pasado por la cabeza si sus sentimientos iban más allá.

—Te quería, Javi. Que sepas que te quería —confiesa Belén, que recoge su jersey, su bolso y se levanta—. Me piro.

—Belén. Lo siento.

—Déjalo, Javi. Ya hablaremos.

Belén sale precipitada por la puerta. La veo marchar llorando a través de la cristalera de la cafetería. Sin espectáculo, con dolor, pero con dignidad, Belén sale de mi vida y consigue con su entereza hacerme sentir como un auténtico imbécil. Pasa por mi mente la imagen de Desi yéndose de mi vida una fría mañana de invierno cualquiera, el dolor más horrible de mi vida. Indiferente al dolor de Belén, hiriéndola como en su día lo hice con María Sánchez, ahora contemplo en el recuerdo a Desi desapareciendo en el horizonte. Quien a hierro mata, a hierro muere. He tardado demasiado en comprenderlo, un frío escalofrío recorre mi columna vertebral hasta la parte posterior de mi cabeza, un mal presentimiento. Cuando recupero la compostura descubro a la mitad de la cafetería mirándome. Me levanto, pago la consumición en la barra con unas monedas y no espero a recoger el cambio.

Ya lejos, a unas cuantas calles de la cafetería, respiro aliviado. Ya ha pasado, aunque ese frío augurio me persigue. Llamo por el móvil a Jano y a Suso y quedo con ellos en un local de la zona vieja. Son las ocho, está anocheciendo y necesito tomar unas cervezas, desconectar, olvidar.

—Así que la chica te echa la bronca porque pasaste de ella y tú vas y la dejas. Eres un auténtico hijo de puta, con perdón, que tu madre no tiene la culpa.

—A ver, Suso. Estaba de vacaciones, el móvil no me funcionaba allí. Se me fue, sí. No quiero hablar de eso.

—Lo que no alcanzo a entender es como las acabas dejando tú. Yo te mandaría a la mierda mucho antes. ¿Cómo narices lo haces?

—Deja de restregármelo.

—No, es que tiene mérito. Es difícil.

—¿Os habéis enterado? —pregunta Jano que acaba de irrumpir en el bar.

—¿Qué pasa? Buenas noches, a todo esto —puntualiza Suso.

—Acaba de palmar Lehman Brothers —suelta Jano perplejo, extrañado de nuestra despreocupación.

—¿Y qué le pasó? ¿Tuvo un accidente? A todo esto, ¿quién es el

tal Leman ese? —pregunta Suso, extrañado.

—Lehman Brothers, una de las mayores entidades financieras de Estados Unidos. ¿En qué mundo vivís?

—Pues dale las condolencias a la familia. A mí qué me dices —responde Suso.

—Lehman Brothers, es que a mí me suena a Talleres Hermanos Fernández —añado yo.

—¡Sois la hostia! —Jano se indigna—. Ya se puede caer el mundo que os la suda.

—A ver, Javi acaba de cortar con la novia. Está de bajón.

—Vaya día lleno de noticias. Lo siento.

—No pasa nada.

—¿Y no te ha dejado ella a ti?

—No. Fuimos los dos. Discutimos y…

—Es que es increíble que no te dejen antes.

—¿Por qué todos decís lo mismo, panda de cabrones? Lo peor es que ahora nos vamos a ver en el curro y es un rollo. Además, sí, me comporté como un idiota. No sabré que decirle.

—¿No dijiste que la agencia tuvo un verano flojo?

—Sí, ¿qué tiene que ver?

—Tal como están las cosas lo mismo no te tienes que preocupar mucho por eso.

—A ver, en unos meses ella oposita para una plaza en la Xunta y yo puede que hasta cambie de curro. ¡¿Qué mierda van a importar los hermanitos Lehman?!

Al día siguiente firmaré el finiquito. La agencia de viajes cerrará en unas semanas. Belén aprobará la oposición. La mano de Dios se cierne sobre mí.

LUNES, 8 DE DICIEMBRE DE 2008

Espero a Suso frente a la biblioteca universitaria del campus mientras ojeo un folleto de Maspalomas que guardo entre papeles de mi época de trabajo en la agencia de viajes. Una playa bonita, dunas de arena, buen clima todo el año, ocio nocturno asequible… Suena muy bien para unas vacaciones. Sin embargo, no voy de vacaciones. Una vez más mi curso de socorrista acuático, sacado durante los fines de semana durante un par de meses, ha resultado mucho más útil que cualquier título universitario. Daniel, un primo mío medio pasmado que ha empezado a trabajar allí de funcionario, me envió la oferta de trabajo por correo electrónico.

—¿Qué pasa, figura? —Suso aparece de buen humor. Buena señal.

—Has conseguido algo. Dime que vienes.

—Hablé con mi primo y me ha dicho que necesitan gente en una obra en Las Palmas. Nos vamos al Caribe.

—Cojonudo. Aunque no es el Caribe, es Canarias, Frebas.

—Sol, playa, mujeres en tanga… Y trabajo, joder, que no tengo un duro.

—Si tú cobrabas una pasta en los eólicos. ¿No has ahorrado algo?

—¿Tú crees que tunear sale gratis? —contesta Suso, indignado.

—Tal vez no haber cambiado de llantas cada 3 meses hubiese sido buena idea.

—Y todo por culpa de los hermanos esos que decía Jano. Madre que los parió.

—Ya volvemos a tener chollo. Algo es algo.

—Bueno, ¿compraste ya el billete? ¿Te has depilado?

—Sí, compré el billete. Lo de depilarme… Ya lo haré allí. No tiene importancia el dónde. Además, tiene pinta de ser un hotel para jubilados, como en el que trabajé en Mallorca. No me voy a hinchar a ligar precisamente.

—Eso te quería comentar. Por lo que me ha dicho mi primo, yo creo que sí que vas a ligar un montón. Con mujeres puede que no, pero sí vas a ligar, sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo no quería comentarlo mucho porque la gente es malpensada y eso. Aparte no pagan mal.

—Quieres ir al grano de una vez.

—Pues que el hotel que te contrató es para machos, joder. De parejas de chicos. Para maricones, vamos. No te preocupes, ahora se dice gay y suena hasta bien. Si sueltas en el pueblo que vas a currar a un hotel de maricones te van a mirar raro, pero si es un hotel gay suena bien. Tiene hasta caché.

—Ahora entiendo que insistieran en lo de la depilación.

—Joder, para ser licenciado muy listo no eres.

—No me di cuenta, yo que sabía.

—¡Qué importa! Al carajo, si te pagan bien y te respetan, pues a tomar por culo. Bueno, eso no. O sí, lo mismo te gusta y acabas de ministro. ¡Qué coño! Bueno, coño no.

—Voy de socorrista, no de gogó.

—Es eso o nada. Vivir con tu madre sin un duro. ¿Qué prefieres?

—Ya.

—¡Viva el Orgullo Gay! —exclama Suso con el puño en alto. De repente, su gesto muta a una expresión de asombro—. ¡Hostia! Vaya maciza te viene por detrás. Mira para atrás, marica.

Al girar la vista aparece ante mí un tremendo cuerpo de mujer. Falda a cuadros sobre unas caderas generosas, top apretado sobre un pecho prominente, sonrisa coqueta, una diadema sujetando su pelo moreno perfectamente liso. El mito de la estudiante sexi.

—Hoy voy a fundir el paquete de *Kleenex* —aclara Suso.

—Está impresionante. Cómo… —susurro para mí.

—¡Hola Javi! ¡Cuánto tiempo!

—Hola María. ¿Qué tal? —pronuncio con dificultad. Después de unos meses en el dique seco mis hormonas taladran mi cerebro con la misma pregunta, en un traqueteo abrumador de acusaciones. « ¡¡¿¿Cómo dejaste a esta chica??!! »

—Bien. Vine a hacer un curso de posgrado. ¿Tú qué tal? —pregunta, sin atisbo de rencor alguno.

—Bien. Tirando —respondo. «En serio, Javi, cómo cojones

dejaste a esta mujer», mi conciencia y mis bajos instintos coinciden en su juicio.

—Pareces mareado. ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Sorprendido, eso es todo. No esperaba encontrarte aquí. Estás muy guapa, la verdad —manifiesto con sinceridad, más allá del cumplido fácil.

—Gracias. Yo también te veo bien.

—María, que no llegamos —le dice una de las chicas con las que va.

—Voy. Bueno, Javi, encantada de haberte visto. Tengo que irme porque llegamos tarde al curso. Que te vaya todo muy bien.

—Gracias, María. Lo mismo digo.

María Sánchez se despide de mí con sendos besos en las mejillas y me regala una última imagen de su trasero en movimiento.

—Vale. Ahora me vas a explicar quién era esa, de qué la conocías y por qué cojones no me la presentaste —replica Suso ahora.

—Era María Sánchez. Una exnovia de la universidad.

—¿Estuviste con ese pibón? No me extraña que te gustase ser estudiante. No sé lo que te duró, pero tuvo que estar muy bien.

—Un año. Me pregunto por qué la dejé.

—¿La dejaste? ¡¿Qué?! Madre que te parió. Cómo no vas a acabar trabajando en un hotel de maricas. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

VIERNES, 12 DE DICIEMBRE DE 2008

Queda poco para Navidades. Hace dos años estaría de fiesta celebrando uno de los fines de semana más marchosos del año, el último que aprovechan los universitarios para quedarse de farra antes de volver a casa por las vacaciones de Navidad. Curiosamente estoy de jarana igual, aunque una amarga, la última antes de irme de casa para trabajar cubriendo el hueco que dejó alguno por estas fechas. Cuando acabas la vida universitaria, en la vida real, a no ser que tengas un papá que lo financie, ya no quedan más juergas vísperas de otras juergas. Se acabó la feliz despreocupación de la fiesta que te pegas cuando sabes que quedan muchas más. Las copas no entran igual pensando en la chica con la que puedes estar tonteando los próximos días que pensando en el nuevo trabajo, el papeleo, las responsabilidades y obligaciones. Ya no eres el mismo cuando dejas de anhelar la continuidad del tacto femenino para hacer lo propio con la paupérrima nómina de cualquier trabajo. De importar que esa ella mantenga un hueco en su vida para ti a importar que esos ellos mantengan un hueco en su empresa. Mierda.

—Así que lo has dejado con tu amada —reprocha una voz pedante.

—¡Hostia, Jota… aaa… Alba! ¡Cuánto tiempo!

—Cuánto, sí. ¿Qué pasó, no cuajó o qué?

—Cosas de pareja. Ya pasó.

—No la satisfacías, claro.

—Vaya. Qué cortante y… breve estás. ¿Tú qué tal?

—Bien. Mejor que nunca.

—Me alegro. Parecías, no sé, muy callada.

—Lo siento, no me vengas con eso ahora. Estoy con alguien.

—¡Qué bien!

—¿Cómo que bien?

—Pues eso. Bien. Espero que ese alguien te haga feliz.

—¿Eso es todo lo que me vas a decir? Serás un sin sangre.

—Me alegro por ti. Eres una chica maja, alegre, extrovertida, con labia. Eso seguro.

—Vaya, ha tenido que venir otro para que me lo reconozcas. —Alba coge su móvil, uno nuevo de esos de pantalla táctil y mira un mensaje en él—. Bueno, me tengo que ir que mi chico me espera.

—Ah, vale. Ya nos vemos.

—Nos vemos, dices. Gilipollas. Adiós.

—Hasta luego —me despido desconcertado. Es la primera vez que ella es la que se va… y sin haber soltado una parrafada interminable.

Suso aparece en escena.

—¡Hostia! Has conseguido espantar a la única que te quedaba. Y en tiempo record. Sí, señor, ya no te aguanta ni una. Eso bien merece una copa.

—Mientras pagues tú.

—Un imán, ¿qué es lo contrario? Pues eso eres tú para las mujeres. Ya me dirás qué le dijiste, porque jamás la he visto que dejase a alguien esperando escucharla.

—Es un don que tengo. Para las mujeres y para el trabajo.

—Mira, Jano está en la pista con un grupito, esperando a echar la caña.

—¿Y? ¿Dónde está la noticia?

—La morenita de la derecha, no parece gran cosa, pero te lleva mirando un rato.

—Pues es guapa. Es mi tipo.

—¿Tu tipo? Venga, vale. Te la presento, a ver si te despides de la noche compostelana con dignidad.

—Mi tipo, sí. Morena, menuda, de ojos oscuros.

—Pero tu Desi, ese amor platónico tuyo, ¿no era rubia, con curvas y de ojos verdes?

—Ahora que lo recuerdo, puede que se tiñera y tuviese el pelo más oscuro en realidad.

—Por cierto, vamos a currar a su tierra. Lo mismo te la encuentras allí.

—Sí, lo he pensado. De cualquier forma, seguirá con el novio que tenía. Hace mucho que no hablo con ella.

—Déjate de tu chica de fantasía y ven que te presento a tu chica de verdad, una de Lugo que acabamos de conocer.

Suso me la presenta. Es amable y agradable al trato. Ella y sus

amigas nos acompañan a un par de pubs, una de las cuales me hace un cuestionario rápido sobre mi situación personal y laboral. Señal inequívoca de lo que va a pasar. Primero atracción, después agrado, sensualidad, codicia por la piel ajena. Nos besamos con deseo, con ese apetito que tiene los besos no programados sino impulsivos, bruscos, besos que te hieren en los labios con los dientes, como a presa necesaria para mantenerlos con vida. Besos a los que muy poco les falta para la desesperación. Nos miramos a los ojos al acabar de besarnos. Es evidente que hay ese algo, una chispa, una energía, una atracción inevitable. No me importaba tener que marcharme una temporada a trabajar fuera. Ahora sí me importa, será apenas un mes con opción de volver después si soy necesario para la empresa. Contemplo sus ojos al acabar de besarla una vez más, con un tremendo afán de ser innecesario, no para ella, claro.

Ya estoy deseando volver antes de marchar, volver y visitarla en Lugo.

SÁBADO, 11 DE ABRIL DE 2009.

—Lo peor de los deseos es que pueden cumplirse.

Deseaba ser innecesario y lo fui. Para los del hotel, para ella, para todo. A veces no sé ni para qué llegué a existir.

—Para ir de juerga conmigo. Vamos, no seas tan negativo. Te han echado de un hotel de maricas, no de la mansión Playboy. Ni siquiera fue por culpa tuya, lo que pasa es que no hay un duro. *No money, no party*. Ni hoteles, ni bares, ni… ¡Mierda! Me vas a acabar deprimiendo tú a mí.

—Si eso lo entiendo, Suso. Lo de la tía que conocí antes de Navidad es lo que no entiendo. ¿Presionada? ¿Por qué? ¿Qué hice?

—No tienes un duro ni perspectiva de tenerlo y te preocupa qué cojones le molestaba a una tipa que conociste hace meses, con la que te diste unos besitos y pasó de ti. Siquiera fuese guapa, ni eso. Qué más da.

—Es el hecho…

—El hecho de que estás parado, sin un duro y llevas mucho sin meterla. Sobre todo lo último.

—No lo voy a negar. Ahora sí que me estoy deprimiendo.

—No te preocupes, aquí el doctor Suso tiene la solución para tus problemas. Venga, esta vez yo pago la receta, ya te tocará a ti. Me vas a dejar más arruinado, más aún. Sal del coche, sube a casa y dúchate, que te hace falta.

—¿Qué me estás contando?

—Pues que apures. Nos vamos de putas.

—¿De putas? Paso, tío, ni tengo un duro ni me gustan esas cosas.

—¿Cosas? Que yo sepa son personas, mejores que tú. Eso seguro.

—Ya estás otra vez, el Frebas con sus historias. No he dicho eso, lo que digo es que no me hace…

—¡Qué historias ni qué hostias! Estás como la punta de una plancha, salido perdido. Eso es un hecho, no una historia. Salido y deprimido. Solución: putas. No necesito seis años en la Facultad de Medicina para eso.

—No sé, me da palo. Me parece frío y artificial, las tías están explotadas y vete a saber qué infección puedes coger.

—La manivela será más natural, para ti. Por lo de las infecciones no te preocupes que están más limpias que tú y que yo, se controlan bastante más. Y lo de explotadas las habrá, no digo que no, pero cualquiera de las que te voy a presentar tienen más patrimonio que nosotros dos juntos, aunque eso tampoco es muy difícil. En serio, una estuvo liada con un alcalde que le sacaba lo menos 40 años, de un pueblo de estos de costa y nieve. Se dice que con lo que desembarcó por las rías le ha puesto más pisos que los de Paco el Pocero. Con menos de treinta y forrada, esa sigue por el vicio. Se ha aficionado a tenernos cogidos por los huevos.

—No sé, Frebas. Paso. No me da buena espina. Voy a llamar a Jano y a Camish y salgo a dar una vuelta.

—Tú te lo pierdes. Al final vas a gastar más pasta, meter más mierda de alcohol al cuerpo y volver más caliente de lo que ya estás.

—Gracias, de todos modos. Es un detalle.

—Tienes que reconocerme que nadie te da amor como yo.

—Puto Frebas. Nos vemos, cariño —me despido socarronamente abriendo la puerta del copiloto, dispuesto a salir.

—Cuando dentro de unas horas estés con el estómago revuelto y la mano en el asunto te arrepentirás de haber despreciado mi cariño.

Suso sale quemando rueda. Llamo a Camish. A medianoche estamos asimilando veneno en el R&B, un local de copas donde se han probado todas las formulaciones químicas del alcohol, a precios adaptados a nuestros misérrimos bolsillos. Por supuesto, suena de todo menos *rhythm and blues*. Una hora

después de salir del local el veneno nos nubla la mente, una especie de Alzheimer transitorio prematuro. Una evolución aún más negativa del alcohol. Hay poca gente y los locales cierran antes, el poco consumo de los últimos juerguistas no compensa los gastos de personal. La crisis de las pelotas.

—Está cerrando todo. ¿A dónde vamos ahora?

—Maikar, está claro. —La única respuesta posible a ciertas horas. El infierno por el que han pasado todos los que han conocido alguna vez la noche compostelana, tanto nobles como plebeyos.

Bajamos las escaleras al averno después de pagar los dos consabidos euros de la entrada con derecho a una cerveza, totalmente contraproducente a estas horas. Por misericordia, la última ley antitabaco nos ha librado del humo que lo hacía impracticable en estados no excesivamente alterados de conciencia. El característico hedor a tabaco ha sido suplido por el tufo a sobaco. Pedimos la cerveza en la barra y nos adentramos en la oscuridad de la pista, el apocalipsis zombi. Escudriño en la oscuridad buscando alguna mirada perdida femenina sin éxito alguno. Camish se mantiene inmóvil, no es su ambiente. Jano da también muestras de cansancio. Trato de forzar un último encuentro antes de que las tropas desfallezcan. Una chica zombi me sonríe mientras la cabeza le mece sobre su cuello inestable. Demasiado flaca, un poco pálida. Respondo a su sonrisa con un acercamiento y ella me abraza e inmiscuye su lengua entre mis labios, con dificultad, mucha dificultad. Da la impresión de haberlo hecho solo para conseguir un punto de apoyo y no irse al suelo. Por mi estado, no fue la mejor elección.

—Si no fuera que estoy aquí y no lo noto, viéndoos parecería que hay un terremoto o pasa un huracán. Cómo vais. Jano y yo marchamos. Pasáoslo bien. —Camish y Jano se despiden. La chica mira extrañada, como si viese dos fantasmas, o tres, si me incluyo.

—Oye, ¿tienes algo? —pregunta al rato.

—¿A qué te refieres?

—Coca, costo, algo.

—No, tía, lo siento.

—Joder, qué bien me venía ahora algo. Oye, y si nos vamos. Algo tendrás en casa.

—Puede —miento—, aunque no sé si deberías.

—Vámonos, venga.

Por suerte, mi madre se ha ido a Lalín este fin de semana. Pienso en cómo estará el apartamento para llevar a alguien. La chica me sonríe con la mirada perdida y me propina un cabezazo tratando de encontrar mis labios.

—Lo sieeeeento, tío.

—No importa.

El desorden del viejo apartamento poco importará, la chica va en los mundos de Narnia.

—¿Cómo te llamas, guapo?

—Caspian —miento, recordando el personaje de la historia.

—Ahhhh

Al llegar compruebo que el apartamento está hecho un desastre. Como era de esperar, poco importa. A ella solo le importa una cosa.

—Bueno, saca lo que tengas tío. Llevo un ciego más bueno…

—No creo que sea buena idea.

—Venga, joder. Invítame a una rayita al menos.

—No tomo, ¿quieres una cerveza?

—No me apetece. Dame un cigarro por lo menos.

—No fumo.

—Joder, qué corta rollos.

—Oye, lo siento, podemos pasarlo bien igual —digo, acercando mi cara a la suya, esperando una respuesta emocional. Ante la falta de reacción acerco mis labios, a lo que, pasados unos segundos, responde acercando los suyos.

Nos besamos, como podemos. Nos desvestimos, como podemos. Compartimos el tacto de nuestros cuerpos. Practicamos un poco el sexo oral, como podemos. Entonces ella se sube sobre mis piernas y comienza el vaivén sexual, aún con más dificultad si cabe. Mantengo la tesón a duras penas, ella trata de cabalgar, pero le fallan las fuerzas, juego con sus pezones entre mi lengua, trato de excitar al tacto sus escasos pechos.

—Sí, sigue —dice ella, gimiendo silenciosamente.

Aunque sigue excitada, viendo que su energía no para de decaer, levanto con las manos su huesuda cadera y empujo con la mía hacia arriba. Abrazada sobre mí, me sorprende lo pesada que puede resultar siendo tan extremadamente delgada. Cada vez me cuesta

más forzar los abdominales.

—Sí, así. ¿Te gusta?

Fuerzo todo lo que puedo para llegar al clímax.

—Sí, sí. ¿Te gusta nena?

En vez de responder, su cabeza se derrumba hacia un lado.

—¿Estás bien?

—Eh, eh ¿Qué pasa? Me quedé traspuesta.

—¿Te has dormido?

—Aaah, sigues aquí. Qué majo. Estás desnudo.

—Claro. Suele ocurrir en estas situaciones.

—Qué bien —dice, antes de volver a su mundo onírico.

Para entonces mi rigor ha desaparecido allá abajo. Cuando miro hacia mi miembro ya dormido despierto de mi propio mundo onírico en el que yo también me encontraba. Son las tantas y estoy tratando de tener sexo sin protección alguna con una yonqui que acabo de conocer. Desisto. Sopeso si he de dejarla dormir y que amanezca mañana a mi lado pensando cualquier cosa o despertarla ya. Estoy cansado y me apetece dormir también, aun así basta hacerlo para que aparezca mi madre por la mañana y me encuentre durmiendo en pelotas con una chavala que dudará de cómo acabó aquí. La zarandeo un poco con los brazos. Nada. Me aplico con más vigor.

—Eh ¡Eh! ¡Despierta!

—¿Qué? ¿Quién eres? Ah, joder, la he vuelto a liar otra vez.

—¿Tienes hambre? —pregunto con acierto— ¿Vamos a pillar algo al 24 horas?

—Síií, tío.

—Vamos, te ayudo a vestirte.

—¡Qué pereza! Y si esperamos un rato.

—Mi colega el del 24 horas mueve de todo. Puedo pillar algo más que comida —le miento por segunda vez con el cebo de la droga.

—Vale, tío. Buena idea —contesta la muy enganchada, que recupera la energía por arte de magia, solo por la posibilidad de meterse algo.

—Voy a llamar a otro colega para que te lleve por casa, ¿vale?

—¿No dijiste que conocías a uno que nos pasaba?

—Sí, lo digo para que después te lleve a casa.

—Vaaaaale.

Cojo el móvil y marco el contacto de Suso.

—Suso, dime que estás todavía con tus amigas y no durmiendo.

—A buena hora, ya estoy aparcando en casa. Si me hubieses hecho caso desde un principio.

—Suso, joder, tengo un problema.

—Sí, ya lo tenías antes, una obstrucción en las vías urinarias de tanto veneno acumulado. No quisiste hacer caso al doctor aquí presente.

—No fastidies, Frebas. Sácame de esta y te debo una.

—Ya estamos faltando. ¿Una? Dirás cientos.

—¿Puedes conducir? Ven un momento por mi casa.

—Ya estamos. ¿Te parece normal llamar a la gente a las siete de la mañana para dar una vuelta? Invitarás al desayuno o algo.

—Es serio. Trae agua y algo de comer.

—Era visto que ni eso. ¿Qué jodienda has preparado?

—Nada. Traer una chica a casa y ya está.

—¿Una? Dime que son varias y hay algo para mí.

—Suso, por favor.

—Tienes suerte que me pillas llegando a casa y satisfecho. En diez minutos estoy ahí.

—Gracias, gracias.

La chica se ha puesto el jersey al revés y no acierta con los pantalones. Le echo un cable y me visto yo también. Bebemos un poco de agua y bajamos al portal. Suso, el Frebas, ya ha llegado.

—Qué tal, Suso.

—Bien, diría que mejor que tú. Mejor que ella seguro. ¿De dónde coño la has sacado?

—Es una larga historia. Estaba en el Maikar…

—Vale. Está todo explicado. Ayúdale a subir al coche.

—Sí, claro. —Ayudo a la chica a subir al coche y a sentarse en los asientos de atrás y me siento junto a ella, vigilando por si se marea.

—Hola, soy Suso. Encantado.

—Hooola, José. ¿Cómo va?

—No tan bien como tú —responde Suso riéndose—. ¿Y bien? ¿Dónde quieren que este humilde peón metido a taxista les deje?

—Hostia, pues no sé —sacudo el brazo de la chica, que ya se estaba adormeciendo, y le pregunto. ¿Dónde vives?

—En Santiago, nene.

—¿Más concretamente en…? —recalca Suso.

—Junto a la Rosaleda. Una de las casas que está por allí. Déjame en Puente Castro si te es más fácil. Oye, tú eras el que nos iba a pasar algo, venga, pórtate.

—Creo que no te conviene nada más —le responde Suso.

—Sois unos cabrones. Quedamos en que me ibais a pasar algo… —La chica ladea la cabeza y se duerme.

—¡Joder! ¿Qué mierda os metisteis? —me recrimina Suso.

—Yo cerveza. Ella ni idea —respondo al tiempo que Suso sale quemando rueda—. Vete despacio, que aún se va a marear.

—¡Mierda! No pensaba en la tapicería, solo en dejar esta complicación en su casa cuanto antes. Iré con más calma. Despiértala o será peor.

—Déjala que descanse.

—¡Un carajo! Sabe Dios si se nos despierta después. ¡Eh! ¡Nena! ¡Despierta!

—¿Qué pasa, Richard? —pregunta a Suso—. Oye, cuando estábamos en tu casa me prometiste que me pasarías algo, cabrón. Si lo llego a saber me voy con este que tengo a mi lado —dice señalándome—, que es más guapo y seguro que se lo hubiese montado mejor.

—Tengo mis dudas —matizo.

—Qué va. Tú lo hubieses hecho mucho mejor, cariño —se burla Suso entre carcajadas.

—Y tanto, dadas las circunstancias.

—Estamos llegando. Oye, ¡¡chica!! ¿Sabrás llegar a casa?

—Perdonad, ¿quiénes sois?, ¿dónde estoy?

—Somos unos amigos de Richard y José. Nos dijeron que te trajéramos aquí, que vivías cerca.

—Sí, es una casa por aquí. Qué colocón y qué hambre. Oye, ¿no tendréis algo…?

—Una chocolatina, si me prometes que sales del coche y vas a tu casa.

—Vale, tíos.

—Si quieres te acompaño —me ofrezco.

—No pasa nada. Sé llegar sola y no quiero que mis padres piensen mal.

—Déjala ir sola, no la presiones—me dice Suso—. ¿Te está presionando, a que sí? —pregunta ahora a ella.

—Bueno, es que si me ven con un tío van a pensar mal.

—Ves, Javi. Prefiere ir sola tomando su chocolatina. No la presiones. Ayúdala a salir como un caballero —me apremia Suso.

Abro la puerta y la ayudo a salir, después le doy la chocolatina que me pasa Suso.

—Oye, seguro que no quieres que te acompañe. ¿Podrás llegar tú sola?

—Que sí, que prefiere ir ella sola. Está asustada de tanto que la presionas —replica Suso.

—Ya voy sola. Gracias, encanto. Ojalá me lo hubiese montado contigo y no con él. Adiós, guapo —se despide justo antes de comenzar a zigzaguear.

—Bueno. No pasa nada. Nos vemos.

—Sube al puto coche. ¡Ya! —ordena Suso.

—Vale, vale.

Me monto y Suso sale quemando rueda una vez más.

—Vas a tener que cambiar de neumáticos.

—Y tú de cabeza, desgraciado. ¿Cómo se te ocurre liarte con esa yonqui?

—Una yonqui sí, pero de buena zona, mira donde tiene su casa la jodida. Además, yo no la drogué ni nada. Lo hizo ella solita. Si yo no me he metido una raya en mi vida.

—¡Pues por eso mismo, gilipollas! Si te lías con una novia de la coca, el crack o lo que coño se meta, hazlo con cabeza. Esa no es una barriobajera pordiosera. Ella posiblemente haya perdido la cuenta de las pollas que probó, pero basta que mañana se levante incómoda y que su familia le recrimine el estado en el que va a llegar para que se invente que no fue culpa suya, sino tuya.

—Te repito, yo ni me he drogado ni llevo nada encima. Y cuando me lie con ella, posiblemente yo estuviese peor.

—¿Y? Tu palabra contra la suya. Una niña bien de la ciudad con un buen despacho de abogados detrás contra… ti. Un don nadie. ¿Qué te crees que pasaría?

—Pero si ella fue la que me lo propuso…

—Ni peros ni hostias. Reza para que mañana no se acuerde.

—Si no se acuerda ni si se lo ha montado contigo, conmigo o con el cartero.

—Cierto. Cruza los dedos para que no rompa nada al llegar a su casa y los padres piensen que solo lleva un ciego más.

—Bueno, por lo menos no era una yonqui cualquiera, si es una niña bien estará limpia.

—¿Limpia de qué?, ¿a qué te refieres?

—De infecciones, virus y esas cosas.

—No me jodas. ¿Te lo montaste con esa yonqui a pelo?

—Puede. Pero es de buena cuna, ¿no?

—¿Y? Esas son las peores. No quisiste montártelo con una puta súper maja que te iba a presentar, que chequea su salud religiosamente, que está buena e iba tomar precauciones… y te follas a pelo a la primera yonqui que pasa. El festival de la gonorrea. Vete a la mierda.

—Joder, Frebas, es patético follar por dinero.

—Claro, es mucho más digno follar por una bolsita. Eso sí que es digno. Porque seguro que te preguntó si llevabas, ¿o acaso me lo niegas?

—Puede, sí. Pero no es una puta de las favelas.

—No, claro. Las putas que trabajan por dinero para alimentar a su familia de las favelas son lo puto peor. Las niñas de papá que te la chupan por una raya son mucho más dignas, claro. Dime, ¿dónde está la diferencia? O mejor no, ya te lo digo yo. Las putas follan con dignidad y las otras se follan a la dignidad. Lo mejor es que será feminista y todo. Venga, dejemos el tema que me caliento. Además, ya hemos llegado a tu portal.

—Lo siento, tío. Tenías razón.

—Pues claro que la tenía.

—No quería hacerte gastar una pasta. No iba a salir rentable.

—Qué va. Seguro que te sale mucho más rentable haberte contagiado de cualquier mierda, tener una resaca de escándalo y ni siquiera echar un buen polvo. Madura un poco, no eres Brad Pitt, no vas a tenerlas cuando quieras, solo vas a joderte a ti mismo un poco más.

—Queda para otro día.

—Una mierda, Javi. A saber qué le puedes pegar a cualquier amiga.

VIERNES, 17 DE JULIO DE 2009

—¿Qué coño hacéis aquí?

—Hace calor, a Camish no le gusta la playa y aquí tienes piscina con sombra —responde Suso tranquilamente.

—¿Os hospedáis en el hotel?

—No, claro que no. Llevo meses sin trabajar cobrando el paro, no voy a tirar el dinero en irme de hotelito romántico con este. Bueno, muy romántico contigo aquí, como que no.

—Entonces no podéis estar en la piscina. Os pueden ver y…

—¿Quién nos va a ver?, ¿el recepcionista? Si casualmente soy su amigo, porque el recepcionista eres tú.

—Técnicamente soy el socorrista, no el recepcionista.

—Desde que hemos entrado solo te hemos visto a ti. Eres el recepcionista, el socorrista, el camarero, el de mantenimiento y la de la limpieza. Todo en uno. Quién lo iba a decir, han hecho de ti un hombre de provecho.

—Vale, quedaos hoy porque hay poca gente. Y se acabó.

—¿Si me ahogo me vas a hacer el boca a boca, Mitch Buchannon?

—Si me traes a Pamela Anderson y ella me lo hace a mí, hasta me lo pienso. Llegados a este punto de la vida.

—Me ha dicho Calve que está en Portonovo con los de su banda. He llamado a Jano y dijo que si nos apetecía él nos recogía y salíamos por allí —propone Camish.

—Trabajo mañana por la mañana. No sé, no parece buena idea.

—Vamos a tomar una tranquilamente. No se va a complicar la noche.

—No. Lo siento, yo paso —me niego en rotundo.

Jano nos recoge quince minutos después de darme el relevo la compañera que hace el turno de noche. A las diez cenamos algo de

tapeo. Nos tomamos algo. Para la una de la madrugada la cosa ya se ha complicado. A las dos estamos en un pub del pueblo, rodeados de señoritos modelos de polo Lacoste y niñas de bolsito de Versace, alguno incluso original.

—Con lo que valen los zapatos de alguna me visto yo un año. ¿Se puede saber qué pintamos aquí? —pregunta Suso.

—Postureo. Duro postureo —contesta Camish.

—Mira esas dos, llevan trescientas fotos en todas las posiciones. Diva, vaquera del oeste, casual, interesante. No se cansan —replica Jano.

—A alguna se le han derretido los hielos de la copa y han ido a pedir otros, no para la copa, para la foto.

—Tiene razón el Frebas, no sé qué hacemos aquí, no hay nada que rascar —añado.

—Nunca se sabe. A muchas niñas pijas le gustan los tipos alternativos o los gañanes zarrapastrosos —sostiene Calve.

—Lo segundo no lo dirás por nosotros, ¿no? —pregunta Suso con sorna.

—Lo segundo y lo primero seguramente también.

—Joder, más fotos todavía. ¿Qué dirá mañana? Cómo nos lo pasamos ayer… Uhhh, hicimos quinientas fotos para el Facebook.

—Imaginaos las fotos que llevarán en toda la vida. Podríamos empapelar la Gran Muralla con las fotos de cada una.

—¡Hostia! Que se acerca la que está buena.

—Te importa sacarnos una foto. Queremos hacernos una para tener un recuerdo —me dice la más alta del grupo, guapa y de buen tipo.

—Sí, claro. —Enfoco la escena con la cámara de su móvil personal, otro de esos nuevos de pantalla táctil como el que tiene J —. Oye, ¿dónde se le da a esto para que saque la foto?

—No sabes usar un iPhone. ¿En qué planeta vives? Aprieta aquí cuando la tengas.

—Vale. Va a la de dos. Uno…

—¡¡¡*Cheers*!!! —Gritan al unísono.

De frente, de lado, cogidas de los brazos, levantando las manos, abrazándose… Veinte fotos después:

—Bueno, a ver cómo quedaron. Déjame ver, déjame ver. —La chica me arrebata el teléfono—. Las últimas *perfect*, pero las primeras quedaron un poco *fail*.

—Lo siento. No soy fotógrafo, soy socorrista.

—¡Aaahhhhh! ¡Socorrista! ¡Qué guay! Tiene que ser emocionante.

—Sí, llamar la atención a los críos para que no jueguen en el borde de la piscina y eso.

—Socorrista. Así a lo *baywatch*. ¡Qué morbo! —dice la chica arrimándose peligrosamente.

—Sí, sí, claro. Emocionante y morboso donde los haya.

—¿A ti te gusta el reggaetón también?

—Bueno, algo.

—Así bailando a lo guarro —dice la chica paseando su mano por mi pecho.

—Sí, sí, me encanta el reggaetón.

Los demás se ríen desde la barra al ver la escena. A los cinco minutos acerco un poco mi cara a la suya y ella misma me entrega sus labios. Es una chica alta, juega con una pierna entre mi entrepierna. Magreo sucio. Tan rápido como lo pueda desear la chica dice las palabras mágicas:

—Te apetece dar una vuelta por la playa. De noche es tan sensual.

—En un piso o en un camping no estás, ¿verdad? Porque sería mejor idea.

—¿Un piso? Aquí tenemos una casa, chico, pero allí están mis padres y como que no me parece.

—Claro, voy a despedirme… o no. Ya los veré. Vámonos a la playa si te gusta allí.

—Vamos. Qué excitación.

Salimos de la mano. Mis amigos nos miran sorprendidos y sus amigas siguen haciéndose fotos, indiferentes. Por el paseo a la playa me lleva fuertemente amarrado a la cintura y me morrea cada pocos pasos. Estoy muy caliente. Mucho. Demasiado.

—Mira, ahí hay una zona oscura. Podemos estar a nuestro aire.

—Sí, en la arena, me encanta —confiesa ella.

«Gracias, Señor», pienso.

Al poco llegamos a una zona de la playa lo suficientemente lejos del paseo para que no se nos vea.

—¿Aquí? —pregunto ansioso.

—Aquí sí. Qué morbo. A lo *baywatch*. Qué ganas tengo —dice justo antes de acercar su cintura a la mía y regalarme otra vez sus labios y su tacto.

Más magreo sucio.

—Oye, nos tumbamos en la arena. Morbazo, ¿eh? —propongo.

—¿Qué dices? Me lleno de arena y se me ensucia el pelo. Nos la hacemos así ya.

—Cómo así, ¿de pie?

—Claro. Acércate. Pero mirando al paseo para que se vea la luna.

—Si la luna está sobre el mar.

—Por eso, tonto. Nos la hacemos mirando al paseo para que salga la luna detrás.

—¿Eh?

—Déjame a mí. Así, acerca la cabeza. ¡*Cheeeeeeeers!*

—¿*Cheers*?

—Mira, ha quedado genial —dice la chica mostrándome en el IPhone el *selfie* que acaba de hacernos—. Ves la luna, qué bonita sale.

—Preciosa. Pero hemos venido a…

—Está en cuarto menguante.

—Pues yo estoy en cuarto creciente. Y de qué manera.

—No, está en cuarto menguante.

—Ya que hemos venido hasta aquí, así, podemos seguir por donde estábamos. —La morreo con lascivia una vez más, aun así siento que algo falla ahora.

—Tú también quieres más fotos.

—Noooo. Yo quiero… ¡Qué voy a querer!

—No. ¿Sexo? Así, ¿en la arena?, ¿y con un socorrista?

—Sí, el morbo y eso. Parecías…

—Lo siento, chico. No estás mal y tal. Pero un socorrista, y acabándonos de conocer. No sé, como que no.

—Vaya. Ahora sí que estoy en cuarto menguante.

—Oye, no te pongas así, que aquí podemos hacernos unas fotazas que no veas.

—¿Si le pido las llaves del coche a mi colega?

—¿Y para qué vamos a hacernos fotos en un coche?, ¿qué es?, ¿un Mercedes?, ¿un BMW?

—Mejor volvemos, ¿no crees?

—¿Por qué? ¿Estoy despeinada? Espera que me lo arreglo.

—No importa. Es por la luz.

—Ya. Qué bien nos venía un foco.

—Sí, eso. Un foco.

Mis amigos ya no están en el mismo local. Llamo a Camish y me comenta que han cambiado de garito, ahora están en uno menos… exclusivo. Voy a su encuentro.

—¿Qué pasó, socorrista morboso? —Suso viene a vacilar.

—Arehucas cola.

—¿Qué pasó?

—Arehucas cola. No tengo nada más que añadir.

—Has dejado el Cacique por un ron canario y has vuelto de la playa sin cumplir. ¿Qué te hicieron en el hotel de gais ese?

—El Arehucas está bueno. Además no lo pide mucha gente y, por tanto, no lo adulteran. Con respeto a lo de venir de la playa sin cumplir no será por no haber querido.

—¿Entonces?

—Arehucas cola.

—Vale, yo invito. Cuenta algo.

—Quería hacerse selfis con la luna, la playa y las estrellas.

—¿Qué cojones…?

—Arehucas cola.

Suso cumple mi capricho. Después invitó yo a una. Después paga una ronda Calve. Otra Jano. Otra Camish…

A las nueve de la mañana coloco las tumbonas de la piscina después de un buen desayuno continental que dejó preparado la compañera saliente de noche. Me duele el estómago, la cabeza, las articulaciones, la espalda, etc.

Al acabar me siento en la silla del socorrista. Las diez pasan muy

lentamente, las doce no llegan.

—No me lo puedo creer. Me habían dicho que ibas a currar durante el verano en un hotel y tenía que ser el nuestro. Y yo que buscaba un hotel romántico, voy a tener que poner una reclamación porque romántica, romántica la imagen que das no es…

Giro con enorme dificultad mi cuello y compruebo con estupor que se trata de J. De todos los hoteles de la costa gallega tenía que ir a parar a este y justo después de una noche de juerga sin dormir.

—¿¡Alba!?

—Javi, te presento a mi novio Eduardo. Eduardo, este es Javi, un chico que conocí en la universidad. Ahora es… ¿Socorrista?

—Hola Eduardo, encantado.

—¿Tú eres el socorrista? Espero no ahogarme.

—No, no es buena idea hoy —pronuncio con enorme dificultad.

—Oye, ¿tú nos puedes informar de playas chulas que haya por aquí? —Eduardo parece el típico niño rico recalcitrante.

—Es que Eduardo es de Madrid y le apetece ver las playas de la zona —añade J.

—Y pegarnos una mariscada, claro.

—Tengo unos folletos en recepción… —contesto desganado.

—¿Sabes de un buen restaurante para comer, al menos?

—Pues no he podido probar muchos, Estuardo. A un par de kilómetros hay uno de carretera, barato y donde, dicen, se come muy bien. Aunque con este sol necesitareis coche, porque andando os asáis.

—Eduardo, soy Eduardo. Por el coche no hay problema, me traje el Mercedes. Lo que… restaurante de carretera como que no. Estaba pensando en alguno con terraza por el paseo, para quedarnos después tomando unos cócteles con unas olivitas.

—No hay problema, si quieres violar a tu tarjeta de crédito para que te pongan unas tapas, pues te vale cualquiera.

—Así que este es el Javi del que me hablabas, Alba. No parece muy profesional que se diga, no precisamente eso.

—Disculpa, he tenido una mala noche. Problemas de salud.

—Ya, para ser socorrista no pareces muy sano.

—Es por el calor.

—¡Ay, Dios, no paráis de hablar! Os vais a hacer hasta amigos. Pues Eduardo estudió Administración y Dirección de empresas en la Complutense y ahora está pensando en dedicarse a la gestión de una empresa hotelera. —J empieza con su retahíla—. Ha estado por

Barcelona y va a hacer un máster en gestión turística en Londres, donde tiene un hermano trabajando…

—¡Javi!, ¡¡Javi!! ¿Me estás escuchando?

—Sí. Barcelona, Londres.

—¿Qué dices? ¿Te has quedado dormido?

—Pues claro, lleva media hora con el cuello torcido —matiza Eduardo.

—No, estaba absorto en… las fluctuaciones de ese flotador sobre el agua.

—Las fluctuaciones, sí —repite Eduardo sonriendo maliciosamente.

—Bueno. Nos vamos a comer. Mañana si no trabajas puedes venirte con nosotros, te invitamos —se despide Alba.

—Hoy mi relevo de tarde se va a retrasar, si mañana me adelanta el relevo para compensármelo me apunto. Gracias.

El tiempo hasta que llega mi relevo se hace interminable, a pesar de que la siesta provocada por el discurso de J resultó gratamente reparadora. En cuanto me relevan desfallezco de inmediato sobre la cama de la habitación que me tienen asignada como personal de servicio. A las dos horas me despierta mi Nokia 3310 de tercera mano, vibrando en el suelo después de caer de la mesita.

—Te recogemos a las diez y repetimos lo de ayer, a ver si hoy me llevan a ver la luna menguante a mí.

—Ni de coña. Estoy muerto, olvidaos. Pasadlo bien.

Me levanto y salgo a ayudar a recoger la piscina al compañero de la tarde. Me encuentro a Alba y Eduardo, que me proponen tomar algo por Portonovo.

—Ven con nosotros. Eduardo conoce a varios dueños de hoteles y puede ayudarte a buscar algo cuando se te acabe el trabajo.

—Me estás proponiendo ir a tomar algo por temas laborales.

—Sí. Además no le has caído tan mal, dice que ha relajado el oído contigo. No sé a qué se refiere.

Ceno algo en el hotel y acompaño a la feliz pareja a Portonovo a tomar algo. Hago la pelota al tal Eduardo por lo que pudiera conseguirme. Adulo a Eduardo por su coche, lo halago por su preparación, entretengo a su novia y me muestro receptivo para aceptar cualquier trabajo que pueda surgirme. Dios mío, de ligar con las chicas a hacerlo con sus parejas, pienso. Decadente. Cuando estamos a punto de irnos la voz de Suso me sorprende a mis espaldas.

—¿Tú no dijiste que no salías hoy?, ¿qué haces aquí?

—Nada, ya nos íbamos.

—Vamos a tomar la última con tus colegas —propone J.

No va a ser la última. Será de las primeras. Cuatro horas después me encuentro en el mismo punto que hace veinticuatro horas. Me siento cansado y dispuesto a convencer a J y su amorcito para regresar al hotel cuando Suso coloca la tentación en mi camino:

—Javi, ahí hay un grupo de extranjeras que llevan un ciego de campeonato.

En concreto un grupo de inglesas o americanas con una buena borrachera. No es una ocasión que se presente ya tan a menudo, a pesar de tener yo más necesidad de horas de sueño que ellas alcohol en sangre decido hacer un acercamiento junto a Suso. Después de la típica conversación absurda donde nadie se entiende con nadie, hecho sin importancia, me pongo a bailar con una de ellas, la más proclive al contacto. Diez minutos después nos liamos. Mi hotel está lejos para llevarla y ella comparte habitación con el resto, el destino me marca el mismo camino que la noche pasada, la playa.

Después de una caminata en la que se repiten los mismos pasos y coqueteos que con la chica del selfi, para evitar llenarnos de arena nos vamos a la zona de rocas del extremo opuesto al pueblo, donde poder retozar con cierta intimidad, más lejos todavía. Es una chica muy joven, rondará la veintena, lo que provoca en mí el temor a otro calentón sin solución. Otra vez no, ruego mirando la luna. Un corto ritual amoroso y nos desvestimos de cintura para arriba. Por desgracia, después de varios intentos, no parece convencida de seguir el juego de cintura para abajo. Mis temores se reafirman cuando pronuncia en un inglés que hasta yo logro entender:

—Oh, so pretty under the moonlight, but…

Trato de excitarla un poco más a través del tacto, la lengua, las palabras. Introduzco todos los halagos que puedan ocurrírseme en su idioma a través de su oreja al tiempo que mis dedos índice y medio hacen lo propio entre sus piernas. Ella gime y hace amago de devolverme el placer, pero mientras ella alcanza el clímax lo mío queda en simple tentativa.

—Oh, great!

Finalmente soy consciente de que no llegaremos a más y que este encuentro no tendrá segunda vuelta, ya que no volveré a verla en mi vida. Así que, después de un silencio, como yo también

quiero acabar, solo se me ocurre pedir lo mío:

—*Great for you.*

—*Yes.*

—*But me…*

—*What do you want?*

—*I want the same* —pido que me devuelva el favor.

—*How?*

—*Touch me. Touch me. You know.* Toquetea un poco, toquetea. *Up and down with your hand.*

—*Ahhhhh.*

Después de solventar ciertas dificultades lingüísticas la chica logra entenderme y desfogar mis más turbados anhelos. La vida sexual de este, mi verano, se limita a sus suaves manos. Por fin, alcanzado el clímax, alzo mi vista al cielo y puedo contemplar la belleza de la luna menguante. Satisfecha la más que necesaria descarga de dopamina, pongo punto y final al encuentro con unas románticas palabras en inglés bananero:

—*Great. Let´s go.*

Volvemos sobre nuestros pasos. Tanto mis amigos como las suyas siguen en el mismo local, con un par de copas más encima.

—¿Qué tal? Hoy traes mejor cara. ¿Veneno fuera? —pregunta Suso.

—De una forma artificiosamente manual, pero sí.

—Qué romántico cuando quieres. Oye, estábamos hablando de cambiar de sitio.

—Sí, por supuesto.

—¿No te despides?

—Claro. —Hago un último e innecesario intercambio de saliva con mi amante pasajera y nos marchamos.

—En serio. ¿A qué te referías con eso de artificiosamente manual?

—Pues eso. Una niña veinteañera con ganas de hacer el bobo en la playa, así que quedó en eso. Juegos manuales, como niños.

—Le dio a la zambomba. ¿Cantasteis villancicos también? —Suso sigue con el vacile.

—Nos faltabas tú.

—Javi, no follas ni de socorrista. Necesitas atención profesional y los dos sabemos qué tipo de profesional.

—Bueno, yo me largo. Estoy reventado, esta es la segunda noche en vela. ¿Dónde están J y su novio?

—En el hotel donde trabajas.

—¿Y con quién me voy ahora?

—Arehucas cola, ¿no?

A las nueve de la mañana vuelvo a colocar las tumbonas, después del desayuno a base de tostadas y Red Bull. Juro no volver a salir la noche antes de trabajar. Las diez no llegan y para las once ya tengo a J en la piscina.

—Menuda cara. ¿Qué tal ayer con la extranjera esa?, ¿contemplasteis la luna?

—Un poco.

—Vaya cara tienes. Deberías ordenar tu vida.

—Venga, te apuntas a ello, con permiso de tu amorcito. Por cierto, ¿Dónde está?

—Durmiendo.

—Es majo. Un pijo madrileño de libro, pero majo.

—Dejaste pasar el tren y apareció otro que no lo hizo. Ya ves.

—Ya te cansarás de ese barco y querrás un buque de guerra.

—¿Lo dices por ti? Entonces querrás decir un velerito.

—Es que a las pijas os gustan los veleros.

—¿Tú cómo eres tan bobo?

—Hoy he dormido poco, tengo una excusa. Oye, Alba, no hay casi nadie en la piscina.

—Ya, ¿por qué lo dices?

—Si te dejo una camiseta de socorrista y me voy un momento al almacén de las tumbonas.

—¿Qué dices? Quiero tomar el sol.

—Venga, te invito a cenar.

—¡Ja! No te creo.

—Hazlo por nosotros. Además este sol de las once ni calienta.

—Vale. Eso sí, después me haces unas fotos de socorrista.

—Hecho. Gracias, tía. Cualquier cosa me avisas.

—Sabes, Javi, si no fueras tan gilipollas…

—No sería yo.

J me cubre una hora. Me levanto aturdido y acabo mi turno. Como algo y me acuesto. Al fin, a las cuatro de la tarde del domingo acaba mi viernes.

SÁBADO, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2009

—Aspectos de la opresión patriarcal que impiden la emancipación sexual de la mujer en las sociedades del siglo XXI —pronuncia con detenimiento Inés, la hermana de Suso, en tanto lo va leyendo en el PowerPoint.

—¡¿Qué carajo…?! —exclama Suso extrañado.

—Es el título. No me interrumpas ya en el título, hermano.

—Si no me entero ni del título. ¿Emancipación sexual?

—Suso, déjala, solo está practicando para el examen. No es necesario que te enteres de nada. Tú empieza tranquila, Inés.

—En pleno siglo XXI, en el que se supone que la mujer ya debiese disponer de total libertad para hacer con su cuerpo lo que le venga en gana, ciertas actitudes machistas siguen impidiendo que desarrolle todos los aspectos de su sexualidad que ella desearía.

—Bueno. Ya me gustaría a mí disponer de total libertad sexual, y a Javi ni te cuento. Ya ni total, con un poco de libertad sexual nos llega. Un poquito.

—Suso, no interrumpas.

—Pues eso. Que los hombres pueden hacer con su cuerpo lo que quieran y las mujeres todavía no.

—¡Ja! Los cojones. Ellas follan cuando quieren y ellos cuando pueden. Total libertad sexual, como mucho, en el Afrodita y con la cartera llena.

—Suso, tu hermana es una cría.

—Javi, no es tan niña. Todos sus compañeros de clase pasaron ya por allí.

—Bueno, sigo. La que tiene el examen soy yo —interrumpe el debate Inés, que prosigue con su exposición—. Tradicionalmente la mujer se ha visto encasillada por unos estereotipos de belleza que le exigían unas proporciones perfectas mientras que ellos siempre se han librado de esas exigencias.

—¡Claro! Por eso nosotros, pobres y no hermosos, estamos

rodeados de mujeres. Estamos exentos de esas exigencias. Espera que voy a apartar a otra nórdica que tengo a mis pies y que debe ser invisible porque no la veo.

—Venga, te traigo otra cerveza, pero cállate ya, que tengo que practicar la exposición.

—Voy yo ya —me ofrezco—, que no se diga que aquí somos machistas también.

Cojo un par de cervezas de la vieja nevera de la casa de Suso y vuelvo a mi sitio en el sofá, mientras su hermana reanuda la exposición.

—A las chicas que no entran en los cánones tradicionales de belleza el *heteropatriarcado* las discrimina sexualmente, excluidas del encuentro con chicos atractivos solo por el hecho de tener sobrepeso o no tener una cara bonita. En prácticamente ningún anuncio publicitario se muestran chicas con sobrepeso, siendo ellas juzgadas únicamente por su aspecto físico.

—No está la publicidad llena de tíos cachas, no. Claro.

—¡Susoooo!

—Muchas chicas con sobrepeso han relatado como el machismo imperante las discrimina por su imagen, siendo juzgadas cuando ellas coquetean con chicos en buena forma física, sin que se tengan en cuenta criterios menos materialistas y más trascendentales como son la personalidad y la cultura.

—Vamos que si un gordo liga con una modelo es machismo, pero si una gorda lo hace con un tipo cuadrado está bien. Lógico, claro.

—¡Coño, Suso, tengo que aprobar este examen y la profe es feminista a rabiar!

—¡Hostia! Feminista y en la cincuentena, no digas más —interrumpo.

—Pues sí.

—Hace años que no habrá visto una… «Polla». Vale, entendido, vas bien por ese camino, pero hay que exagerarlo más —recalco.

—¿Todavía más? —replica Suso.

—Necesita aprobar este examen para que le den la beca este curso.

—Pues sí, hay que darle más caña al *heteropatriarcado* ese. Venga hermanita, duro con él.

—Venga, apunta. —Empiezo con mi aportación profesional—. Ponle que no es solo cuestión sexual, pues en el trabajo también sufren discriminación por la imagen. Incluso en organismos públicos, exigiéndosele requisitos físicos en pruebas para ciertos cuerpos como el de bomberos, policía, etc.

—Bueno, eso también se le exige a ellos —objeta Inés.

—¡Un carajo! Eso es discriminación machista —exclama Suso con vehemencia.

—Ah. Y cuando los chicos se masturban también se les discrimina en la imaginación.

—Claro, claro —aprueba Suso.

—Es más. La masturbación masculina es cuasi una violación, una violación machista —sentencio, viniéndome arriba.

—Eso, eso —aplaude Suso.

—Oye, ¿te vale el aprobado o necesitas mejor nota?

—Calificación de notable para arriba.

—Ah. Entonces es importante que al final de tu exposición te vengas abajo y digas que tú también sufriste discriminación por ese motivo.

—Claro, que un exnovio tuyo te llamó gorda y te dejó por eso.

—Algo así, sí. Buena idea, Suso.

—Si siempre he sido una escuálida. ¿Cómo me iban a dejar por gorda?

—Por gorda y esquelética, doble discriminación —puntualiza Suso.

—¿La profesora te conoce desde hace años?

—No, empezó este curso.

—Genial. Dile que desde ese episodio sufriste tanto que ahora estás tan delgada porque te dejó acomplejada.

—¡Es lo más rastrero que escuché en mi vida! —Inés se indigna.

—Mamá está en el paro y ahora yo también. Necesitamos esa beca —suplica Suso.

—¿Y si le hablo de mamá y de cómo tuvo que sacar la familia

adelante cuando estábamos sin un duro?

—Eso al tipo de feministas de tu profesora le importa un bledo. Necesitas un notable y esta farsa te lo garantiza.

—Vale. Es patético, pero vale.

—Ah, y dile que tu hermano conoció a su actual pareja en un club y la sacó de allí. Que se vea que yo feminista, y mucho feminista.

—Si la sacaste de un club es que la conociste allí, eso muy feminista como que no queda.

—Qué dices, la conoció por la calle o en una terapia, como en las películas —puntualizo.

—Dios. ¡Sois lo peor! Voy a descansar un poco. —Inés se retira a su habitación.

—Espera, cena con nosotros. Unas pizzas o algo —le dice Suso, pero ella no responde—. ¿Crees que se habrá enfadado, Javi?

—Ya se le pasará. Cuando eres pobre y tienes que sobrevivir, a veces el fin sí justifica los medios.

—Cierto. Cuanto antes lo aprenda, mejor.

Calentamos unas pizzas en el horno, cenamos, llevamos unos trozos a Inés, que prefiere cenar a solas en su habitación, y nos tomamos unas cervezas.

—Vámonos de fiesta a Lalín. Llevas todo el verano currando, te lo mereces —propone Suso.

—Hemos estado bebiendo cerveza, no es buena idea. Nos va a pillar la Benemérita por el camino y te va a crujir bien.

—Ya hablé antes con tu amigo Jano. Dice que hoy sale también el colega ese vuestro, el raro, el abstemio, ¿cómo se llamaba?

—¿Araque? Si a él no le gusta moverse de la zona de Santiago.

—Sí. Araque, eso. A él no le hacía mucha gracia, pero a Jano le convence ir a dar una vuelta por Lalín porque son las fiestas de los Dolores. Si vienes tú, a mí solo no me tragan, claro.

—Y aún con esas. Qué habilidad para liar a la gente tienes.

A las once de la noche nos recoge Araque en la furgoneta. A medianoche ya estamos tomando algo por Lalín. Buen ambiente festivo, consumiciones baratas y chicas de pueblo, gente humilde, alejada de la imagen impoluta y farsante de las niñas de ciudad.

—Araque. Adiós al postureo, larga vida al pastoreo.

—Suso, la mayor parte de estas chicas tienen más estudios que tú, déjate de sandeces.

—Alguna brava hay, mira ese grupo de ahí, cualquiera de ellas

te puede meter unas hostias fácilmente.

—Bueno, donde hay carne hay alegría. A alguna…

—Loco por la *freba* —Suso repite el eslogan con el que ha ganado su mote—. Se nota que no has tenido un verano glorioso.

—Están mirando para aquí. Venga, vamos a decirles algo.

—¡Dios! Tenéis complejo de Power Rangers —dice Araque.

—¿Por qué?

—Monstruo que veis, monstruo que atacáis.

—Qué mal, qué machista. Lo importante es la personalidad, la forma de ser —puntualiza Suso, recientemente entregado a la causa feminista.

—Vais finos ya.

—Venga, eso, vamos.

Suso me acompaña a hablar con las chicas. Unas palabrejas, un par de chascarrillos, un esperpento de baile múltiple y Suso y yo ya estamos abrazándonos a dos de ellas cariñosamente. A falta de belleza estratosférica, pues copas y oscuridad a la altura de las circunstancias. Al cabo de unos morreos, las chicas lamentan tener que irse con una excusa que carece de importancia.

—Con la clarividencia que me otorgan estos escasos minutos de abstinencia, pienso que el bueno de Araque pudiese haber tenido algo de razón. Hemos escogido lo más bruto del local —le digo a Suso con pedantería sobrevenida por exceso de bebida.

—¿Escogido?

—Bueno, ya. La mía me ha dado el teléfono, dice que estudia no sé qué carrera en Santiago. Lo mismo podemos hacer una quedada de parejas allí.

—Javi, mucha clarividencia, pero tus ojos están siendo muy amables, ¿no?

—Vale, nos hemos puesto como Las Grecas.

—Puede que alguna copa de más haya caído, sí. Oye, mira Araque que cara de aburrido tiene. Vamos a espabilarlo un poco.

—Suso, ¿qué estás tramando?

—Chicos, ¿qué os parece cambiar de pub? Conozco un local genial.

—¿Habéis acabado ya vuestra aventura? Por mí, vale.

—Te tomo la palabra, Araque —dice Suso—. Conduces tú, yo te guío.

—¿Hay que coger la furgoneta? ¿A dónde vamos?

—Un local chulo. Dejádmelo a mí.

A los diez minutos ya estamos de camino, en dirección a un punto que solo conoce Suso. Araque no parece muy convencido.

—A ver dónde nos metéis. ¡Cómo vais!

—Créeme, Araque, es un sitio fetén.

—Jano, ¿tú qué dices?

—Si tiene tragaperras me vale.

—Un tipo abierto a conocer mundo. Esa es la actitud.

—Un tipo que no va como vosotros, pero casi —replica Araque —. Por cierto, la tuya, Suso, por lo menos no asustaba, pero la de Javi…

—¿Qué pasa con mi chica? —pregunto socarronamente.

—Una chica grande, en todos los aspectos, en lo físico y en lo psíquico. A ti no te va el materialismo machista. En el fondo, Javi, eres un abanderado de la lucha feminista, un héroe de género. Un auténtico degenerado, vamos.

—Totalmente de acuerdo.

Pasan los minutos y los kilómetros.

—¿Dónde cojones está el sitio ese? —pregunta Jano—. Vamos a llegar a Santiago.

—Más o menos.

—¿A dónde nos estás llevando?

—Espera. ¡Para!, ¡para! Métete al parking ese —contesta Suso.

—¿Eso es un pub?

—Sí, hombre, de lo mejorcito. Mira el coche de la Guardia Civil, el del veterinario, el de mi vecino de Castro que es concejal. Toda gente de bien.

—Gente de todo tipo.

—Un sitio muy democrático. Venga, vamos Araque. Ya está bien aparcado.

—Y esas luces.

—Para que los que vamos un poco bebidos no tengamos dificultad en encontrarlo.

—Pero esto es, esto es…

Una puerta doble de madera da paso a una barra desgastada y rancia, atendida por un camarero desgarbado de mirada inquisitiva.

—Buenas noches.

—¡Qué pasa, Mario! —saluda Suso con confianza.

—Hombre, Suso, tú por aquí.

—Qué bueno, usted otra vez de visita —le dice una chica, señora con acento latino, en tanto lo agarra por la cintura contra sus abultadas caderas.

—Venga, que las chicas están deseando conoceros —dice Suso ya sentado a la barra y con la señora enganchada—. Es que son tímidos.

—Esto es, esto es un puticlub.

—Joder, Araque, estaba claro. ¿Naciste ayer o qué?

—Javi, no me jodas. Podías haber dicho algo.

—Qué más da, relájate y tómate algo —comenta Jano—. Yo me voy a la traga, paso del tema.

—Eso, tómense algo con nosotras —dice una chica negra restregando su pierna contra la entrepierna de Araque. Su color de piel se ve acentuado al contraste con la palidez repentina en el rostro del amigo Araque.

—Es que él no bebe.

—Mario, una ronda de estrellas para todos menos para el del rostro impasible, el chófer, que es abstemio y bebe la Coca-Cola sola. Así que a él ponle eso.

—¿Conductor y abstemio? ¡Chiiiiiico!, eso aquí está más demandado que nosotras.

—Joder, Suso, por fin traes a alguien de provecho. —Otro desconocido irrumpe en escena.

—Manolito, el de la Pepa, lo que hace que no te veo. ¿Ya acabaste el instituto?

—Me queda un curso.

—¿Qué tal tus padres?

—Bien. Mi padre está arriba. No pienses mal, subió con una por acompañar a mi hermano para que tuviese recambio, por si la que le contrató no era adecuada o suficiente. Ya sabes que al pobre lo dejó tocado una de Vilatuxe que pasó de él y lo trajimos a ver si recupera la cordura con ayuda profesional. Como él solo no quería subir y conmigo no tiene confianza porque cree que lo voy a vacilar, pues allá se fue el viejo.

—Mano de santo. Atención psicológica como esa, ninguna. Rápida y efectiva.

—Sí, eso mismo dijo mi madre.

—¿Qué pasó, guapo, usted también es tímido? —pregunta una venus latina que interrumpe, estando yo absorto en la conversación.

—Un poco —contesto retraído. A la chica no parecen importarle

mi falta de palabras, se acerca más y me agarra por la cintura, como lo hizo la otra con Suso.

—¿Es la primera vez que viene?

—Para ser exactos, es la primera vez que estoy en un sitio así. Bueno, que no entro forzado, como el pobre Araque —digo señalando a mi amigo hecho piedra.

—¿Cómo en un sitio así? ¿La primera vez en un club?

—Sí, más o menos, eso quería decir.

—Hay, qué tierno que tenemos un impúber. Dígame, ¿No es usted un poco mayor para no habernos visitado nunca?

—Bueno, es que yo, esto, eh…

—No tenga miedo, que no lo vamos a comer. Acérquese. —La chica acerca sus abultados labios peligrosamente.

—¡Ese figura! Afilaste bien la punta, ¡campeón! —grita Suso a un chaval que baja las escaleras de la primera planta risueño, acompañado de dos mujeres, una en cada brazo.

—Suso, mantén la compostura, que hay más clientes —le reprende el camarero.

—Un poco de decencia —reprocha otro hombre, vestido de negro impoluto.

—Perdóneme padre, es que presencio un milagro. Llevo años sin ver sonreír a este chico.

—La carne es débil, pero así empezaste tú y ahora no hay quién te saque de aquí. Dios le mande una mujer que lo amolde y lo haga feliz.

—Señor cura, que usted tampoco está confesando.

—Pecar una vez es humano. Hacerlo sin parar, como usted, ya es marrano.

—Está falto de cariño, padre —aclara el camarero—. De cabeza, también.

—Mira. Otros que encontraron compañía —dice ahora Suso, mirando para mí y para un empalidecido Araque.

—Sí, son muy tímidos tus amigos —dice la chica pegada a mí—. ¿Por qué tan miedoso si va bien armado?

—¡Ay lo que le dijo! ¡Loca por la *freba*!

—¿Por qué no subes conmigo, cariño? Ya verás qué alegre sales tú también.

—Eso, eso. Vamos, Javi, que tú también necesitas terapia y ella tiene de sobra.

—Es que, es que…

—Cristal. Déjame que hable un segundo con él. Es que está embelesado con tu belleza y no piensa bien. —La chica se separa de mí y va hacia el taburete donde tiene el bolso. Suso ocupa su lugar, me agarra por la cabeza y declama a voces que pretenden ser susurros—. A ver, a esta pago yo, te lo debo como amigo, ¿qué problema hay?

—No sé, es solo que no me gustan estas cosas, es tan artificial.

—Qué artificial ni qué hostias. Es lo más natural del mundo.

—Si a ella no le gusta, ¿qué? No quiero que se sienta mal o lo haga forzada.

—Mira, Javi —Suso pega mi frente a la suya—, ves a ese viejo del otro lado de la barra. ¿Te parece más apetitoso que tú?

—¿El de la camiseta con manchas de grasa y empapada por los sobacos?

—Pues ese, que lleva sin lavarse una semana, o tú. Todo es relativo, como decía este… Einstein. Ahora mismo para ella eres James Dean. Ella va a cobrar lo mismo.

—Ahora que lo dices…

—Y está como un tren. Mira que caderitas.

—Te debo una.

—Y tanto. Lo de tu amigo Araque, ¿tú crees…?

—Llévalo a la tragaperras, junto a Jano, antes de que le dé un ataque. Me va a matar.

—Tú tranquilo. A disfruta, que falta te hace.

La chica, Cristal, vuelve a pegarse a mí. Me coge de la mano y hace un gesto para que la siga. Reanudo el paso al ritmo de sus muslos. Subimos las escaleras a la primera planta. Cristal da unos toques a la tercera puerta a la derecha.

—Está libre. Vamos.

Entramos en una habitación pretendidamente lúgubre, con una luz tenue de color anaranjado que se confunde en un fondo de paredes rojas. Un colchón cubierto con una sábana oscura sobre un somier desgastado y chirriante forma el nido de amor, engalanado con un bidé roto en una esquina de la habitación.

—¿Voy a tener que desvestirte o puedes tú solito?

—Sí, a eso voy.

La chica me mira mientras me desnudo.

—No está mal. No tienes mal físico, aunque un poco más de ejercicio y menos copas te vendrían mejor.

—Sí, tengo que ponerme.

—¡Ah! Es tu primera vez, ven conmigo que te limpio el armamento —dice, haciéndome un gesto para que la acompañe al bidé.

Eso hace. Después se quita el vestido en un abrir y cerrar de ojos. No tiene mal cuerpo, aunque se nota el desgaste de tanta pasión dispensada. Sus senos hace tiempo que perdieron la turgencia en manos ajenas, sus muslos se deformaron galopando a saber qué bestias y su mirada se oscureció tanto o más que la propia estancia en la que nos encontramos.

Al recostarnos sobre la cama puedo contemplar la belleza escondida en la nostalgia de sus carnes, añorantes de los tiempos de la lujuria sin estrenar. Acerco las yemas de mis dedos a su cintura y las paseo suavemente hacia sus muslos, en tanto que mis labios buscan en su cuello la complicidad del tacto en los amantes pasajeros. Después mis manos juegan cerca de sus rodillas y regresan por la parte interna de sus piernas, sobrevolando su sexo, para ir a posarse con dulzura sobre esos pezones, anhelantes de delicadeza.

—Cómo quieres que te la chupe, ¿con o sin?

—Como quieras.

Se pone a ello. Cierro los ojos y pienso en otra, seguro de que no le importará en absoluto. Después sube a horcajadas sobre mí y compensa mi falta de vigor con su más que sobrada experiencia.

—Sí papito, qué bien.

—Sigue así, sigue así. Qué rico —repite.

—¡Cómo me gusta! —exclama exagerando.

En un momento, entre tantas frases y halagos forzados a ritmo de movimientos rutinarios, contemplo que la chica se mira las uñas, comprobando la manicura. Un momento como cualquier otro para hacerlo.

Agarro sus senos, cierro los ojos y trato de pensar nuevamente en otra, abstraerme en lo posible de semejante coito bizarro. Mi mente repasa las mujeres que logra recordar por la forma de los senos a través del tacto de mis manos. A las de mi primera novia no se parecen, tal vez las de aquella estudiante americana. Tampoco. Desi… No ensuciaré su recuerdo en esto. Entonces recuerdo cuando volví a ver a María Sánchez hace menos de un año, junto a la biblioteca universitaria, ese sujetador incapaz de absorber el impacto de la vibración de esos pechos…

—Ahhhh

—Ahhhh, papito. ¡Qué gusto!

Joder, por qué dejaría a esa mujer, pienso relajado mirando la luz anaranjada del techo, liberadas las tensiones.

—¿Terminaste? —pregunta la Venus de romance efímero. Sigue comprobando la manicura.

—Sí.

—Deja que te quite esto —la chica me limpia con presteza, tira los restos a la papelera y con ellos parte de mi amor propio. Al vestirnos intercambiamos unas palabras.

—¿Usted también trabaja en la constructora de Suso?

—No, soy su amigo, pero no trabajo con él. De hecho, no sabía que hubiese vuelto a la construcción.

—Es su empresa, no creo que se haya ido nunca. Dijo que tuvo un bajón con la crisis, aun así aquí ya les prometió rebajas en una promoción de viviendas de la capital a unas cuantas chicas.

—Ah, sí, claro…

—Vale. Otra trola más, como dicen por aquí.

—Yo no he dicho…

—Tranquilo, las putas y las mentiras compartimos lecho. Las cazo al vuelo y tu amigo, con perdón, es un charlatán descarado. Hay que querer ser más tonta de lo posible para creerlo más allá de los billetes que suelte.

—No sé en este ambiente. Con sus amigos es honrado y se porta bien.

—En este ambiente todo el mundo miente. Venga, acábate de vestir que se te pasa el tiempo.

Contemplo sorprendido como, sin darme cuenta, ella ya está vestida y peinada. ¿Cuándo?, ¿cómo? Me visto apresuradamente y salgo junto a ella de la habitación. Bajamos las escaleras y…

—Encantado.

—Hasta luego, guapo —se despide sin ni siquiera girar la cabeza hacia mí. En segundos no me recordará más allá de la cartera. Yo tampoco. Billetes cambiando de manos bajo la suela de una pisoteada dignidad, el esperpento del amor, sexo desalmado dispuesto a liberar humores y equilibrar química y finanzas.

Todo se resume en las románticas palabras de Suso:

—¿Vaciaste al fin? Falta te hacía, madre del amor hermoso.

—Sí. Gracias ¿Y los otros dos?

—En la tragaperras. Son gente extraña. Venir a un puticlub a que

te traguen las monedas y no otra cosa. No sé, aquí ofrecen actividades más interesantes a cambio de dinero.

—Al pobre Araque le va a dar algo. Vámonos.

—Como tú ya soltaste lastre. Entonces… ¿Bien con la chica?

—Bien, artificial, raro, déjalo estar.

—Ya estamos con las mismas tonterías. Lleno o vacío, como el depósito del coche, solo que pagas por lo contrario. Qué raro ni qué hostias.

—Vale, sí. Gracias. Se me está revolviendo el estómago. Vámonos.

Recogemos a Araque y a Jano en la tragaperras y salimos del local. Ya de camino a casa Araque está cabreado, conduce y no habla.

—Araque, coño, lo siento. Íbamos mamados.

—Y Javi, además, envenenado perdido. Tenía que soltar.

—No se lo vamos a decir a nadie, ¡coño! Ni que lo fuese a publicar —sigo excusándome.

—Esta vez os pasasteis. Mira que conozco gente maja en la comarca del Deza, en Lalín precisamente, y me junto precisamente con vosotros. ¡Degenerados! —sentencia. Y se hace el silencio.

El lunes, después de una resaca dominical de órdago, recibiré una llamada desde el móvil de Suso:

—Javi. Sabía que el sábado te tenía que invitar por algo.

—¿Qué?

—Espera, que pongo el manos libres y mi hermana te lo explica.

—¡¡¡Sobresaliente!!!

—Cojonudo.

—¡*Habemus* beca!

—Oye, Inés, sobresaliente solo con la exposición.

—Bueno, vale, lo reconozco. Monté el número que me dijisteis, el del supuesto exnovio que me discriminó.

—Le faltó hablarle de cómo rescaté a una puta de la mala vida y ya tenía matrícula —protesta Suso.

—Ya. Se perdió la historia del héroe feminista.

VIERNES, 30 DE OCTUBRE DE 2009

—Vosotros dos, los nuevos, venid aquí un momento —dice el encargado, dirigiéndose a Camish y a mí.

—Os queremos agradecer el esfuerzo que habéis hecho, pero temo deciros que la empresa no tiene sitio para vosotros ahora.

—Llevamos todo el mes cargando cajas al almacén.

—Sí, los jefes me han encargado que os lo agradezca personalmente. Cuando haya ofertas de trabajo disponibles os lo tendremos en cuenta.

—Vale. ¿Van a pagarnos algo?

—Oye. Estabais de prueba. Lo siento. De todos modos, esto os servirá como experiencia en vuestro currículum. ¿Tenéis algo en las taquillas?

—No.

Se hace un silencio.

—Pues nada, chicos, suerte.

Silencio. Llueve.

—Un mes acarreando cajas y para casa con las manos vacías.

—Ya me lo imaginaba.

—Nos servirá en nuestro currículum, oye. Químico y economista social, también acarreamos cajas.

—Tú más que yo, Javi.

—A ti se te dio mejor la hostelería.

—Rompí menos vasos. Tú eres mejor con las cajas y yo con la vajilla. Qué más da, la historia acaba igual.

—La química te sirvió para manejar bien la bandeja, los líquidos y eso. Claro.

—Y a ti la economía social te ayudó a manejar cajas. Fantástico.

Nos reímos. Llorar no serviría de nada.

—¿Salimos a emborracharnos hoy, Camish?

—No me apetece, estoy cansado. Además, con qué salimos. Que yo sepa no nos han pagado nada.

—Si te apetece puedo proponerle a Suso tomar una cervezas en su casa y ver alguna serie. No sé.

—Paso, ya nos vemos. Para otra será.

—Sí, para otra. Chao, Camish.

Tengo un mensaje en el móvil de una tal R. ¿R?, no recuerdo a R. Mis fracasos sentimentales se desvanecen, fugaces como mis fracasos laborales. El mensaje dice:

¡Hola! Este fin de semana me quedo en la residencia en Santiago. Si te apetece podemos tomar algo.

Trato de recordar a R. R de Rebeca, Rocío, Rosa… Pienso en nombres de mujer que empiecen por R y me den una pista. No tengo ni idea de quién es ni tengo un duro para pasear con chica alguna, pero el instinto es más fuerte que la sostenibilidad financiera. Quitando las parrafadas de J, hace meses que no recibo el mensaje de chica alguna para proponerme nada. Contesto al mensaje preguntando a la chica misteriosa hasta dónde quiere ir tomando algo, tratando de sacar información en todos los sentidos. Suena el móvil con la contestación:

Pues estoy un poco cansada porque salí ayer. Por mi tomamos algo en la resi y vemos una peli en plan tranqui.

¡Eureka! Ese plan sí es económica y sexualmente viable. La suerte me sonríe al fin con una proposición interesante con una desconocida que no logro recordar. Perfecto.

Unas horas después compruebo que no tan perfecto. La chica es… grande. Su cara es grande, su nariz es grande, sus dientes son grandes, su cintura es grande, sus brazos y sus piernas son grandes. Con todo, las neuronas de mi cerebro que guardan la información sobre ella no lo son. Después de un momento en blanco, mi memoria da con ella. Es la chica de Lalín que conocimos en las fiestas, la noche que acabamos en el club Afrodita. Pues sí que era grande. De todas las tías buenas que hay en Lalín y fui a dar con la más… grande.

Me voy acercando a la entrada de su residencia, desde donde me saluda. A cada paso que doy se va haciendo más grande. Empiezo a pensar en qué excusas poner para irme pronto, pero mis hormonas recuerdan a las neuronas que mi necesidad fisiológica es de las mismas proporciones. Aunque ciertamente ella no es una Afrodita menuda y manejable, es una Venus grande y retadora, yo tampoco

soy un Adonis para andarme con remilgos. El problema es que tampoco soy un Hércules.

Sigo acercándome. No hay marcha atrás. Qué cojones, pienso, y me lanzo a sus brazos.

Ella va más allá del abrazo cariñoso y me planta un morreo que me hiere los labios.

—¿Qué tal? Pareces asustado.

—No. Es que soy tímido.

—Pues no lo parecías cuando te conocí.

—Es que de fiesta y con unos tragos encima es diferente.

—Oye. Están todos los locales cercanos cerrados. Tengo unas cervezas en la habitación, si quieres podemos tomar algo allí —dice ella, más lanzada que yo.

—Vale.

Subimos las escaleras a la primera planta de la residencia donde tiene su habitación. Abre unas cervezas y me ofrece una.

—¿Te hace una peli?

—Vale.

—¿Una de risas facilona?

—Vale.

—¿Vale? Todo te vale, qué complaciente.

—Me gusta ser agradable.

—Y a mí me gusta que lo seas —me dice antes de devorarme los labios una vez más.

Tres sorbos a la cerveza y la película ya empieza. Cinco sorbos y ella devasta mis labios una vez más. Los protagonistas de la comedia romántica todavía no se han conocido y ya tiene su mano sobre mi paquete. Me presto al juego hormonal, mi cuerpo comienza a responder. Ella acorrala mi cara entre sus grandes manos y consume mis labios sin piedad. Entonces se sienta a horcajadas apoyando su peso mayormente en mi pierna derecha. El dolor pasa de mis labios a los cuádriceps de mi pierna derecha.

—¿Estás bien?

—Sí, preciosa, pero ponte un poco más para el otro lado. Así, gracias.

Retomamos el juego de la pasión, pero entonces noto un cosquilleo en mi pierna izquierda.

—Espera, espera.

—¿Qué pasa?

—Vamos a colocarnos bien, que es importante.

—¡Ah!, eres de los que se mete unas rayas antes.

—No, no. Digo que mejor nos colocamos bien, literalmente. Vamos a coger una buena postura, para estar más cómodos. Gírate un poco a la derecha ahora…

Por un momento pienso que voy a perder mi rodilla izquierda, aunque, al fin, logramos una postura más funcional. Entonces me devora de nuevo. El dolor vuelve a mis labios.

—Perdona.

—¿Qué pasó? ¿A la izquierda de nuevo?

—No, no. Es que me duelen los labios

—¡Ah! Los catarros del otoño.

—No exactamente. Bueno.

—Espera, tengo cacao labial para ese dolor.

—Gracias, no hace falta.

La chica se inclina hacia la mesita de noche y coge una barra de cacao labial. Ahora estoy a punto de perder ambas rodillas.

—Toma, es cojonudo.

—Gracias.

Nada más poner algo de cacao en los morros, estos sufren una nueva embestida de mi gran amante. De pronto, me quita la camiseta y hace lo propio con la suya.

—Aquí hace calor.

Indudablemente el ambiente se calienta. Cuando ya estamos en ropa interior, no todas mis extremidades inferiores se alegran. Después de una rápida cata de la piel de su cuello y sus pechos, la chica se desplaza hacia atrás, posicionándose sobre la parte baja de mis piernas. Mi miembro está excitado, las tibias y peronés no. Entonces baja mis calzoncillos, agarra mi miembro y el dolor de mis piernas se desvanece solo por la expectativa de la satisfacción que está por venir. Acerca su boca entre mis piernas y todo el dolor se va.

—¡¡¡¡AAAAAAhhhhhhh!!! —No, no se va. El dolor vuelve con más fuerza, ahora todo sobre mi pene.

—¿Qué pasa ahora? ¿No te gusta? —pregunta incorporándose de nuevo sobre la parte baja de mis piernas. Más dolor.

—Sí, pero ten cuidado con… cómo lo diría… Cuidado con los dientes. Es que me has mordido un poco.

—Es que me excita morder.

—Y no te podría excitar un poco menos.

—¿No me dejas?

—Hazlo más suave, por Dios.

Cuando se inclina otra vez sobre mi entrepierna siento más relajación en la parte baja de mis piernas, que se ven sometidas a menos carga, que en mis otras partes bajas, donde empieza a acumularse el dolor. Sus incisivos surcan mi glande sembrando el dolor por donde pasan.

—Oye, ¿qué tal si pasamos a la acción?

—Viciosillo.

—Un poco, sí.

La chica se posa ahora sobre mi pelvis, coge un preservativo del cajón de la mesita de noche y, antes de darme cuenta, ya formo parte de su grandeza. Entonces cabalga. Las primeras embestidas son llevaderas, suaves y con parsimonia, pero la pasión de esta mujer está a la altura de su volumen. Pronto empieza a botar como una posesa. Mis muslos tiemblan a cada acometida.

—Te gusta así, ¡cabrón!

—Sí. Bueno, más suave mejor.

—Toma, toma duro. ¡Duro! —dice subiendo el ritmo.

—No. Blando, blando. —Mis piernas crujen como madera vieja.

—¡Dame!, ¡dame! Sí.

—Con calma, con calma. —Mis rodillas traquetean sin control. Mi pelvis se desquebraja

—¡Te gusta, eh!

—¡No! Joder, me duele. Más despacio, por Dios.

—No te preocupes. Ya acabo, sí, queda poco. Queda poco. —Y sube más el ritmo.

—¡¡¡¡¡Ahhhhhhhh!!!!!!

En un bote más efusivo aún que el resto mi pene se sale de la trayectoria y una de sus nalgas aterriza sobre él con todo su peso.

—¿Qué pasa?

—¡¡¡¡Ahhhh!!!! Duele, duele.

—Venga. No seas exagerado.

—¡¡Aaayy!! Me he roto la polla. Me la he roto.

—Espera. Noto que está quedando flácida.

—Si solo fuese eso. Esto ha fracturado.

—Exagerado. Serás castrón. Mira a ver si puedes seguir, que estaba cerca.

—¿Castrón? Castrado sí, casi. ¿Seguir?, ¿cómo voy a seguir?

—Deja que te mire.

—¡¡¡Ahhh!!! —Ahora siento un fuerte dolor en los pies al ella

apoyar todo el peso de su trasero, todo su peso en general, sobre mis pies.

—Sigue doliéndote ahí.

—Ahí y allá. Odio esto.

—Lo tienes rojo sí. ¿Quieres parar?

—Sí, va a ser mejor parar.

—¡Qué pena! Ahora que estaba cerca, no me aguantaste el ritmo.

—Puede que no lo haya expresado bien. ¡Me duele de cojones!, valga la redundancia en las propias partes.

—¿Y qué podemos hacer? Tengo Thrombocid.

—¿Thrombocid para la polla?

—No sé. Un músculo, una articulación. ¿Qué es la polla?

—Una cruz. Una putísima cruz. Suerte que tienes de no tenerla.

—Hombre. Es que si la tuviese esto sería un poco homosexual, ¿no crees?

—Da igual, duele. Thrombocid. Lo que sea.

—Espera, mi compañera de residencia de la planta baja estudia Medicina.

—¿Eh? ¿La conoces? ¿Tienes confianza con ella para molestarla a estas horas?

—Sí, es vecina mía de Lalín. Además, los problemas con el agua en esta residencia nos han unido mucho. Espera un momento aquí.

—A dónde voy a ir así.

La chica sale de su habitación y quedo un rato a solas con el dolor en mis partes. Prometo a Dios abstinencia. Voy a ser abstemio. Abstemio de alcohol, de sexo, de todo. Lo tengo decidido…

Y entra por la puerta una diosa de la belleza. Blanca de piel, de pelo liso castaño claro, curvas sinuosas y bien trazadas…

—¡¡Joder, tía!! Si me vas a llamar para un trío dímelo antes de encontrarme a un tipo con la polla en la mano y sudando. No soy una santa virginal, pero tampoco…

—No es eso. Ya te dije que tenía un problema urgente.

—¿Qué pasa?

—Que me la he roto. Eso es lo que pasa —aclaro.

—¡No jodas! Déjame ver.

—Vale, pero que alguna me pase una cerveza para el dolor, por favor.

La tremenda mujer se acerca a mi pene. Se pone unos guantes de látex, lo toca primero con un par de dedos y después empieza a

palparlo con la mano.

—¿Te duele si te presiono aquí, en el tronco?

—Al principio más, a medida que sigues un poco menos.

—Vale, tranquilo, creo que no hay fractura y solo es una contusión. Necesito una crema antiinflamatoria y algún calmante —dice la estudiante de Medicina justo antes de girarse hacia mi gran amante—. Tía, baja a mi habitación y tráeme las cremas que veas de mi mesita.

La gran mujer sale de la habitación mientras su vecina de residencia queda examinándome el pene.

—Joder, esto no es lo que me hubiese imaginado.

—Hombre. Estas cosas no se esperan, pasan. Tenéis que tener cuidado, parecía que me iba a caer el techo encima. Has tenido suerte de que solo sea una contusión.

—Eres muy guapa. Y buena con las manos.

—¿No estarás tratando de ligar conmigo en esta situación?

La gran chica que figura como R entre mis contactos de móvil aparece por la puerta de nuevo, cargada de cremas y demás potingues.

—Vale, déjame la azul y el bote pequeño —indica la futura médica a R—. Ahora voy a untarte esta crema calmante a lo largo del pene, muy suavemente, si te duele mucho me lo indicas. Después te pondré una antiinflamatoria. Tú tranquilo.

—Sí —contesto anonadado.

—Bien, así. —La futura médica me esparce la crema de arriba abajo, mientras R mira—. ¿Te duele? Tú dime si te duele.

—No, va muy bien.

—Vale, ahora te pondré la crema antiinflamatoria —dice cambiando de crema.

—Entendido.

—Bien. Bien… Un momento, parece que se te está hinchando demasiado. Habrá que poner más.

—Tú dale, sí. Es que así tan bien puesta, tú y la crema…

—¿Qué?

—Que estás buena, sí

—¿¿¡¡Qué!!??

—Que está buena la crema, sí. Está bien, ya lo noto mejor.

—¿Te estás empalmando?

—Nooo. Bueno, un poco. Es que no soy de piedra.

—Pues a mí ahora se me fueron las ganas —aclara R.

—Creo que ya he hecho bastante —dice la estudiante de Medicina.

—Sí, gracias, perdón. Muchas gracias.

—Bueno, os dejo. Mejor no le des uso hasta dentro de unos días y después tened más cuidado.

—Vale. Gracias. Por cierto, que R no nos presentó. Me llamo, Javier.

—Encantada, pero creo que debo irme. Es un poco incómodo, no suelo conocer a la gente así.

—Yo tampoco. Habitualmente me presento dando dos besos en las mejillas como todo el mundo… O doy la mano antes que el pene, eso seguro.

—Imagino. Bueno, suerte. —La futura médico hace un gesto de despedida con la mano antes de desaparecer por la puerta.

—¿R?

—¿Qué?

—Le dijiste que R no os presentó.

—Esta, dije esta. Ya sabes que los gallegos usamos mucho los demostrativos cuando hay confianza.

—¿Acabamos de ver la peli?

—Mientras no le rompan la polla al protagonista.

VIERNES, 20 DE NOVIEMBRE DE 2009

—Vale, Alba, me parece bien. Pero mira la carretera, por Dios.

—Pues mira, como te iba diciendo. No va la tía y me suelta que hacemos mucho ruido. Una fiesta que montamos en todo el año, ¡una!, y nos dice que hacemos mucho ruido. Que no es por la fiesta solo, que siempre estamos taconeando de un lado para otro, que pisamos muy fuerte. ¿Te parece normal?

—No. La típica *tocapelotas*. Mira la carretera, anda, que estás conduciendo.

—No solo eso. Se queja de que usamos los interruptores de noche y hacen ruido también. ¿Cuándo vamos a utilizar los interruptores si no es de noche, a las tres de la tarde? Como te digo, la típica vieja amargada que no se le puede ocurrir otra cosa, no sé, hacer calceta, comprar un perro que la aguante…

—¡Por Dios, Alba! Mira la puta carretera, que nos matamos.

—¡Qué va! Cuando mi padre me compró este coche le miró que tuviese todos los sistemas de seguridad. Aparca solo, pita si te sales de la trazada, tiene airbags por todos lados, sensores…

—Sí, si será el mejor coche en el que me han llevado y, a este paso, va a ser justo en el que me mate.

—Qué exagerado, por Dios. ¿Entonces estás contento en ese trabajo?

—¿En este?, ¡claro! Es el único por el que me pagan. Los otros dos me como mil horas en la oficina y, como soy becario, dicen que me pagan con la experiencia, que “me abrirá muchas puertas”.

—Tienes tres trabajos. ¿Tú? Con lo vago que eres.

—Pues sí. Pero ya te digo que estoy de becario. Pagar, lo que se dice pagar, solo me pagan aquí, que lo único que tengo que hacer es firmar veinte o treinta informes un viernes al mes. Tengo que estarle agradecido a Óscar, mi colega de la facultad, por pasarme el

contacto.

—¿Te pagan por firmar informes?

—Sí. Firmo la barbaridad que me pongan para poder llevarme cuatrocientos míseros euros. Son informes que necesitan en centros privados para que la burocracia no le toque las narices. De lo que me llevo después aún tengo que pagar el colegio profesional y los sindicatos. Esos sí que tienen un buen negocio.

—Resumiendo, te pagan una mierda por firmar la muerte de Manolete y comerte el marrón si pasa algo.

—Justo. Ese es el asunto. De hecho, a mi colega Óscar lo echaron por un marrón de esos, pero puedes estar tranquila que el sistema funciona y no volverá a pasar. Ahora me echarán a mí en vez de a Óscar.

—La administración es muy eficiente, sí.

—La verdad, Alba, estás aprendiendo a resumir. Cuando aprendas a conducir también, te pido matrimonio.

—Ya te gustaría. No le llegas a Eduardo a la suela de los zapatos.

—Hacéis una bonita pareja de pijos, sí.

—Envidioso, no me saques el tema. Sabes que estamos enfadados.

—Si yo no he sacado el tema, has sido tú. Ya estamos llegando. Déjame aquí, por favor. En diez minutos acabo.

—¿No los vas a leer? Si pasa algo te van a crujir.

—Como has dicho antes, me pagan justo para eso.

—¿Y si te empuran?

—IN-SOL-VEN-TE.

—Qué tipo.

Salgo del coche. Firmo lo que me ponen delante, recojo mis cuatrocientos euros y en diez minutos estoy de vuelta en el flamante nuevo coche de J.

—Gracias, tía. Me has salvado la vida. El cabrón del Suso justo tenía una entrevista.

—De nada, hombre. La verdad es que lo de los informes y la burocracia en este país es la leche. Mi padre me cuenta siempre que para llevar la fiscalidad de la empresa se gasta incluso más que en nuestros caprichos. Y eso que siempre se queja de ellos. Ni que fuese para tanto, yo el coche lo necesito y unas vacaciones de vez en cuando, pues…

J me bombardea de nuevo con su artillería verbal. Las casas y los arboles desaparecen entre la lluvia, tras la ventanilla del

copiloto del coche, nuevo y espacioso.

—¡Javi! ¡Eh! ¿Te has quedado dormido? No me jodas que te he contado toda la historia y te has quedado frito.

—No, estaba absorto. Entre la lluvia y lo calentito y cómodo que es tu coche…

—Vamos, que ibas sobando.

—No. Oye, ¿quieres salir a dar una vuelta con nosotros hoy?

—¿Me estás invitando a salir?

—No le des vueltas. Dijiste que estabas enfadada con Eduardo y salir con los colegas en esos casos siempre viene bien.

—Salir con los colegas, dices. Javi, no tienes remedio.

—Gracias, Alba. Ha sido un detalle llevarme.

Por un momento siento una extraña sensación entre la gratitud por lo bien que se ha portado, el afecto por una amiga que lo está pasando mal y la comprensión por una inadaptada más, que no encuentra quién entienda esa propensión suya a la verborrea incontrolada. Esa pequeña dentadura que forma sonrisas tímidas, esa lengua con propensión al culturismo sobre la cultura, pura halterofilia oral, esos ojos oscuros un tanto hundidos, ese flequillo corriente… De repente, en el recorrido de mis labios a sus mejillas, para despedirme, surge un quizás. Ella no aparta su boca.

—Gracias, si cambias de idea y te apetece desconectar un poco avisa —digo después de retomar la cordura perdida por un instante y haberme despedido con sendos besos en las mejillas. Bajo del coche y vuelvo la vista a ella.

—Vale. Aunque no creo. —Alba se queda confusa por un momento, sin decir nada, mirándome fijamente a los ojos, entonces sin apartar la mirada, niega con la cabeza moviéndola de un lado a otro—. No sé qué…

—¿Qué?

—Nada, adiós.

—Adiós, guapa.

—¿Guapa? Por fin lo reconoces. Adiós, gilipollas.

Cierro la puerta del copiloto y el flamante nuevo coche de Alba arranca. Una avalancha de extrañas sensaciones y sentimientos confusos sobre Alba se abalanza sobre mí. Llamo a Suso.

—Suso, ¿qué tal, hubo suerte?

—Mierda, Javi.

—Lo siento, tío. Oye, estoy confuso, necesito una copa, y por lo que te escucho…

—Veo tu apuesta y subo. Que sean un par de ellas más.

Avisamos a Alfredo, que tiene ganas de salir. Su primo Jano lleva una semana quemado en la oficina, también se apunta. Álvaro, el colega de Suso que estaba trabajando fuera, ha regresado al abarrotado club de parados de la ciudad y se apunta para olvidar penas. Camish tiene dudas, pero no se niega, lo que significa que se apuntará. La cosa se complica…

A las cinco de la madrugada, los excelentísimos miembros de tan variopinto grupo bajamos en cascada por las lúgubres escaleras del Maikar, yendo a desembocar deshidratados frente a la barra.

—Seis cervezas. ¿Alguno quiere otra cosa? —nadie contesta— Seis cervezas, sí.

Damos tumbos por el Maikar con sendas cervezas en la mano, cada cual en peor estado. Cada uno a su manera tenía ganas de olvidar o despejar su mente esta noche y todos se han aplicado en ello. Un grupo de tías mira a Jano, el más exitoso del grupo. Una se pone a hablar con él llevando la iniciativa.

—Mira el cabrón del Jano. Otra que se lleva.

—Más bien otra que le lleva a él —aclara Camish.

—Ya, tiene huevos. Y mira que le echa pocas ganas, como si fuese un curro.

Al cabo de un rato tonteando, Jano pasa de ella y se dirige a la barra a tomarse una cerveza con unos conocidos suyos.

—Jano, aprovecha que esa quiere —inquiero.

—Paso de pijas tontas hoy.

—Pues la chica no está mal. Menudilla, pelo corto, tiene su morbo.

—Paso. Además, ya está ocupada con el colega de Suso.

Ciertamente, la chica está ahora tonteando con Álvaro, que saca provecho de las horas de gimnasio y sus bíceps marcados. O eso parece, a los diez minutos Álvaro vuelve junto a nosotros.

—¿Otra birra?

—Yo creo que esa quiere tema —repito, ahora a otro interlocutor.

—Paso, es una pija rara.

—¿Y? Quiere tema.

—No sé, vete tú.

—A mí no se ha acercado.

Entonces la chica se dirige a nosotros, trato de colocarme la ropa un poco, retocar el peinado con la mano y… ver como la chica se

pone a hablar con Alfredo. O eso intenta. Alfredo da tumbos y le contesta con dificultad. Parece que le va a entrar a morro. No, simplemente era su cabeza, que bambolea, solo le da dos besos en las mejillas. Intercambian dos palabras, pero Alfredo también parece despreocupado.

—Alfredo, tío, esa quiere tema hoy —repito de nuevo, ahora a su tercer plato.

—Javi, tío. Buff, demasiadas copas. Yo lo que necesito es un bocadillo. Vamos al veinticuatro.

—Es que no le vais a hacer caso ninguno. ¿Estáis sobrados o qué?

—Dile algo tú —me dice Suso.

—Dios, ¿me voy a arrastrar para ser el cuarto plato?

—Ya estamos con la negatividad. Le vas a ofrecer el postre, tío. Venga, qué más da.

Haciendo caso a Suso me acerco a ella y le digo lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Vaya antro. Cuesta hasta respirar.

—Pues a mí me encanta Maikar. Es tan… alternativo.

—Sí, bueno. ¿Y qué tal?

—Bien.

Me acerco a ella e intento imitar el extraño baile que ejecuta.

—No te sale muy bien —me dice cogiéndome de las manos y guiándome ella ahora—. Ves. Así mejor.

En cinco minutos estamos agarrados “bailando”. Acerco los morros y sus labios me reciben amables, abiertos a lo que pueda ofrecerles. Después de tres platos frustrados yo soy el postre. El postre de restaurante de menú del día que quedaba, agotados los demás. Otra burla a mi dignidad. ¡Qué importa! Dignidad, Justicia, Moral, Ética, Equidad, Solidaridad… Putas baratas que cada cual utiliza a su antojo, violándolas sin pudor ni pena por ello. Entre una patada en las partes a la Dignidad con mayúsculas o a las mías con minúsculas, salvo a las mías. Y las mías empiezan a apretar contra mis pantalones vaqueros.

—Oye, ¿te apetece dar una vuelta?

—Vale, busquemos un sitio a nuestra bola. —Música lujuriosa celestial.

Salimos de Maikar hacia los callejones que atraviesan las casas ricas de la ciudad, buscando intimidad en uno que desemboca junto al centro médico de la Rosaleda. Paramos en el hueco que hay entre

un Audi de alta gama y una furgoneta, con un pequeño arbusto a un lado. Nos besamos, la chica me empuja contra la furgoneta y continúa el magreo con más lascivia si cabe.

—Estoy muy caliente —digo pasando las manos por debajo de su falda y desabrochando el botón de mis vaqueros.

—Siempre me ha dado morbo hacer esto delante de mi puta casa —contesta ella, introduciendo su mano en el interior de mis calzoncillos.

—Menudas filias…

—¿Eh?

—Digo que olé tus morbos —declaro antes de imitarla y asaltar con dos dedos entre sus braguitas.

—Ahhh… —Ella me responde con sus gemidos y el vaivén de su mano en mi miembro, de arriba abajo.

Entonces la aprieto contra mi cintura, aparto sus braguitas a un lado.

—Ehhh. Espera, no querrás que me vea algún vecino follando en un callejón.

—Tú dijiste que te daba morbo.

—Sí, pero a tanto no voy a llegar. Puede vernos alguien. Porque no seguimos dándonos placer como estábamos haciendo —dice agarrando de nuevo mi falo y retomando el movimiento.

Respondo devolviendo el placer con el dedo medio y el pulgar, formando círculos que se abren y cruzan sobre su clítoris.

—Ahhhh, sí. Lo haces bien. Sí, sí… —La chica parece haber tenido un orgasmo entre los dedos de su cuarto plato o postre.

—Oye, no nos ve nadie. Si prefieres te pongo de espaldas a la camioneta.

—No. Pero no te preocupes, te voy a complacer igual. —La chica baja la cabeza hasta mi entrepierna y se mete mi glande en la boca, jugando con su lengua alrededor. Después sigue más profundo. Desde arriba solo contemplo su pelo corto moviéndose rítmicamente adelante y atrás. No es tan duro ser cuarto plato, no.

—Ahhhh. —Al cabo de unos minutos de balanceo voy a explotar en su boca. La chica se aparta en el último momento y acabo haciendo de regadera sobre un arbusto, parte de la acera, el Audi, la furgoneta…

—Vaya depósito, amigo.

—Llevaba tiempo sin soltar decentemente —confieso, derrumbado sobre la parte trasera de la furgoneta.

—Se nota.

—Buff. No tengo ni con qué limpiarme.

—No te preocupes. Tengo en el bolso una toallita del marisco que no usé.

La chica limpia con esmero mi miembro, ya flácido.

—Ahora hueles a limón —dice con una sonrisa.

—Gracias. He quedado bien limpito.

—Tú sí. Lo demás…

—Si se puede permitir un Audi, también puede pagar una buena limpieza de vez en cuando.

—Será mejor irnos, no vaya a ser que aparezca el dueño ahora.

—Sí, vámonos. Déjalo así.

Al llegar a la plaza de Puente Castro nos despedimos.

—Vente de vuelta a Maikar —le planteo.

—No, creo que me voy a retirar.

—Podemos quedar otro día, si quieres te doy mi teléfono.

—Mejor ya nos vemos por Maikar otro día. No quiero que te confundas, la zorra de mi amiga Sonia me ha estado calentando la cabeza sobre el morbo de montárselo así a lo callejero, apareciste tú y con el calentón… pues pasó.

—Pues Dios bendiga a esa amiga tuya. Ha sido genial.

—Gracias, no ha estado mal. Nos vemos. Encantada.

—Encantado.

Se despide con un beso en mi mejilla. Hace diez minutos estaba haciéndome sexo oral entre dos coches y ahora se despide con un inocente beso en el moflete. Y todo gracias a una tal Sonia que jamás conoceré, una heroína sin capa. Camino hacia Maikar, el portero ya no me deja entrar. Están cerrando. Entonces veo emerger a Jano de esas catacumbas, detrás de él va el resto.

—¿Y tú? ¿Te fuiste de mariscada o qué?

—¿Eh?

—Hombre, llevas la toallita del marisco en la mano.

—Yo no comí nada, pero el postre me lo comieron.

Se hace el silencio unos segundos.

—¡No jodas! Tira eso ya, ¡puerco!

—No me di cuenta, perdona hombre. Disculpa, ¿una papelera? —pregunto ahora al portero que, con rostro impertérrito, se mantiene en silencio.

—Nada, ya busco una papelera en la calle —contesto a su silencio metiéndome la toallita en el bolsillo.

Suso nos sube a Camish y a mí en coche. El resto se retira a su casa.

—Suso, no será mejor que subamos andando y te quedes a sobar en mi casa.

—Qué va, ya pasaron horas desde que tomé la última y la cerveza del Maikar casi ni la probé. Cambiando de tema, así que por fin vaciaste decentemente.

—Bueno, sí.

—¿Y cómo?, ¿dónde?

—Entre dos coches, le daba morbo.

—Te lo montaste en la calle.

—No exactamente, solo sexo oral. Después me limpió con una toallita. Por cierto, ¿no tendrás una bolsa con basura…?

—¿Aún no tiraste eso? ¡Ni se te ocurra sacarlo aquí! Bueno, ves como no está tan mal ser el segundo plato. Ya no te quejarás, esta además de dejártela sana te la limpió con cariño. Ya es un logro.

—No está tan mal, no. Es reconfortante. Ah, y el segundo no, el cuarto plato.

—El cuarto, el sexto, el que sea. Lo importante es llegar. Buena falta te hacía, porque ibas tan desesperado que estabas ganando una fama…

—¿Qué fama?

—Aquí ninguna. En Lalín.

—¿Qué fama tengo en Lalín?

—Pues parte del pueblo dice que eres maricón.

—¡Qué tontería!

—Cuando estabas en la universidad salías de fiesta con alternativos, hippies, gays de esos.

—Cuando estaba en la universidad salía de marcha con el primero que se presentase.

—Si ya lo sé, pero en el pueblo hablan. Y en las aldeas ya no te digo lo que se habla.

—Pues vale. Me da igual.

—No. Si otra parte del pueblo nos tiene de puteros redomados por cierta noche en los Dolores…

—Venga. Si estaba hasta el cura allí. Por un día ya le queda la fama a uno. ¡Hay que joderse!

—No te sulfures, porque la otra parte que queda te tiene por impotente y picha rota. Eso ya te puedes imaginar. Las tías hablan y tú dejaste a aquel cariñito tuyo sin satisfacer del todo.

—Tú lo has dicho. Casi me rompe la picha.

—Ya, pero… Ya sabes cómo son las habladurías.

—Así que eres maricón, putero e impotente a la vez —interrumpe Camish, que parecía dormido, pero no lo está.

—Sí, básicamente.

—Joder, pues todo eso a la vez sí que es complicado, sí —matiza Camish, bajo una buena borrachera.

—La verdad es que eres un desgraciado de primera, Javi. Putero, maricón e impotente a la vez, sí que es difícil. Todo un misterio.

—¡La Desgraciadísima Trinidad! —exclama Camish—. El misterio de la Desgraciadísima Trinidad. Putero, marica e impotente. Todo en uno.

—¡La Desgraciadísima Trinidad! —repite Suso descojonándose —. Madre que lo parió.

—La verdad es que tengo que sentar la cabeza. No puedo seguir así. ¿Puedo confesaros algo?

—Joder, la Desgraciadísima Trinidad no tendrá nada que confesar. Estará exenta, pero si insistes.

—Hoy estuve a punto de liarme con Alba.

—¿¿¡¡J!!?? Tú estás loco definitivamente. Para algo que te funcionaba, que eran los oídos, y te los vas a cargar.

—No sé. Se portó bien conmigo, es maja, habla de más, pero es buena chica.

—Aaayyy, madre mía. Pues sí que necesitabas vaciar con fuerza, chico.

—Sí, sería eso.

—¿Con esa charlatana, Javi? Líbrenos, Señor —dice Suso mirando para mí y haciendo la señal de la cruz, santiguándose—. ¡Líbrenos!

JUEVES, 25 DE FEBRERO DE 2010

Suena el teléfono una vez más. Recuerdo las palabras de mi nueva jefa exhortando al personal a no parecer demasiado desesperado, según ella hay que esperar unos tonos antes de descolgar el teléfono para dar muestras de ser un gabinete con mucha demanda. Un tono, dos, tres, cuatro…

—Gabinete de Cassandra. Le atiende Jafar, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, buenas tardes. Me llamo Josefa y le llamaba porque estoy muy preocupada por mi nieta —dice la voz de una anciana al otro lado de la línea. Una vieja preguntando por la golfa de la nieta, un clásico.

—Bien, Josefa, lo primero que le voy a pedir es que se calme. Siento su preocupación y la comprendo, pero las vibraciones que genera pueden interferir en el proceso y entorpecer los resultados.

—¿Vibraciones?

—Sí, nuestra aura natural emite vibraciones por todo el universo —digo a la mitad de la velocidad de mi habla natural—, y estas vibraciones afectan a las fibras de las que está hecho el universo en el que existimos, provocando fluctuaciones en la sincronía de los acontecimientos que afectan a los hechos que nos ocurren.

—¿Sincronía?

—Sí, así es como se define a la coincidencia de sucesos y la forma en la que se influyen en el tiempo. Desde nuestro gabinete, el gabinete de videncia y magia blanca de la Gran Cassandra, intervenimos en esos hechos para que estos a su vez influyan en otros y así hacer posible sus deseos —enuncio a un cuarto de

mi ritmo. De fondo una especie de música *chill out* me adormece hasta a mí. Esta primera sarta de chorradas me ha supuesto unos tres minutos, con sus pausas bien insertas.

—Bien. Yo estoy preocupada por mi nieta…

—Perdone que la interrumpa. Sus vibraciones me hablan, las palabras son innecesarias cuando ellas se pronuncian. Usted está preocupada por una relación afectiva de su nieta.

—Bueno, realmente es más bien por sus problemas de trabajo. Pero sí, ese chico con el que anda ahora es un macarra, un dejado. Ese mindundi es otro problema, sí.

—El universo nos habla y nos dice que ese chico es el problema. Hemos de centrarnos en él desaparezca de su vida y, por sincronía, los problemas de trabajo de su nieta se acabarán.

—¡Lo sabía! Ese chico siempre me pareció un desgraciado, vago y mentiroso.

—Las vibraciones cuánticas nos hablan, señora Manuela.

—Josefa.

—Josefa, eso, disculpe. Bien, para elaborar nuestros hechizos necesitaré información de ese chico. Háble me todo lo que pueda de él. —No hemos llegado a los cinco minutos de conversación y noto que ha picado el anzuelo.

Efectivamente lo ha hecho, la señora se echa quince minutos destripándome la vida y obra del desdichado novio de su nieta. Aprovecho para jugar mi turno en un videojuego del Facebook, comprobar si tengo algún correo electrónico con alguna oferta laboral decente relacionada con mi formación y chateo un poco con algún colega. Al acabar pronuncio las palabras mágicas, las palabras mágicas para llevarme unos cuantos euros más de comisión.

—Bien, Josefa, ahora llevaré a cabo el ritual de purificación. Esto es muy importante, necesito que se concentre y piense en su nieta en silencio mientras yo le pongo una armonía con sonidos a la frecuencia justa para provocar la sincronía universal. ¿Me comprende?

—Sí. Yo tengo que pensar en mi nieta. Pero, ¿esto llevará mucho? Lo digo porque ya llevamos un rato hablando y…

—No se preocupe. Estamos avanzando enormemente. Esto es ya el paso final, pero necesito unos minutos más, en completo silencio,

en lo que usted piense en su nieta y logre conectar con esas frecuencias mágicas del cosmos. Relájese y piense en ella.

—¿Tengo que hacer algo más?

—No, relájese. Concéntrese en silencio en la imagen de su nieta y lo mucho que le quiere. Solo serán unos minutos más.

Más música de meditación y la señora en silencio al otro lado de la línea. Me acaban de machacar en el juego por Facebook y Óscar, mi antiguo colega de la universidad, me cuenta por el Messenger cómo es el nuevo bar donde trabaja y sus devaneos amorosos.

—RRRRRrqqqqqq…

Me pregunto qué narices es ese ruido al otro lado de la línea.

—RRRRRRqqqqq…

¡Bingo! Es la anciana roncando. Por fin, después de casi un mes en este trabajo he conseguido la primera vieja durmiendo, el Santo Grial. Ahora sí que debo evitar hacer ruido alguno. La suerte me dura unos veinte minutos.

—RRRqq … ¡Ay! ¿Qué pasó? —pregunta la señora escapando de los brazos de Morfeo.

—Nada. Todo va como la seda.

—¡Ya son las cinco! ¿Me habré quedado dormida?

—No se preocupe. Es el proceso mágico de la sincronía, que puede hacerle perder la noción del tiempo.

—Ha sido mucho tiempo. Tengo que colgarle. Espero que funcione, esto me va a salir por un ojo de la cara.

—Nuestra magia está garantizada. En unos días o tal vez semanas, según se haya concentrado, comenzará a notar los resultados, señora Josefa.

—Eso espero. Eso espero. Hasta luego.

—Buenas tardes, señora Josefa.

La señora cuelga. Habrán pasado cerca de cuarenta y cinco minutos. Eso supondrá una buena comisión por parte de la grandísima hija de perra de la Gran Cassandra. Eso es lo único que queda.

Después de años de supuesta formación universitaria, experiencia laboral diversa y cursos varios, mi subsistencia depende de los designios de la fortuna en el gabinete de videncia y magia blanca de la Gran Cassandra, una estafadora sin escrúpulos, mi mejor empleadora. La factura que le vaya a llegar a esa señora supone otro golpe a mi maltrecho karma. Cualquiera que me viese me juzgaría rápidamente como un miserable, estafando a una pobre

anciana. La anciana en cuestión puede haber sido una santa, o no, lo mismo no ha pegado palo al agua en su vida, ha vivido de aguantar al marido y se ha limitado a cuidar a sus hijos cuando eran pequeños, en otra época, cuando no tenían que vivir en una burbuja de seguridad y confort, cuando ningún terapeuta indagaría sobre la adecuación o no en el programa educativo de los juegos a pedradas. Déjelos ahora sin PlayStation y… Después de todo, a la gente que le ha costado ganar el dinero no lo va malgastando en llamadas de más de euro y medio el minuto. De modo que puede ser que yo sí sea un miserable, pero ¿lo soy más por vender mentiras a una señora o porque el único trabajo por el que me pagaría esta señora es por venderle mentiras? Después de todos estos años mi trabajo mejor pagado no ha sido por ayudar a nadie, sino este, por engañar a todos. Y uno se dedica a aquello por lo que mejor le gratifican. Así, en este mundo, hay millones de dedos dictando sentencia y pocos moviéndose para ayudar. Todo el mundo pensará en la pobre anciana, pero la estafadora de mi jefa, la Gran Cassandra, la que se lleva lo gordo, es también una amable anciana. En eso nadie se fija.

Riiiiiiing,... Otra llamada interrumpe el juicio de mi conciencia. Puede ser mi día de suerte.

—Gabinete de Cassandra. Le atiende Jafar, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola. He leído que ustedes echan las cartas.

—Somos tarotistas profesionales, efectivamente. ¿Podría decirme su nombre y dónde vive? —pregunto. Para “adivinar” es necesario tener algún dato previo.

—Mónica. Vivo en Madrid, aunque soy de Valladolid.

—Bien, Mónica. Veo que me llamas por un tema sentimental —afirmo con rotundidad. Por la voz es una mujer joven o de mediana edad. Ese perfil llama siempre por problemas de pareja, no hay fallo.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Me lo dicen las cartas —afirmo mientras jugueteo con una baraja española para que se oiga el sonido de las cartas echadas. Cassandra, cuyo nombre real es Eugenia, me facilitó unas cartas de tarot, pero son más complicadas de manejar, así que ni me molesto en sacarlas. La clásica baraja española es más manejable y “acierta” igual.

—Entiendo.

—Vale, ¿puedes decirme cómo se llama esa persona que te preocupa y de dónde es? —hablo pausadamente con eufemismos, al tiempo que voy haciéndome una idea de su situación. Ha tenido que vivir en Madrid seguramente por temas laborales, por lo que seguramente será una funcionaria del Estado o, al menos, trabajará en una oficina. Trabajo monótono que da tiempo para pensar, chica castellana de carácter seco y reservado.

—José. Es granadino. —Ahora me hago una imagen de él. Un andaluz vividor que ya le habrá tirado los tejos a ella y a media oficina. Posiblemente sean compañeros de trabajo. El andaluz habrá buscado un hueco entre sus sábanas, pero una chica clásica vallisoletana no se lo habrá puesto tan fácil.

—Las cartas me dicen que se han conocido en el trabajo. Podría ser alguien de la oficina.

—No es de la oficina, pero sí lo conocí en el trabajo. Es policía y vino por los juzgados —dice mi interlocutora. Sigo elucubrando, si el tipo es policía seguramente será el típico tío atlético, de buen ver. Un andaluz de buen ver en Madrid estará intentando imitar la ajetreada vida sentimental de Julio Iglesias.

—Por lo que me dicen las cartas él ya ha tratado de tener una cita con usted. Por lo menos esa idea ya ha pasado por su cabeza.

—Efectivamente.

—Me salen más personas en su círculo sentimental. Alguna expareja o amiga suya que está incordiando.

—Tiene un par de lagartas detrás, sí.

—Déjeme barajar de nuevo. —Barajo las cartas realmente mal, es patético, como un jugador de tenis que no sabe hacer un golpe plano. Como nadie me ve no tiene importancia, lo único que importa es el sonido de las cartas rozándose. La presa ya ha caído, ahora viene lo fácil, adivinar cómo va a acabar la historia: gato y helados. Para eso no hacen falta cartas, tarot ni clarividencia alguna. El *pichabrava* andaluz lo intentará un par de

veces más y, si se lo complica mucho, hará lo propio con cualquier otra de las muchas trabajadoras del juzgado, sino todas. En el mejor de los casos se pegará dos revolcones y después se llevará el chasco, en el peor y más probable, solo lo segundo. Resumido, acaba con helados y gato.

—¿Ve algo?

—Sí. Las cartas le sonríen. José es un chico serio y está realmente interesado en usted, lo que pasa es que no sabe cómo expresárselo. Las otras chicas no supondrán un problema en su camino. Aunque veo que alguna ya ha podido tener algún contacto con él —miento en todo menos en esto último e intento prolongar la conversación. En estos casos, como en todos, no hay que decir nunca verdad alguna, solo lo que quieren escuchar.

—Sí. Alguna ya se le ha lanzado al cuello, la muy guarra. Pues muchas gracias.

—Espere. Aún no he terminado. ¿No desea conocer cómo siguen los acontecimientos? ¿Quizás quiere conocer alguna cosa más?

—No, con saber eso me llega. Muchas gracias. Lo recomendaré a todas mis amigas.

—Muchas gracias. Que pregunten por Jafar, no se olvide.

La llamada termina y con ella he conseguido rascar unos eurillos más. A los pocos minutos el teléfono suena otra vez. Estoy de suerte.

—Gabinete de Cassandra. Le atiende Jafar, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes. ¡Es la cuarta vez que les llamo! Quiero poner una queja porque lo que me han dicho no ha ocurrido, su magia no ha funcionado y ustedes son unos mentirosos estafadores.

—Entiendo, ahora mismo le paso con el departamento de quejas. Tenga un poco de paciencia, le garantizo que no solo le devolveremos el dinero, sino que además le resarciremos por esto. —Paso rápidamente la llamada a una extensión en la que suena una melodía, pero en la que nadie descolgará el teléfono, jamás. Unos euritos más para el bolsillo. No tengo que preocuparme por ser reconocido por ningún cliente enfadado porque el teléfono para

atender llamadas distorsiona la voz eficazmente.

Ojeo una revista sobre tarot y esoterismo durante un rato. Cartas con dibujitos y mucha parafernalia. Barajo un momento las cartas del tarot, que no uso nunca, y cojo una al azar por pasar el rato. Sale la carta de los amantes. Me río sarcásticamente y entonces suena el teléfono de nuevo. Está resultando una tarde productiva, si esto sigue así tendré que salir a celebrarlo.

—Gabinete de la Gran Cassandra. Le atiende Jafar, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola Cassandra. Llamaba para saber qué me dicen las cartas.

—Bien, lo primero que necesito saber es su nombre y dónde vive.

—Me llamo Alba. Vivo en Santiago, pero también en Vigo. A ver si me explico, estudio en Santiago, pero soy de Vigo y los fines de semana me quedo allí. Alguna semana suelta también, pero ahora menos. Vigo no está mal, pero Santiago tiene la zona vieja y está muy bien para vivir, aunque últimamente hay más ambiente en Vigo. Es que Vigo es ciudad y Santiago pues, es Santiago, es un pueblo.

—Bien, Alba. Las cartas me dicen que llamas por un aspecto afectivo. ¿No es así?

—No, realmente llamo por dos gilipollas.

—Vaya, eso sí es difícil de ver en las cartas. De cualquier forma, entiendo que son dos personas relacionadas con su vida sentimental.

—Sí, bueno, no. Sí, uno sí, y el otro no sé.

—Vale. Podría decirme los nombres de los dos gilipollas para que pueda referirme a ellos.

—Un imbécil se llama Eduardo y el otro, más tonto si cabe, es Javier —la chica revela los nombres y quedo estupefacto. ¿J? No me lo puedo creer, aunque todo cuadra. Charlatana, de Vigo y preguntando por los dos que pregunta, indudablemente es J.

—Las cartas me dicen que uno es tremendamente atractivo y el otro un señorito prepotente. —Sigo el juego y me sorprendo de escucharme a mí mismo criticando a Eduardo, el cual no me ha hecho nada.

—Eduardo es un poco estirado sí, pero el otro tampoco es que sea tan atractivo. No está mal, pero es que es imbécil.

—No, no. Las cartas me dicen que se equivoca. Lo parece, pero no lo es.

—Pues lo parece mucho.

—¿Y el otro? —pregunto con curiosidad sobrevenida.

—¿Eduardo? Eduardo me da igual. Tiene estilo, tiene pasta, es un poco chulo, pero…

—¿Pero?

—No sé... —Alba no consigue terminar la frase.

—¿No sabe qué?

—No sé. Eduardo no está mal, pero no sé… Cómo diría…

—Es la primera vez que una frase te queda a medias.

—Y usted qué sabrá… ¿Jafar? ¿Encontraste a Aladdín ya?

—Lo sé. Me lo dicen los astros, las cartas, lo que sea.

—Pues Eduardo es Eduardo. Lo cierto es que no es tan mal tío. Lo que pasa es que discutimos y me da igual, no siento nada. De hecho nos hemos dado un tiempo.

—Vaya. ¿Por qué?

—Porque a él le da igual, a mí me da igual. Porque da igual.

—¿Y Javier qué tiene que ver en esto?

—Pues Javier… es Javier.

—No se explica usted mucho.

—Joder. El adivino es usted, no yo. ¡Vaya castaña!

—Sí, claro —titubeo—. Eduardo y usted parecen distanciados. Eso me dicen las cartas.

—Si eso te lo acabo de decir yo. ¿Y sobre Javi qué me dices?

—El otro, Javi, se encuentra un poco extrañado. Las cartas me dicen que tiene sus problemas. Problemas laborales y familiares. Sí, veo problemas, sí.

—¿Un poco extrañado? Si es un elemento, le gusta más la fiesta que a un tonto un lápiz. En cuanto al trabajo se echa la mitad del tiempo en el paro y la otra de becado o trabajos de mierda, como otros tantos.

—¿Entonces qué le atrae de él?

—Pues no sé, si es un pringado. Es amable, tiene un polvo, me escucha, me trata bien…

—¿Algo más que un polvo tendrá?

—Si le diese más al deporte y menos a la fiesta.

—¿Y con el otro qué pasa?, ¿no es amable?, ¿no le trata bien?

—Eduardo es un vanidoso y le importa más mi padre que yo.

—Seguro que no es para tanto.

—Sí lo es, ¡joder! Le importo una mierda, a todos les importo una mierda. Me dicen que sí a todo, pero pasan de mí, me tratan

como una niña a la que se le hace todo. —Alba solloza—. Parezco su mascota, ¡joder!

—Hombre… Parece usted amable en palabras. Lo mismo es que les cuesta recogerlas todas porque son ellos los que no están preparados. Por lo que veo, ha estudiado en la universidad una carrera difícil, siempre está ahí cuando un amigo la necesita, es dicharachera y alegre, intenta ser complaciente.

—Sí, pero me tratan como a una inútil.

—No lo veo así. Por lo que veo para Javi ha sido vital en más de una ocasión. Le ha cubierto las espaldas, le ha ayudado en algún trabajo, ha sido una buena amiga y, según hablan las cartas, aunque son amigos hasta han tenido algo más.

—Cuando nos conocimos sí. Javi es de los pocos que no me ha hecho sentir como una inútil ni me grita para que me calle —Alba vuelve a sollozar— pero, es que… pasa de mí.

—No lo creo. Son buenos amigos.

—Ya lo sé, idiota. ¡Ese es el problema! Somos amigos…

—¿Entonces usted quiere a Javier? ¿Y Eduardo?

—¡Dios! ¿Es usted adivino o terapeuta? Que le den a Eduardo.

Se hace un silencio. Un silencio aclarador, un silencio incómodo, un silencio cómplice. Un grito de entendimiento entre dos almas incomprendidas.

—Alba… —digo, sin poder continuar, acorralado por la confusión. Y ya no pienso en J. Pienso en Alba. Ella gime al otro lado de la línea.

—¿Qué?

—No le hace falta ninguno de esos gilipollas. Es usted una chica maravillosa.

—Gracias. —Y Alba vuelve a regalarme uno de sus escasos silencios.

—Voy a colgarle. No necesita perder tiempo y dinero en estas tonterías.

—Es usted un vidente bien extraño.

—Lo siento, Alba.

Y cuelgo el teléfono. Por suerte no llaman más en toda la tarde. Ignoro la comisión a llevarme por los últimos minutos. Aparto a un lado esta última rareza en mi vida laboral y emocional. Alba, ¿Alba? No tiene un físico maravilloso, un cutis de porcelana, una charla sosegada, un tacto mágico, un saber estar… pero, pero… Y si, y si…

Saco el móvil. Mañana la gran hija de su madre de Eugenia, la Gran Cassandra, me ha dado el día libre, hay que aprovecharlo. Suso no está, ha encontrado trabajo por un mes en Madrid, un contrato largo. Jano tampoco puede. Llamo a Camish.

—Venga, Camish. Un par de copas solamente. Estoy un poco confuso y necesito aclarar ideas. Un par de tragos y no tendré que arrepentirme de algo que se me pasa por la cabeza.

Camish no parece convencido. Afortunadamente, Alfredo y Calve lo persuaden.

Serán solo un par de copas al salir de trabajar. Un par de copas con los colegas, con un poco de suerte tontearemos con alguna universitaria repetidora y se me quitarán ciertas ideas nocivas de la cabeza. ¿Alba y yo? Mejor que siga siendo J, ¿en qué se me ocurre pensar? Dos copas y todo habrá acabado.

Una, dos, tres… A las tres de la mañana salimos del Establo. Y no con tres copas, ni cuatro. A saber.

—Camish, Calve. Esperad. Tengo que hacer algo —pretendo transmitir.

—A ver qué coño se te ha ocurrido ahora.

—Camish, esa es la residencia de Alba, ¿no?

—¿Alba?

—J

—Ah, sí. Por lo menos hace un par de años sí. Un momento, Javi, ¿qué hostias haces?

Hinco una rodilla junto a la ventana de J en la residencia.

—And the truth is, baby you´re all that I need…

—¿Qué cojones?

—I wanna lay you down in a beeeeeedd of roooooooses

—Mira al Romeo cantando una de Bon Jovi —le dice Camish a Calve.

—For tonight I sleep on a bed of naaaaaaaaails. —Yo sigo a lo mío.

—¡Cállate ya, gañán! Que son las tres de la mañana —dice mi Julieta, con su voz femenina, desde su ventana.

—¡Alba, perdóname! Tú eres una tía de puta madre y yo he sido

un gilipollas. ¡Sí!

—¡Y tanto! ¿A quién cojones cantas?

—A ti, Alba.

—Yo no soy Alba. Este curso se ha ido a vivir a un piso, alma de cántaro.

—Pues vaya.

—Mejor que no te haya escuchado. Cantas como el culo y ella no se calla, así que se pondría aquí de conversación hasta las tantas y tú cantando. De todos modos, no te preocupes. Le mando un *Whatsaap*, que hoy salía de fiesta, y le digo que hay un tonto cantando por ella.

—Se merece esta canción.

—Sí, sí. Pero cántasela a ella, lejos de aquí. Mira, ya me ha contestado, ella es de contestar rápido.

—Sí lo es, sí.

—Están en el local este nuevo, junto al mercado de abastos.

—Ah, ya sé. Gracias, encantado.

—Vosotros, dejad de reíros y lleváoslo ya, cabrones —se despide, dirigiéndose a Camish y Calve.

—Chicos, llevadme allí.

—Por supuesto, esto no me lo pierdo —contesta Calve.

«Dos copas y todo habrá acabado». Otras dos y todo ha vuelto a empezar.

Llegando a ese local nuevo junto a la plaza de abastos nos encontramos a Alba y las amigas. Acercándome a ella hinco la rodilla de nuevo.

—I wanna lay you down in a beeeeeedd of roooooooses —pretendo cantar desgañitándome.

—For tonight I sleep on a bed of naaaaaaaaails —responde Alba vociferando, bajo la misma desinhibición provocada por el

exceso de bebida espirituosas.

Subiendo el tono a cada estrofa, voceando hasta el infinito con ebria falta de ritmo, acentuada por nuestra incapacidad natural para el canto; así desvirgamos la canción de Bon Jovi, violándola hasta llegar a la sodomía lírica.

—Señores, o se acaba ahora mismo el concierto o los llevo a los dos a comisaría —sentencia un policía local aparecido de la nada. Al momento Calve me agarra por los hombros y una amiga de Alba hace lo mismo con ella. Para suerte del vecindario la serenata ha terminado.

Vamos con el grupo de amigas de Alba a algún sitio. Todo se nubla. Me río de una tontería que me ha dicho, la levanto por el aire, improvisamos una coreografía a base de zigzags. Estamos en un sitio, puede que Apolo. Nos liamos. Cuando me doy cuenta estamos de camino a su piso a las afueras, cerca del campus sur. Junto a nosotros viene su compañera de piso y Camish, que inteligentemente trata de pescar algo.

Subimos al piso. Lo más inteligente sería calentar unas pizzas y comer algo. Lógicamente obviamos la lógica y atacamos una botella de Martín Códax.

—Chicos. Descorchar esta botella ahora no sé si es lo más adecuado. —Miro a Camish y me callo. Abro la botella con el permiso de sus legítimas dueñas y dejo que él se encargue de distribuir las cantidades. Al cabo de un rato estamos usando la botella de micrófono para nuestras desastrosas voces. Por suerte ya no es tarde, sino temprano, y ningún vecino protesta. La botella se va vaciando sin apenas ayuda mía o de Camish, pero la estancia no está lo suficientemente caldeada. Propongo jugar un Verdad o reto… o no. Sé que comienzo haciéndome una foto con Alba besuqueando la botella de Martín Códax y antes de percatarme ya estoy tumbado en un sofá, en calzoncillos, con la botella en la mano y con la otra sujetando una piruleta gigante en forma de corazón sobre la que paseo mi lengua, preparado para otra instantánea obscena.

—Joder, Alba, haz algo por tu colega, que está muy caliente.

—Venga, quítatelo todo si hay huevos. Despelótate —me reta Alba.

—¿¡Que no hay huevos!?

—¿Qué pasa aquí? —pregunta una jipi delgaducha que aparece

por la puerta del salón, dejando un aromático rastro a marihuana.

—Culpa de Alba, que no sé a qué espera para echarle un polvo a este antes de que se nos desnude en el salón —dice apuntándome la amiga de Alba, presa deseada por mi amigo Camish.

—Si el muy desgraciado no llevará ni condones encima. Se preocupa tanto por el mástil del velero que se olvida las velas —comenta Alba.

—Yo creo que tengo en la habitación.

—¿No estará roto, no? Mira que me voy con esto. —recalca Alba.

—¿Esto? Oye, que yo me cuido —salto indignado.

—Es una forma de hablar.

—Vaya dos tortolitos. Tal para cual —afirma Camish.

—Anda, deja eso y vamos a mi habitación. —Alba me coge de la mano—. Chicos, D y yo nos vamos.

—¿D? Me llamo Javi.

—D, sí. D de desgraciado. Venga vamos.

Y fuimos.

VIERNES, 5 DE MARZO DE 2010

—¡Madre que te parió! —exclama Suso indignado—. Te dejo solo unos días y la que montas.

—No tuve la culpa.

—Lo único que sé es que cuando me marché tenías trabajo y no estabas saliendo con una tipa insoportable.

—Yo no estoy saliendo con nadie. Tuvimos algo una noche. Algo, algo que pasó, nada más —confieso.

—Ah, sí. ¿Y para qué coño quedas un viernes noche con ella si solo ha sido "algo"?

—Somos amigos. ¿No quedo contigo?, ¿por qué no voy a poder quedar con ella?, ¿por qué iba a ser diferente?

—Porque conmigo no follas. Faltaría más.

—A ver. ¿No tenéis una foto? Yo también quiero verla —interrumpe Álvaro curioso, después de haber estado callado toda la tarde.

—Mira, aquí la tienes. —Suso saca su móvil y le enseña a Álvaro una foto de Alba conmigo—. Ya me dirás qué le ve, porque yo no me lo explico. Para un polvo desesperado y para de contar.

—Ya pasó, no le des más importancia. Hemos quedado como colegas.

—No sé qué le ves. Es más bien baja, casi no tiene delantera, no es una belleza y su culo no pisó un gimnasio en su vida.

—Pues a mí me suena la cara de esta tía —declara Álvaro.

—Dejadlo ya. Me he quedado en el paro y, para algo bueno que me pasa, venís a echarme el sermón.

—Yo solo he dicho que su cara me suena. —Álvaro se defiende.

—Eso es otra. ¿Qué carajo montaste esta vez para que te echaran? —pregunta Suso.

—Nada. La puñetera jefa me dijo que no fuera a currar el viernes. Me lo tomé como un día libre, por eso salí el jueves pasado.

—La maldita noche que te liaste con la pesada esa. Mira Javi, no

eres muy buen partido, lo reconozco, pero puedes aspirar a algo mucho, muchísimo mejor.

—Déjame que termine de explicártelo —prosigo—. Pues llegué el lunes y me esperaba con el finiquito. Me dijo que era muy bueno con el teléfono, pero que la gente ahora prefería verlo todo en directo por la red. Por lo visto ante la cámara no miento tan bien… Lo peor es que es cierto, se me ve más trabado, nervioso, no sé ni barajar, por no decir que de echar el tarot de verdad no tengo ni puta idea.

—Pero eso es ilegal. Tienen que avisarte con tiempo y eso.

—¿Qué más da? ¿Qué voy a hacer? ¿Denunciar a la bruja Cassandra?

—Tienes miedo de la magia y esas cosas paranormales, ¿no?

—¡Qué cojones voy a tener miedo de la embustera esa! Lo que tengo miedo es a perder una pasta reclamando y no conseguir más que perder el dinero en abogados para nada. ¿No sabes cómo son estas cosas?

—Claro que lo sé. A todos nos pasa igual. En ese aspecto, lo siento mucho. Se te daba bien ese… ¿trabajo?

—Ya, es una putada.

—Por otro lado, eso te pasa por castigo divino. Por liarte con tías insoportables que después tienen que aguantar los colegas. Te repito, puedes aspirar a algo más, hombre.

—Alba es buena chica.

—¿De dónde es la chica? —pregunta Álvaro.

—Una pija insoportable de Vigo.

—Cállate ya, Suso. No digas eso de Alba —protesto.

—Lo que me faltaba. Ya se nos enamoró otra vez.

—Acelta.

—¡Calla, Álvaro! Ya estamos. No es guapa, no tiene buen tipo, no tiene buenas tetas, no tiene buen culo… Y es una charlatana pesada, no se calla la jodida. No dice más que tonterías.

—Esta chavala es la hija del de Acelta —remarca Álvaro de nuevo.

—No se calla ni que le arranques la lengua, es insoportable. Y una egoísta, todo le importa una mierda, solo atiende a sus rollos mentales de niña bien e inmadura. —Suso sigue con su matraca descalificativa, ignorándonos por completo.

—¿Qué coño es Acelta? —pregunto.

—¿Quién habló de Acelta? —pregunta Suso sorprendido,

regalándonos un mínimo de atención.

—Es la hija del jefe de Acelta, la empresa más grande de los muelles de Vigo —explica Álvaro.

—¡¡¡¡¿¿¿¿QUÉ????!!!! —exclama Suso sorprendido—. La hija del, del de… ¿La hija del de Acelta?

—Sí. Trabajé allí un par de meses hace unos años, antes de que todo se fuera a la mierda con la crisis esta. Se curraba, pero pagaban de puta madre, además la empresa resistió bien la crisis. El problema es que para quedar fijo tienes que conocer a alguien.

—La hija del de Acelta —repite Suso en shock.

—La verdad es que la tía nunca mira la pasta. Yo la invito a las copas, pero las paga ella —reconozco.

—Es una chica majísima. Tiene conversación, con ella nunca te aburres —dice Suso.

—Ya no te parece pesada.

—¡Qué dices pesada! Es maravillosa, una tía que siempre está ahí cuando la necesitas. Una gran amiga.

—¿Ya no es una fea con el pecho plano y mal tipo?

—¿Se puede saber quién ha dicho eso? Yo dije que no era la más guapa ni tenía la mejor silueta. Mucha delantera no tiene, pero quién quiere unos pechos caídos. Mejor los de J, digo Alba. Tiene pinta de tener un cuerpo agradecido, con esa genética hace deporte un par de semanas y un pibón, te digo que se queda hecha una diosa.

—Entonces, ya te parece bien que quede con ella.

—Por supuesto, pero cuídala que tú eres un gamberro y un desconsiderado. No te la mereces.

—Vaya, juraría que me pedías lo contrario.

—Pues no jures, que está feo y es pecado. Has tenido mucha suerte con ella.

—Sí, estoy bien con ella. Aunque no creo que debiésemos ir a más. Somos buenos amigos, amigos con derecho a roce.

—¿Qué dices, imbécil? Esa chica es fantástica, no vuelves a encontrar otra así en tu puta vida. A ver si sientas la cabeza y dejas de pensar con la polla, que en la vida hay algo más. Trátala con cariño. ¿Le compraste flores?

—¿Qué flores ni qué leches? No es una cita de novios.

—¿Cómo que no? —pregunta Suso acalorado—. Toma cien euros. Cómprale unas flores y unos bombones, llévala a cenar, tomaos una copa en un sitio elegante… El Filandón, por ejemplo.

—¿Me estás soltando cien euros para pasear con Alba? ¿En serio?

—Por ti, por ella. Por mis colegas —dice Suso dándose golpes de pecho—. Yo sé que tú estarás pelado, pero esta cita es muy importante.

—¿Por qué lo iba a ser?

—Javi, creo que es la mujer de tu vida.

—Pues vale. Con esto me da hasta para condones. Y de los buenos.

—No, no. Lo vuestro es algo romántico.

—¿Y qué? Tendremos que…

—Javi. No le pongas puertas al amor. El preservativo es algo muy feo y antinatural.

—No jodas. Me está diciendo el putero mayor del reino que los condones son antinaturales. ¿En serio?

—Deja de ofender, ¡desgraciado! Ni condones, ni hostias. Unas flores, bombones, una botellita de Ribeiro, música. ¿Dónde la llevas?

—A dar una vuelta y a su piso. ¿Qué va a ser?

—Serás degenerado, a su casa te la llevas.

—Sí, como sabes, no será la primera vez.

—Está bien. ¿Cuándo quedasteis?

—En un par de horas en el Toral.

—Pues vete a cambiarte a casa. Venga, acicálate algo. No vas a ir así, como un pordiosero.

—Si ya me cambié.

—No. Ponte algo más nuevo, no seas dejado. Y aféitate.

—¿Qué te dio ahora?

—¿Quieres los cien euros?

—Me vienen de maravilla.

—Pues paga una ronda de Coca-Colas para todos y marchando, que es gerundio.

—¿Una Coca-Cola? —pregunto extrañado—. ¿Sola, sin ron ni nada?

—Claro, tienes una cita.

Nos traen los refrescos.

—Oye, Javi, pídele unos hielos al camarero, que mi Coca-Cola está caliente.

—Pues parece fría.

—No lo suficiente. Toma, pide que te echen unos hielos que tú

estás más cerca de la barra.

—Me tengo que levantar, igual que tú.

—Te estoy dejando cien euros y no me puedes pedir un hielo.

—Vale, vale.

Agarro el vaso de Suso, voy hasta la barra, el camarero me pone un hielo y vuelvo.

—¿Bien así?

—Perfecto. Fantástico. Ahora bebe rápido que tienes que arreglarte.

—Dios, qué presión. Vale.

Acabamos pronto los refrescos y vuelvo por casa. Me pego otra ducha con agua caliente que facilite mi afeitado.

—¿¿¡¡Qué haces!!?? Otra vez duchándote. El agua no es infinita y el butano no se paga solo —protesta mi madre al otro lado de la puerta del baño.

Me afeito, me peino con gomina. Pongo una camisa nueva y planchada por mi madre y ya me da la hora de acudir a mi cita con Alba.

Alba aparece en el Toral a la hora señalada, puntual.

—¿Qué tal, guapa?

Me besa profundamente.

—Vaya, eso no es el recibimiento "como amigos" que me esperaba.

—Es que soy muy cariñosa con mis amigos.

—Ah, sí. ¿Eres así con todos?

—Sí, ¿por qué no? ¿Estás celoso?

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

—Ya veo, vienes de sobrado una vez más.

Pensamos en un sitio para cenar en los que nos tomamos unos vinos en el Filandón.

—¡Isa! Ponnos una *tosta* de jamón y otra de cecina. —Al final decidimos cenar algo aquí ya.

—¡Hostia! Míralo a él. Sobrio, arreglado y con una chica. Nunca creí que lo verían mis ojos. La que debe estar ciega es ella, la pobre.

—Estoy tratando de engañarla. A ver si se deja —bromeo delante de Alba, que sonríe.

—A quién vas a engañar tú. Yo me callo, porque… Una de cecina y otra de jamón, ¿con queso?

—Sí, gracias Isa.

—Te conoce bien —sentencia Alba.

—A estas alturas todos me conocéis bien. Ni que tú fueras una santa.

—No. Esta noche no.

Esta noche ninguno somos santos. Después de las *tostas* nos pedimos un Martín Códax rememorando aquella noche, nuestra noche.

—Cómo ibas.

—Cómo venías.

Cómo llegamos a su piso. Fogosos, hambrientos de pasión carnal, sedientos de los labios del otro. Tengo la impresión de llevar erecto media noche. Nos besamos, rastreando la sangre que corre por nuestros cuellos, devorándonos con la mirada. Me quedo sin camisa, ella sin blusa. Ella me arranca los vaqueros, yo recorro todos los terrenos bajo su falda. Ella acaricia mi erección, mis dedos rozan suavemente su clítoris. Entonces saco los dedos que ya invadían su vagina y ella se apodera completamente de mi miembro. Ella cabalga sobre mí y yo me someto como bestia obediente. Y ya no importa. Ya no importa la escasez de volumen de sus pechos, el exceso de cabello sobre mi piel, la falta de consistencia de sus muslos, la poca rigidez de mi abdomen, sus ojos hundidos, mi nariz obscena, sus pequeños dientes, los descolocados míos. Dos seres derritiéndose en uno a través de su saliva, fluidos corporales.

—Ahhhhhhh.

El primer polvo es rápido y salvaje.

El segundo es más pausado, pero casi igual de consistente.

El tercer coito se hace eterno.

—¿Sigues con ganas? —pregunta Alba.

—Sí, bueno, no sé.

—He de reconocer que tu velero tiene aguante.

—Sí, pero tanto...

—Yo ya estoy reventada, Javi.

—Si yo también. No sé cómo.

—Lo normal es que eso baje, ¿no?

—Ya, esto es muy raro. Empieza a preocuparme.

—¿Te has tomado algo? Porque no parece normal.

—Vino y unas *tostas*. Lo mismo que tú. La

verdad es que es la primera vez que me pasa.

—Muy halagador. ¿No conoces a nadie que le haya pasado? No sé, ¿algún colega te ha contado que le pasase alguna vez?

—No es tan tarde, voy a llamar a Suso, ese conoce todo lo referente al tema en cuestión. Lo que no le haya pasado a él…

—¿No lo despertarás?

—¿Despertarlo?, ¿Un viernes noche? Imposible. Estará despierto. Salgo un momento a hablar con él, ¿no te importa?

—Habla en el salón si quieres. Yo te espero.

Llamo a Suso. Coge el teléfono más rápido de lo habitual.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien, Javi? ¿Qué necesitas? ¿Velas aromáticas?, ¿más vino?, ¿se fastidió el equipo de música? Voy por ahí con lo que necesites.

—¡Tranquilo! Todo bien. No necesito nada. Solo tengo un pequeño problema, que espero sea pasajero.

—¿Qué pasó? ¿Ya la espantaste? No jodas, Javi, no me jodas.

—Qué va. Todo ha ido bien.

—¿Entonces? Te has puesto nervioso…

—No. ¡Tranquilo! Ha ido de maravilla. Una, dos, tres veces. ¡Fantástico!

—Fetén. Sabía yo que era mano de santo.

—Ese es el problema. Que ya acabé tres veces y esto no baja. Joder, soy fogoso, pero no tanto.

—*Non ti preoccupare.* Ya se pasará.

—¿Cómo que no me preocupe? Esto no es normal.

—*Avanti, avanti*. A por el cuarto, semental. Déjamela satisfecha, que la primera cita es el cimiento de la relación.

—Déjate de hablar en italiano y dime, ¿te parece normal?

—Sí, hombre. Puede, y digo que puede, no que sea así, que me haya excedido con la ayudita.

—¿De qué ayudita hablas?

—Mira, yo cuando voy a tener un fin de semana fogoso con una chica que sé que quiere caña pues, a veces, llevo un complemento, ya sabes.

—¿Qué me estás contando?

—Viagra, Cialis, estas cosas ayudan si quieres quedar como un campeón.

—Si yo no me tomé nada. Un momento…

—¿Para qué crees que te pedí que me fueses a por hielo?

—¿Me echaste droga en la Coca-Cola?

—Pareces Tojeiro, joder. Yo no te eché droga en el Cola Cao.

—Nooooo, me echaste Viagra en la Coca-Cola. Para haberme matado.

—Viagra no, que no la veía suficiente. Miré en la cartera y te eché de lo otro.

—¿Cuánto me metiste?

—Lo adecuado para la ocasión, tratándose de una cita especial, pues… No te preocupes, si la compré por Internet a la India o sabe Dios dónde. Seguro que es más flojo.

—¿Cuánto, cabrón?

—Pues todo lo que tenía, que tampoco era mucho. No te vayas a creer.

DOMINGO, 5 DE SEPTIEMBRE DE 2010

Suso deja el coche en un parking de pago cerca del hospital.

Desde que estoy saliendo con Alba se muestra muy solícito. Supongo que el trabajo en el muelle de Acelta tiene algo que ver. Álvaro, Camish, Suso y yo encontramos trabajo allí a los dos meses de empezar mi relación con Alba. Nada más aparcar, sale del coche y va a buscar algo al maletero. Flores y bombones.

—¿Otra vez?

—Vienes a ver al abuelo enfermo de tu querida novia y no traes nada. Ya me lo imaginaba.

—¿Flores? Para qué llevamos flores, que yo sepa sigue vivo.

—Ya, si no también tengo ahí.

—¿Qué dices?

—Mira el maletero.

Suso lleva una corona de flores en el maletero.

—¿Tus nietos te recuerdan? ¿En serio? Yo no soy su nieto.

—¿Cómo qué no? Eres su nieto político. Y la política en este país es muy importante. Dime si no por qué tenemos trabajo.

Entramos por la puerta del Hospital de Vigo.

—Álvaro es currante —respondo a la pregunta anterior.

—Álvaro. Tú lo has dicho.

—Pues los otros tres también estamos dándolo todo.

—Javi, créeme, tu polla es la mejor agencia de colocación que hemos podido encontrar. ¿Quién lo diría? Y tú quejándote porque te eché una ayudita en la bebida.

—Estuve toda la noche con eso tieso. Pensé que me quedaba jodido. ¿Sabes que podías haberme dejado impotente?

Subimos en el ascensor hasta la planta de oncología.

—Dime, ¿te quedaste impotente o le echaste otros dos y ahora es tu querida pareja?

—Vale, pero…

—Otra vez, ni peros ni hostias. El fin justifica los medios.

—Eso es maquiavélico.

—No tenemos suficiente patrimonio para no serlo. Tu querida Alba puede ser una santa si le da la gana, tú no puedes permitírtelo.

Llegamos junto a Alba. Le doy un corto beso en los labios.

—¿Cómo está?

—Ha salido de esta, pero no pinta bien.

—¿Y tus padres? —pregunta Suso, adelantándose.

—Están dentro. Acaban de entrar, así que van a estar allí un rato.

—Entonces esperamos aquí.

—En todo caso, Suso, puede que nosotros no debiésemos entrar. Ya me da corte a mí, a qué vas a entrar tú.

—Quizás sea mejor que solo entremos nosotros, cuando salgan mis padres. Además, él quería conocerte, Javi.

—Toma —dice Suso dándome las flores, los bombones y, después de restregarse los bolsillos, una cajetilla de tabaco.

—¿Y esto? ¿Has vuelto a fumar?

—Unos cigarros. El viejo es fumador, ¿no?

—Tiene cáncer y estamos en un hospital. ¿Crees que procede?

—No sé, uno a escondidas, por la ventana.

—¿Estás loco?

—Bah, llévaselo. No sabes lo que lleva pidiendo uno. Y total, ahora ya… —resuelve Alba.

Esperamos a que salgan los padres de Alba. Suso queda haciéndoles descaradamente la pelota, nosotros dos entramos a la habitación.

—Abuelo, ¿cómo estás? —Alba saluda efusivamente a su abuelo. Le da un beso y un fuerte abrazo. Ser cariñosa es una de sus virtudes.

—¿Cómo estás preciosa? Qué bien te veo, no como las repipis de tus primas.

—Gracias, abuelo. Usted sí que está guapo.

—Y supongo que este es el chico del que tanto me hablaste. Ven, no tengas miedo, no como a nadie. Esos son rumores de los sindicalistas.

—Buenas tardes, señor Arcadio. Encantado de conocerle.

—Encantado, hombre. ¿Qué traes ahí?, ¿más flores y bombones?

—Ya debe estar cansado de tanto chocolate. Se lo dejo por aquí, con el resto.

—Además tampoco me lo dejan comer. Y las flores, Albiña, ¿qué

os ha dado a todos con las flores? Ni que ya estuviera muerto.

—Tome, creo que aquí no le dejan, pero pensé que lo mismo… —Ofrezco al señor la cajetilla de tabaco de Suso.

—¡Hostia! Por algo me diste buena impresión. Trae, por fin un regalo decente. Me quedan dos telediarios y para un vicio que tengo no me lo trae nadie. Vale su peso en oro.

—Como dice mi amigo Suso, de algo hay que pecar.

—Mira chaval, por si no te vuelvo a ver, escucha: no te fíes nunca de nadie sin algún vicio perceptible, porque si no son evidentes son ocultos, y esos son peores.

—Los de Javi saltan a la vista —remarca Alba.

—Mejor.

El viejo mira a su nieta y se le humedecen los ojos. Es una situación realmente incómoda, un ambiente cargado de sentimentalismo por parte de un desconocido. Me mantengo en silencio y con la mirada baja. Como me aleccionó Suso, las probabilidades de cagarla suelen reducirse con el mero hecho de tener la boca bien cerrada. El señor Arcadio besa a su nieta Alba una vez más y la abraza entre sollozos. Me siento como un sujeto no invitado a esta escena.

—Venid los dos aquí —reclama el viejo, ahora mirando para mí —. ¿Cuánto hace que os conocéis?

—Hace unos cuatro años, por ahí. —Alba se adelanta a responder.

—Eso es tiempo más que suficiente para poder dar un paso más.

—¿A qué te refieres, abuelo? —Dejo que Alba lleve la conversación. El señor Arcadio es el abuelo de mi novia y desde hace cuatro meses mi jefe supremo. El padre de Alba efectivamente dirige la empresa, pero el dueño es este viejo que tengo enfrente. La última palabra siempre es la suya. Después de un silencio incómodo y varias muecas extrañas, el señor Arcadio finalmente contesta:

—Ya lo sabes Alba. Siempre fue mi ilusión y siempre quise que fueses tú. Tan alegre, tan vivaracha. La única que siempre venía a escuchar a su abuelo —el señor romper a llorar— y a contarle sus cosas. Tus primas nunca tenían tiempo… En cambio, tú, Albiña.

—No llores, bobo.

—Disculpa, niña. Es que…

—Abuelo, nos conocemos desde hace cuatro años, pero llevamos saliendo menos tiempo. ¿Qué hará?, ¿medio año? —pregunta Alba, dirigiéndose ahora a mí.

—Sí… —contesto con muchísima dificultad, con la imagen de Suso en la cabeza repitiéndome una y otra vez “no la cagues, por lo que más quieras”—. Hacemos ahora seis meses.

—Boberías. Alba, el chico es tímido y le costó dar el paso, se ve. Tú seguro que se lo dejarías difícil y lo intimidaste, claro.

—Sí, bueno. —Alba me sonríe atónita, girando la cabeza, para que su abuelo no distinga la mueca.

—Os conocéis desde hace cuatro años, tiempo más que suficiente. ¿Qué pasa, chico, es que no tienes los arrestos para dar el paso?

—Sí, claro.

—¿Y a qué esperas? Por si no te has dado cuenta me estoy muriendo y la ilusión de mi vida es ver a mi nieta casada y feliz, después de los desengaños que ha tenido.

—Abuelo, no es momento —Alba trata de calmar las ansias de su abuelo.

Estoy en blanco. No sé qué decir. Tengo a mi puñetero jefe, futuro abuelo político, lo que sea, moribundo ante mí esperando una reacción. Mi novia intentado aplacarlo…

—¿Por qué no?

—Abuelo, ¿aquí y ahora?

—El hombre que te merezca tiene que tener el aplomo para hacerlo. ¿Qué dices chico?

Estupefacto, paralizado, petrificado. Un temblor me sube por los tobillos, hace trepidar mis rodillas, me corta la digestión y, casi literalmente, me los pone de corbata. El silencio se alarga y he de dar una respuesta. Una respuesta. Algo lo más inteligente posible ante... mi jefe y casi pariente… el Mandamás… la persona que me tiene cogido por los huevos y por el bolsillo. «¡¡¡¡Javi, di algo, hostia!!!».

—Alba, ¿quieres casarte conmigo?

—¡¡¡¿¿¿QUÉÉÉ???!!! —Alba alucina.

—¡¡¡Ese es mi chico!!! —grita el señor.

Otro silencio. El viejo sonríe satisfecho, Alba tiene el rostro desencajado. Me meo, de esta me meo encima. Por Dios que me trague la tierra o me desmaye aquí y pueda salir de esta.

—¿Alba? Este es el chico del que siempre me estás hablando. Javi esto, Javi lo otro. Será por hablar, tú… Soy tan mayor que ya hasta puedo entenderos a las mujeres. ¿A qué esperas a responder?

—Abuelo, esto…

—A mí no me tienes que contestar. El chico no me ha defraudado y le ha echado cojones. Disculpa mis modales, ahora te toca a ti.

Ahora soy yo el que está mirando a Alba anonadado, con una sonrisa forzada, nerviosa y deforme. Otro largo silencio, la tierra sigue sin tragarme y yo consciente. Los ojos de Alba están completamente abiertos, gira un momento la cabeza para ver el gesto de felicidad de su abuelo y vuelve la vista hacia mí.

—Sí, quiero.

—¿Qué?

—Que sí quiero.

—Gracias chicos. No sabéis la alegría que acabáis de darle a este pobre viejo. Hay que enterarse de qué semana de octubre hará bueno.

—Octubre, es el mes que viene —alcanzo a decir.

—Niño, no voy a llegar a 2011. Además, ahora con el cambio climático octubre es buen mes. Venga, alegrad esa cara, que uno no se compromete todos los días.

—¿Cómo vamos a organizarlo en un mes? —pregunto.

—Eso no es problema.

—Bueno, para el abuelo no —dice Alba.

—Bueno no, maravilloso —corrige el viejo. Y llora emocionado. Una y otra vez—. Ya sabía yo que la tuya, Alba, no era como las relaciones esas de tus primas. Serán mis nietas también, pero están todo el día de fiesta y degeneración. Seguro que conocieron a sus respectivos de borrachera, lo mismo hasta se morrearon la primera noche, como hacen ahora los jóvenes depravados. Estoy convencido que tus primas ni llegan vírgenes al matrimonio, ¡qué vergüenza! Así están, que no les duran los candidatos dos telediarios. Pero vosotros no, vosotros no sois así. Aún queda esperanza en el mundo.

—Claro.

—En serio. Da gusto ver a dos jóvenes limpios y cristianos, decentes, que se han dedicado a estudiar con aplomo y a trabajar honradamente, no a emborracharse y salir de fiesta. Gracias, muchas gracias. No sabéis lo feliz que me habéis hecho hoy —agradece una vez más. Y llora.

El señor Arcadio llorará de la emoción mucho más que Alba y yo juntos. De hecho, será el que más lloré de la emoción… después de

Suso, claro.

VIERNES, 24 DE SEPTIEMBRE DE 2010

—Bueno, esto ya está visto. Una foto con la torre y ese monumento y a desayunar, que ya tengo hambre —propone Suso señalando el monumento a José Martí.

—Venga. Que no se diga que vinimos de fiesta. —Nos hacemos una foto con el monumento a José Martí y la torre.

—¡Hostia! El tipo de las camisetas rojas. Tengo que comprarle una a mi hermana, que me la pidió —dice Suso señalando al Ministerio del Interior, en la dirección opuesta a la torre.

—¿El Che?

—¿Che? Algo así me suena. El de la boina que sale en muchas camisetas.

—No pensaba que a tu hermana le fuese mucho la política o la revolución.

—¡Qué carajo! Será por moda o por quedar bien con el chaval que le guste ahora. Lo único que sé es que me pidió una. ¿La venderán en rosa? Es que le gusta más el rosa.

—Mejor la compramos otro día. Llegamos de madrugada, hemos dormido lo justo y hay hambre. Además, seguro que aquí te cobran el doble.

—¿Pero no eran comunistas?

—Pues no sé, pero gilipollas seguro que no. Cerca de los sitios turísticos todo es más caro.

Después de caminar un rato paramos en la primera cafetería que vemos.

—¿Qué desean?

—Ron cola y un bocadillo de lo que tengáis. Tengo hambre.

—¿Un cubata para desayunar?

—Con algo habrá que regar el bocata. Qué mejor que un cubalibre, para eso estamos aquí.

—No le llames así no vaya a ser que lo tomen a mal —advierte Camish.

—Bueno, bueno. Combinado de ron con Coca-Cola. ¿Mejor así?

—¿El resto qué va a ser?

—Lo mismo para mí —Calve empieza fuerte también. Óscar le imita.

—Venga que estamos de despedida, ¡hostia! Una vez que te cases se acabó la fiesta, Javi.

—No son ni las once de la mañana... Vale.

Camish y yo también nos pedimos un cubalibre, dada la ocasión. Una reunión de amigos para tomar algo una tarde cualquiera, venda en los ojos camino al aeropuerto, risas. Vale, lo que cabe esperar de una despedida de soltero no tan sorprendente. El destino no era Canarias, ni Mallorca, sino Cuba, al otro lado del Atlántico. Eso era lo sorpresivo. "Tu polla bien me lo merece", en palabras de Suso, tremendamente agradecido por su nuevo puesto fijo en plena crisis. Así que como agradecimiento al esfuerzo amatorio de mis partes, y sus beneficiosas consecuencias laborales derivadas, Suso llamó a uno de sus tantos primos, este a un amigo que conocía a otro con una agencia de viajes y, cuando me di cuenta, estaba de camino a La Habana.

—Bueno, ¿un paseo por El Malecón?

—Es temprano, mejor nos buscamos unas chicas que nos la enseñen —corrige Suso.

—Eso, eso —Óscar, el jurásico, el bruto, pronto hace buenas migas con Suso. Se ha gastado una pasta en el viaje, dinero ahorrado de nóminas pírricas, y quiere rentabilizarlo sentimentalmente.

—¿Y qué chicas vais a conocer a las doce del mediodía?

—No sé, será cuestión de buscar.

—Déjate de tonterías. Espérate a la noche ¿Dónde carajo vas a conocer chicas a estas horas del mediodía?

Suso solo tarda en descubrirlo un cubalibre más.

—Óscar, así que vosotros dos os conocisteis en la universidad, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

Suso no ha pisado una facultad en su vida, hasta ahora. Lo que no consiguieron sus neuronas lo hacen sus hormonas.

—Bonito edificio. ¿Y ahora qué…?

—¡Chicas! —grita Suso a un auditorio formado por un grupo seis chicas que hacen corrillo junto a un banco, a la salida de un aula—. ¿Qué tal las clases? ¿Os apetece un trago para desconectar un poco?

La frase que en España acabaría en una negativa más o menos acalorada, aquí es recibida con aprobación por las oyentes. Aún no hemos comido y ya estamos de copas con un grupo de seis desconocidas. Suso y Óscar hablan efusivamente con la más voluptuosa, mientras que un callado Camish ha recuperado la palabra con una menudita, aunque hermosa. Calve y yo contemplamos el panorama. Pienso en lo extraño de la situación, hace un mes no estaba ni prometido, hace poco más de medio año soltero y en el paro… Demasiados cambios en poco tiempo, la sucesión de acontecimientos me resulta abrumadora.

—La chinita no te quita el ojo. Es guapa la jodida, nunca había visto una china morena. —me comenta Calve.

—Chino cubana, de esa mezcla siempre salen buenos ejemplares. Es cierto que le mira, no sea usted tímido —dice el camarero, uniéndose a la conversación mientras sirve otra ronda.

—No… Puede. No sé.

Los cubalibres mañaneros hacen que me envalentone. Me acerco a ella.

—Vaya, hace calor —suelto la primera estupidez que se me pasa por la cabeza.

—No, realmente no. Tiene usted calor porque vienen del frío.

—Qué va, este verano ha hecho calor.

—Lo que usted diga, blanquito —contesta con sus sensuales labios gruesos. Mirada felina, sonrisa perfecta, tipo atlético, vientre plano, pecho justo y bien colocado. Contemplo un rato como ríe por una tontería que ha dicho Óscar. Después me regala otra mirada sensual. Es jodidamente guapa, pero, pero… decido tomar distancia.

—Ya no te parece tan mala idea la visita a la universidad ahora, ¿eh?

—Ya, Suso, pero…

—Aprovecha lo que te queda, no seas tonto.

—Me caso en unas semanas.

—Ya, tu mujer también y está de despedida, ¿por dónde era…? Ah, sí, República Dominicana.

—Pues entonces no estamos tan lejos. Un momento, ¿tú cómo sabes eso?

—Lo sé. Qué más da. Lo que quiero decir es que ella también estará aprovechando sus últimos días de soltera. Ninguno de los dos sois santos.

—Vale, todo esto ha ido muy rápido, no contábamos con

casarnos tan pronto, pero ¿tú crees que se lo estará pasando tan bien…? Ya sabes.

—¿No jodas que te vas a poner celoso ahora?

—No he dicho…

—Mira cómo te mira la achinada. Alba y tú tenéis que pasarlo bien estos días a vuestro aire, ya os queda toda la vida.

—Yo no digo que no sea guapa, pero… ¿Una china tan alta? —interrumpe Óscar, que parece habernos escuchado.

—Hay chinas altas. Además, es mezcla, se habrá juntando una chinita con un cubano alto bien dotado y la niña salió alta también —responde Suso.

—Ya, pues no tiene mucha cadera de cubana, más bien es de cadera estrecha.

—¿Y? Tiene un buen culo, en su sitio, no metido para dentro como las asiáticas.

—O es un culo de tío, y la que está dotada es ella, ya me entendéis.

—Vamos, no jodas. Lleva un vaquero apretado, yo no le noto nada. Si así fuese se le notaría.

—No sé. Tiene mucha mandíbula y para mí que tiene nuez…

—Hombre, ahora que lo dices. Puede ser.

—Óscar, ¡eres un cabrón! Ya estaba convencido y me acabas de joder —protesto vehementemente.

—Es guapa… O guapo. Coño, lo que quiero decir es que se lo han currado, los padres para hacerla, él si es un tipo, ella si no lo es. Se lo han currado, eso seguro, porque es bonita —trata de explicarse Suso.

—Haz lo que quieras Javi. Yo voy por hielo y a conocer a la camarera —decide Óscar, que por el camino para a decirle algo a la cubano china en cuestión. Ella le contesta con una sonrisa.

—¿A qué esperas? —pregunta Suso.

—¿Tú no dices también que puede ser un tío?

—Podría ser, pero Óscar fue a hacerle la gracia igual.

—¿Qué quieres decir?

—Que o te apuras o el que le va echar el lazo es tu colega Óscar.

No sin dudas, vuelvo a acercarme a la chica.

—¿Qué bromeaba el capullo de mi amigo?

—Su amigo es un gracioso. Aunque a mí me gustan más los chicos serios como usted —comenta ella, como diría Suso, arrancando en tercera.

—Y a mí las chicas guapas como tú.

—¡Qué galán! Por cierto, ¿Dónde se quedan estos días?

—¿Qué? Aquí en La Habana.

—Pregunto dónde se hospedan.

—Un hotel por el centro. Ahora mismo no sabría encontrarlo en el mapa.

—¿Por qué no se cambian de sitio? Conozco una casa…

Y antes de caer el sol ya hemos cambiado el hotel por una casa, organizado una fiesta improvisada e invitando a medio vecindario. Todo chicas, obviamente. Aunque no vienen solas.

—¿Por qué no podríamos estar cenando los cinco en el restaurante del hotel como cualquier pandilla normal?

—Así, en una casa con lugareños, es más auténtico, más autóctono.

—¿Hacía falta traerse hasta al párroco, Suso? ¿Vamos a organizar la boda aquí o…?

—Por lo que pudiera pasar, boda o entierro, vete a saber. Además aquí a los religiosos los tienen más apretados, ya sabes.

—Esto nos va a salir por un ojo de la cara.

—¡Relájese y coopere! Lo hemos organizado a precio de isleño, no de turista. De la cocina se encargó la suegra de mi hermano y ustedes no pagan camareros, solo comida y ron —protesta Gong, la chica chino cubana.

—Eso, disfruta. Mira Óscar qué feliz cediendo sus rodillas de asiento para dos chicas distintas. Compartir es vivir —añade Suso.

—Y a Calve se le ve feliz tocando el bombardino con los músicos esos.

—Joder, si es que tenemos hasta banda musical. No me digas que no es la despedida perfecta. Y lo que queda.

—¿Despedida? ¿Cuál de ustedes se casa? —pregunta Gong.

Se hace un silencio.

—Camish —responde Suso sin reparos, mirándome de soslayo.

—Sí… Por cierto, ¿dónde está Camish?

—Ni idea. Estaba cenando y, de repente, desapareció.

—¿No se habrá metido en algún lío?

—¿Camish? Vamos…

—En un lío no está. Estén tranquilos por él —responde Gong.

—¿Lo has visto?

—Digamos que su amigo está aprovechando lo que le queda de soltería. Por qué no se relaja un poco y la aprovecha usted también

—dice Gong, riéndose, justo antes de regalarme un beso furtivo y fugaz. Facciones asiáticas sobre piel morena, ojos rasgados sobre labios carnosos, cintura de avispa bajo pechos no excesivos, pero tampoco escasos y trasero más mulato y prominente que asiático o tímido… Aunque pocas caderas, sí. ¿Guardará un secreto dentro de los vaqueros? Tonterías, ahí no abulta nada. Maldito Óscar y su juego sucio. De cualquier forma no hay mucho que pensar, hacer o no hacer.

Y lo hago. Aprovecho lo que me queda de soltería y le devuelvo la muestra de cariño con tanto o más ímpetu, mi lengua toma contacto con su saliva, las manos con su cintura. Al separar las cabezas me recompensa con otra de sus exóticas sonrisas. Unos metros atrás Óscar palpa el trasero de una de las chicas y Calve ha dejado de tocar el bombardino y el lugar del instrumento de viento lo ocupa una mulata.

—¡Caraaaajo! Y el lanzado era yo, por pedirme un ron a media mañana. Como no me espabile el que queda de cura aquí soy yo —protesta Suso, levantándose y perdiéndose entre el gentío.

Una canción. Otro ron. Un baile. Más ron. Me pierdo en esos preciosos ojos oscuros y achinados. Sus caderas escasas, pero esa forma de menearlas… Carnes atléticas, firmes, quizás demasiado firmes. Entonces una de las invitadas propone seguir la fiesta.

—Conocemos un local con música en directo.

—Perfecto —decide Calve por todos.

Los demás cogen un taxi. A Suso y a mí nos llevan en moto Gong y una de sus amigas, cuya conducción resulta más calmada que la de Gong.

Local bonito, música en directo, Suso se enrolla con la amiga de Gong, yo con ella. Dios, como sea en la cama la mitad de salvaje que en la moto habrá merecido la pena jugársela. Jugársela sí, porque una duda estúpida puede carcomer los sesos tanto o más que una razonable.

—Échale mano al coño y sales de dudas.

—No seas bestia. Además a estas alturas…

—No, mucho mejor en la cama, no te jode.

—Suso, no estoy tan colgado.

No lo estoy. Entonces la amiga de Suso propone que tomemos la última en nuestro nuevo hospedaje, en plan íntimo, rollo parejitas. Ellos van delante en su moto, Gong les adelanta como una loca.

—Ten cuidado, que nos matamos.

—No sea tan temeroso, guapo —dice girando la cabeza hacia atrás, apartando completamente la visión de la carretera y clavando sus ojos nuevamente en mí. Sonríe, aprieta el acelerador y me besa. Podría ser mi último beso. Esos ojos, ese exotismo, esa mezcla de placer y miedo. Lo sea o no lo disfruto como si así lo fuese. Cuando separamos nuestras cabezas ella me entrega otra estampa de su dentadura perfecta, entonces gira la cabeza y, mucho más bruscamente, la moto. Nos matamos. No, no lo hacemos, por poco, esa curva un segundo más tarde… Mejor no pensarlo. Mejor no pensar en nada. No lo hago, paramos la moto para situarnos. Aprovechamos la parada con objeto de recuperar la senda al hospedaje para fundirnos una vez más el uno con el otro.

—Parece usted muy caliente. Quizás… —Y restriega su trasero sobre mi entrepierna. Ya las dudas importan una mierda.

Tardamos apenas unos minutos en llegar a la casa, han sido eternos. La zona de baile pasa de la moto a la habitación. Nada más llegar nos desgarramos la ropa mutuamente, como ya hicimos con los labios. Sangre caliente, los preliminares más que satisfechos. Camiseta por los aires, pantalones al suelo, la ropa interior dura algo más en su sitio, fingiendo dignidad a espera de que se ejecute la sentencia. Con mis dos dedos índices tiro de sus braguitas hacia abajo. Río un momento por dentro, esa duda estúpida. Por suerte está dotada, sí, de una preciosa vulva, con poco vello, pequeña y perfectamente formada. Se la beso con ternura. Ella mira desde arriba, me agarra la cabeza. Me voy a casar, esto está mal, maravillosamente mal. Después de provocarle todo el placer que pude con mi lengua, ella hace lo propio con la suya. Me incorporo sobre ella, con una erección desproporcionada me introduzco lentamente en su ser mientras ella me penetra con su mirada, a través de sus pupilas. Pronto me cabalga ella con fuerza. Lo hacemos de pie contra la pared, después la empotro contra la cabecera de la cama, a cuatro patas, salvajes como animales que somos. Entonces ella me cabalga de nuevo y, sin apartar la mirada, sin pestañear, explosiono.

Pierdo la cabeza, me dejo llevar por la pasión. Después de una pequeña parada de besos, abrazos y caricias varias retomamos la devoción sexual. Una vez más ella sobre mí, otra descarga explosiva.

—Oye, ¿os importaría compartir habitación?

—Hostia, Suso, ¿qué cojones haces aquí?

—Dejasteis la puerta abierta.

—¿Y? No estamos jugando al parchís. Joder, si tú estás en pelotas también.

—Relájese, chico, esto es Cuba —añade la amiga de Gong.

Gong se parte de risa a mi lado, es agradable verla. Entonces caigo en que estoy perdiendo la cabeza por ella. Con Suso desnudo y borracho al lado de mi cama, descubro que la chica que tengo sobre mí me tiene en sus manos.

—¿Por qué no duermen en su cuarto? —pregunta curiosa Gong.

—Porque el que está al lado tampoco está jugando al parchís. No para el jodido, no sé la de tías que habrán pasado por su cuarto —protesta Suso.

—Este Óscar siempre fue un follador.

—Óscar no.

—Calve…

—Tampoco.

—¡¡¿¿Camish??!!

—¡Salvaje, chico, ni en Cuba se ha visto semejante cosa! —exclama la amiga de Gong.

Y ella se ríe. Con esos dientes, esa boca, con su cuerpo desnudo sobre mí, bajo la sábana, con mi corazón en su bolsillo.

DOMINGO, 24 DE OCTUBRE DE 2010

—Sí, señor, quién te ha visto y quién te ve —dice Suso, apretando el nudo de la corbata, frente al altar de la iglesia. Estamos en el simulacro de boda, la última fase de los preparativos para la boda.

—Me queda bien, ¿parezco elegante?

—Hombre, todo lo que puedes.

—Cabronazo. Oye, Suso, gracias por todo.

—¿Por qué?

—Los preparativos estos de la boda, la despedida…

—Nos lo pasamos bien, ¿eh?

—Sí, claro.

—Se te habrá pasado ya el enamoramiento con la cubanita esa.

—Estuvo bien.

—¿Que estuvo bien? Si la mirabas con una cara de tonto que ya pensé que la habíamos cagado otra vez. Y tú por el camino vacilando al pobre Camish, "seguro que se encoña de alguna", decías.

—Y se encoñó de unas cuantas.

—Ya te digo, qué salvajada. Un portento, el colega. Con lo apocado que parece…

—No pudiste dormir bien ni una noche con tanto traqueteo al otro lado de la pared, ¿eh? —vacilo a Suso—. Se pasó por la piedra a media isla, el jodido.

—En cambio tú me tenías preocupado con esa obsesión con la misma. No te ofendas, pero hasta podrían considerarse cuernos. Siempre con la misma, ¡no jodas! Ahí te pasaste, haber variado un poco.

—No veas cómo se movía. Si te hubiese pasado a ti, Suso.

—Entonces celebraríamos dos bodas.

Nos reímos.

—Una despedida de soltero como Dios manda. No fuimos los

únicos, Alba también se lo pasó bien, no veas lo contenta que volvió y los cuchicheos que se traía con las amigas.

—¿Tú crees que también conoció a algún caribeño en la República Dominicana?

—Seguro. Volvió risueña y un poco rara.

—¿No te importa?

—Lo pasado, pasado. Si yo lo pasé bien, ¿por qué ella no?

—¿Y si te cambia por un morenito mejor dotado?

—Ya. Imagina la cara del abuelo si le aparece aquí con un mulato. Nosotros nos quedamos en la calle y ella sin un duro de la herencia.

—El racismo es muy malo, pero…

—El clasismo. El clasismo sí es malo, que nosotros no somos negros, pero pobres sí.

—¡Qué leches! Cierto. ¿Pero no te importa…?

—Me importa lo importante, Suso. Que seamos felices, que no discutamos, que compenetremos, en fin, que lo llevemos bien. Ya no tenemos dieciocho. A estas alturas ella ha visto unos cuantos rabos ya y yo, vete a saber dónde la habré metido.

Volvemos a reírnos.

—¡Qué romántico! Y de la canaria esa, ¿cómo se llamaba…?

—Desirée

—¿Piensas lo mismo?

—No te metas con mis desventuras amorosas ahora, que me voy a casar.

—Ah —suspira Suso—, los amores imposibles. Te molesta qué pueda estar haciendo una desconocida y no si tu mujer anda probando caribeños.

—No es eso, es que Desi fue mi tragedia romántica, congelada en el tiempo, eterna. Mi imaginación la ha mantenido intacta e impoluta en el rincón de lo que pudo ser, pero… Mejor dejarla ahí.

—Hablando de Canarias. A tu primo, el que está trabajando allí, ¿lo invitaste a la boda?

—¿Daniel?

—Sí, ese. El que aprobó las oposiciones de Correos, ¿o era carcelero?

—Está con una enfermera ahora.

—Es cierto. Se la vi en el Facebook, está para follársela. Tremendo ejemplar.

—Está buena, sí. ¿Cómo haría semejante gilipollas para

encontrar una hembra así?

—Yo no quería faltarle porque es familia tuya, pero sí, menudo imbécil. No es más tonto porque no entrena.

—Antes no era mal tipo, de hecho era un auténtico juerguista, pero ahora está hecho un calzonazos. Paso de invitarlo, seguro que ni aparece, que le den.

Siento una vibración en el bolsillo del traje.

—Suso, me vibra el móvil, mira a ver qué es.

—¿Todavía no sabes usarlo tú o qué?

—Estos nuevos aparatos sin teclado no los controlo. Lo tengo porque me lo regaló Alba, otra moda pasajera de las que le gustan a ella. Pantalla táctil, ya ves, en tres días el personal se aburre y a otro juguetito.

—Tienes un WhatsApp nuevo —dice Suso tocando la pantalla del aparato.

—En cristiano, Suso.

—Un mensaje de WhatsApp, la aplicación de los mensajes gratis.

—Será Alba enviando gatitos. A ver…

—No es Alba, es Gong.

—La cubana otra vez. Qué pesada. Menos mal que no le dimos el Facebook a nadie, que razón tenías.

—Menos mal —repite Suso desconcertado.

—Trae, déjame verlo.

Suso gira la pantalla del móvil hacia mí. En efecto, es Gong, la cubana de ojos rasgados…

¡Felicidades! Va a ser papá.

EPÍLOGO

—¡Jopé! Todavía están con el telediario. Yo quiero ver la de Terminator, ¿por qué no empieza ya?

—Ten un poco de paciencia, tienen que dar las noticias.

—Pero yo quiero verla ya.

—Ponte a cenar de una vez y deja de jugar con el plato.

—Es que no tengo más hambre.

—¡Javi, come! —ordena mi tía—. ¡Ay, qué desgracia!, otro atentado más. Yo no sé a dónde vamos a llegar.

Pasan de hablar de un atentado a hablar de una guerra. Más gente herida, ensangrentada, sufriendo… No lo entiendo.

—Es que no sé para qué ponen las noticias a la hora de cenar. ¿Qué quieren, amargarnos la cena siempre? ¿Qué importa el Sarajevo ese?

—Porque tenemos que saber lo que pasa en el mundo.

—¿Para qué? Mira, ahí está el tonto de las gafas otra vez. Los fines de semana echan los dibujos por la tarde y todos los pueden ver menos yo. El único canal que tengo en la aldea y está el tipo ese metido en medio de guerras, desastres y gente pasándolo mal. Los demás

viendo *Songoku* y yo viendo al bobo ese. Es que le tengo una manía al tal Arturo. Aparte, siempre da noticias malas, ¿por qué no ponen a otro?

—Él no tiene la culpa de las guerras o los desastres, solo está informando. El mundo es así.

—Pues no entiendo. Si tantas ganas tienen de pelearse, que se metan al *Pressing Catch* y dejen al resto ver los dibujos en paz.

—Javi, en el mundo hay gente que se cree superior y si no consigue lo que quiere por las buenas, lo hace por las malas. Piensan que son mejores que nadie y tienen derecho a hacerlo.

—Pues no lo entiendo.

—¿Yo no te conté nunca la historia de la señora Amparo?

—No.

—Pues yo cuidaba una señora que creía que todo lo suyo era lo mejor. Tanto es así que un día fui a cambiarle el pañal, porque ella no podía hacer sus cosas ya que estaba muy enferma, y me soltó: "Ay, Feli, ¿verdad que mi mierda huele bien? Me lo dice mi hija siempre que viene".

—¿Y qué hiciste?

—¡Pues mandarla a la mierda!, ya que tanto le gustaba —contesta tía Feli riendo—. Tú no le digas a tu madre que te conté esto, ¿eh?

—No, claro. ¡Qué graciosa eres, tía Feli!

Acaba el telediario. Empieza la película.

—¡¿Qué?! Esta no es la de *Terminator*.

—No, te tocó una de amoríos —contesta mi tía Feli riéndose de mí ahora.

—No, ¡no es justo! Yo no quería esta película.

—La vida es así, Javi. Tienes que adaptarte. Mira, es una españolada de destape, así vas aprendiendo para cuando seas mayor.

—En vez de ver robots disparando tengo que ver esta basura, ¡qué desastre!

—Mientras están de pendoneo unos con otros no se hacen daño.

¿No acabas de decir que no te gustan las guerras?

—Las de verdad no. Las de robots sí.

La película es una auténtica porquería. Chicas mirando chicos, ellos detrás de ellas, ellas discutiendo con ellos.

—¡Qué plomazo! Si por lo menos fuese de vaqueros. Otra tontería que no le gusta a nadie.

—Ya te gustará, verás. Mira cómo a tus primas les gusta.

—¡Qué me va a gustar! Eso son cosas de chicas.

—Venga, deja de jugar con la comida, que estás muy flaco y después las que no te van a querer son las chicas a ti. Tienes que comer más.

—¿Qué dices? Yo no quiero chicas ni hacer esas bobadas.

—Tampoco les gustaba a tus primas y míralas ahora, no perdonan una noche de fin de semana para salir de mozos. Ya saldrás tú a por mozas.

—¡¡Qué asco!! Yo nunca haré eso. ¡¡¡Nunca!!!

Nota del autor

Gracias por leer este libro y espero que haya disfrutado con su lectura. Si le ha gustado la novela, le estaría muy agradecido si deja un comentario sobre ella en su página de Amazon. En caso contrario, mis más sinceras disculpas.